

# No aseguro que volví

**José D. Díez**

**© 1996 José D. Díez**

**Inscrito en el Registro de la  
Propiedad Intelectual de Andalucía (España)**

## PRIMERA PARTE

*De las cosas son como son.*

*Le quedan minutos, segundos... Dios le acoja en su seno. Sal, alma cristiana, de este mundo...Dios misericordioso... perdonad sus culpas y mirad con benignidad a este tu siervo...Os encomendamos, Señor, el alma de vuestro siervo...Y os suplicamos....Reconoced esta obra vuestra. Perdonad sus pecados de juventud y acordaos en vuestra clarísima gloria. Abranse los cielos y alégrese con él los ángeles. La clementísima Virgen, por su maternal intercesión,... penetre en la deseada mansión...San José, Patrono de los moribundos, os encomiendo el alma de vuestro siervo...líbralo de la muerte perpetua y que merezca el gozo eterno....Que los ángeles te lleven al Paraíso; que los mártires te salgan al encuentro y te conduzcan a la ciudad santa del Cielo....Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en Mí, aunque haya muerto, vivirá; y todos los que en Mí crean, no morirán eternamente.....<sup>1</sup>*

Amen. Amen. Amen, me pareció escuchar en mi caída libre al vacío. Quería ya que el último segundo hiciera tic y ver qué me esperaba más allá del tiempo agotado. Sólo era consciente de las buenas intenciones del cura, mientras me hacía cruces en el cuerpo.

Ese último tic estaba próximo, pues sentía ya poco de mi yo material. Me concentraba en algún

---

<sup>1</sup> Misal Diario, por P.Luis Ribera. Editorial Regina, S. A. - Barcelona

lugar de mi cerebro que todavía respondía a mis pensamientos. Un suspiro profundo, como buscando oxígeno para alimentar mi última neurona activa; una expiración lenta; un cuerpo sacudido por un espasmo y....

Me vi en un universo negro, sin referencias luminosas a las que dirigirme, y sentí el vértigo de la falta de apoyo. Pero eso fue sólo un instante. Mi pensamiento pareció desprenderse de todos los miedos, de todas las incertidumbres. Al menos había un después, de eso parecía ser consciente, con una consciencia clara, lo único claro en aquel lugar en el... que no existían las formas; no me veía, no me sentía como cuerpo, sólo sentía que existía, o sabía que existía, pues pensaba. Recordé una frase célebre. Pero esto, con ser mucho, no parecía suficiente. Mi pensamiento buscaba referencias ajenas, como para autoafirmarse.

De repente me pareció oír una voz; sí, alguien hablaba a mi lado; no, no hablaba: yo la sentía dentro de mí, metida en mi pensamiento.

\*\*\*

“¿Eres el último? Bien venido, amigo. Acomódate que esto va para largo”, me decía.

Menos mal, me dije, no estoy solo. Y pregunté: “¿quién eres?” Y me respondió, o me respondí a mí mismo:

“Es una pregunta estúpida, amigo. Aquí nadie es algo como tú concibes el ser. Soy un poco de antimateria que espera, como toda esa antimateria que te rodea, como tú mismo, nada, o

quizá no sea ni antimateria, desde luego no soy un ectoplasma, no lo sé, utilizó palabras que oído por ahí; pensamiento, quizá”

“Y ¿qué hacemos aquí?”

“Buena pregunta. Nadie sabe nada, pues nadie se esperaba esto y nadie se lo explica con una mínima coherencia. Es eso que llaman un imprevisible irracional. Alguien que no se identifica dice por ahí que debemos esperar, que no nos impacientemos, que la eternidad no sabe de prisas e impaciencias, que ya nos llegará nuestro turno”

“¿De qué turno hablas?”

“¿No esperabas encontrarte con Él? Es lo más corriente que esta gente piensa.”

“¿A quién te refieres, a Él?”

“Sí, a Él. Una vez que se es consciente de que se sigue pensando, una de las cosas que piensas es en encontrártelo al fin, cara a cara, y preguntarle qué es esto; bueno, algunos pocos siguen diciendo que no habrá nada. Son los recalcitrantes de siempre. Pero ya digo, estos, aquí, son los menos”.

“Pero si no vemos, si sólo pensamos, ¿no es un contrasentido eso de vernos cara a cara? ¿Me quieres decir que podremos ver a alguien?”

“Se ve que eres un recién llegado. No, no podrás ver a nadie. Son formas de hablar. A ver, ¿dónde tienes los ojos? No tienes ojos, se quedaron allá abajo. Tampoco podrás tocarlo; tus manos se quedaron allá abajo. Tu piel se quedo allá abajo y tampoco sentirá su caricia, suponiendo que eso fuera lo que pensases”

“Pues tú dirás, entonces”.

“Se te presentará, eso dicen los más optimistas”.

“¿Para eso necesito esperar? Yo no quiero esperar”.

“Pues no esperes; no conseguirás nada”.

“Me pareces un poco tonto, ¿sabes? ¿Qué eras en la vida?”

“¿Yo? Fui muchas cosas; la última rey de un gran país que murió en la hoguera. ¿Por qué te parezco tonto?”

“Pues porque dices tonterías. Y no me creo eso de que fueras un rey. ¿No te ha servido de nada ser rey?”

“¿Aquí? No, no me ha servido. Ya ves que ni tú me tienes respeto”

“Pero es que yo no creo que fueras un rey”.

“Tampoco importa que lo creas o no. Aquí nadie es más que nadie”.

“No me has aclarado por qué no lo puedo conocer ya”.

“Te lo puedes imaginar, aunque mejor decir recordar, si quieres como te lo imaginabas en la vida, pero puede que no sea cómo tú te lo imaginabas. A ver, dime, ¿cómo te lo imaginabas?”

“Un señor mayor, con una larga barba blanca”.

“¿Nada más?”

“Con mucha bondad y que te sentirás muy a gusto a su lado”.

“Me parece que el tonto eres tú. Aunque los hay por ahí que te ganan; figúrate, algunos se lo imaginaron, y ahora lo siguen pensando, con una paloma volando sobre su cabeza: el Espíritu Santo, dicen. Te he dicho que no podrás ver a nadie. ¿Cómo has de ver una cosa que no puedes

ver, ni tocar, ni oír, ni...?”

“No nos entendemos. Empiezo a considerar que sí debiste ser rey. Perdona, no he querido ofenderte ¿Llevas mucho tiempo esperando?”

“Bastante. Y no me ofendes; aquí nadie se molesta”

“¿Quién más hay por ahí?”

“A mi me parece que todos o casi todos. Te encuentras con gente muy antigua. Ya te digo, esto va con calma”.

“Y dime, ¿cómo se comunica uno con los demás?”

“Pues lo mismo que conmigo: unos querrán, mejor decir pensarán hablar contigo, y tú querrás, mejor decir pensarás hablar con alguien en particular nada más que lo desees, mejor decir que lo pienses. Con suerte los tendrás respondiendo a tus preguntas y a ellos haciendo sus preguntas”.

“¿Nada más? ¿No se puede hacer nada más?”

“En qué más piensas? Puedes cavilar, hablar, preguntar y decir tonterías, así como lo hacemos nosotros. No, no puedes hacer más”

“¿Y qué cuentan los que ya lo han visto?”

“Pues cosas muy dispares: unos dicen que es así, otros que es asá. Como cada uno se lo imaginaba de una manera, digo yo que piensan que es como se lo imaginaron”.

“Pero tú decías que cuando llegara el turno lo podrías sentir”.

“ ¿Eso dije? Bueno, sentir es un decir. La única diferencia es que cuando te toque el turno, Él entrará en ti y ya lo podrás pensar con más fundamento. Tal es así, que parece que esos ya no pueden pensarlo de otra manera”.

“Entonces Él ya es igual para cada uno de

nosotros, ¿es así?”

“Pues eso parece; nadie dice lo contrario”.

“No entiendo. Antes afirmabas que cada uno lo pensaba como se lo imaginaba en la vida”

“Lo que dices es si es compatible pensarlo diferente y que sea para todos igual, ¿no? Pues así es, en efecto. Como aquí no son posibles las polémicas, digo yo que cada cuál dice lo que piensa, y todos tan conformes.

“Raro es eso. Y después de esa experiencia, ¿qué es lo que hacen? ¿Cómo se sienten?”

“Eres duro de mollera, amigo. No hacen nada, no sienten nada, ¿con qué iban a sentir? Dicen que ya saben cómo es”.

“¿Y eso era todo?”

“Pues sí, eso era, y es, todo”.

“¿Y así para siempre?”

“Así para siempre”.

“¿Los buenos igual que los malos?”.

“Todos iguales”.

“Un poco extraño, ¿no? ¿Qué piensas tú?”.

“¿Qué voy a pensar? Que si las cosas son así, habrá que pensar que son así”.

“Eso se entiende como conformarse y conformarse es sentir, y tú decías que no se siente nada, no te entiendo”.

“Y lo mantengo. Conformarse aquí, significa, una vez que ya tienes la respuesta, no volver a hacer preguntas estúpidas.

“Me pareces muy simple, amigo. Tendré que contrastar lo que dices”.

“Haz lo que pienses. Yo ya pasé por tus dudas y no he conseguido más”.

“¿Dudas? Dudar es una forma de sentir”.

“Quizá no sean dudas y sí sólo pensamientos difusos, contradictorios. Igual que los tenía antes: inútiles pensamientos”.

“Una última pregunta, ¿no te aburres?”

“Ya te dije que no se siente, majadero”

“No puedo creer que sea cierto lo que me ha sucedido. Yo, hablando con un rey, como si tal cosa. ¿Quién ha querido comunicarse con quién? Desde luego a mí no se me ha ocurrido. Debió ser su deseo... ¿Deseo? ¿No es el deseo una forma de sentir? Y ¿por qué ha querido él hablar conmigo? ¿Cómo me ha visto? Voy a probar yo mismo si ese que se dice rey en la vida me ha dicho la verdad o ha intentado confundirme. Por ejemplo, ahora pienso en mis padres. No es que me anime un deseo de amor filial. A mi padre lo odiaba y por mi madre sólo sentía lástima. Aquí me parece sentir indiferencia, pero ya que mi pensamiento los ha elegido a ellos, comprobaré cuál es su estado. Madre, ¿andas por aquí? ¿Podéis comunicaros conmigo?”

—Hola, hijo. Aquí estamos tu padre y yo. Te has anticipado a nuestro deseo, porque no sabíamos que habías venido. Le he dicho a tu padre, Manolito debe haber venido pues siento que nos llama.

—Yo no he sentido nada. Tú has debido pensar sólo en tu madre. Luego ella me ha dicho que debías andar por aquí. Como siempre está pensando en ti... ¿Cómo estás, Manolito?

—Hola, papá, hola, mamá. ¿Vosotros me veis?

—No, hijo; sólo te sentimos. Esto está muy oscuro y no se ve nada por aquí ni nada por allá.

—Tu madre quiere decir que nos comunicamos



contigo, no que te sentimos.

—Yo tampoco os veo y ni sé dónde estáis.

—Eso es imposible, hijo; desde que vinimos no hemos tocado nada ni a nadie. Yo ya te habría dado un abrazo.

—Eso es un deseo, ¿es posible?

—Cosas de tu madre; confunde el pasado con el presente.

—¿Cómo hacéis para estar juntos?

—Tu madre y yo no nos separamos para no perdernos.

—¿Cómo lo conseguís?

—No hablamos con nadie; sólo entre nosotros. Y si hablamos con alguien, lo hacemos los dos a la vez. Bueno, a la vez, no; quiero decir que ninguno de los dos nos vamos por ahí, por nuestra cuenta, a hablar con los demás; siempre juntitos.

—¿Cómo os lleváis? ¿Se acabaron vuestras peleas?

—¿Peleas, dices? No, aquí nadie se pelea; no hay motivos para pelearse. Aunque no lo creas, yo quería mucho a tu madre.

—Pues no lo demostrabas.

—Es que allí había factores que alteraban mi sangre.

—Entiendo eso de la sangre. Acabo de llegar y ando un poco confuso. Uno que dice haber sido rey, me ha dicho varias cosas que me parecen solemnes tonterías. Vosotros no me vais a engañar. Papá me ha preguntado cómo estoy, ¿es que se puede estar bien o mal?

—Te he preguntado porque eso es lo que se me ha ocurrido. Se preguntaba eso después de una larga ausencia, mayormente para quedar bien.

Aquí todos estamos igual: ni gozamos ni padecemos, sólo esperamos a que nos llegue nuestro turno.

—Pues sí parece que ese rey decía la verdad. ¿Y es cierto que esto va para largo?

—Pues, así es, hijo. Un ángel suele consolarnos diciéndonos que tengamos paciencia.

—Tu madre piensa en cosas como esa; no hay tal, pero ella se empeña en haber escuchado algo así y que es un ángel.

—¿Un ángel? Luego hay ángeles. ¿Y cómo es ese ángel?

—Yo creo que es un impostor, Manolito. Figúrate: yo le pregunté por qué iba esto tan despacio, y me contestó que Él está un poco viejo, cansado. Le pregunté si no le ayudaba nadie, y me contestó que ese era su trabajo y que nadie lo podía hacer por él. Yo afirmo que ese ángel es un impostor. Él no puede estar viejo, ni cansado, ni nada parecido. Yo lo que pienso es que ese que dice eso, es que él se lo imaginaba así y sigue erre que erre.

—Será porque ya pasó su turno. Según el rey ese de que os hablaba, cuando a alguien le toca su turno, se acabó la duda y ya lo piensa como es.

—Los ángeles se decía que estaban cerca de Él, así que no creo que anden por ahí diciendo tonterías.

—No le hagas caso a tu padre, hijo. Desde que vinimos le ha dado por no creer a nadie; él va a lo suyo, como siempre.

—Y ¿qué es ir a lo suyo?

—No te lo quiero decir. Que te lo diga él.

—Tu madre es que se lo cree todo. Viene uno y le

dice una cosa, pues tu madre se la cree; viene otro y dice la contraria, pues tu madre se la cree. Yo pienso que es mejor esperar.

—Di más bien que no crees en nada; que para ti no hay nada y que nos pasaremos aquí no sé cuanto tiempo divagando sobre qué será, qué no será.

—Desde luego no es para menos. Todo es bastante raro, ¿no, madre?

—Qué quieres que te diga; yo no puedo quitarme de la cabeza que debe haber algo.

—¿De la cabeza?

—Bueno, del pensamiento.

—Tú, papa, decías en la vida que no había nada y ya ves que al menos seguimos pensando, hablando, que somos conscientes de que aún existimos y quizá alguna cosa más que todavía no he descubierto.

—¿Y a esto llamas seguir siendo algo? Aunque lo dudes, yo quisiera abrazarte y no puedo; quisiera besar a tu madre y no puedo; quisiera poder ver a mis compañeros, amigos, también a mis padres y no puedo hacer otra cosa que lo mismo que estamos haciendo ahora, y esperar, como si fuera ciego, como si no tuviera cuerpo o mi cuerpo fuera insensible. De acuerdo que no se sufre de dolor físico, Manolito, pero se sufre en tu pensamiento, y se tienen pesadillas. Figúrate, con lo que a mí me gustaban las plantas, pues te tienes que conformar con imaginarlas. Y los animales...

—Tu sufres pesadillas porque fuiste malo; quizá sea ese el castigo que tienes que pasar, por todo lo malo que fuiste.

—Quizá me mereciera eso que dices, pero sucede

una cosa curiosa: lo mismo que pienso en eso que te digo, también pienso que me da lo mismo si no puede ser así.

—¿Y lo de las pesadillas del pensamiento?

—Por llamarlo de alguna manera. En realidad se trata de que, en ocasiones, piensas en cosas que hiciste mal o en cosas que te gustaban, y a continuación piensas que te merecías un castigo, o qué pena que las cosas buenas se hayan terminado. Pero, sólo eso; no se sufre; son sólo pensamientos que te vienen a la ca... Bueno, a donde sea. Como allá decíamos de los animales, porque nos figurábamos que era así.

—Sí, por cierto, ¿qué pasa con los animales?

—Esa es otra. Resulta que los animales, que creíamos que no tenían alma, pues resulta que si tú te imaginas al Tom, ¿te acuerdas de Tom?, pues lo único que logras es escuchar aquellos ladridos de cuando estaba contento. Así que por ahí debe andar, como todos nosotros. Y si él anda, pues los demás animales también.

—Vuelvo a estar confundido; dices que escuchas, ¿con qué oídos escuchas?

—Lo que quiero decir es que sientes que te ladra; lo mismo que ahora sientes que te hablamos, pero una forma de sentir que no es sentir; no sé si me explico.

—Hijo. Aquí ocurren cosas muy raras que uno no se explica, pero de una cosa si debes estar seguro: Él vendrá a ti y se te mostrará cuando te llegue tu turno, y lo demás ya no te importará.

—Sí, así parece. Y a partir de ese instante ya no te planteas nada más, y así para siempre. No me parece gran cosa.

— Ni a mí, Manolito. Si pudiera reunirme con mis amigos y echar la partida...Cómo voy a echar la partida; bobadas que pienso.

—Eso te pasa porque tú nunca tuviste el deseo de conocerlo. Para ti, las cuatro cosas de allá abajo y feliz. Pues ya ves, hijo, que si no piensas en Él y en conocerlo, poco vale la pena que estemos aquí; lo digo por la falta de las otras cosas que nos hacían felices en la vida, aunque se sufriera de vez en cuando.

“Comprendo que intercambiar pensamientos con mis padres no me sacarán de dudas. Mi madre parece aferrarse a sus creencias con toda la simpleza con la que en la otra vida se planteaba sus dudas; mi padre espera concreciones para apearse de sus dudas sobre la simpleza de sus creencias. Pensamientos inútiles. Mi pensamiento se plantea evitarlos”.

—Ya sé cómo estar con vosotros cuando lo desee. No es que me haya hecho feliz la forma, pero algo es algo. Ahora me voy por ahí a descubrir más cosas.

—Ten cuidado, hijo.

—Tú, madre, siempre dices eso, venga o no a cuento.

“Qué cosas. Esto a nadie se le ocurrió allá en la vida. Menuda sorpresa se han tenido que llevar algunos. Qué digo sorpresa, si ni eso es posible. Es un poco estúpido esto de que nuestros espíritus anden por ahí, vagando en esta oscuridad tan absoluta. ¿Y qué es eso de que tengamos que esperar a que nos toque el turno? En buena lógica, —y esto allí no lo teníamos en cuenta— Él no puede a la vez mostrarse a todos

e individualmente a cada uno. Por poco tiempo que le dedique a cada uno, se le debe amontonar el trabajo. Claro, que el tiempo aquí no debe ser igual que allá abajo. Pero, aun así, lo que está claro es que uno va después de otro. Bueno, una cosa sí parece ser cierta: no morimos del todo; nuestro espíritu no muere, o nuestro pensamiento, que para el caso es lo mismo. Nos podemos comunicar, aunque no podemos sentir. ¿A quién se le pudo ocurrir que nuestro destino fuera ser sólo pensamiento? Parece ser que a Él, desde luego. ¿No era pensar la facultad menos placentera de la que disponíamos? Me refiero sólo a pensar, poner en uso las facultades mentales. ¿Podremos imaginar? ¿Imaginar? Si podemos imaginar, la cosa no está tan mal. Con la imaginación podemos tener sensaciones, no son sensoriales, pero algo de placer proporcionan. No, tampoco. Sin el cuerpo no hay forma de sentir placer. Quizá alguna otra cosa para mí desconocida. Yo acabo de llegar y no sé todo sobre este estado. Como parece ser que por tiempo no ha de quedar, yo no voy a quedarme esperando mi turno sin hacer nada. ¿Querrán los otros comunicarse conmigo? Digo querrán y yo no sé si el pensamiento dispone de esta facultad. Y si lo hacen, ¿dirán lo que piensan, o simularán lo que les convenga? ¿Y por qué iban a simular? ¿Por amor propio? ¿En qué parte de nosotros estaba eso? ¿Qué dirán los filósofos, los científicos, los religiosos, los agnósticos, los políticos, los poderosos, la gente corriente? ¿Somos espíritus puros o arrastramos nuestras lacras, nuestros prejuicios morales respectivos?

¿Qué dirán Sebastián, Luis, Alfredo, Matilde, Luisa y, sobre todo, qué dirá María? Pienso poder hablar con María y ver si ha cambiado de parecer. Y si Matilde me ha perdonado. Y si Luisa le dijo lo nuestro a Sebastián. ¿Me odiará Alfredo todavía por aquello que le hice? ¿Y los demás, mis otros que significaron algo en mi vida? Bien, todo a su tiempo, que aquí las prisas ni remedian ni estropean nada, según ya he podido comprender”. “Voy a hacer una prueba, la más difícil que se me ocurra. Pediré comunicarme con ...con San Pedro. Se me dijo que él estaría algo así como de portero en las puertas del Cielo. Pienso que era un bobada, pero... Es, o era un personaje que ni me iba ni me venía en mis creencias, claro está. Será un buen test para aclarar todo aquello que me metieron en la cabeza, con más o menos éxito. De paso le preguntaré por Él. También le preguntaré por Jesús, que debe estar a la diestra de Él, según se decía. Lo que no sé es si habla mi idioma. Después de tanto tiempo, debería haber aprendido....Qué tontería. Si está de portero, debe saber todos los idiomas, ¿no? Vamos a ver. Estará muy ocupado. Creo que además de Pedro se llamaba Simón y Jesús lo llamó Cefás. Pedro, Simón, Cefás, discípulo de Jesús, ¿puedes hablar conmigo?”

—Sí que puedo. ¿En qué piensas, amigo?

—¿No serás otro? Yo me refiero al discípulo de Jesús de Nazaret, el que fundó su Iglesia.

—El mismo. Yo soy ese que tú reclamas.

—¿Sabes mi idioma?

—Se termina pensando en casi todos los idiomas.

—¿No deberías estar ocupado?

—¿A qué viene esa pregunta? Aquí nadie tenemos algo que hacer, salvo intercambiar pensamientos entre unos y otros.

—Suponía que tenías aquí un cargo importante. Pensé que estarías muy ocupado.

—Pues ya ves que no. Venía de hablar con un colega, cuando me pareció que me llamabas.

—¿No estás de portero en el Cielo?

—Ya veo que eres nuevo y no sabes mucho de lo que aquí pasa. No soy portero de ningún cielo. Debo decirte que de aquello que tú supones, nada de nada. Las cosas son bastante diferentes por aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que yo no soy más que nadie. Fíjate, todavía espero mi turno...

—Pero, ¿es que Jesús no te ha dado un pase preferente?

—¿Jesús? Ni idea por dónde anda. Le he llamado muchas veces y no viene. Supongo que como Él y Jesús son una misma cosa, pues deberé esperar mi turno, como todos los demás.

—Te veo un poco escéptico.

—Qué quieres. Esto no lo tenía previsto, y como nadie te saca de dudas, pues los que dicen que ya lo han visto no coinciden en su descripción con lo que tú piensas, terminas por dudar de todo. Eso sí, no se trata de dudas que te mortifiquen. Aunque sí pienso en cuando me toque mi vez. Pero yo era pescador, y los pescadores son gente de paciencia. Por lo menos una cosa está clara: los que dicen que lo han visto ya no tienen más dudas, o lo que sea, y parecen haber alcanzado una cierta paz; digo una cierta paz, porque ya me



dirás qué destino es este.

—¿No te consideras engañado? ¿Tampoco culpable de haber engañado a tanta gente?

—Ni una cosa ni la otra, amigo. Aquel era un mundo en el que todo estaba por ver y la esperanza era un buen remedio para muchos males. Yo, en ese sentido, creo que hice lo que pude. Y en cuanto a que Jesús no me dé una señal... Será que como aquí no hay tiempo que corra, pues él andará muy ocupado. Ten en cuenta toda la gente que me precedió, y pasar por delante a todos, uno detrás del otro, debe llevar, si no tiempo, sí una cola inmensa. Pero no me hagas mucho caso. Aquí las dimensiones son otras y no es fácil explicarlo.

—Pues si no fuera chusco, diría que me dejas de piedra. ¿Y a qué te dedicas, mientras tanto?

—Estoy muy reclamado por mucha gente. A todos les digo lo mismo y ellos me cuentan sus cosas. Una vez negué a Jesús por cuarta vez; lo hice con un papa, un colega, ¿sabes? Más que nada para provocarlo y ver si se disponía a hablar conmigo. ¿Quieres saber lo que pasó? Pues nada, absolutamente nada. Como si le hubiese insultado, seguro que tampoco habría pasado nada.

—Prueba a insultarlo.

—Eso no me sale. Todavía me lo imagino a la diestra. Además: yo prediqué la humildad, y quizá me está todavía poniendo a prueba. Si soy un hombre como los demás, y aquí hay gente que fue muy importante, que no se distingue si ellos no lo dicen, y están en las mismas, pues yo no tengo derecho a ningún privilegio. Eso sí, si le veo, le

pediré que me explique alguna cosa, más que nada por quitármela del pensamiento. Y mira, amigo, si no tienes ninguna pregunta concreta que hacerme, me voy con alguien que me reclama.

—Vete, Pedro, vete.

“¿Es posible? Muy diferentes son las cosas, sí. Pero, si como dice Pedro, Jesús no anda por aquí, quiere decir que él está en donde no están los demás. Lo que decía, estará a su diestra. Y el retraso, esa es otra. ¿Cómo se puede entender que Él vaya con tanto retraso? Claro que lo del retraso lo digo y lo interpreto yo porque todo lo mido en función del tiempo; y es que no me entra en la cabeza, quiero decir en el pensamiento, que en estas circunstancias el tiempo no exista. Si las cosas van necesariamente unas detrás de las otras, estas preceden a las primeras, es decir van antes, y si van antes quiere decir que hay un después. Qué lío, Señor. Me cuesta creer que tanto jaleo allá abajo se haya quedado en esto. Además, ¿para qué nos quiere Él así, medio lelos, contentos, o lo que sea, de saber cómo es? La verdad que bien poca cosa es para Él y para nosotros... Creo que alguien está intentando comunicarse conmigo, pues siento que solicita mi concentración”.

—Así, es Manolo. Te habla Sebastián.

—¿Eres Sebastián, el marido de Luisa?

—El mismo. Ya veo que me conoces más por mi mujer que por mí mismo. No he dejado de pensar en ti para ver si al fin habías venido. Debería alegrarme, si aquí eso fuese posible, porque allá nunca tuve ocasión de hablar contigo y creo que siempre lo deseé.

—Hombre, Sebastián, tú sabes que siempre estuve a tu disposición; nunca me negué a discutir contigo lo que tuviéramos que discutir entre dos hombres.

—Por eso mismo no pude hablar contigo, porque entre los dos, el único hombre era yo.

“Es curioso, esa aseveración de Sebastián sobre mi supuesta falta de hombría no me ha afectado lo más mínimo. Supongo que se necesita sangre y una cabeza en la que fluir alocada pidiendo reparación a tal ofensa. Ni una ni la otra tengo, por lo que así se explica mi indiferencia. ¿Puede él sentir odio por mí?”

—Pensé que las cosas de allá abajo se quedaban allá abajo. ¿Se puede aquí sentir rencor?

—Aquí se puede sólo pensar. El rencor es un sentimiento que te calienta la sangre. Ya ves que aquí no hay sangre, por lo tanto no hay rencor. Pero sí se puede hablar de rencor y, por consiguiente, decir aquello que motivó el rencor.

—Yo acabo de llegar y poco sé sobre lo que se puede o no se puede. Sé que me odiabas, ¿me sigues odiando?

—El odio también era algo que encendía la sangre. No, no te odio; sólo quiero hablar de odio.

—Aquí, por lo visto, todo el mundo dice lo que quiere decir. Debe ser un desahogo del espíritu. ¿Qué me quieres decir tú?

—Pues, por ejemplo, que fuiste un cabrón, y eso tú debes saberlo. Utilizaste malas artes para engatusar a mi mujer y nos deshonraste a los dos. También destruiste mi familia. ¿Qué te parece para empezar?

—Hombre, estoy a medias de acuerdo contigo. Tú

mismo lo has dicho, eran cosas de la sangre, Sebastián. Yo no sé si fui un cabrón; tú sí lo fuiste, desde luego. Tampoco recuerdo que engatusara a Luisa, como tú dices. Me gustaba Luisa, y sus circunstancias no me impidieron decírselo. Luego resultó que yo también le gustaba, y eso fue lo que pasó.

“Yo mismo me sorprendo de lo fácil que resulta decir lo que se piensa sin alterarse”.

—Sí, así fueron las cosas. Luisa me ha dicho lo mismo. De todas formas, tenía que decirte que yo estaba enterado; que tuve deseos de mataros; que me acojonó el pensar que pudiera ir a la cárcel y que me morí avergonzado de mí mismo.

—Yo también tuve mis problemas de conciencia, y algunas veces pensé en pedirte perdón, pero temía por tu reacción y lo fui dejando pasar. Luego lo nuestro terminó y el tiempo hizo que fuera olvidando aquel incidente.

—Dime una cosa: ¿te acostaste con ella? Claro, claro, que tontería, cómo no te ibas a acostar. Lo que quiero decir es si disfrutaste con ella. ¿Notaste que ella disfrutara contigo?

—Mucho. Era una gran amante. Se entregaba por completo. Los dos disfrutábamos como dos colegiales.

—Sí, eso mismo me ha dicho ella. Vaya; yo más bien era por cumplir, y no digamos ella: creo que hasta le fastidiaba que yo lo hiciera por cumplir. Siempre intentaba rehusarme, y cuando al fin accedía, se notaba claramente que lo hacía con desgana. Cuando le he preguntado sobre este tema entre nosotros, me dice que es que yo no ponía pasión, y, la verdad, eso de poner pasión es

que nunca supe lo que era.

—¿Nunca engañaste a tu mujer con otra?

—No se me ocurrió.

—Por eso no supiste lo que era la pasión. La pasión era algo así como el gozo con lo inesperado, con lo prohibido, con lo que se te ofrecía al otro lado de la valla y tú la saltabas para poseerlo.

—Pues ya te digo, a mí eso nunca se me ocurrió. Debió ser por el trabajo, la responsabilidad, las consecuencias.

—La verdad es que había muchos motivos para la inhibición. Si te dijera que lo siento, te mentiría.

—Claro, claro. Ni puedes sentirlo ni puedes mentir.

—Oye, Sebastián, ¿qué te parece esto? He hablado con San Pedro y lo que me ha dicho me ha llenado de confusión.

—Deberás andar con cuidado con la gente que hablas. Hay mucho impostor que te hace ver, quiero decir pensar, las cosas más dispares.

—¿Quieres decir que aquí se miente, igual que allá abajo?

—Primero he decirte que no estamos arriba ni aquello está abajo. En segundo lugar, no, aquí no se miente; lo que pasa es que hablas con la gente o crees que hablas con la gente, y muchas veces no es otra cosa que tu recuerdo. Por ejemplo: dices que has hablado con San Pedro y por lo visto no te cuadra con lo que tu pensabas que debería ser, ¿no?

—Pues no, en absoluto.

—También sucede a veces que piensas en alguien para comunicarte con él y se te presenta,

cómo decirte, alguien que está mal del coco. Ese San Pedro me da la impresión que es de estos últimos: alguien que se cree San Pedro.

—También se me presentó uno que dijo haber sido rey en la vida. Su comportamiento también fue algo extraño. ¿También hay locos por aquí?

—Naturalmente; el venir aquí no te arregla para mejor. Ya te digo: hay mucha gente rara por ahí. Fuera de las gentes que llegaste a conocer personalmente y, aun así, con mucho cuidado, las demás pueden ser o no ser las que tú te figuras.

—¿Tú que piensas de Él?

—En eso, como todos. Una vez comprobado lo que hay, si te digo lo que pienso, ni fu ni fa.

—¿Todos piensan lo mismo?

—Más o menos. Todavía hay por ahí algún místico que dice sentir orgasmos mentales de pensar que lo va a ver, o aquel que dice que lo ha visto. Ni una cosa ni la otra. Ya me dirás qué consuelo es ese.

—Bueno, Sebastián, ni me alegro ni me dejo de alegrar por haber hablado contigo. Cuando quieras volver a charlar conmigo, no tienes más que pensarlo.

—Creo que no. Tú y yo tememos pocas cosas que decirnos. ¿Sabes? Aquí el odio y el rencor se manifiestan en no estar disponible para hablar. Como verás, algo de eso me debe quedar, pues declino tu invitación. Pero tampoco sé si podre evitarla.

—Como pienses, hombre.

“Nada. Todavía no me he encontrado con nadie que diga que lo ha visto y me explique qué es lo que se siente. ¿Se siente? ¿Por dónde irá el

turno? Si Pedro es Pedro, debería pensar en alguien que murió antes que él. Pero ¿quién me garantiza que el que entre en mi pensamiento es auténtico? Y si lo encuentro, ¿qué adelanto con conocer su experiencia? ¿Me ha de servir a mí? Creo que debo limitarme a la gente que conozco. Al menos con éstos no me cabrá la duda. Y como estos sean tan insulsos, vaya con la eternidad que me espera.”

“Ahora que caigo: ¿y si antes de concretarme en mi gente, doy una vuelta por ahí —es un decir— y hablo con el primero que se me ocurra? Debe haber gente interesante. Si alguien me hubiese dicho en la otra vida que iba a tener la oportunidad de hablar con cualquier ser que me hubiese precedido, seguro que de inmediato habría confeccionado una lista interminable, pero en estas circunstancias, con la gente tan desencantada, ¿quién es más que quién? Si parece como si todos nos hubiésemos identificado en la nadería parlante. En fin, es lo que hay y deberé acostumbrarme. ¿Por quién pregunto? A ver... Siempre me fascinó un personaje de la historia pretérita a mi propia vida. Hubo muchos más, pero éste fue de verdad especial; me refiero a Pablo Carto. Singular personaje; adelantado a su tiempo en muchos saberes: filosofía, ciencias empíricas, gran artista en todas las disciplinas que cultivó, escritor único. En fin, uno de esos hombres que parecían tocados con el dedo de Él para servir de ejemplo de su poder creador. Le invocaré, y si tengo suerte, podré resumir con su ayuda la situación de todos nosotros”.

“Pablo, Pablo Carto ¿Puedes oirme? Puede que

andes muy ocupado; mucha gente debe requerir de tu sabiduría para explicarse lo inexplicable. Estoy pensando hablar contigo, ¿sabes? Fui un ferviente admirador tuyo. Nadie fue más grande allá abajo. Perdón; he querido decir en la vida. Ando por aquí bastante despistado; quizá tú me des una orientación definitiva. Y es que no pienso hacer más juicios, de todo punto temerarios. ¿Puedes prestarme tu ayuda?”

—Aquí estoy. Soy Pablo Carto, aunque no sé si el Pablo Carto con el que tú deseas hablar.

—Lo debes ser, sin duda. Sólo hay un Pablo Carto con el que yo desearía hablar. Si eres un impostor, yo nunca lo sabré; no me siento capaz de ponerte a prueba.

—Ni lo intentes. De mis muchas habilidades sólo me queda la de pensar, y pensar aquí resulta algo así como si de un encefalograma plano se tratase; no son posibles las modulaciones.

—¿Estás desencantado?

—¿No habría de estarlo? Pero no sé si esa es la palabra.

—Quizá cuando le veas...

—Se me pondrá, no digo la cara, que es obvio no tengo, pero sí el pensamiento, con ese aspecto de estúpido que caracteriza a todos esos que dicen haberlo visto ya. Qué lástima de gente. Pierden lo poco e importante que les quedaba: la capacidad de imaginar. Bueno, lo de imaginar tendría que explicarlo.

—Parece que ese problema no es inmediato, a juzgar por lo que se dice por ahí, y también deduzco que a ti no te ha llegado el turno.



—No, no me ha llegado mi turno. De todas formas, ni me hago ni puedo hacerme muchas ilusiones.

—Trata de pensar en que al fin te vas a encontrar con Él.

—Ya sé por qué lo dices. Pero aun así, ¿qué es la imaginación sin unos buenos sentidos que se movilizan, que se exciten, que te den la sensación de vivir lo que imaginas? Carecemos de sentidos, maldita sea.

—Eras un gran pintor, mientras tanto ¿no puedes imaginar un lienzo plétórico de colores?

—Sólo el negro, aunque recuerdo los colores

—Eras un gran músico, ¿no puedes imaginar bellas melodías?

—Sólo el silencio, aunque recuerdo bellas melodías.

—Eras un gran escritor, ¿no puedes imaginar bellas historias?

—Sólo cómo es Él, pero no diferente a como pensaba.

—¿Cómo crees que es Él?

—Ni idea.

—No te entiendo.

—Todos los que dicen haberlo visto ya, te dicen que lo han visto, pero no te explican cómo es o te dicen cosas que ya habías oído. Además, yo tampoco me lo imaginé en la vida.

—¿Por qué no te lo planteas?

—Ya, allá en la vida, me lo planteé muchas veces sin resultado. Pensé que los demás mentían o simplemente que estaba equivocados, que mi verdad era la única. Luego te mueres y compruebas que todo queda en esto. He

renunciado a imaginar, entre otras razones porque no se puede. Pero, eso de imaginar es un asunto complicado que no te voy a explicar.

—También estabas dotado de una mente científica, ¿cómo explicas todo esto a luz de tus experiencias?

—Ya te he dicho que he renunciado a imaginar, ¿no? Pues como podrás pensar, aquí no hay física, ni química, ni espacio, ni tiempo. Dicen que esto es lo que hay y nada más, antes o después de verle. En estas circunstancias es imposible aventurar postulados, hipótesis, reflexionar, en suma; lo que te decía al principio del encefalograma plano, de la falta de impulsos, de modulaciones del pensamiento.

—¿Para qué todo esto? Mejor la nada total.

—No me tientes. Él lo ha querido así, vete tú a saber cuáles son sus razones.

—De tus escritos se deducía que eras agnóstico.

—Ateo. Era ateo.

—Has dejado de serlo, por lo que aprecio.

—En absoluto. Allí negaba —y no daba alternativa — que las cosas fueran como otros las pintaban, y aquí nada hace pensar que yo estuviera equivocado. Ver para creer.

—Hablas de Él, luego admites su posible existencia.

—No veo, no oigo, no toco, por lo tanto no siento, y si tampoco imagino, es difícil que me pueda plantear su existencia. Cuando hablo de Él, utilizo las referencias que me dan otros. Algo parecido sucedía en la vida. Muchos hablaban de Él, de oídas, nadie le había visto.

—Podrías negarlas.

—Mira, amigo, el pensamiento por sí solo, no sirve para nada. Tendría que explicarme el porqué de todo esto, y ya te digo que ni me lo planteo; no vale la pena, en otras palabras.

—¿Por qué te parece que no vale la pena? Después de repetir que más allá de la muerte no había nada, el hecho de seguir pensando, comunicándonos, no deja de ser un gran portento de misterio, ¿no te parece?

—Me llevaría mucha explicación hacerte entender que detrás de tu suposición no hay en absoluto nada de qué sorprenderse. Terminarás aceptando que las cosas que no tienen sustancia, no son importantes. Te recomiendo que vagues por ahí sin hacerte preguntas y, más aun, no las hagas. Y ahora me voy de ti; eres un recién llegado, y, como todos, haces preguntas que no tienen respuesta, ni siquiera teórica.

—Ya comprendo. Allá en la vida los genios como tú no teníais empacho en explicar lo inexplicable. Aquí eso no vale, ¿verdad?

No, no vale. Y ahora me voy...

—Espera. No esperaba tan poca cosa de ti. Dame una prueba irrefutable de que eres Pablo Carto.

—No sé qué prueba podría darte. Casi todo de mí es sabido y alguien podría representarme fielmente. Resulta imposible descubrir aquí la impostura. Si pudieses volver a la vida, te confiaría un secreto que me llevé a la tumba y que aquí a nadie he contado. Sería la prueba irrefutable de que yo soy yo.

—¿Qué secreto es ese?

—De nada te vale, pero te lo voy a contar. Si como me haces suponer, fuiste un interesado por

mí, sabrás que allá en la vida nunca se supo dónde había nacido. Algunos países se disputaron lo que ellos llamaban el honor de contarme entre sus hijos predilectísimos. Yo nunca confesé la verdad, pues me consideraba hijo del universo, ya que el mundo para mí era incluso pequeño. Así morí. Pero la verdad de mi cuna yo la enterré para que la posteridad tuviese esa especie de privilegio, si ésta llegaba a la afortunada conclusión de que el mundo era demasiado pequeño como para parcelarlo e, incluso, luchar por su propiedad. Tonterías que uno en su vanidad trataba de cultivar, como ahora podrás comprender. Pues bien, todos los datos sobre mi nacimiento, lugar, mis progenitores y un manuscrito inédito de la que yo consideré mi mejor obra literaria, fueron ocultados a los escrutadores ojos de los vivos dentro de un cofre. El dicho cofre, de bronce, a prueba del desgaste del tiempo, fue enterrado, también a prueba de algún accidentado tropiezo humano, en la zanja de los cimientos de una catedral que a la sazón se comenzaba a construir en la ciudad de Zamora. Su ocultamiento duraría siglos, tantos como la misma catedral; quizá una era. Permanecería allí, posiblemente más allá de la semidestrucción de la raza humana. Si la Tierra resultaba de nuevo colonizada por el hombre, pocos vestigios de anteriores civilizaciones serían hallados. Algo así como sucedía con nuestros antepasados más remotos. Pero quizá se hallara el cofre de Pablo Carto y con él el testimonio literario más importante que había perdurado. También, claro está, esos datos sobre mi origen de los que antes

te hablaba.

—¿No quieres descubrirme el secreto de tu nacimiento?

—No se trata de querer o no querer. Tú no ibas a ser más que los demás. Ya te he dicho que a nadie he confiado mi secreto, no más de lo que acabo de contarte.

—Pues nada me has dicho que me asegure que eres Pablo Carto. Cualquiera podría haber montado esa fabulación.

—Razón tienes. Pero, dime: ¿sin la catedral, sin los sentidos de tu cuerpo, tú podrías verificarlo? Ya ves que no; por eso te decía que sólo si volvieras a la vida tendrías esa oportunidad.

—Una última pregunta: si no estoy equivocado, en tu tiempo nada se sabía de encefalogramas; tú lo has mencionado un par de veces, ¿cómo se explica?

—Mira, una de las cosas que se pueden hacer aquí es transmitirnos la sabiduría que cada uno alcanzó en la vida, pero repito, no sirve de gran cosa. Es una especie de nostalgia en la que caemos con frecuencia; hablar por hablar, en otras palabras. Adiós, no más preguntas.

—Escucha. No te vayas todavía. ¿Me oyes?... No contestas. Vuelvo a estar solo. ¿Qué puedo hacer?... Qué diferente sería mi vida si pudiese volver...

“Pero ese pensamiento, que no deseo, si me ajusto a la evidente falta de tal sensación en este lugar, no será posible que se realice; nadie volvió y yo no voy a ser la excepción. Mientras nada nuevo suceda, tendré que incorporarme a este pelotón de fantasmas que vagan por ahí

irredentos”.

“Y como no parece que exista duda de que a todos nos toca lo mismo, aprovechando la circunstancia de parecer que somos todos angelicales, voy a ver qué me dice mi gente, aquella con la que compartí algún jalón de mi vida, bueno o malo”.

“Dejo a mis padres donde están. Su aparente reconciliación me llega tarde. Sufrí por ellos y crecí de su tronco como una rama retorcida. Si por darme la vida debiera sentir por ellos agradecimiento, comprobado que eso aquí es imposible, como también es imposible sentir rencor por la vida que me dieron, no tengo nada que discutir con ellos, cosa, por otra parte, de la que ya fui privado cuando más lo necesité”.

“Dejo a los hombres y mujeres importantes, importantes por sus saberes, sus capacidades singulares, a tantos y a tantas como admiré y que habría dado un brazo por haber tenido la oportunidad de haber sido distinguido por su amistad. La amistad, ese sentimiento que nacía directamente del alma, decíamos, y que aquí ni alma tenemos, a juzgar por la falta de sentimientos. Porque con lo que nos queda, el pensamiento, sólo en relación con la capacidad de pensar, la memoria que permaneció en mí mientras viví ya no me proporciona la gratificante sensación del recuerdo. Y por delante, toda esa eternidad que a mi pensamiento ha sido dada, tampoco me permite la esperanza de alcanzar con ellos nuevos saberes que alimenten un alma que debí dejar atrás. Y digo alma para significar aquellos sentimientos que nacían de mí y también

de aquellos que eran provocados por las cosas externas. Y siendo las cosas como son, ¿qué me queda? ¿Qué puedo hacer, sólo con mi pensamiento? Este coma benévolo que me permite la consciencia pero no la sensibilidad no ya del cuerpo sino del alma, de ese alma, inmaterial y prodigiosa, principio vital que estremecía al cuerpo, cuando el cuerpo era incapaz de estremecer al alma”.

“Ni siquiera dispuesto a rememorar pasajes de mi vida, o el contacto mental con mi gente, me ha de proporcionar alegría”.

“Haré un recorrido por todos ellos. No siento curiosidad, algo que me pareció sentir con mis primeros encuentros, pero al menos tendremos de qué hablarnos, y no por aburrimiento, que tampoco es posible, sino porque con ellos mi pensamiento quizá pueda solazarse. ¿Es que ni siquiera eso? Tampoco, tampoco. El pensamiento se solaza con la imaginación y, según cuentan, ni imaginar puedo. Sin embargo, sí me parece percibir que junto al pensamiento, mi pensamiento, cabalga la nostalgia que me trae el recuerdo. Puede que a todos suceda, pues de ello habló Pablo Carto. ¿Será que este pensamiento eterno sólo viaja hacia atrás? Ciertamente era, al menos en la vida, pues hacia adelante se llamaba imaginación. Quizá Él nos ha dejado algo más que el pensamiento y yo llevo poco tiempo para haberlo descubierto. Quizá a lo que yo llamo nostalgia, se quede sólo en recuerdo desdibujado. Hasta ahora no he sentido esa sensación de melancolía, tristeza o pena por la vida que quedé atrás, así que sólo debe ser capacidad de

recordar quién fuiste, sin ninguna posibilidad de saber, a la postre, quién eres”.

“Y con todas estas disquisiciones de mi pensamiento, no siento vibrar ni una sola fibra de mi ser etéreo. ¿Qué fibra? Allá en la vida dábamos toda la importancia al espíritu y despreciábamos la materialidad de nuestro cuerpo. Hablábamos del alma inmortal y trascendente y del cuerpo corrupto, abocado a corromperse. Qué equivocados estábamos. Eran nuestras manos las que tocaban; eran nuestros ojos los que veían; era nuestra boca la que gustaba del beso y del manjar; era nuestro cuerpo entero el que sentía el amor. Y la sangre que el corazón bombeaba a nuestro cerebro la que nos hacía sentir la violencia, agradable unas veces, desagradable otras, de las sensaciones todas. Ese cuerpo que se nos ha negado permanezca junto con nuestro pensamiento, sólo Él se lo ha reservado para sí mismo. Cristo ascendió a los Cielos, se dijo, con su cuerpo, y ahora el gran significado del cuerpo queda patente. Y si Cristo y Él son una misma cosa, sólo Él tendrá el privilegio de sentir. Tendremos que esperar a que se cumpla lo prometido y que, en algún momento que él decida, nuestros cuerpos resuciten. Larga espera, por lo que aprecio, y que nadie de los que me he encontrado parece tener en cuenta. Todo es muy confuso y algo mejor sería si, al menos mientras esperamos, nos quedara la esperanza. Pero la esperanza se vuelve vana ante la eternidad”.

“Luis, Alfredo, mis buenos amigos, os tengo en mi pensamiento; ¿podéis comunicaros conmigo? Me precedisteis algunos años, ¿habéis conocido



algún detalle que me quisierais transmitir?”

—Hola, Manolo. Soy Alfredo. Atiendo a tu llamada.

—También yo estoy aquí; soy Luis.

—Una precisión: nos has llamado buenos amigos, supongo que sólo es un recuerdo, pues me confundiría que fuera un sentimiento.

—Y otra precisión. Preguntas si querríamos transmitirte algún detalle desconocido para ti. Pues no, no creo que quisiéramos, ¿verdad, tú?

—Así es: nosotros ni queríamos ni dejábamos de querer. Si tú has pensado en nosotros, habrá sido por eso de que te vino al pensamiento. Todavía no hemos comprendido bien el mecanismo. Así que ya ves.

—Ya entiendo. He aprendido que todos los verbos que expresan deseo, sentimiento, deben ser borrados de nuestro léxico, pero cuesta trabajo, así, de repente. Creo que habéis venido a mi pensamiento, aunque debo deciros que encuentro borrosa la frontera entre venir al pensamiento, como decís, y querer, como en este caso, que charlemos. Amigos, aunque ya no os sienta como tales, lo seréis siempre; es como una etiqueta indeleble que nos distingue, ya que amigos morimos y nunca renunciamos a nuestra amistad.

—Disquisición compleja, pero como todo esto es una paradoja, admitamos algunas expresiones, aunque aquí se han de interpretar como retóricas.

—Metafóricas.

—Como queráis; quiero decir que como penséis. Entonces hablemos como solíamos; siempre podremos utilizar, cuando surja la duda entre nosotros, la negación para expresar que no estamos de acuerdo. ¿Qué os parece todo esto?

—No está mal del todo, ¿verdad Alfredo?

—Hemos llegado a esa conclusión después de largos debates entre nosotros. Allá en la vida nos aterraba la nada después de la muerte. Pues ya ves: podemos pensar y comunicarnos; estar o no de acuerdo. Y lo más importante: nuestro pensamiento es eterno.

—Pero eso que dices parece llevar implícito un sentimiento.

—Alfredo se ha expresado mal y en eso aún diferimos. Porque si nos preguntas si estamos contentos, o simplemente conformes, los dos nos respondemos que nos da igual. Lo que pasa es que a nivel coloquial expresamos lo que hay, sin entrar en otros análisis.

—¿Habéis llegado a alguna conclusión sobre las motivaciones que ha podido tener Él para dejarnos así?

—Simples suposiciones. Él no existiría si no hubiese nadie que pensara en él. ¿O no?

—Quizá creó otros seres con más privilegios a su mayor gloria. Nuestra perplejidad viene de habernos creído lo que nos creímos y ahora comprobar el destino que había fijado para nosotros. Poca cosa, ciertamente.

—Sí, poca cosa. Quizá todo tenga sentido si se produce la resurrección anunciada de nuestros cuerpos.

—Ya había pensado en ello. ¿Nadie asegura que tal cosa se va a producir?

—Se comenta a nivel coloquial, pero nadie lo asegura y mucho menos lo espera.

—¿No tenéis nada especial que decirme?

—¿Yo? Nada. ¿A qué llamas tú algo especial?

—No sé. Algo que sepáis de Él.

—Volvemos a lo mismo. Aquí no es muy diferente a lo que sucedía en la vida. Allí se nos decía de mil formas cómo era, y cada uno, según sus circunstancias, se creía una cosa u otra. Pues aquí lo mismo. Los que dicen haberlo conocido, no es que lo cuentan de mil formas diferentes, es que no te dicen cómo es. Igual te sucederá a ti. Le digo a Luis que cuando nos llegue nuestro momento, debemos hacer un esfuerzo para contarnos cómo es. Si coincidimos en la descripción, será que existe; y si no coincidimos, será que todo es producto de nuestro pensamiento.

—Alfredo dice eso porque en la vida, tú lo sabes, no coincidíamos al imaginarlo. Y si tenemos en cuenta que aquí carecemos de imaginación, el pensamiento sólo puede coincidir con la realidad.

—Me habían dicho que todos coincidían, al menos en darse por convencidos.

—Es igual. Quiero decir que ese asunto, por el momento, nos da igual.

—Nos da igual, sí.

—¿Cómo pensáis pasar el tiempo?

—Como aquí no existe el tiempo, ni tampoco el deseo de hacer o de no hacer una cosa concreta, pues nos limitamos a pensar sin ton ni son.

—Qué estupidez.

—Una estupidez, sí.

—¿Nos vamos, Alfredo?

—No sé, ¿qué te parece?

—Nos vamos.

—Esperad.

—¿Deseas que nos quedemos?

—No es exactamente un deseo; es que todavía estoy pensando en vosotros.

—No es infalible atender a tu pensamiento. Puedes pensar, sí, pero algunas veces sólo podrás pensar en el pasado. Puedes pensar en hacernos alguna pregunta y contestarte tú por nosotros.

—Ya no sé si estáis o sólo sois producto de mi pensamiento.

—No podemos aclararte tal duda.

—¿Por qué os vais juntos y yo no voy con vosotros?

—Tampoco sabemos eso.

—Intenta acompañarnos.

—Estaba pensando, no he podido evitarlo, en algunas cosas que, allá en la vida, tuvieron que ver con vosotros; de forma indirecta, claro.

—¿Por qué indirecta?

—Porque, por una u otra razón, vosotros no os enterasteis. Me vienen al recuerdo con la misma nitidez que cuando, vivos, nos veíamos.

—¿Vale la pena que hablemos de ello?

—No, no vale la pena. Pero como lo estoy pensando, quizá si lo suelto ahora ya no volveré a pensarlo. Tengo que ir liberando a mi pensamiento de lastres recurrentes para pensar en cosas nuevas.

—Eso parece un deseo. Olvídate de pensar en cosas nuevas.

—Déjalo en un simple planteamiento de mi pensamiento.

—¿Qué vas a decirnos?

—Estoy pensando en ti, Luis. Eras un estúpido antes de venir aquí. Te empeñabas en invitarme a

quedarme en tu casa cuando viajaba a Madrid.

—¿Por eso era un estúpido?

—Espera. Deberías haberte dado cuenta que yo aprovechaba la menor ausencia tuya para quedarme con Matilde; quiero decir que nos íbamos a la cama a la menor ocasión. Y eras un estúpido, porque siempre pensé que lo sospechabas y no hacías nada por evitarlo.

—Pues te equivocas, Manolo. Efectivamente, yo lo sabía; por muy estúpido que uno sea, esas cosas no pasan desapercibidas cuando se hacen tan a las claras. Te explicaré lo que pasaba. Por mi cargo público no podía dar pábulo a ningún rumor. Por otra parte, de tu infiel uso de nuestra amistad, yo hacía un uso provechoso para mí. Por si no lo sabías, yo tenía una amiga, una íntima amiga. Me acostaba con ella, claro, y el que tú te acostaras con mi mujer, me evitaba problemas de conciencia.

—Podías haberlo hecho y también haber protegido tu honor.

—Cuando se pierde el honor por cosas así, aunque se suspenda el ultraje, ya no se recupera. Yo necesitaba que vosotros siguierais para justificar mi adulterio, de esa forma mi conciencia no sufría.

—Podíamos habernos puesto de acuerdo. Nuestra amistad era falsa, entonces.

—A veces la falsa amistad era un tácito convenio. Nos dábamos cuenta de que llamarnos amigos sólo era un convencionalismo, y sin embargo lo manteníamos como un convencionalismo utilitario. En fin, ¿qué tal te lo pasabas con mi mujer? Eras un follador empedernido y hacías honor a tu fama

de Don Juan.

—Me preguntas como si no te importara mi respuesta.

—No, no me importa. ¿Por qué me había de importar?

—Tienes razón; aquí ya no se da importancia a nada. Pues contestando a tu pregunta, he de decirte que tu mujer no me satisfacía en absoluto. Era bastante sosa en la cama y tampoco tenía un cuerpo que ni siquiera se pareciese a una buena muñeca hinchable. Quiero decir que a mi disposición las tenía mejores. Lo que pasaba era que tu mujer me hacía chantaje. No digo que la primera vez no aceptara de buen grado sus insinuaciones, pero cuando llegué a la conclusión de que no me interesaba lo más mínimo, ya me fue imposible negarme en las siguientes ocasiones a sus exigencias.

—¿Por qué?

— Porque me interesaba mantener tu amistad, llámese como se llame. Ella me amenazaba con decirte que la había seducido. Tú no me lo habrías perdonado y habrías roto de inmediato conmigo. Yo sacaba doble provecho de ti: utilizaba tu casa como un hotel en mis frecuentes viajes y también me ayudabas en lo de las concesiones de obras públicas. Claro que, por esto, tú también tenías tus compensaciones.

—Vaya miserable que eras.

—Sí, era un miserable. Si me hubieses dicho que a ti también te convenía, todo habría quedado entre buenos amigos que se ayudaban mutuamente.

—Sería por eso de guardar las apariencias.

—Sí, sería por eso.

—Pues yo estoy pensando que de haber sabido vuestras verdaderas intenciones, seguro que os habría mandado a freír espárragos. Vaya par de amigos.

—Chiss. Tú, Alfredo, nada tenías que ofrecer para que hubieses tenido derecho a considerarte defraudado. ¿Cuáles creías que eran nuestra intenciones? ¿Tú sabías lo de Luis con su amiguita y también lo mío con Matilde?

—Lo tuyo lo sabía por Matilde y lo de Luis por Luis. Los dos me hablaron de estar enamorados, que eran muy felices y que me lo contaban por tener ambos la necesidad de compartir el secreto. Yo quise creerlos y, no sin cierto escrúpulo, supedité mi obligación como amigo a presionarles con razones morales y de otro tipo; a solidarizarme con su estado de felicidad, en suma. Al fin y al cabo, si los cuatro erais felices, yo nada tenía que oponer, aunque, ya digo, mis escrúpulos me impulsaban a poner algún remedio a ese estado de cosas.

—¿Y por qué habrías de sentirte defraudado?

—Yo no he dicho tal cosa. Me utilizasteis. Nada más ofensivo para alguien que fingirle sentimientos nobles, como el amor, para que se enterneciera y les comprendiera.

—Eso es una gilipollez. Lo que pasaba era que a ti te gustaba Matilde, pues ella misma me lo dijo, y, aunque no sabía que te hubiese contado lo nuestro, ahora que lo cuentas, creo que tú pensaste que difícilmente tú podías meter cuña entre dos personas que suponías enamoradas.

—Muchos secretos a mis espaldas. Tú, Alfredo,

¿llegaste alguna vez a acostarte con mi mujer?  
—Sólo dos veces. Luego llegó éste. Pero lo mio fue amor.  
—Mira, eso Matilde no me lo contó. Buena razón era esa.  
— Bueno, ¿qué hacemos?  
—¿Podríamos llamar a Matilde para que se incorpore a nuestra charla?  
—Podríamos. ¿Creéis que puede aportar algo nuevo a nuestra conversación?  
—Pensad en ella para que se una a nosotros; así lo sabremos.  
—Hola, chicos. Reunión de pastores... ¿Cómo es que los tres a la vez habéis pensado en mí?  
—Matilde, hablábamos de nuestras cosas.  
—¿Y qué tengo yo que ver en vuestras cosas?  
—Tú formaste parte de nuestras cosas. ¿Nunca pensaste qué teníamos en la cabeza cada uno de nosotros con respecto a ti?  
—No lo pensé; lo sabía todo respecto a vosotros.  
—¿Qué quieres decir?  
—¿De qué queréis que os hable?  
—Querer, querer, no queremos nada. Habla de algo que nunca hayas dicho. Algún secretillo que te venga al pensamiento.  
—Veamos. Voy a empezar por mi marido. Tú, Luis, te casaste conmigo por mi dinero, lo demás fue la consecuencia de los papeles que cada uno desempeñamos en el teatro de la vida.  
—¿Por qué te casaste tú conmigo?  
—Es obvio que por tu posición. A una provinciana como a mí, adinerada y lista, sólo le convenía un alto cargo en la administración. En ese aspecto, las cosas no pudieron ir mejor: buenos negocios



hicimos, ¿eh? En lo demás, pues no podía funcionar, como es fácil comprender. Una tenía sus necesidades, y tú, entre tu desgana, que yo comprendía, y tu desahogo con la otra, pues, no cumplías. Tuve que buscármelas. Manolo fue la solución. Mataba dos pájaros de un tiro. Por una parte te castigaba con tu mejor amigo. Ya sabes: la venganza era placer, creo que de dioses. Y por otra parte, Manolo me traía el consuelo a casa. Me proporcionaba la intimidad necesaria. En mi condición de esposa de un alto funcionario, con tantos intereses en juego, no podía cometer el desliz de que mis cosas llegaran a ser de dominio público.

—¿Cómo supiste que te engañaba con otra?

—Alfredo me lo insinuó. Seguro que pretendía que nos separáramos. Yo tuve la certeza porque un día te seguí. Dijiste que ibas de viaje. En lugar de ir al aeropuerto te fuiste a otro lugar, ¿lo recuerdas?

—Sí que lo recuerdo.

—Pues eso. Ahora tú, Manolo. Yo sabía por qué lo hacías. Más de una vez me pediste que intercediera por ti, para que mi marido atendiera tus peticiones de concesiones. Lo hice en pago de tus favores, ¿entendido?

—Si sabías por qué lo hacía, ¿porqué no elegiste a Alfredo? Él dice que te quería.

—Alfredo creo que sí me amaba. Pero mi sentido común me decía que el amor a veces era ciego. Alfredo suponía un peligro para mis cálculos. No paraba de hacerme exigencias que no estaba en mi ánimo el satisfacerlas: que si deja a Luis, que cuando os divorciéis me caso contigo, etc. Tuve

que decirle que ya estaba enamorada de Manolo para que me dejara en paz.

—Allí el único que se salvaba era yo. Mi amor por ti era sincero. Todo lo que pretendía, lo hacía por un alto valor, como era el amor.

—Si lo dices ahora, empiezo a creerte de veras. Entonces sólo lo suponía. Pero, Alfredo, yo no te quería, no os quería a ninguno de los tres. En esas circunstancias, una mujer como yo atiende a otras prioridades. Por cierto, Alfredo, ¿te ha contado Manolo lo que te hizo?

—¿A mí personalmente? No, no me lo ha contado. ¿Qué me hizo?

—Que te cuente, que te cuente.

—Matilde debe referirse a aquel feo asunto de nuestros negocios. Matilde: Alfredo ya lo supo en su momento.

—Sí, Matilde, lo supe.

—¿Y que te parece?

—Fue una cabronada.

—Tienes razón, fue una cabronada. Pero no me odias por eso, ¿verdad?

—No, no te odio. Aquello quedó para mí zanjado.

—¿Aquí o allí?

—Allí, allí. Me compensé con creces de lo que me hiciste.

—¿Cómo?

—¿Te acuerdas de aquella hipoteca que no pudiste pagar?

—Sí.

—Pues detrás de tu acreedor estaba yo; él sólo era un hombre de paja. No tuve misericordia contigo a la menor ocasión en que te viste en dificultades económicas, y ordené que se

ejecutara. Tú perdiste una fortuna y yo la gané, eso fue todo.

—No pensé que fueras tan listo.

—Pues ya ves.

—Ya decía yo que no lo sabías todo.

—Bueno, ¿de qué hablamos?

—¿Sí, de qué hablamos?

—Pss. No se me ocurre nada.

—Quedaos así. Yo veré si puedo pensar en algo que no tenga que ver con vosotros.

—Está bien, Manolo.

“Vuelvo a pensar en otras cosas. El encuentro con mi gente no me ha aportado nada nuevo, salvo la confirmación de que aquí, verdaderamente, se carece de sentimientos. Ni ellos ni yo damos muestras de sentirnos ofendidos, molestos ante la cruda verdad que, como una manta de disimulo y mentira, había ocultado una amistad que habría parecido profunda. Los reproches no son tal, sólo pensamientos que se manifiestan exentos de frustración o ira, y que en la vida habrían sido motivo de enormes conflictos entre nosotros. No se qué podría ser mejor”.

“Y ahora estoy pensando en María. En la vida, mi encuentro con María había sido apasionado. La conocí cuando era joven. Era una joven hermosa, muy religiosa y pacata. En una apuesta, precisamente con Luis, propuse que me acostaría con ella. Luis aceptó la apuesta, pues era conocido que la joven había resultado inaccesible para otros que lo habían intentado. Se decía que su animo la conducía hacia los votos religiosos. Me costó cierto trabajo, pero al fin la seduje y, sí, terminé acostándome con ella. Ella se enamoró

perdidamente de mí, y por un tiempo se olvidó de la religión y sus estrictas normas en ciertas cuestiones. Quizá habría sido la mujer de mi vida, pero ella me rechazó. Cuando la rutina se había instalado entre nosotros, algo le debió pasar que empezó a tener remordimientos de conciencia. Me decía que no quería vivir en pecado y que ella debía atender a llamada de Dios, que la quería para su exclusivo servicio. Me fue imposible disuadirla y terminó marchándose de mi vida. Supe que se había metido a monja, y poco a poco me fui olvidando de ella. ¿Qué será de ella en este lugar? ¿Cuál será su pensamiento ahora? María, ¿estás por ahí?”

—Soy yo, la María que reclamas. Manolo, yo soy la María que anda en tu pensamiento.

—Hola, María. Ya ves dónde hemos ido a parar. ¿Qué piensas de todo esto? Te habrás sentido defraudada. Bueno, defraudada es un sentimiento. ¿Qué piensas?

—Pienso que ni yo, ni tú, ni nadie de los que por aquí estamos, hemos obtenido el perdón de Dios. Nuestros pecados nos han hecho merecedores de este estado, en el que Él se hurta a nuestro conocimiento por el tiempo que tardemos en redimirnos. Cuando eso suceda, seremos llamados a Él y podremos ya por toda una eternidad conocerlo.

—De verdad que esto que me dices es nuevo. Nadie parece ser de tu opinión.

—Yo tuve mi tiempo, excepto el mundano, dedicado a comprenderle. No es extraño que mi pensamiento lo tenga completamente claro ahora. Algunas cosas me han fallado, lo reconozco, pero

esta alternativa, más o menos como es, ya la contemplé entonces.

—Yo lo que creo es que tu pensamiento fue en excesivo inducido por la mística y no es capaz ahora de admitir la realidad.

—Me preguntaste qué pensaba y te lo he dicho, ¿algo más?

—Estoy pensando que tú y yo pudimos ser felices y nuestro amor hubiese agradado a Él más que la decisión que tomaste.

—Yo ya no te amaba cuando tomé esa decisión. Fue a partir de entonces que nuestra lascivia comenzó a torturarme y hacerme sentir en pecado. Te confesé esto último, pero no que había dejado de quererte.

—¿Por qué no me lo dijiste? Te habría comprendido.

—No quise herirte. Se lo pregunté a Dios y él me señaló que no debía decírtelo. ¿A que te resultó más llevadero el que no te lo dijera?

—Pues, sí, así fue.

—Un acto de caridad, eso fue lo que fue.

—¿Y piensas que la redención por tus pecados te llevará largo tiempo?

—Fueron pecados mortales. Mortales quería decir eternos. Pero también estaba el perdón de Dios, y yo creo que morí en su gracia, pues me arrepentí y sufrí de la penitencia; diez veces más de la que me impuso mi confesor, para que no le cupiera duda de mi arrepentimiento.

—¿Y por qué no te llama a su lado?

—Una cosa es el perdón y otra la culpa que nos estigma para siempre; bueno, quiero decir que ha de pasar mucho tiempo para que desaparezca. Él

nos llamará cuando hayamos alcanzado el estado de redimidos.

“He cortado con cierta brusquedad el diálogo con María apartándola de mi pensamiento. Su pensamiento fanatizado es irreductible, o eso me parece. Me estoy acordando de Pedro, el discípulo de Jesús, y que todavía paga por sus pecados, si acepto las tesis de María. No puede ser lo que María dice, aunque, quién sabe lo que en realidad nos esconde una eternidad que ahora se muestra tan confusa por la voluntad de Él”.

“Estoy ya convencido de que mi pensamiento, por más contactos mentales que realice, no habrá de sufrir modificaciones. El pensamiento de cada uno de nosotros, que ha trascendido a la muerte física del cuerpo, sigue una pauta en dos direcciones: en lo referente al recuerdo de nuestras vivencias, se muestra abierto a expresarse; en relación con Él, mantiene una ambigua posición entre las inducciones recibidas en la vida y la constatación de una situación oscura que, lejos de lo esperado, su completa aclaración se difiere a un momento del tiempo eterno”.

“Ahora que recuerdo. ¿Qué habrá sido de mi tocayo Manolo, mi arquitecto? Cuando vine aquí llevaba algún tiempo sin verle... Puede que ya la haya palmado. La última vez que le vi parecía estar ya en puertas. Qué vida la suya. Qué mala suerte. Un tío tan inteligente. Era la hostia. Apabullante. Sabía de todo; no le cabían ya las ideas en la cabeza. Parecía una enciclopedia hablante, aunque a algunos como a mí con las páginas mal ordenadas; su mente, brillante y cegadora, nos parecía a algunos una mente

perturbada. Era demasiado para él que con su inteligencia tuviera que admitir —porque seguro que eso era lo que su inteligencia le dictaba— que se iba a ir a la mierda del todo cuando su cuerpo ya no pudiera sostener su pensamiento. Nunca me creí aquella conversión súbita a la Religión Católica, cuando ya la pendiente de su vida se convirtió para él en casi una caída libre. Yo creo que estaba *cagao*, del miedo que tenía a la nada; de su impotencia para reconducir su situación personal. Seguramente adoptó esa postura estética por alguna falla en su analítico pensamiento. O quizá no. Como hablaba tanto, era difícil saber lo que pensaba. Decía que lo suyo no era puramente estético, sino que había llegado a esa conclusión tras un meditado proceso de exclusión de las demás posibilidades, incluida la nada. Ya comprendo: era su pensamiento eterno el que, en la medida en que el cuerpo le iba abandonando, empezaba a situarse en su nueva dimensión. Y si adoptó esa *creencia* en lugar de cualquier otra, sólo debió ser por cuestión de oportunidad. Debió intuir que había algo y sin esfuerzo se imaginó la tramoya”.

“Si ya estuviera por aquí, a buen seguro que su pensamiento habrá sufrido una descarga que lo habrá dejado en la mínima expresión, como al de todos. Allí, con su maltrecho cuerpo, parecía moverse en pos de un deseo permanente: ser único, ser poderoso, ser admirado. Compensaba así su desgracia física como diciéndose a sí mismo: *Mi cuerpo está mal hecho y de eso yo no soy responsable; yo sólo soy responsable de mi pensamiento, y ya que mi pensamiento y todas las*

*demás potencias que van unidas a él son extraordinarias, yo tengo que ser extraordinario en eso; no iba a pretender que qué bien si fuera guapo, alto y atlético. Si me hubiesen dado a elegir —no conocí a nadie que lo poseyera todo— entre ser inteligente como soy y un cuerpo bello pero sin seso o con poco seso, habría elegido lo primero, así que a conformarse y sacar partido de lo que tengo. Que no me tengan lástima, que me admiren y me teman; más que al bello Apolo y más que al poderoso Hércules.”*

“A fe que llegó a conseguirlo”.

“Noto que llevo tiempo pensando en él y no se presenta. Manolo. Sí, pienso en ti. ¿Has llegado ya?...No, no ha llegado. Puede que esté ocupado con alguien. Pero, antes nunca nadie me falló a mi invocación y se presentaron a la primera...Quizá está aún por venir, sujetando su vida con su poderoso pensamiento... He dicho sujetando su vida con su po...pensamiento...”.

“Bueno, pensaré en él en otra ocasión, aunque no espero nada nuevo”.

\*\*\*

Estaba yo divagando sobre esas y otras cuestiones, cuando mi pensamiento se fijó en una idea que no supe si encuadrarla en un proceso imaginativo del pensamiento. Era como una hipótesis. Comencé por pensar en la posibilidad de retornar al mundo de los vivos. Concentré mi pensamiento en el momento mismo de mi tránsito y pensé en no abandonar mi cuerpo, como había pensado que Manolo estaría haciendo. Volver hacia atrás y pensar en un pasaje concreto de mi



vida, era una de las pocas cosas a las que tenía acceso el pensamiento. Vamos a ver, me dije, “qué pasaría si en lugar de querer como quise que el último segundo de mi vida hiciera tic, ahora pensara en aquel instante y que mi corazón siguiera haciendo tic, tic, tic...” Concentré al máximo mi pensamiento. Pensé que mi corazón seguía haciendo tic, tic, tic. Tic, tic. Me pareció que mi pensamiento se instalaba en un órbita. Tic, tic. Luego saltaba a otra órbita. Tic, tic. Y luego a otra. Seguí pensando. Me pareció percibir una ligera atracción. Tic, tic. Y un punto luminoso. Tic, tic. Seguí saltando a otra órbita. Todas eran concéntricas. El punto luminoso se agrandaba; las órbitas no me alejaban, me acercaban a ese punto. Ya no estaba en una órbita, más bien parecía una espiral centrípeta que me acercaba más y más a un núcleo. Recuperé el deseo. Sí, era mi voluntad la que ordenaba, superpuesta a mi pensamiento. Me dije: “vamos, pensamiento, penetra en ese núcleo de luz y báñate en su energía...”

De nuevo todo se volvió oscuro por un tiempo, pero luego pude percibir algo que antes me había sido imposible: sentí mi cuerpo, percibí que la luz rompía las profundas tinieblas, escuché sonidos y una especie de angustia motivada por mi circunstancial impotencia física.

Y así sucedió. Como si aquel pensamiento, retornado a mi cuerpo, hubiera puesto en marcha todos sus mecanismos paralizados, quizá en reposo, poco a poco le fue devolviendo los sentidos que ven, que tocan, que gustan, que oyen los sonidos, que cuentan el tiempo que

transcurre entre sentir y sentir. ¡Estaba vivo!, ¿de nuevo?

Fue un milagro, dijeron. La medicina no archivaba un caso igual. Se me había dado por muerto y bien muerto; certificado médico, honras fúnebres, llantos y peticiones de una vida mejor allá en la otra vida se habrían sucedido. Cuarenta horas habían pasado. Faltaba poco. Cuarenta y ocho horas y habría sido incinerado, según mi voluntad de no dejar rastro por el que guiarse los gusanos necrófilos que habrían dado buena cuenta de mi inerte cuerpo. Todavía no fui yo en bastante tiempo. Los médicos quisieron estudiar mi cuerpo y descubrir aquel desconocido resorte que lo puso de nuevo en movimiento. Los psicólogos aventuraban hipótesis descabelladas, como aquella de que una concentración de psique, en algún lugar de mi cerebro, habría sido el desencadenante de la posterior reacción neural en cadena y sucesivamente la puesta en funcionamiento de todos los órganos internos de mi cuerpo. Estaba vivo, al menos esa era una certitud que mi pensamiento advertía con la colaboración de mis sentidos que lo constataban. Pensé en el otro lado, el lado oscuro, anodino, que creí haber vivido por unas horas y me pregunté si habría sido un sueño. No tuve respuesta concluyente, pero recordé aquel pensamiento que había tenido ante la tragedia irreversible, irremediable de un destino verdaderamente final, porque no había otro, y eterno porque era para siempre: "Qué diferente sería mi vida si pudiese volver".

Pues bien, ahora aquel pensamiento se hacía

voluntad: “qué diferente será mi vida a partir de ahora”. Ahora tenía la oportunidad de ser consecuente con una circunstancia personal y única, que por mor de lo desconocido, y que ni me importaba, había sido elegido como el primer ser que podía contarlo. En mi larga semincoscienza y no menos largo estado de percepción contemplativa —duró diez años— me planteé si, cuando me fuera posible, debía compartirlo y qué consecuencias tendría en una humanidad que se aferraba a diversas esperanzas, creando los mitos necesarios en los que sustentarlas. La conclusión a la que pronto llegué, fue que sería tachado de fabulador, de visionario o de impostura para sacar algún tipo de provecho. No tuve duda y rechacé, por el momento, hablar de mi *experiencia*. Muchas preguntas me hicieron. Me preguntaban de forma obsesiva, como si aquellos hombres sintieran el anhelo que cualquier hombre siente ante un gran descubrimiento que se vislumbra. A todas contesté que mi memoria dejó de registrar hechos o vivencias pocos minutos antes de mi *muerte*. Terminaron por aceptar mi respuesta como la lógica consecuencia de un cerebro que, por unas horas, había permanecido en estado de actividad suspendida. Pero las circunstancias especiales que en mí habían concurrido, particularmente la larga duración, sin que pudiesen registrar actividad alguna en mi cerebro y la posterior recuperación de actividad vital, hizo que los médicos, los científicos en general, se enzarzaron en debates interminables, sin ningún resultado, ni siquiera a nivel de hipótesis medianamente compartida; los demás, los que no ahondaron en

el fenómeno, simplemente creyeron que mi caso sólo tenía explicación entendiéndolo como un coma profundo, tan profundo que los sensores mecánico—científicos de la vida a disposición de la medicina no habían podido dejarlo patente; en otras palabras, que yo no había muerto del todo. No podía ser otra cosa, aunque no lo dejaron zanjado del todo y yo presentí alguna actividad extraña en torno a mí durante todo el tiempo que siguió.

Pero debo retornar al orden en el que las cosas sucedieron.

Diez años de convalecencia de un cuerpo que poco a poco recuperaba sus sentidos, sus sensaciones, sus movimientos, al impulso de la órdenes de un pensamiento musculado en el continuo entrenamiento, alguien podría decir que eran diez años de vida perdidos, y no era así. Puedo asegurar que esos diez años de inmovilidad obligada fueron para mí como un largo renacer a la vida. Desde el instante en que me sentí vivo, la vida fue un continuo abrir ventanas por las que me fue dado conocer las mismas cosas que un niño conoce desde el momento que nace. Al principio carecía de memoria, por lo que tuve que abrir un archivo nuevo y virgen de impresiones. Carecía de juicio y criterio, por lo que no podía analizar ninguna cosa, ningún suceso, con la única herramienta posible: la experiencia. Mis sentidos, dormidos o muertos, fueron poco a poco despertando y transmitiendome sensaciones: la luz en contraste con la oscuridad, luego los colores, los aromas esenciales que me complacían o me desagradaban, la materialidad

de las cosas y sus texturas, el gusto por los sabores. Y a través de mi nuevo y elemental archivo de la memoria que se iba acumulando, surgió una nueva capacidad: mi actitud y disposición ante las sensaciones, aceptándolas o rechazándolas, reclamándolas o ignorándolas, en ocasiones sufriendolas a mi pesar. De esa actitud continuada me surgió nueva la afición o inclinación por ciertos colores, olores, manjares, sonidos, ciertas texturas en contacto con mi piel. Cultivé mi sensibilidad hacia las cosas bellas, distinguiéndolas y valorándolas. Todo en aquel mundo limitado pero intenso del que yo extraía todas sus capacidades.

Todo esto me llevó un largo tiempo, tanto como pasar por una nueva infancia. Pero al contrario de una infancia auténtica, me hice mayor de repente. Fue cuando un día comenzaron a abrirse paso los recuerdos de toda una vida anterior a mi extraña experiencia.

En mis interminables días de convalecencia, me afané en perfilar los planes sobre cómo habría de ser aquella vida que yo me había propuesto sería diferente. Pero antes debería comprobar por mí mismo que de verdad yo había muerto, había comprobado lo que era la otra vida, si así llamarse podía, y había resucitado. Recordé el secreto que Pablo Carto me había confiado. Si podía comprobarlo, habría de ser la prueba determinante de la primera singularidad que suponía haber retornado a la vida después de una muerte real y verdadera. Yo lo daría por evidencia cierta y nadie lo discutiría. Tenía que verificarlo, pues. No sabía cómo, pero, cuando las fuerzas

me lo permitieran, sería lo primero que debería hacer, pues todo lo que hiciera después tendría sentido, sentido para mí, que era lo que en definitiva me importaba en aquel instante.

Y como mientras tanto otra cosa no podía hacer que pensar y algo más maravilloso todavía, y que en el otro lado era imposible, que era imaginar, a pensar e imaginar me dediqué hasta con cierta pasión enfebrecida. Todos los minutos eran importantes. Aquí los relojes del tiempo volvían a ser inexorables verdugos que contaban el tic-tac de tus pasos por la vida y que te acercaban al cadalso en el que la dama negra de la muerte te esperaba. Cada paso, irreversible, tenía que ser dado con firmeza, dejando impresa una cierta huella, más o menos profunda, pero huella al fin, para que el tiempo vivido no fuera inútil.

Para tener una perspectiva de cómo habría de ser ese cambio que me proponía afrontar, empecé por recordar mi juventud, lo que fue y lo que pudo ser. Tenía el sentimiento de haberla dilapidado, sentimiento experimentado antes de mi muerte, pero sentimiento resignado. Recordé cuál fue mi actitud, entonces. Pasé demasiado tiempo esperando la ocasión propicia o, lo que fue peor, difiriendo ciertos logros o anhelos a una edad que yo fijé en cuando fuera mayor. En las nuevas circunstancias que ahora vivía, veía diáfanos muchas tomas de posición que antes pudieron pasar desapercibidos, cobardemente relegados o simplemente no contemplados. Mi memoria quiso, no sé si por azar, fijarse en un suceso que muy bien pudo marcar mi futuro, si yo hubiese hecho lo que no hice, lo que no pude o lo

que no quise. Y es que, a partir de entonces, me descubrí a mí mismo con disgusto. Debería andar por los quince años. Pertenece a una familia media, económicamente acomodada. Parece ser que tal circunstancia se la debíamos a mi padre, un hombre forzado, muy trabajador, muy emprendedor y muy autoritario. Recordé, y aun sentí cierta congoja, que mi padre trataba muy mal a mi madre, una mujer no muy agraciada, según ahora puedo percibir rememorando su imagen. También era poquita cosa de carácter. No se me alcanzan las razones por las que mi padre se portaba así con ella, pues siempre procuraba que nosotros, mis hermanos y yo, siempre estuviéramos ausentes, bien porque lo estábamos o por que mi padre nos mandaba salir de casa cuando su cólera le pedía descargar su furia contra mi madre. Pero no había sido necesario estar presente para comprobar los efectos: cuando tal sucedía, los ojos enrojecidos de mi madre, su cara angustiada y medrosa, denotaba de forma clara el sufrimiento que mi padre le acababa de infligir. Ella procuraba ocultarlo sin mucho éxito. Mis dos hermanos, más pequeños que yo, asistían mudos, también medrosos, a la ceremonia de mirar a nuestra madre con los ojos preñados de lágrimas. Yo no. Yo me encerraba en mi cuarto a odiar a mi padre y temerlo, engarrotadas las manos, fijando en ellas mi impotencia. Pero yo un día sí estaba en casa. Estaba en mi cuarto, porque no había tenido clase aquella tarde. Mi padre llegó, pude oírlo, y acto seguido comencé a oír grandes voces, llamar puta a mi madre, restallar de algún instrumento, un

palo quizá, sobre la mesa de la cocina, luego sobre algún cuerpo, con un golpe que se traducía en un sonido indefinible seguido de un lamento: era mi madre que gemía de dolor. Y así por un tiempo que a mi me pareció eterno. Recuerdo que un pensamiento pasó fugaz por mi mente y que abrí un cajón de mi escritorio. Allí estaba lo que mi impulso buscaba: un cuchillo de monte, de grandes dimensiones. Lo solía llevar cuando iba de acampada y estaba orgulloso de tenerlo. Lo cogí con la furia de una decisión que exudaba toda mi piel, y tenso, como un animal salvaje ante su presa o su enemigo, me fui hacia la puerta con un único pensamiento: defender a mi madre, insultar a mi padre, no lo sé. Pero en el pasillo me paré después de unos pasos cortos, indecisos. No puedo precisar qué me hizo desistir. Volví por mis pasos y me encerré en mi cuarto. Me eché boca abajo en mi cama y me puse a llorar. Nunca volví a mirar de frente a mi padre. Quizá porque ya su superioridad inhibió mi autoestima para siempre, dejando en su lugar un orgullo convulsivo, casi irracional, que, lejos de servirme, más de una ocasión me creó un sentimiento de frustración. Y eso fue todo lo que pensé; bueno, no todo, luego también pensé que debí matarlo, pero eso ya sólo fue un estéril pensamiento. Pensé que, después de mi experiencia, nada establecido como normas de conducta tenía sentido y que el hombre no debió de apartarse de sus impulsos puramente animales. La pregunta que me hice fue: ¿qué situación viviría la humanidad en este caso? ¿Sería, acaso, la de cualquier especie que poblaba la Tierra? ¿Más o



menos avanzada que una tribu de monos, un hormiguero? Y también: ¿qué sentido tenía que la humanidad se afanase en alcanzar cotas de privilegio frente a los demás seres vivos, incluso entre los de la misma especie? Y también: si mi experiencia fuera dada a conocer, la probara de forma irrefutable y terminara asumiéndose por todos, ¿cambiarían las normas de conducta, casi todas de autoprotección, que la humanidad arbitraba? ¿Y las de los que tomaban como guía los postulados trascendentes de un dios que, supuestamente, les enseñó lo que era el bien y el mal y lo que le agradaba que el hombre hiciera? Pero en este sistemático pensamiento, un eslabón pareció no encajar: había entre los hombres quienes se consideraban no creyentes en una vida trascendente. La lógica debería haber impuesto que estos seres se hubiesen comportado siguiendo una conducta puramente instintiva, y no había sido así, ¿por qué?...

Pero, ¿por qué me hacía todas esas reflexiones, que jamás habían pasado antes por mi cabeza, cuando desde mi privilegiado conocimiento no debía ni siquiera planteármelas? Todo lo pensado hasta entonces por el hombre era estéril. Todo lo que yo pensaba era estéril, pero yo seguía pensando. Estaba formado por una dualidad interactiva; mi pensamiento y mi cuerpo, juntos. Cuando mi pensamiento y mi cuerpo se dissociaban, ninguna de las partes era nada. Era un ser vivo que, además de pensamiento, disponía de sentidos que se estimulaban con él y ambos producían cambios en mi entorno. Esos cambios algunas veces me proporcionaban dolor,

otras placer, y con mis propios recursos, si andaba con cuidado, sabía dónde encontrar el placer y cómo evitar el dolor, ¿qué más necesitaba? ¿Necesitaba saber qué era el pensamiento y por qué trascendía a mi muerte física? Aquí habría debido sentirme perplejo. Di por evidente que todo lo dicho hasta entonces tendría que ser revisado. Ante los misterios, y este parecía seguir siéndolo para mí, yo me preguntaba qué significado tenía mi existencia física, limitada en el tiempo, y por qué mi pensamiento había de ser eterno, aunque ese pensamiento, sin el cuerpo, quedase limitado a compartir la nostalgia del recuerdo de una vida y esa especie de nirvana que proporcionaba la final y eterna contemplación de Él. Complejo asunto para el que no encontré respuesta y dudé que alguien la pudiera dar si hubiese pasado por mi experiencia. ¿Debería, en consecuencia, intentar vivir, o mejor, disponer de mi cuerpo vivo en tanto que me proporcionase sensaciones? ¿Utilizar mi pensamiento como herramienta a su servicio y dejar que las cosas fuesen como parecían ser, sin intentar comprenderlas? Un animal con su pensamiento, porque ya no dudaba que lo tenía, no se lo planteaba, una planta no se lo planteaba, el cosmos no se lo planteaba, ni siquiera un patán se lo planteaba. O quizá sí y yo no había alcanzado a saberlo. Era un ejercicio inútil del pensamiento que no llevaba a ninguna parte, pero que, por más que lo intentaba, no podía evitar. Todos esos que había hecho del pensamiento el instrumento con el que imaginaron una gloria diferida, se habrían dejado de tanta monserga

transcendente si hubiesen pasado por mi experiencia. Quizá, como yo, siguieran formulando estériles hipótesis. Porque, ahora, nada parecía digno de colocarle la etiqueta de trascendente. Lo único real era que la gloria la teníamos entre nosotros, aquí. Expresión muy repetida por algunos, pero muy pocos, incluso entre estos, consecuentes con esa afirmación. Y es que había un sol que acariciaba y vivificaba. La noche que nos permitía ser iguales, soñar y tender un velo que protegía nuestra intimidad. Y un amanecer nuevo, preludio de sucesos nuevos. Podíamos amar y ser amados. La belleza de las cosas, de los sonidos y de los colores; las historias que nos conmovían, la poesía y la música que elevaban nuestro ánimo; un paisaje, un árbol o una flor que daban amable espacio a nuestra existencia; comer, beber, un buen lecho, una casa propia en la que el sol y la lluvia que caen sobre ella también los sientas como tuyos. Tantas y tantas cosas eran la gloria a nuestro alcance, que la dejábamos pasar desapercibida mientras pensábamos en otra gloria que no habría de existir. Y es que la inercia de la vida, en el cómodo colchón de los pensamientos inútiles, era una pendiente rápida que no nos dejaba mirar al lado. Esas cosas estaban ahí, sólo teníamos que esforzarnos en arribar a la orilla donde se remansaban las aguas, mojarnos hasta la cintura para que nuestro cerebro se descargase de la sangre que cegaba nuestro entendimiento y pisar tierra firme; un prado verde en el que tumbarnos para mirar la grandes y pequeñas cosas del universo todo, tan desconocido para nosotros

como el pequeño que nos sostenía, pero ambos capaz de ser comprendidos, si nos limitábamos a la percepción de las cosas, a sentirlas, a disfrutarlas, y no a explicarlas. Y no explicarlas, y no explicarlas... Esa era la vida que me pareció querer vivir.

Todo eso que yo pensé, parecía prometerme un gran cambio ante la vida, pero sólo si, para que mi pensamiento no fuera inútil, todo mi yo se comportaba en la coherencia derivable.

De mi larga convalecencia, pocos hechos tan notables como los largos períodos de ensimismamiento en que se sumía mi pensamiento, pero, con fortuna para mí, siempre acompañado de esa dama plena de ofrendas para mi gozo que era la imaginación. La imaginación, que para que no te eclipsara la mente, debía ir siempre acompañando al pensamiento y no suplantarle, como había leído en alguna parte; los dos se necesitaban como dos enamorados. Y así, mi pensamiento, de la mano de mi imaginación, se proyectaba al pasado y, sin detenerse en el presente donde, en mis circunstancias, todo era imposible para mí, me transportaba al futuro como un vehículo que viajaba por el éter atrapando sensaciones que yo disfrutaba, obligado como estaba a la ausencia de cosas materiales.

Más de una vez, sin embargo, la imaginación, mi imaginación, que no mi pensamiento, a quien a veces esquivaba, vino en mi ayuda para lo que siendo un acto puerco, se convirtiera en el placer sublime de encontrarte con un cuerpo al que deseaba poseer por su belleza, infinitamente más

placentero que masturbarme con una masa informe que cobijaba mi pene; aquella lasciva y horrible enfermera, que cuando me manipulaba, yo, cerrando los ojos, la imaginaba con todos los encantos que la naturaleza podía haber dado a una mujer. Tal era así, que la placentera sensación se prolongaba en mis sueños. Pero esta ensoñación, en la que prescindía de mi reflexivo pensamiento, me dejaba más tarde un sentimiento de asco del que no podía librarme en bastante tiempo.

Los registros de la memoria vieja fueron sustituyendo a la nueva memoria infantil y sorprendida y comencé a tener sensaciones nuevas y contradictorias. Una de estas sensaciones fue bastante desagradable: la percepción de mi propio estado físico, casi vegetativo, consecuencia de aquel terrible accidente, y la preocupación por mi recuperación. Las imágenes de mi primera juventud y las de la madurez de mis cuarenta años, cuando fueron interrumpidos por aquel viaje de ida y vuelta, me hicieron temer que mi pensamiento no fuera tan potente que pudiese volver mi cuerpo a la normalidad. Porque yo estaba persuadido que debía ser mi pensamiento el que movía mi cuerpo. Pronto me di cuenta de que mi recuperación no dependía sólo de mí; muchos seres a mi lado se afanaban por conseguir que, lo que ellos llamaban milagro, fuese completo. Debía ser para ellos un caso de los llamados clínicos y que significaba todo un reto para la ciencia. Unas mujeres me atendían solícitas y yo, al principio, lo confundí con solidaridad, sintiendo por ellas un extraño

afecto o gratitud. Más tarde conocí que lo hacían por obligación, pues llegada una hora se marchaban y eran sustituidas por otras; mis preferidas no solían estar cuando las necesitaba y pensé que venían cuando ellas tenían que venir.

Vuelvo al caso especial de una de aquellas mujeres que, además de cuidarme, contribuyó en las largas noches a mi nuevo despertar al sexo. También con ella vinieron a mi recuerdo las imágenes de las mujeres bellas que había poseído en mi vida anterior, y con mis ojos cerrados me trasporté a sus cuerpos. De aquel sentimiento que en mi memoria se llamaba amor, nunca, en aquel lugar, tuve una nueva experiencia que me hiciera sentirlo. Tampoco recuperé la capacidad de amar a quién antes creía haber amado, y deduje que la imaginación, por sí sola, era incapaz de traerme otras sensaciones que no fueran un cierto placer físico.

Pero también vivía un pensamiento de contradicciones. Recordaba nítidas las personas con las que había dialogado de forma tan peculiar en la otra *vida*: un rey, San Pedro, Pablo Carto, Sebastián, Luis, Alfredo, Matilde, Luisa y María, además de mis padres. La gran contradicción era que todas esas personas ahora estaban vivas, menos, obviamente, y que para que lo contrario no alcanzara la cota de lo absurdo, San Pedro y Pablo Carto, uno del principio de nuestra era y otro nada menos que del siglo doce, como, de forma indirecta, luego pude comprobar al averiguar la fecha de la construcción de la catedral. De las que yo recordaba muertas y ahora aparecían vivas, no debía haber duda, ya que

algunas me visitaron con frecuencia y de otras lo deduje, pues en alguna ocasión se habló de ellas. Y esto no pertenecía al terreno de lo absurdo, sólo era contradictorio con mi pensamiento.

Celoso de mi experiencia, e inseguro de mis percepciones, no quise que me tacharan de loco. Por eso, cuando pude articular palabras, no comenté enseguida lo que yo suponía me había pasado, lo que allí había podido conocer, ni siquiera con alguno de aquellos íntimos personajes que me visitaron en la clínica.

Pero mi pensamiento siempre intentaba reconciliarse con la racionalidad. Por alguna extraña razón, mis pensamientos contradictorios se mezclaban. De la perplejidad pasé al análisis y del análisis configuré una hipótesis fantástica: ¿como consecuencia de mi accidente, mi pensamiento habría dejado temporalmente mi cuerpo para viajar en el tiempo e instalarse en un futuro en el que todos nosotros habríamos de estar muertos? Volví a recordar, como una obsesión, a Pablo Carto. Repasé todos los registros de mi memoria sobre el personaje y no encontré a ningún Pablo Carto, ni a nadie con otro nombre que yo hubiese leído o escuchado y que hubiese causado en mí la admiración que había manifestado tener antes de aquel encuentro. Tampoco nadie de los grandes hombres, de los que tenía conocimiento, yo había leído o escuchado que hubiese dejado a la humanidad en el desconocimiento de su origen. Pensé en Colón, pero este personaje no se correspondía con el Pablo Carto que yo había configurado en mi percepción extracorpórea. Ante tal contradicción,

volví al análisis de la mano de la incertidumbre. Quizá yo no sabía todo sobre los grandes hombres que en el mundo habían sido; quizá el tal Pablo Carto había existido y yo había vivido otras existencias, que para mi pensamiento liberado, todas las experiencias fluían intemporales y ubicuas; quizá sólo había sido un sueño que todo lo explicaba. La constatación de la existencia de Pablo Carto la obtendría si pudiese encontrar su cofre, pero, por más que le daba vueltas a cómo poder hurgar en las entrañas de aquella catedral, no encontraba soluciones viables.

Ante la inutilidad de mi pensamiento para encontrar soluciones, lo desprecié de momento y me imaginé que compraba una casa cercana a la catedral y dedicaba todo el tiempo y esfuerzos a escavar un túnel que me llevaba a sus cimientos. Era esa una forma progresiva de acercarme a la verdad. Pero sólo era imaginación; mi pensamiento se resistía a ser suplantado por mi imaginación. Lo deseché por imposible; los problemas técnicos serían insalvables para una sola persona que pretendiera tal empresa en secreto. Pensé en hacer pública mi experiencia. Si el tal Pablo Carto había existido, la humanidad presionaría para constatar un hecho tan trascendente para ella y sacrificaría una catedral por un consenso casi universal, no por el hecho de sacar a la luz el preciado legado de Pablo Carto, sino por conocer su futuro más allá de la muerte individual de sus miembros. Pero, ¿quién me iba a creer? Y si me creían, ¿tendría la humanidad deseos de acabar con sus mitos, creencias o, incluso, sus descreimientos? Los



poderes públicos, los religiosos, ¿estarían de acuerdo en aclarar el misterio del destino eterno y en asumir las consecuencias que este conocimiento habría indudablemente que tener para el orden mundial? Por todos estos análisis, pronto deseché la posibilidad de que el misterioso Pablo Carto fuera a despejar mis dudas. Sin embargo, nada más importante en el regalo de vida que me había sido concedido, que tener la posibilidad de conocer con certeza mi destino, por muy anodino que éste prometía ser.

Tuve muchos momentos de depresiva actitud ante la mucha impotencia que sentía en mi soledad. Era la consecuencia de que mis pensamientos volvían a ser inútiles, pues, lejos de proyectarse buscando el encuentro con las cosas, parecían fuegos artificiales que iluminaban por un instante la oscuridad, volviéndose luego esa oscuridad más absoluta y desesperanzada.

Pensé en María, la única que había parecido comprender el significado de aquel estado, y cómo lo había conseguido. Pensando en Él, María había llegado a conocerle; bueno, a conocerle, no exactamente, pero sí a aceptar aquella alternativa que nadie más comprendía. Entonces pensé en Él y quise comprenderle. Hasta le hice una estúpida poesía que después de releída me hizo sentirme mal y rasgué en mil pedazos el papel donde la había escrito con un sinfín de enmiendas. Más o menos venía a decir así:

*No permitas que mi fe muerta  
hiera más mi alma dolorida  
y como luz que cierre esa herida  
haz el milagro y descorre la puerta.*

*¿Qué he hecho yo que de tu existencia incierta  
no me quede que la huida?*

*Ya no es duda ni tampoco herida  
es tan sólo esperanza muerta.*

Pero Él, el de la alternativa de María, el de mi posible y real experiencia, me pareció que nos estimaba bien poco, si ése, el que yo creía haber vivido, era el destino que nos reservaba. Muchos, muchísimos de nosotros, habíamos configurado nuestras vidas, bien a su servicio, bien en su respeto, bien anhelantes ante su ira o amor y consecuente premio o castigo, imaginándonos infiernos varios y glorias sin concretar como premio o castigo. El conocimiento de una realidad, tan distinta, habría permitido que la humanidad se hubiese guiado por otros resortes, como los instintos, quizá; no sé si para mejor a para peor, pero sus comportamientos habrían sido diferentes sin el peso de su justicia. Una vez más, sólo era pensamiento. Y terminé apartándole de mis preocupaciones inmediatas, aunque tardé en cerrar la ventana en aquel dilema que tanto quebranto me causó en mi ánimo, pues nada más inútil que mi *viaje*, si como todos los viajes, y éste en especial, no ampliaba la percepción de mi vida. En su lugar, una ventana nueva se abrió a mi percepción, por la que Sebastián, Luis, Alfredo, Matilde, Luisa, María y mis padres entraron en tropel confuso. Tal fue, que me aferré a ellos sin al principio comprender qué significado tenían para mi propósito. Los había visto —a algunos de ellos— desfilan por la cabecera de mi lecho y sin que nada me dijeran que no fuera sumirme en mayor perplejidad. Al principio sólo los veía como

fantasmas que me traían sus duelos o afables cumplidos en sus deseos por mi pronta recuperación. Luego, cuando el tiempo se hizo terriblemente monótono para ellos, espaciaron la frecuencia de sus visitas, incluidos mis padres, y yo sentí la soledad de un yo inerme.

Lo contaré hasta la fatiga o el fastidio que se siente ante lo inesperado que se reitera machaconamente.

Un hecho sorprendente en torno a mi familia confundió mi percepción de forma extraña, y que, incapaz de explicármelo, terminé por abandonarlo y excluirlo de mi análisis. Ahora no recordaba que tuviera hermanos. Motivo de perplejidad para mí, al no concordar mi memoria con mi pensamiento, pues en mi pensamiento yo tenía dos hermanos, menores que yo, con los que había compartido mi primera juventud. Esa ventana en la que mi pensamiento no encontraba como aliada a mi memoria, no fue una simple anécdota. De forma sucesiva fue arrojando incoherencias sobre oscuros compartimentos de mi entendimiento, que a renglón seguido se hacía preguntas, cada vez más concisas y nítidas, pero siempre quedándose en la inconcreción; no iban acompañadas de las correspondientes concisas y nítidas respuestas, todo lo contrario: desdeñaba procurarme respuestas.

Pero mi inútil pensamiento no se daba por vencido. Las increíbles confesiones que había escuchado sólo se habían producido en aquel lugar de tinieblas. Si ahora las utilizaba de forma conveniente, pensé, podría llegar a la conclusión o conclusiones siguientes: si esas confesiones yo

conseguía verificarlas en sus contenidos, ¿sería la prueba palpable de que yo había estado allí? Y la conclusión contraria: si no se verificaban, ¿podía desechar la idea de que yo había pasado por esa experiencia? Deduje que, al menos, la duda terrible que ahora me atormentaba, pasaría a ser una duda con la que podía convivir plácidamente toda la vida. Volvería a ser el ser intrascendente que siempre fui. Volvería a ser el que fui, sujeto a las dudas habituales que el hombre se planteaba sobre su existencia y a la displicencia con la que ese asunto era, a la postre, considerado por los seres humanos. Pero esto, que pudiera ser considerado una razonable conclusión, era sólo pensamiento, que parecía reclamar para sí todo el protagonismo, como si sólo quisiera ser pensamiento cuando el hombre se hunde en sus limitaciones y que, inevitablemente, sólo te proporciona la certeza de tu limitación.

Tenía, sin embargo, la oportunidad de que mi pensamiento dejara de ser inútil, y me propuse intentarlo.

¿Cómo conseguir que esas personas me abrieran su alma dejando al desnudo sus miserias? ¿Podría sosegar mis urgencias hasta que estuviera totalmente restablecido y luego comprobar qué verdad era la que se sostenía al margen del pensamiento? Pensé que no, pero me resistí. Podía aprovechar la menor ocasión para provocar el desconcierto de mis supuestos amigos. Y si era lo suficientemente sutil, que ellos no se diesen cuenta de una intención preestablecida por mi parte, reaccionarían confusos, sorprendidos de haber sido

descubiertos. Las manifestaciones que siguieran deberían ser analizadas por mí con total objetividad, de forma que, descartando la ambigüedad, pudiese concluir positiva o negativamente a la pregunta clave: ¿había o no había estado allí?

Como los que más frecuentaban las visitas eran mis padres, fueron ellos los que primero se situaron en mi campo de experimentación. Los elementos que yo debía manipular no eran homogéneos. Mis padres, por ejemplo, al contrario que los otros, allí se habían comportado de una forma extraña para mí. Muertos, se suponía que sus espíritus, liberados de las cadenas de las conveniencias, abrían divergido. Extraño que estuviesen juntos —juntitos, dijo mi madre— y al parecer en amorosa compañía, y si no amorosa, sí como un todo inseparable, sin cuya circunstancia no se entiende. Desde luego no mencionaron nada que explicara los malos tratos que mi padre había infligido a mi madre. Debió haber un motivo que no pude conocer ni antes ni después, aunque ningún motivo justificaba a mi padre en su comportamiento, y yo seguía odiándolo por eso. ¿Qué podía sacar de ellos? Quizá ellos creían que yo no lo sabía y habían pactado, por mí y por mis hermanos, nunca hacer patentes sus diferencias y la necesidad de explicaciones posteriores. Mis hermanos, ¿qué hermanos? Aquí no había hermanos, al parecer y según mi memoria. Ahora estaba empezando a pensar si no sería hijo único. Mis hermanitos, los que yo creía imaginar con los ojos enrojecidos por las lágrimas, no existían más que en mi

pensamiento, o en mi imaginación, separadamente, de lo contrario, y para refrescar mi memoria, habrían venido a verme o se habrían interesado por mi estado.

Puse a mis padres ante la primera prueba, que no se relacionaba con mi propósito principal, y que obedecía a mi curiosidad por despejar aquel enigma.

Yo hablaba poco con ellos; todavía tenía cierta dificultad para articular palabras y me cansaba pronto el ejercicio de transmitir mis pensamientos. Pedía cosas por sus sustantivos y afirmaba o negaba con un sí o un no.

Mis padres, en esta ocasión, estaban como solían, sentados al lado de mi cama. Por no sufrir de sus imágenes fantasmales, había mantenido cerrados mis ojos. Mi madre de vez en cuando me arropaba sin que fuera necesario, pues más sofoco me daba que me quitaba el frío. Me daba agua cuando decía agua o llamaba a la enfermera cuando decía enfermera. Ya había transcurrido una hora, y medio sentado como estaba en mi cama articulada, hice un supremo esfuerzo en pos de mi pergeñada estrategia y volví mi cabeza hacia ellos. Los miré fijamente por primera vez. Ellos me miraron. No los reconocí. La que se presentaba como mi madre, con unos sesenta años, me pareció que su cara conservaba aún ciertos rasgos de belleza pretérita y su cuerpo también los vestigios de una espléndida esbeltez. Era evidente que aquella mujer no era la mujer que yo archivaba en mi memoria. Y mi supuesto padre, aparentemente algunos años más viejo, tampoco se correspondía con el hombre recio,

buen porte y rostro enérgico que yo guardaba en mi memoria; era un hombrecito insignificante, con la mirada huidiza. No eran ellos mis padres; eran unos perfectos desconocidos.

—¿Quiénes sois? —pregunté, haciendo un gran esfuerzo.

—Somos tus padres, hijo —contestó mi supuesta madre, cogiéndome la mano.

No contradije aquella afirmación. Quise, entonces, despejar mis dudas sobre mis hermanos.

—¿Y mis hermanos?

Vi que mi supuesta madre miraba a mi supuesto padre con sorpresa y preocupación. Mi supuesto padre la miró inexpresivo. Luego habló:

—¿Qué hermanos, Manuel? No tienes hermanos.

—¿No tengo hermanos?

Ninguno —respondió.

Mi supuesta madre se levantó, se inclinó sobre mí y me tocó la frente buscando en ella señales de fiebre.

—Manolito parece que tiene algo de fiebre —dijo mi supuesta madre, arropándome una vez más.

—Llama a la enfermera y que le ponga el termómetro —dijo mi supuesto padre.

Mi supuesta madre pulsó el botón de la pera que colgaba a un lado de mi cama. Una enfermera entró y preguntó qué pasaba.

—Creo que mi hijo desvaría. ¿Quiere tomarle la temperatura?

La enfermera sacó un termómetro de un bolso de su uniforme y me lo colocó en la axila. Me tomó el pulso y dijo.

—No parece que tenga fiebre. ¿Por qué dice usted que desvaría?

—Dice cosas que no son de razón —dijo mi supuesta madre, que parecía estar siempre dispuesta a tomar la iniciativa.

—¿Qué cosas dice? — volvió a preguntar la enfermera.

—Pregunta por sus hermanos —dijo esta vez mi supuesto padre.

—¿Es que no tiene hermanos?

—No señorita, no tiene hermanos —respondió mi supuesto padre.

—¿Por qué hermanos preguntas, Manuel? —me preguntó la enfermera.

No le contesté. Miré a la ventana y perdí mi vista en los edificios que se divisaban a través de los cristales. La enfermera sacó el termómetro de su cobijo, lo miró y dijo lacónica:

—No tiene fiebre.

—¿Entonces? —Preguntó impaciente mi supuesta madre.

—No se preocupen. Son cosas que pasan cuando se ha sufrido un traumatismo tan grande en la cabeza. Informaré, no obstante, al doctor Martín.

Era suficiente para una sesión que dejaba en mí tantos interrogantes. Mis supuestos padres se fueron. Según se marchaban, y como si yo estuviera ausente, escuché a mi supuesta madre preguntar dirigiéndose a mi supuesto padre «¿Por qué habrá preguntado por sus hermanos?» Mi supuesto padre no contestó.

Me sumí en mis pensamientos y reflexiones cuando se marcharon y me quedé sólo, en una soledad centrípeta, en la que todas mis ideas circulaban en espiral hasta desaparecer absorbidas por la nada perceptiva. ¿Qué estaba



sucediendo? Mis padres no eran los padres que yo tenía en mi recuerdo. Los hermanos que creía tenía, no existían, y eso tampoco concordaba con mi pensamiento, aunque sí con mi memoria. Empecé a estar confuso y a preguntarme si no estaría mal de la cabeza. Eso no parecía probable, pues, no es que estuviese muy seguro ni que alguien estuviera seguro, pero no creí que alguien que desvariara, reconociera al mismo tiempo que desvariaba. Alguna explicación tendría y tiempo tenía por delante para encontrarla. Una especie de satisfacción, cuando acabé agotado por mis reflexiones, sí me pareció que experimentaba: me gustaba el aspecto de mi supuesta madre y me llenó de ternura la bondadosa insignificancia de mi padre. Eso no era un pensamiento, sino una sensación, la sensación de haberme recuperado de una frustración profunda.

En la medida en que fui recuperando las funciones de mis sentidos básicos, y cuando mi pensamiento e imaginación se aliaban, también vivía de forma intensa las pequeñas cosas que ofrecía la cotidianidad. Miraba los objetos en mi derredor y de cada uno, por minúsculo e insignificante que pareciera, yo extraía toda una filosofía y trascendía de la simpleza de todo utilitarismo estético-materialista. Así, por ejemplo, de un cuadro, sin duda una impresión mecánica del original, yo imaginaba a su creador y me preguntaba si él habría preconcebido su composición final o cada pincelada habría sido producto del azar; tal y como los sucesos encadenados de la vida, incontinentes en sí

mismos. Y la satisfacción del creador al final de su obra acabada, y su deseo íntimo de imprimirle vida como algo nuevo que poco antes no existía. Y como cualquier cosa, se trasladaría en los espacios del mundo, envejeciendo irremisiblemente. Y lo imaginaba entonces decrepito, descolorido y con arrugas, quizá con jirones, como heridas incurables; sólo el recuerdo perduraría en forma de litografías, reprografías varias y mucha nostalgia de tiempos pasados, como de cualquier ser vivo que hubiera dejado huella. Y no sentí por aquel cuadro un sentimiento de estéril compasión, porque no sólo había sido un pensamiento.

Y también de los ramos de flores, que se empeñaban en traerme los conocidos como un sacrificio para mi gozo, y que cuando pude expresarme rechacé incluso airado. Y es que llegué a sentir angustia contemplando las flores con sus tallos cortados, separadas prematuramente de su fuente nutricional natural y alimentadas con aquel suero de grifo que alargaba un poco su vida utilitaria. Me preguntaba si su muerte sería la misma, amputadas brutalmente de su cuerpo planta, que la que como a todo ser vivo corresponde en un concreto momento final, o si sufrirían de distinto modo cuando, perdida su lozanía, dejaban caer sus pétalos para reintegrarse al cosmos de lo elemental. Me preguntaba, también, qué me querrían decir cuando exhalaban sus chorros de perfume dirigidos a mis sentidos, o cuando sus colores atraían mi atención. Esto último sólo debió ser pensamiento, pues luego se tornó indiferente.

Y reflexionaba sobre los astros que se dejaban ver a través de la ventana de mi habitación, sobre su significado para Él y para nosotros y pergeñaba algunas hipótesis, como la de que quizá Él era el Cosmos y nosotros sus accidentales productos organizados, sujetos como todos, excepto el mismo Cosmos, como compendio de todo, a una entropía inevitable. Suponía, también, que luego el Cosmos volvería a reiniciar un nuevo ciclo, cuando todo se hubiese convertido en una concentración de energía. Y así, sin principio ni fin, conceptos que ignoraban el tiempo. De nuevo sólo pensamiento, pues, a continuación, ante la inutilidad del mismo, me dije enfadado conmigo mismo: “para qué leches pienso yo en semejantes bobadas”.

Pues estas y otras reflexiones, mas complicadas o más simples, que yo siempre solía terminar con la misma pregunta y algún que otro exabrupto: “¿qué estupidez es ésta que estoy pensando? ¿Me ha de servir para un mayor y mejor conocimiento del fenómeno de la vida?” Al menos, y para mi propia conformidad, me dije a continuación que esas estupideces eran producto de mi pensamiento, ni mejores ni peores que otras reflexiones publicadas sobre la gran incógnita de la vida. Yo, en todo caso, quizá podía formularlas y luego desdeñarlas con más autoridad, o con una autoridad distinta, si partía del hecho de ser el único ser vivo que, supuestamente, había trascendido de forma reversible, volviendo de un estado en el que habíamos confiado que la verdad de todos esos misterios se nos mostraría diáfana. La única realidad que persistía para los seres

vivos y supuestamente para los muertos, era que Él, el Cosmos o lo que fuese, no nos distinguía como los destinatarios de esa verdad que tan celosamente guardaba.

Personas en mi estado, con una minusvalía permanente, aunque fui mejorando de forma paulatina, era tan lenta que no se apreciaba. Y supuse que los cuidados hubiesen sido prohibitivos si no hubiesen existido ordenes religiosas que hacían de la caridad su mejor salario. Así, también en mi caso, gracias a ellas y al interés científico o de prestigio del centro que me atendía, mi larga convalecencia habría sido posible y, por esa razón, no me habrían retirado sus cuidados hasta mi total recuperación. Eso fue lo que pensé. Pensamiento invalidado por la realidad, porque luego me enteré de que alguien pagaba mis gastos.

Pero vuelvo a mi estrategia y a relatar algunas de las cosas que me sucedieron.

Cuando ya pude contar con tan importante función como el habla fluida y sin esfuerzo, transmití a una de las hermanas religiosas un deseo: que mandara a una religiosa que antes de tomar los hábitos atendía por María, y algún otro dato que pude recordar, un mensaje que decía así: “María, soy Manuel. Estoy convaleciente de un grave accidente en la Clínica X. Necesito hablar contigo. No dejes de venir a verme en cuanto te sea posible”

No pude precisar en que convento se encontraba y no confié que fuera encontrada, pero María vino a verme una semana después. Por qué elegí a María como mi primer conejo de indias, tenía una

explicación. María era de todos la que menos me podía servir a mi propósito. Si yo le planteaba, según mis reflexiones y coincidente con el que ya había experimentado, cuál habría de ser mi destino si moría, seguramente ella no pondría objeción y me diría que ese destino u otro diferente estaría, en cualquier caso, en manos de Él. Y si esa posibilidad que yo le planteara, María la había contemplado como me había confesado, no constituiría para ella otra sorpresa que la sorprendente coincidencia con una de sus tesis. Pero cabía la posibilidad de que ella no la hubiese contemplado y la negara con todo su poder de convicción, forjado en meditaciones profundas y distintas sobre el caso. Sería, entonces, un leve indicio de que mi viaje al otro lado no había sido tal. No sería definitivo. Por eso quería establecer mi posición de partida a partir de dejar despejada esa leve incógnita. También disponía del conocimiento sobre sus razones para dejarme. Pero el que yo ahora desenmascarara esas razones, todo lo más que podía esperar de su reacción sería que ella me las confirmara, sin que ella se viera sorprendida ni yo tuviera motivos para sorprenderme, pues no dejaban de estar dentro de la más consecuente y pura lógica.

Las cosas no sucedieron así. María, como digo, vino a verme, y al parecer con mucho agrado. Quizá lo estimó como algo más que un acto de caridad. Vestía con hábitos nada tradicionales: un traje gris con falda larga hasta cubrir holgadamente las rodillas, medias negras y gruesas y dos únicos distintivos de su condición de religiosa: un pañuelo de la misma tela que su

vestido y que cubría de forma especial su cabeza, y un crucifijo suspendido por un collar de cuentas. Entró sonriente. Era ella, no tenía la menor duda, aunque bastante envejecida.

—Hola, Manuel. ¿Cómo te encuentras?

—Lento, María. Gracias por venir.

Había perdido mucho de su encanto, y aquellos hábitos tan discretos no le ayudaban.

—Lo hago con mucho gusto.

Estábamos solos y le indiqué que se sentara al lado de mi cama. Yo estaba a medias incorporado y ya me habían quitado los vendajes de mi cabeza, aunque seguro que mi aspecto era todo menos atractivo.

—Siento que me veas así; orgullo de hombre vanidoso.

—No te preocupes. Te recuerdo cómo eras y espero que después de tu recuperación vuelvas a ser el mismo hombre conquistador.

—Pero no lo suficiente para conquistarte a ti.

—Anda, deja eso, que es agua pasada. Si se trata de alagar tu vanidad, tú sabes que sí lo hiciste.

Me sonreía mientras eso me decía. Ella no había cambiado, salvo en su atractivo natural, y no se contradecía con mi memoria.

—Ya sabrás que he estado muy mal y que se me dio por muerto. Los médicos no se explican mi caso.

—Dios no lo ha querido por ahora. Supongo que habrás reflexionado mucho y que ese aviso te hará cambiar en tu comportamiento.

No sabía de qué comportamiento hablaba. Recuerdo que le fui fiel mientras ella fue algo muy mío. Quizá había seguido mis pasos de hombre

poco serio con las mujeres, pero ignoraba cómo ella había podido enterarse y por qué. Le pregunté:

—¿Qué sabes tú de mi vida?

—De tu vida sólo sé lo que tuvo que ver conmigo. Sé que no me respetaste, además con engaño. Yo era una joven inexperta, con convicciones muy firmes sobre el bien y el mal, y sin embargo me sedujiste con tus malas artes, como hace el diablo. Me hablaste de amor y de que el amor era entrega en todos los sentidos, y que si no accedía a tus pretensiones, tendrías que buscar saciar tus instintos con otras. Para que tú no pecaras, pequé yo. Luego supe que yo había sido el objetivo fijado por una apuesta. Luis me lo dijo y todo terminó.

Me sorprendió aquella confesión y que María hubiese accedido a venir a verme.

Pensé de pasada en la cabronada que me había hecho Luis y dejé ese asunto para otra ocasión.

Le dije:

—¿No me odias?

—No. Odiar no es muy cristiano, Manuel. Sufrí mucho. Yo te amaba, pero al no saberme correspondida, me planteé la situación y tomé la determinación que ya conoces, sin reproches y, sobre todo, sin odio. Dios me haya y te haya perdonado.

—¿Por qué me dices ahora esas cosas?

—Porque siempre pensé que te debía una explicación. Porque intuí que llegaste a quererme y quizá debí perdonarte y seguir contigo. Pero me horroricé por lo que había hecho y porque no he vivido en paz hasta que te he dicho por qué te dejé. Siempre pensé que Dios me daría la ocasión

de redimirme de aquella mentira.

—¿Qué mentira?

—Por mi amor debí perdonarte y seguir contigo. Te dejé de amar por un orgullo que yo lo adorné con falso sentimiento religioso; esa fue la mentira y por ella te pido me perdones.

Estaba sorprendido. María pudo decirme todas estas cosas en ¿el otro lado? Quizá allí era ya tarde para lamentarse y para redimirse con palabras, como ella pretendía.

—Es cierto que llegué a quererte, pero comprendí tu decisión e hiciste más llevadera para mí tu escapada. Si hubiese sido por otro hombre, habría sido peor. Tómalo como un acto de caridad por tu parte y verás que te sientes mejor. María, no sabes lo que me alegra estar de nuevo charlando contigo. Intentaste hacerme comprender tus ideas y yo nunca les di importancia, quizá quería disfrutar de la vida a mi manera y la religión impone muchas reglas restrictivas, tu me comprendes. Pero he estado muy mal, quizá en la frontera entre el aquí y el allí. He tenido visiones extrañas, como la de que había muerto y mi espíritu entró en una dimensión que te quiero comentar. Era un lugar totalmente oscuro, no se percibía ningún ser ni nada material. Allí sólo disponía de pensamiento y la posibilidad de compartirlo con otros seres que también habían muerto. Nuestro destino era esperar que nos correspondiera el turno de ver a Dios, o a Él, como todo el mundo allí decía. Y la cosa iba lenta, pues había personajes que, habiendo muerto hace dos mil años, todavía esperaban. Al parecer, una vez que lo veías, te conformabas y



seguías en ese estado por toda la eternidad. La verdad es que poca cosa es eso. ¡Ah! y todos igual; ni sufrían ni gozaban. Nada de infiernos ni glorias, como aquí nos habían enseñado y prometido. ¿Qué te parece?

María me había estado escuchando con los ojos mirando al suelo, en ocasiones cerrados por sus párpados. Tardó unos segundos en contestarme.

—Es muy interesante eso que me cuentas. Desde luego es bien diferente a lo que yo creo.

—¿Y ahora? Crees que cabe la posibilidad de que sea así.

—Lo que me sorprende es que tú, no creyendo en nada, hayas podido tener una visión como esa. Quizá sí habías pensado que habría de existir algo, y tus manifestaciones al respecto no era más que una postura externa.

—Te juro que no, María. Explicación tendría que, fuera como hipótesis, yo me hubiese planteado esa extraña posibilidad. Más fácil hubiera sido que en mi estado, mi subconsciente hubiese imaginado lo que se me había dicho que sería. Nadie, que yo sepa, planteó nunca una idea semejante.

—Tienes razón, ¿a quién se le podría ocurrir?

Me pareció que era el momento oportuno para plantear la pregunta clave. Veía a María interesada, incluso ensimismada ante mis palabras.

—¿Tú no lo has pensado?

—En absoluto; ni de lejos. Yo creo en la promesa de Dios y en mi imaginación no caben otras cosas.

—Pero no eres capaz de explicar por qué yo he

podido tener estas visiones.

—Ciertamente, no. Y te confieso que estoy algo perpleja. En fin, deben ser cosas de nuestra cabeza que no podemos explicarnos. ¿Puedes darme más detalles de lo que te pasó?

El perplejo fui yo. Ni siquiera analicé entonces el que María me había confesado que ella no había contemplado esa posibilidad. Esto no se correspondía con su confesión en el otro lado, y bien que recordaba lo que ella me había dicho: “Esta alternativa, más o menos así, ya la contemplé entonces”. Mi perplejidad nacía de comprobar su interés por todo lo que le estaba contando. Abundé en detalles sobre mis encuentros, sobre el comportamiento del rey, de San Pedro; no le dije nada de Pablo Carto y tampoco le dije nada de los seres que allí me había encontrado ya muertos y que ahora estaban vivos. Tampoco le dije que ella era una de las personas que allí me había encontrado. Pensé que hablarle de esto le habría dado motivos suficientes para concluir que había pasado por un estado de locura transitoria. María me escuchó con toda la atención de que fue capaz y no esbozó sonrisa alguna ante tan esperpéntica historia. Se despidió de mí dándome un beso en la frente y...

—Prometo volver a verte en cuanto pueda, Manuel. Cuídate.

—Adiós, María.

Era indudable que a María le había interesado mi historia, y supuse que meditaría sobre ella. Fue entonces cuando me pareció que todo encajaba en aquel rompecabezas. Ya me lo había planteado

antes. Si yo había viajado hacia adelante en el tiempo, al menos dos cosas se hacían verosímiles: que todos mis encuentros con mi gente eran posibles y que María para entonces ya habría contemplado esa posibilidad, posibilidad que a partir de este momento, seguramente se estaba planteando.

Pero no había resuelto el dilema principal. Debería seguir por ese camino que me había trazado. Los casos que tenía por delante eran bien diferentes.

Luis le reveló a María que habíamos hecho una apuesta y que ella había sido el objetivo. Fue una mala faena, y no se me alcanzó la razón de aquel comportamiento. Luis me había llamado por teléfono interesándose por mí y aproveché para pedirle que viniera a verme, ya que de lo contrario se habría considerado justificado con sus llamadas por teléfono. Luis vino dos días después, y lo primero que hizo fue manifestarme su curiosidad por aquella convocatoria. Venía dispuesto a satisfacerme en todo aquello que le pidiera. Luis me pareció más joven de lo que mi memoria me transmitía.

—No, no quiero nada especial. Quería hablar contigo — le dije.

—Pues tú dirás.

—¿Cómo está Matilde?

—¿Por qué me preguntas por Matilde? Supongo que estará bien; hace algún tiempo que no la veo. Tuve que recurrir a mis mejores reflejos para no parecer un estúpido o que mi recuperación no iba por buen camino. ¿Qué significaba aquello? No tenía noticias de que se hubiesen separado. Pero como las cosas que me estaban sucediendo no

obedecían a ninguna lógica, tampoco quise sostener tal supuesto.

—Me ha extrañado que no haya venido a verme. Pensé que me apreciaba.

—Pues ya te digo, no he hablado con ella hace algún tiempo, y la última vez ni siquiera hablamos de ti. ¿Quieres que le diga algo?

Cada vez estaba más confuso. Cabía la posibilidad de que se hubiesen separado. Tenía que justificarme con algún motivo plausible del por qué de mi deseo de hablar con Luis.

—Hombre, si la ves, dile que la hecho de menos.

—Descuida. Aprovecharé que tengo que devolverle un libro que me prestó. ¿Te interesa Matilde especialmente?

—Aquí tengo todo el tiempo del mundo para pensar, y, sin duda, una de las cosas que piensas, es por qué alguien que consideras amigo no viene a visitarte.

—Tienes razón, pero has de reconocer que algunas personas son reacias a este tipo de visitas. Resulta bastante doloroso visitar a un amigo que ha pasado por tu experiencia y contemplar el estado en que te encuentras. Perdona; quise decir, que quizá prefieran recordarte cómo eras, a verte como estás. Puede que Matilde sea una de éstas.

Ya había concluido que Luis y Matilde no podían estar casados. Me encontraba en un callejón sin salida. Cambié de cuestión.

—¿Cómo te van las cosas? —pregunté.

—Muy liado con las malditas oposiciones. Si ganamos las elecciones, quizá las deje. Mal será que mi posición en el partido no me proporcione

un ascenso por la vía rápida. Al menos eso me han prometido. Ya veremos.

Tampoco estaba en el puesto dentro del Ministerio de Obras Públicas que yo suponía y eso explicaba el que no estuviera casado con Matilde. Estaba viviendo un tiempo anterior a los registros que albergaba en mi memoria. Quería pensar en algún nexo de unión entre tan dispares situaciones de mi vida, incluso de mi supuesta muerte, y no lo encontré. Incapaz de sustraerme de tan confusos pensamientos, quise que Luis se fuera. Apelar a la amistad era un buen argumento para haberlo hecho venir, y dejar de hacer preguntas era el mejor modo para que se marchara.

—Te agradezco que hayas venido, aunque haya tenido que pedirte. Quería saber cómo me respondías.

—Frecuentaré las visitas, si te sientes bien con ello. Pero no te puedo prometer cuándo volveré; ya sabes, por lo liado que ando, mayormente.

—Gracias. Ya puedo estar seguro de contarte entre mis amigos.

—No lo dudes. ¿Quieres que le diga algo a Matilde?

—Que me gustaría verla.

—Se lo diré. Me tengo que ir; he dejado el coche mal aparcado. Pórtate bien y haz todo lo que te digan los médicos.

Se marchó, creo que convencido de que su visita obedecía a lo que yo le había expuesto.

María, Luis, ambos viviendo un tiempo del que yo sabía no sólo su futuro inmediato, sino el eterno que a ambos les aguardaba. Pero todo era muy

confuso para una mente minimamente analítica. Quizá si le exponía mi caso a los médicos... No; preferí esperar y dejar que mi cerebro experimentara más sensaciones contradictorias y terminara haciendo posible un mínimo análisis, en el que hasta lo contradictorio, a fuer de reiterativo, tuviera una cierta coherencia

Matilde vino a verme una semana después que lo hiciera Luis. Me esperaba una nueva sorpresa. Por de pronto, Matilde sí coincidía con mi memoria; ni más joven ni más vieja. Era la Matilde que yo había dejado, cuando presentí que nuestro asunto estaba a punto de trascender y entonces dejaría de servirme. La vi entrar seria por la puerta. Yo no tenía plan preconcebido para cada una de las situaciones que se podían presentar. Con las paradójicas visitas anteriores, me sentía como la hoja de un árbol en un otoño ventoso y mi pensamiento cabalgando a lomos de un unicornio alado. Era pura fantasía. Ellos me traían de atrás para adelante y vuelta hacia atrás: eran como si el viento zarandeara mi pensamiento.

Dejé que Matilde marcara el primer compás de aquella partitura que los dos íbamos a tocar y que esperaba me sonara a pieza conocida.

—Hola, Manuel. Perdona, chico, pero me enterado por Luis que habías tenido un accidente. ¿Cómo te encuentras?

—Ya mejor. Gracias por venir; te echaba de menos.

—Pero, ¿cómo ha sido? Luis me ha dicho que llevas la tira de tiempo aquí; ¿tan grave fue?

La perplejidad que sentía hizo que tardara en responder. Seguí el *tempo* que ella me marcaba.

Le expliqué a grandes rasgos cómo había sido; una concesión a su curiosidad, ya que no se habría considerado satisfecha hasta saber esa parte morbosa de mi situación.

—Y a ti, ¿cómo te va?—le pregunté, con la intención de situarme.

—¡Pss! No me quejo. La tienda parece que empieza a funcionar. Desde que me separé de Luis he tenido que luchar mucho para salir adelante.

Pregunté, aturdido por aquella confesión.

—¿No te dejó nada?

—Nada, hijo, cuatro perras con las que me compré la tienda. Teníamos separación de bienes y yo no supe guardar. Tonta de mí, ya ves. Bueno, cuenta cosas de ti, ¿cómo lo llevas? ¿Cuánto tiempo te queda?

—Lo mío se llama calma, resignación y esperanza. Estoy contento de estar vivo. Si no te importa, dime como andan las cosas por ahí fuera. ¿Por qué no te has casado de nuevo?

—No más rollos. Estoy estupendamente como estoy.

—¿Sabes algo de Alfredo?

—¿Qué Alfredo?

¿Cómo le podía yo decir que Alfredo era nuestro amigo? No existía Alfredo como tal amigo, era evidente. O quizá, ¿es que habría de existir más tarde?

—Perdona, creí que te lo había presentado.

—Pues , no, no le conozco.

Seguimos por algún tiempo con parecido tono, plagado de incoherencias para mí, y que me hacía sentir terriblemente cansado. Agradecí que

Matilde se fuera, pero luego comprobé que quedarme solo no había supuesto un remanso para mi mente. ¿Qué estaba pasando? Creía haber encontrado el camino para percibir las personas, los sucesos y situaciones ligados a ellas, a mí mismo, aceptando como hipótesis mi fantástica traslación a tiempos pretéritos y futuros. Matilde y sus circunstancias acababan de destruir un supuesto al que yo me hubiese aferrado para sentir que mi existencia actual superaba cualquier prueba de lógica. Y dejaría que mi imaginación fuera la que viajara en saltos mortales a otros tiempos de confusión e incoherencia. No, no vivía el tiempo que encadena los sucesos previsibles, ni el espacio en el que se encuentra uno con las cosas como son, las personas como las comprendes. Todo lo que estaba sucediendo en torno a mí era un puro desatino, y en el que yo estaba prisionero sin saber cómo escaparme de él. ¿Qué le estaba pasando a mi pensamiento, otrora ordenado, si partía del supuesto de que alguna vez yo fui un ser normal? ¿Me estaría ocurriendo lo que a esas máquinas complicadas, fabricadas para dar respuestas lógicas y que cuando se descompone alguno de sus elementos comienzan a escupir incoherencias? Algo, al menos, me distinguía de ellas: yo era consciente de las incoherencias externas a mí, las analizaba como tales, aunque no encontrara el modo de hacerlas coherentes para mí desde ningún supuesto fantástico, pues que la incoherencia así de persistente hacía que hasta la fantasía necesitaba un mínimo de virtualismo para ser aceptada como cuento o como historia.



¿Cambiarían las cosas en la medida en que mi cerebro se fuera recomponiendo? ¿Qué neuronas de ese cerebro mío se habían cortocircuitado, que daban como resultado tamaño barullo de percepciones? Y para que mi desconcierto no derivara en depresión fulminante, en ese mismo instante le pedí a mi pensamiento que, puesto que las cosas eran como eran y que ninguna suponía en sí mismo riesgo para mi vida y tampoco la condicionaba a ser vivida como un zombi, se acomodara a la situación con cierto sentido de disposición intrascendente. Ya había, con anterioridad, llegado a un propósito general de dejar que las cosas fueran como parecían ser sin intentar comprenderlas. No era éste un propósito muy intelectual, desde luego, pero los intelectuales también se morían sin alcanzar el consuelo de haber descubierto la verdad de las cosas y, mucho menos, la verdad sobre ellos mismos. Con estas sosegantes reflexiones me dije: la vida no es otra cosa que la sensación de estar vivo. ¿Poca cosa? Quizá alguien con otras inquietudes se respondiera que no, y llenaría esa cosa de metáforas; yo no trataría de desmentirle; yo había llegado a esa conclusión, y me propuse no admitir réplicas y mucho menos admoniciones, no ya de los demás, sino de mi propio juicio crítico.

Cuando poco después volvieron mis padres, como no podía ser de otra manera, (lo contrario me habría sorprendido) sucedió algo curioso, y es que en mi desordenada percepción, las cosas imposibles, parecían hacerse posibles. Era como si los sueños fueran la realidad y la realidad los

sueños. Resultó que, en esta ocasión, mis padres respondían al recuerdo que tenía de ellos. No me sorprendió. Los miré. Mi padre todavía conservaba sus rasgos enérgicos, vientre prominente y un aire de viejo hacendado, seguro de sí mismo. Era el mismo quién, con su sola presencia, producía en mí una sensación llena de desagrado. Mi madre se me presentaba como una mujer escuálida, los ojos hundidos y huidizos, con unas órbitas amoratadas. Estaba algo encorvada; una figura exigua y deprimente, que más que amor me producía lástima. Pero era ella, con su carga de años y de penas. Los dos juntos eran también una contradictoria manifestación de afinidades, que, sin embargo, se mantenían unidos. Los saludé displicente, sin mostrar sorpresa.

—Hola.

—¿Qué hay, Manolo? ¿Cómo te encuentras hoy?

—Mejor, padre.

—Pon todo de tu parte, que estas vacaciones ya van siendo largas.

—No le digas eso a Manolito, que parece como si te interesaran más otras cosas —dijo mi madre.

Debí fulminar a mi padre por aquella manifestación de egoísmo, pero dependía de él, ya que llegué a concluir que mis propios recursos se debían haber agotado. Una mentira vino en mi ayuda para asegurarme su voluntad.

—Sólo es un anticipo, padre. Tengo guardado dinero, mucho dinero, en alguna parte. Cuando me recupere te devolveré todo lo que ahora pagues por mí, y lo haré con creces.

—¿Que tienes dinero? ¿Y por qué no lo habías

dicho antes? ¿Dónde tienes ese dinero?

—No te lo voy a decir. Has sido una mala persona con madre y con nosotros y no confío en ti. ¿Dónde están mis hermanos, que no han venido a verme?

—Se fueron a América poco después de tu accidente, Manolito —dijo mi madre.

—Aquí no había medios de vida para ellos, así que se fueron a buscarla a otra parte —dijo mi padre y añadió —Tú lo que pasa es que confundes las cosas. Un hombre, para llevar bien su casa, debe poner los medios para que no se le vaya de las manos. He sido severo, sí, pero gracias a que siempre llevé firme las riendas, a vosotros nunca os faltó nada. Si no hubiera sido por mí, tú ahora estarías criando malvas. Así que déjate de reproches, que no estás en condiciones. Me cuesta creer que tengas dinero guardado como dices, siempre fuiste un despilfarrador. ¿Cómo lo conseguiste?

Tenía que seguir mintiendo. A mi padre seguro que no le importaba cómo había conseguido el dinero. Para él y para mí, lo importante era que pareciera verosímil mi confesión. Así pues, me inventé una historia.

—Estuve metido en algunos negocios, algo ilegales, con la ayuda de algunos amigos influyentes: tráfico de armas y otras cosas.

Mi madre me interrumpió.

—No digas eso, hijo. Ya ves que Dios ha sido misericordioso contigo. Cuando te recuperes deberás reparar tus pecados y utilizar ese dinero para hacer obras buenas.

Mi padre, exaltado, se dirigió a mi madre.

—¡Tú, no digas chorradas! —y dirigiéndose a mí—  
¡Bien hecho, Manolo! En esta vida cada cual va a lo suyo. Para hacer eso se necesitan muchos cojones, así que yo estoy orgulloso de tener un hijo que se ha enfrentado a la vida con coraje. Y dime, ¿es mucho dinero ese de que hablas?

Mi madre permanecía con la vista baja, sin atreverse a intervenir.

—Mucho dinero.

—Hombre, si me dijeras dónde está, podrías ser atendido como un rey. Yo no es que tenga mucho, pero puedes contar con mi ayuda.

—No necesito más. Además hay otra razón: debo ser cauto y no dar la apariencia de que dispongo de dinero sin límites. Levantaría sospechas. Cuando me recupere, me marcharé del país con todo, menos el que os dé a vosotros.

Mi padre estaba radiante. No así mi madre, que seguía con la vista baja y con aparente aflicción.

—Eres todo un tío, Manolo. A mí eso no se me habría ocurrido. Y no le des nada a tus hermanos, que se las busquen como tú.

Mi padre, luego, me contó sus historias de pequeño contrabando en las que se había metido allá en su juventud. Las contaba con fruición, como grandes hazañas, y, a buen seguro, con la intención de que yo también estuviese orgulloso de él. Yo sonreía sus gracias y de vez en cuando miraba a mi madre que permanecía silenciosa, sin levantar la vista y profundamente atribulada. Se fueron más tarde de lo acostumbrado. Mi padre volvió a repetirme por enésima vez que no me faltaría de nada, y yo me sentí liberado cuando se marcharon.

Volví a reflexionar. Pero mi reflexión no se detuvo en considerar si aquella incoherente presencia de dos tipos de padres, los que no respondían a mi memoria y los que sí lo hacían, podía, de alguna forma, ser explicado. Mi reflexión tiró por el camino fácil de aceptar que la evidencia de lo que mi percepción me presentaba como paradoja, respondía a una extraña manipulación de mi consciente. Esto no suponía una contradicción con mi propósito firme de aceptar las cosas como eran y no tratar de explicármelas; era, simplemente, aceptar que las cosas eran incoherentes para mi percepción, pero, seguramente, coherentes para el desconocido propósito de quien las presentaba. Aunque me pregunté por qué, me fue fácil desentenderme de éstas y de otras muchas que sucedieron y que relato a continuación hasta donde me sienta cansado.

Una tarde vinieron a visitarme unos personajes que no esperaba, y que nunca antes habían estado presentes en mi pensamiento. No recordaba que hubiéramos tenido experiencias comunes, ni por hechos propios ni con terceras personas. Los había conocido en el mismo club al que pertenecíamos y las copas entre charla y charla que habíamos tomado juntos. Entraron en la habitación sonrientes y con una inevitable caja de bombones.

—Hola, Manolo. ¿A que no esperabas nuestra visita? —dijo uno de ellos, que yo identifiqué bajo el nombre de Alfredo.

—Alfredo, Federico, me alegra veros. No, no os esperaba. Ya veo que mi caso ha sido

ampliamente divulgado.

—La hostia que te diste salió en los periódicos. También se ha hablado de tu caso como uno de esos casos en los que los médicos no se aclaran. ¿A qué coños se refieren cuando dicen que tu caso ha traspasado las fronteras de la muerte aparente?

—No lo sé, Federico. Supongo que es porque ellos me dieron por muerto y bien muerto.

—Oye, ¿y no recuerdas nada? —preguntó Alfredo.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir si no recuerdas nada que te pasara mientras estuviste muerto.

—Algunas cosas.

—Cuenta, hombre. ¿Llegaste a estar en la otra vida?

Medité un instante mi respuesta. La pregunta de Alfredo me daba una oportunidad. Me interesaba especialmente conocer la reacción de otras personas ante mi experiencia. No lo había hecho hasta entonces, salvo con María, quizá porque la caótica confusión a que había llegado mi pensamiento no se había manifestado clara en ningún momento. Ya dudaba de todo, incluso de que esos dos que estaban a mi lado estuvieran vivos o muertos, pertenecieran al tiempo presente o a otro tiempo distinto. Les dije.

—Creo que sí, que llegué a estar en la otra vida, como tú dices.

—¡Hostia! ¿Y cómo es? —volvió preguntar Alfredo.

—Un lugar absolutamente oscuro; no se ve nada ni a nadie. Pero se encuentra uno con las

personas que han muerto, no de forma física, sino a través del pensamiento.

—Fantasmas. Como fantasmas, ¿no? —apostilló Federico.

—Más o menos, pero sin sábana —dije yo bromeando.

—Interesante. ¿Y qué más? —dijo Alfredo.

—Pues que allí la gente anda bastante desorientada. Las cosas no son como a todos nos han dicho. No hay infierno ni cielo, no se sufre ni se disfruta de nada; se está en esa presencia de que os hablaba, sin más. Se espera a que te llegue el turno de verle y una vez que lo has visto, pues, se acabó todo; quiero decir que por toda la eternidad ya no habrá ningún cambio y lo único que puedes hacer es comunicarte con otras gentes que están como tú.

—Desde luego tú no has estado muerto, pero la hostia que te diste fue de órdago a la grande. Eso es peor que ver lucecitas —dijo riéndose Alfredo, el más hablador y peor hablado de los dos.

—¿Por qué aseguras que no he estado muerto? —pregunté.

—Hombre, eso no se le ocurre ni al que asó la manteca. Las cosas deben tener un mínimo sentido. O hay algo o no hay nada, pero eso no es ni carne ni pescado. ¿Para qué dejarnos en ese estado?

—¿Por qué opinas que eso que nos cuenta Manolo carece de sentido?

—Vamos a ver: ¿qué sentido tiene el ser un fantasma? Ya sé que algunos creen en ellos, pero, para explicarse, ellos dicen que son una concentración de energía capaz de manifestarse

de diversos modos, incluso de crear perturbaciones. Bueno, pues eso son patrañas de gente interesada o visionaria. Lo que nos cuenta Manolo es aún más inverosímil. Él asocia esos espíritus a la idea de Él, lo que en sí mismo debilita más ese supuesto, puesto que, o Él existe tal y como nos han enseñado, o no existe de ninguna manera. Está claro que ese dios no es el que nos han enseñado, por lo tanto no existe un dios de esa naturaleza. Yo no recuerdo que ninguna religión proponga algo parecido.

—Te pasas de listo. Lo que Manolo nos ha dicho es tan posible como otra cosa cualquiera, incluido el que no haya nada. El mismo hecho de que, según qué religión, Él sea concebido de diferente forma, invalida tu aseveración. Él puede ser diferente a cómo el hombre lo concibe en sus diversas formas o, repito, puede que no sea de ninguna.

Volví a sentir fatiga tratando de seguir aquella argumentación en la que los dos se esforzaban en comprender o rechazar una idea nueva para ellos. Ese sería el camino que tomarían los filósofos, los teólogos, los intelectuales; en general cualquier ser inquieto, si alguien con autoridad hubiese puesto tal concepto sobre una mesa de debate. Yo no era ninguno de esos y sin saber por qué, yo había asumido que no llegarían a ninguna conclusión válida, pues como ya he expresado reiteradamente, sólo sería pensamiento inútil. A los demás, a los que la lucha diaria por la vida no les deja tiempo para entrar en ese tipo de disquisiciones, puede que les hiciera encoger de hombros, pensando que si no existiera el castigo



humano, no habiendo castigo divino, vaya que solucionarían sus problemas de otro modo. Y esto ya no sería pensamiento inútil, si, a continuación, obraran en consecuencia.

No había mejor forma de quedar contentos a dos personas que discuten sobre algo que tú has propuesto, que sugerirles que lo pensasen con calma, que no fueran tan radicales y espontáneos y que podía ser que en otra ocasión tuvieran mejor y mayor argumentación para defender sus tesis. Así lo propuse y el tema quedó zanjado. Me preguntaron por mi estado y mis expectativas, pidiendome disculpas por no haber venido antes, y, como todos, me prometieron pasarse por la clínica en otra ocasión.

Y como norma de conducta firmemente asumida, no reflexioné sobre lo que habían dicho mis amigos, sino que acepté con displicencia aquel nuevo ejemplo de incoherencia. Era obvio que desconfiaba de mi pensamiento, que no lo consideraba libre, lo cual no significó que me pudiera desprender de él.

Y para acabar mis encuentros con las personas que más recurrentes venían a mis pensamientos, Alfredo fue quién más intentó confundirme. Digo intentó confundirme, porque, y concreté aun más, llegué a pensar que quizá, todos aquellos seres que me recordaban nexos de unión con mi existencia, sólo venían a mi habitación previamente asesorados por algún equipo de médicos, para luego ellos analizar mis reacciones ante las situaciones más dispares, y todo, porque, sumidos en la perplejidad, como debían estar, no encontraban mejor modo que recurrir a eso tan

versátil como es el psicoanálisis. No se daban por vencidos. Pero esto, que no pasaba de ser una hipótesis absurda y que sólo cruzó mi pensamiento, era la consecuencia de mi todavía insuficientemente convicción para aceptar las cosas como eran y más propenso a preguntarse por su naturaleza.

Alfredo vino acompañado de una mujer, para mí desconocida. Me la presentó como a su esposa. Ella permaneció callada todo el tiempo de la visita; sólo sonreía de vez en cuando, como queriendo parecer amable conmigo. Alfredo era el que era en mi único recuerdo, y hasta ahí ninguna incoherencia, salvo que habría jurado que estaba muerto. Fueron los detalles de su vida los que no coincidían con lo que yo sabía y suponía. A una pregunta mía sobre cómo le iba últimamente, Alfredo me dijo algo insólito:

—¿Preguntas por tus asuntos?

Con reflejos de los que yo mismo me asombré, contesté:

—Naturalmente; supongo que mis cosas están ligadas a las tuyas.

Y lo sorprendente. Me contó con pelos y señales que a pesar de mi postración durante los tres últimos años, el personal a su cargo se había portado de forma magnífica, que se habían superado con la sana intención de paliar mi ausencia al frente de mis negocios y en compensación a mi desgracia. Y que, por lo tanto, no debía preocuparme, porque mis negocios no sólo iban bien, sino magníficamente. Yo le seguí el supuesto juego sin hacer preguntas para no entrar yo mismo en contradicciones. Le di las gracias y le

dije también que no esperaba menos de él. Luego me habló de sus cosas. Resulta que se había casado con Matilde. Matilde era la mujer que le acompañaba. Matilde era divorciada de un tal Luis, alto funcionario, y que tenían tres niños: dos del anterior matrimonio de Matilde y uno de dos años que habían tenido juntos. Al parecer, el funcionario había muerto pegándose un tiro en la cabeza, y según Alfredo, todo porque no aceptó que su mujer primero le engañara y luego le pidiera el divorcio. Abundó en razones por las que Matilde no soportaba a su marido anterior y que nunca había sido su mujer en el sentido estricto, por lo que ella no se había considerado culpable, ya que había sido obligada por su familia a casarse con él. Mientras todo esto decía, aquella mujer sólo sonreía de vez en cuando. Al final de la visita, Alfredo me dijo que él se ocupaba personalmente de que yo estuviera bien atendido y que no me faltara de nada. Consecuente con todo lo que había oído, le agradecí su fiel y amistosa disposición y les deseé suerte, ofreciéndome para ser el padrino de algún hijo que tuvieran, si para entonces ya me había recuperado. Y se fueron, Alfredo dándome unas palmaditas de ánimo y Matilde con un distante y cortés apretón de manos. Tal era mi disposición a no explicarme las cosas, que ni siquiera me planteé por qué un hombre tan cercano a mí no había venido antes a verme.

Cualquier persona que experimentara semejantes y absurdas contradicciones, probablemente habría tenido la sensación de estar viviendo un mundo en el que las cosas se esforzaban en presentarse en

una mezcla de virtualidad y de irreal apariencia, demasiado etéreas. Yo, a pesar de que volví a pensar que estaba siendo objeto de algún experimento, no le concedí ni un segundo más, pues enseguida me dije a mí mismo: las cosas son como son. Y añadí con cierto voluntarismo: sólo necesito recuperarme para que empiecen a ser como yo quiero.

En la medida que mi cuerpo se recuperaba más y más, mi vida en la clínica se iba haciendo también más activa. Además de aquella enfermera horrenda que había proporcionado calor y humedad a mi pene durante los primeros años, otras dos enfermeras, del turno de noche, comenzaron a venir en mi ayuda. Una de ellas me decía, que aunque los médicos no lo recetaran expresamente, eso formaba parte de las atenciones terapéuticas que toda buena profesional debía admitir como parte de su trabajo. Una enfermera del turno de noche debía ser como una esposa o, mejor, como una amante, y dar a los enfermos en edad como la mía, aquello que, como la comida, formaba parte de las necesidades del cuerpo para lograr el equilibrio psicosomático necesario para una recuperación integral. Naturalmente, y si yo estaba por la labor, aceptaba de buen grado su medicina, sin cuestionar tan extraña terapia. La otra, al contrario, se declaraba a sí misma una viciosa. No parecía estar muy informada. Después de hacerme una laboriosa felación, se situaba a horcajadas sobre mí, mientras me confesaba que era ninfómana y yo suponía para ella una atracción irresistible, como cualquier hombre de

mi edad que se encontrara tumbado en una cama. Naturalmente yo no le comentaba las razones de su compañera y aceptaba las dos versiones con indiferencia. Al final de aquellas terapéuticas y utilitaristas razones, sin conexión entre sí, yo siempre terminaba con una frase: las cosas son como son.

Pero la vida, aquella vida confusa y contradictoria, en la que, por otra parte, yo no podía hacer nada para ordenarla, seguía dándome muestras de que valía la pena luchar por ella. Por ese motivo seguía al pie de la letra las recomendaciones de mis médicos, los únicos que parecían seguir una pauta lógica en su cometido, al margen de que, a veces, pensara en extrañas manipulaciones. Como un niño pequeño me dejaba hacer, pero, a diferencia de un niño, yo no me hacía preguntas ni hacía nada por aclararlas. Creía disponer de todo lo que la vida tenía de bueno, dentro de aquellos límites que yo consideraba circunstanciales, ya que mi imaginación se había hiperactivado, y con ella tenía remedios para toda clase de carencias motivadas por mi obligada reclusión entre aquellas cuatro paredes. Quien no lo haya intentado, no sabrá jamás lo que la imaginación tiene de vehículo, al alcance de todos, para trasportarnos a los infinitos paraísos en los que el espíritu y algunos sentidos experimentan las mismas sensaciones que si esos paraísos fuesen reales.

Cosas como ésta que a continuación describo, ocupaban la mayor parte de mis largos tiempos de soledad. Solía hacer un ejercicio previo de relajación y, con los ojos cerrados, comenzaba mi traslación a escenarios que seguramente se

hallaban más allá del horizonte pequeño de mi realidad. Y así, por ejemplo, aparecía en un prado de fresca y altísima hierba. Sentía su presencia de ondulaciones inquietas y sus caricias en mi piel. Sentado, hundido hasta la cintura en aquella alfombra verde, miraba lo que me rodeaba: un escenario, nunca mejor expresado, de ensueño. Caía el agua en ruidosas cascadas, que descendían como cabelleras plateadas desde los altos picachos que perdían sus cumbres entre brumas, y luego se remansaban en un lago de aguas negras, sólo festoneado por la espuma de pequeñas y blancas olas que rompían suavemente en la costa. Este ir y venir de las olas parecían traerme mensajes que me complacían. En el horizonte, no lejano, la música parecía surgir del silbar de los árboles, que se mecían esbeltos, como abanicos que me enviaban una brisa cálida. Y yo respiraba hasta lo más hondo de mi ser todos los aromas de la vida, sintiendo que todo mi cuerpo se bañaba de placer. Y en aquel éxtasis, me dejaba caer de espaldas sobre la alfombra húmeda que formaba la hierba, y miraba al cielo contemplando las nubes, blancas como algodones, que se trasladaban veloces, formando figuras que evocaban aves migratorias. Era tan fuerte la sugestión que experimentaba, que luego, cuando me desconectaba de aquel embeleso, podía jurar que yo había estado allí.

Pero no era fácil sustraerse a otra visión menos gratificante, y es que la memoria, a veces, se interpone entre tu imaginación y el pensamiento. Entonces, mis recuerdos se aposentaban como águilas negras sobre campos quemados, llenos

de muñones renegridos o de cuerpos retorcidos que apenas dejaban vislumbrar sus miembros. Y las nubes, ocultas, manchadas por el humo gris negruzco, que el pálido sol trataba de perforar en su obligación de vivificar tanta muerte allí abajo. En casos como éste, y eran más frecuentes de los que mi voluntad imponía a mi mente, sentía, como si los viera presentes, que todo mi ser se estremecía de pesimismo, y me tapaba con el embozo de la cama, como si mis párpados no fueran suficientes para echar cortina sobre tanta desolación contemplada. En cualquier caso, seguro que al otro lado de la cárcel de mi cuerpo, las cosas seguían siendo así, en ilógica convivencia, y mi axioma favorito venía una vez más en mi auxilio: las cosas son como son. La vida era un mosaico de contradicciones.

A mi gente, quiero decir, las personas que vinieron a visitarme en la habitación que ocupaba, tanto mis padres como mis conocidos o desconocidos amigos, mis cuidadores, mis enfermeras, cada cual con sus coherencias colectivas o sus increíbles absurdos individuales, siguieron siendo como personajes de varias comedias que se representaban a la vez, intercambiándose los papeles que debían encarnar en cada momento de la percepción de mi propia existencia. Las cosas son como son, me decía como corolario balsámico, y, a continuación, mi espíritu se refugiaba en el sueño, estado en el que todo parecía seguir igual pero, a veces, al contrario.

Tan acostumbrado estaba a mi pequeño mundo de despropósitos, que llegué a desear que al otro lado de mis cuatro paredes las cosas no fueran

diferentes. Y me daba miedo el momento de enfrentarme con una realidad que contradijera mis hábitos y me forzara a comprender de nuevo el normal discurrir de las cosas. Un ser paradójico como yo sólo podía sentirse bien entre paradojas, y mejor cuanto más absurdas e incomprensibles. Para una normalidad no me valía decir “las cosas son como son”, pues difícilmente aceptaría la verdad que no me complaciera. Dícese de los locos que son felices porque no se plantean cambiar las cosas del sentido que ellos les dan, y yo, que presentía que las cosas no podrían tener otro sentido que el que previamente se había prefigurado para ellas, tenía por fuerza que ser una de esas cosas. Por eso deseaba vivamente no dar ocasión a que la realidad de las cosas abrumara mi indefensa realidad de cosa fácilmente manipulable por las demás cosas. Y aunque los médicos no aventuraban un próximo restablecimiento, yo empecé a pensar en el momento de tener que dejar mi mundo, el que con tanta facilidad manejaba, y tener que enfrentarme con el mundo que trataría de condicionarte sin permitirte la calma de un “las cosas son como son”, para que te amoldaras a las cosas como ellos quieren que sean. ¿Qué mundo me esperaba al otro lado? ¿Mi gente sería mi gente? Cualesquiera que fueran los papeles que desempeñaban en la comedia de la vida, ellos me pedirían que me integrara en la escena, que no desentonara. Todo lo más que me permitirían sería que, si lo quería, pasara desapercibido. Pasar desapercibido, no existir para ellos. No, en todo caso yo lo que quería es que fueran ellos los



que pasaran desapercibidos para mí. Pero para lograr tal propósito, debía introducir una modificación sustancial en mi lema favorito. Las cosas son como son implicaba cierto fatalismo, de aceptación resignada, que bien valía para dónde estaba, pero que no habría de valer para el exterior, ese mundo que intentaba por todos los modos condicionar tus comportamientos. Tampoco podría ser cambiado por “las cosas como deben ser” o “las cosas como tienen que ser”, pues introducía un voluntarismo que yo estaba lejos de adoptar como intención. Si las cosas tenían entidad propia para ser ciertas cosas, no debían ser, no tenían que ser, pues ya lo eran. En consecuencia, si debían o si tenían que, sería porque se trataba de otras cosas. Las cosas son como son, implicaba, decía, la tragedia personal de sentirte inmerso en ellas, ser como un juguete en manos de un niño travieso, avocado a ser roto en cualquier momento.

Con este juego de las palabras, las frases y sus significados según y cómo, pasaba mucho tiempo preparando mi salida de la clínica. Y en un momento creí encontrar la solución: “las cosas como son”. Las cosas como son, parecía suponer que no te imponían un determinismo inevitable. Tampoco un voluntarismo superior a la comprensión de quien las contemplaba. Las cosas como son, lo eran a posteriori, es decir, se determinaban mediante tu propia percepción y al margen de cualquier otra percepción diferente. En definitiva, mi conclusión era, que no deberíamos aceptar que las cosas *son* como son, y que las cosas como son cumplía con el importante

requisito de estar supeditadas a la percepción que de ellas pudiera tener cada individuo.

Era cierto que estas disquisiciones, no sé si filosóficas, servían para ocupar mi mente cuando las cosas reales la dejaban ociosa. No sabía si tenían algún sentido o si constituían un monumento a la majadería, o si venían o no a cuento. Era mi pensamiento y la comprensión del mismo no era necesaria, ni siquiera para mí; las cosas volvían a ser como eran.

Lo cierto era que sólo tenía dos opciones para elegir cuando saliera de la clínica. Elegir una u otra tenía que ser determinado por mí antes de dar el primer paso que me condujera al exterior. Una opción sería enfrentarme con un mundo que contradecía a mi memoria. Tendría que aceptar que mis padres vivían y encontrar una explicación a por qué yo los recordaba muertos. También por qué aquella pareja que se presentó contra mi memoria, y que no siendo mis padres, yo hubiese querido que lo fueran. Y mis amigos con sus contradictorias vidas, que yo los recordaba muertos también y con otros recuerdos. Tendría que renegar de mi memoria anterior, y toda increíble nueva realidad debería ser por mí asumida con un fatalista “las cosas son como son”. Pero también tenía otra opción: dejar de lado todo ese mundo de contradicciones, —en el que la comprobación de cualquier realidad supondría un quebranto para mi pensamiento— de forma que no haría más que acrecentar mi angustia por la incertidumbre de pensar si estaría vivo o estaría muerto, si despierto o soñando. Me sentiría desplazado de una realidad previsible, en un

laberinto de difícil salida. Dejar ese mundo y empezar una nueva vida en otro donde todo fuera nuevo. Las nuevas experiencias sustituirían a la memoria antigua y las contradicciones vividas serían sólo complejas contradicciones de mi pensamiento, que, según había escuchado alguna vez, no era verdad ni mentira.

Fue esta última opción la que fue arraigando con fuerza en mi determinación final. Tenía sus graves inconvenientes, todos de tipo logístico. Tendría que desaparecer, antes de que mi padre tuviese ocasión de comprobar que le había mentado con mi supuesta fortuna, y que conociéndolo como suponía, me rompería la crisma tan pronto descubriera mi engaño. Tenía que prescindir de comprobar que Alejandro en realidad vivía y se ocupaba de mis supuestos negocios con éxito para mí. No estaría mal que fuese cierto, eso significaría que tenía medios económicos, posiblemente cuantiosos, que luego de convertirlos en dinero me permitirían una más fácil búsqueda de otro mundo donde vivir. Ciertamente era tentador. Como un juego de ruleta apostando a blanco o negro. Pero yo no era hombre de riesgos incalculados y no me gustaba el azar que se busca, así que descarté esta posibilidad aferrándome a mi memoria, que me insinuaba que no fuera idiota aceptando una duda que venía precedida de una imposibilidad. Y con esa reflexión, todas las demás tentaciones dejaron de provocar mi curiosidad.

Así pues, a partir de esa decisión, ya todo lo que percibí lo tomé con la displicencia con la que se toman los sueños al despertar. Y como los hechos

que se sucedieron, no hicieron variar en mí un ápice de mi ánimo ni de mi decisión, el relato de lo que me sucedió y pensé en la clínica, acaba aquí.



## SEGUNDA PARTE

### *De las cosas como son.*

Salí, al fin, de la clínica. Los médicos, en su rutinaria visita de la mañana, me habían dicho que me iban a dar el alta. Unas simples recomendaciones y podía hacer vida normal. Las enfermeras de turno me trajeron un ramo de flores. La samaritana y la ninfómana no estuvieron para despedirme. Mejor. Las cosas como son. Ellas y yo no significábamos otra cosa que la comida para mi sexualidad del día antes y yo para ellas un proveedor agotado que ya se encargarían de sustituir. Nunca hablamos de sentimientos que nos podían aferrar a una continuidad más allá de aquel recinto. Todos, incluso lo médicos y sus conclusiones, se quedaban atrás. En algún cajón dormiría mi historial clínico, que alguien en el futuro leería curioso sin pensar en mi, sólo en los datos. Un paso hacia el exterior y me volví. El marco de mis sueños, de mis contradicciones, de mis vivencias y, sobre todo, del apeadero del que partí y volví en aquel viaje singular, se quedaba vacío de imaginación. Aceleré el paso hacia el exterior que me había propuesto evitar a toda costa. Sólo necesitaba un espacio nuevo, más amplio que el de la clínica. Nadie conocido me esperaba; yo había procurado que así fuera. Había recogido parte de mis pertenencias personales en una bolsa que me facilitaron y regalé el resto. Pasé por recepción y pregunté:

—¿Queda algo por formalizar?

—¿Habitación?

— Siete cuarenta y cinco.

Una empleada tecleó en un tablero parecido a una máquina de escribir, miró en una pantalla como la de un televisor, y sin mirarme, respondió:

—Todo está en orden, señor.

Las cosas como son. No me habrían dado el alta sin advertirme que esto o aquello debía ser liquidado. Las cosas como son. Tampoco yo estaba en condiciones de liquidar nada. Si pregunté al salir, más bien fue por curiosidad; las cosas como son.

Al salir de la clínica vi un contenedor para basura. Me dirigí a él y deposité la bolsa con lo que llevaba dentro. Y me puse a andar, alejándome sin mirar atrás. Instintivamente metí mi mano derecha en el bolso interior de mi chaqueta y saqué una cartera de piel. Yo sabía que estaba allí. Me paré. La abrí y miré su contenido. Algunas tarjetas de crédito caducadas, un carné de conducir caducado, unos extractos bancarios con diversos y exiguos saldos a la fecha diez años atrás. Un documento nacional de identidad caducado, algunas tarjetas de gente que no recordaba y un preservativo en su funda, que por su rigidez me pareció que había perdido toda su funcionalidad, y ni rastro de dinero. Pensé qué utilidad podía tener para mí aquellas cosas en aquel lugar que pretendía vivir y no encontré ninguna. Vacíé la cartera en una papelera que estaba en mi camino. Era un hombre sin otro pasado que unos recuerdos de los que dudaba. Solo en el mundo, sin nada ni nadie en qué apoyarme. Con voluntad de vivir lo que me

quedara de vida, y las cosas como son: sin miedo.

Por corrupción del lenguaje, antes había dicho “en mi camino”, cuando, las cosas como son, aquella acera, de aquella calle, de aquella ciudad no eran, ni mucho menos, mi camino. Había previamente renunciado a que aquella ciudad fuera mi ciudad, incluso había renunciado a los recuerdos que me evocaba a la menor distracción mía. Pero, hasta escapar de ella, no podía ignorar las cosas con las que me encontraba, las personas con las que me cruzaba en mi caminar y establecer una comparación por yuxtaposición con imágenes que me traía mi memoria: gente más apresurada, mejor vestida, más indiferente; edificios más altos, mejor aspecto estético; coches más grandes, posiblemente más confortables, más rápidos; lujosas tiendas que ofrecían sus mercaderías, algunas extrañas, a través de los amplios cristales de sus escaparates; bares, restaurantes asépticos donde la gente parecía estar sumida en pensamientos profundos, silenciosos, inintercambiables. Todo era nuevo, profundamente nuevo para mi percepción. Y las cosas como son: olvidándome de mi trazado objetivo, no pude evitar reflexionar qué era yo como cosa; cómo establecer contacto con aquella gente que me ignoraba, o todo lo más me sorteaba para no tropezarse conmigo; qué ventana de aquellos edificios me permitiría sentirme al abrigo de las inclemencias del tiempo en el exterior; cuál de aquellos coches podría ser mío para alcanzar más rápido otros lugares y de forma más cómoda; y de aquellas cosas que se ofrecían en los



escaparates, juguetes para personas mayores, con cuáles podría yo jugar; y cómo acercarme a la barra de uno de aquellos cafés, o sentarme frente a una de aquellas mesas con blanco y limpio mantel para reponer mis fuerzas. Todo, mejorado, estaba allí en función del uso que le atribuían las personas, menos las personas mismas, que parecían no necesitarse entre ellas. Y yo sin pensar, por el momento, que todo eso estaba de acuerdo con los esquemas de previsión que se hacen los hombres: el trabajo, el salario, el consumo, incluso el ahorro previsor de contingencias desconocidas. Pero yo no era un ser cualquiera, me dije. Nadie había pasado por mi experiencia. No podía haber vuelto para que mi destino fuera ser un pieza más de aquel puzzle. Debía ser consecuente con mi reflexión, cuando allá, en el otro lado, supuse y hasta afirmé que mi vida sería diferente si volvía. Aquel no era mi mundo. Lo que no llegué a vislumbrar fue en qué sería diferente el que pretendía y, sobre todo, qué tendría que hacer para que fuera diferente. Pero tener que hacer algo para que fuera diferente era, probablemente, lo que hacen las personas normales para ser diferentes a los demás, y no era ese mi caso. En realidad yo no quería hacer nada, salvo no desdeñar hacer aquellas cosas que me apetecieran. Había vuelto a la vida para disfrutarla. Las cosas estaban ahí, al alcance de mi mano, sólo tenía que detenerme, cogerlas, disfrutarlas. No tenía dinero, ni trabajo, ni amigos. ¿Podría prescindir de esos instrumentos para conseguir algo que me apeteciera? Recordé que los hombres se protegían de mil formas de otros

hombres contra lo que ellos llamaban derecho de propiedad; que se volvían furiosos o te encarcelaban si intentabas apoderarte de lo que no era tuyo. No creí que las cosas hubiesen cambiado en aquel mundo respecto a lo que mi memoria me recordaba. Quise, no obstante, hacer una prueba que reafirmara mi suposición, por si sucedía que, más allá de la clínica, las absurdas incoherencias continuaban arrojando mi propia incoherencia. Si así era, quizá no debiera desdeñar aquel mundo. Me acerqué a un kiosco y tome un periódico de los que se apilaban en el suelo. Me puse a leerlo, sin moverme del lugar. Nada de lo que en él venía me pareció extraordinario; parecían cosas que ya había leído antes. Pasé hojas y hojas. Buscaba impaciente alguna incoherencia. De vez en cuando miraba al dueño del kiosco, esperando alguna reacción por la que me impidiera hacer lo que hacía. Él miraba aburrido a través de la pequeña ventanilla, inclinado sobre un mínimo mostrador, con los antebrazos cruzándose apoyados. Me miró cuando debió pensar que le miraba e inmediatamente volvió a la postura displicente de contemplar, qué sé yo, a través de la ventanilla. Yo seguí ojeando el periódico. Después de un buen rato sin que nada sucediera, deposité el periódico en su pila y cogí una revista. Hice lo mismo, y el hombrecillo sin cambiar de postura, salvo para coger las monedas que le alargó un hombre que se llevó mi periódico; quiero decir el periódico que yo poco antes había estado leyendo. Mi actitud debería haber hecho reaccionar al hombrecillo en cualquier momento, y no fue así; me dejó leer,

mirar todo lo que quise sin decirme una palabra. Ya al final, cuando había dejado la última revista y me quedé mirando la panorámica que ofrecía el resto, me sorprendió con una lacónica frase:

—Amigo, llévece uzte lo que guzte.

Le miré y no pude por menos que preguntarle:

—¿Todo esto es gratis?

—No, todo no ez grati, zolo una coza, la que uzte quiera.

—LLevo mucho tiempo sin venir por aquí y me sorprende. ¿Siempre es así?

—No zeñó; zólo lo vierne, y hoy e vierne.

Como aquello era una incoherencia en si misma, quise saber si me tomaba el pelo o era cierto lo que decía.

—Usted me toma el pelo, señor.

— No ceñó, no le tomo el pelo.

—¿Piensa que estoy loco?

—Yo no tengo tiempo en penzá quién ez loco, quién no, pero lo zuyo no ez normal, ¿me entiende?

—Usted lo que hace es seguirme la corriente, ¿no?

—LLevo muchoz añoz en ezte lugar y he vizto muchaz cozaz. Zi uzte quiere, llévece un ejemplar, que no voy a dizcuti con uzte.

—¿Por qué no defiende lo que es suyo?

—Por la cencilla razón de que lo que ce lleve uzte no vale el follón de liarme contra uzte. Ez mi filozofía, ¿zabe uzte? A lo mejor uzte no eztá bien de la cabeza y me arma un pitozte. LLévece lo que quiera, pero una zola coza, por favó.

—¿Por qué habla usted así?

—No puedo pronunciar la ece, no vaya uzte a

penzá que me burlo de uzté.

No me llevé nada, pues nada me interesaba llevar. Miré para atrás, vi al hombre encender un cigarrillo y seguir mirando displicente a través de la ventanilla. Aquel hombre había llevado la lógica al absurdo, pero era la lógica del miedo, que casi siempre, excepto en el heroísmo, nos obliga a aceptar comportamientos absurdos.

Si esos comportamientos se prodigaban — entonces no preveía que se pudiesen generalizar — yo podía sobrevivir en una incoherencia absoluta, ayudado por el miedo de los demás. En mi condición de redivivo debía pertenecer a otro tipo de seres; yo no podía estar a merced de las cosas; yo era un cosa por mí mismo, quizá por la voluntad de Él. Si el fenómeno se repetía, habría encontrado el mundo que buscaba.

Pensé dónde probar de nuevo si se cumplía que el mundo que yo quería para mí, lo tenía allí mismo. Un bar llamó mi atención. En un pequeño escaparate se exponían unos aros de calamar fritos que me recordaron tiempos en los que no pasaba día sin que, a media mañana o media tarde, yo los comiera en bocadillo. Me alegré que aquel sencillo placer no hubiera desaparecido y me decidí a entrar. Pedí un bocadillo de calamar y una cerveza, advirtiendo al camarero que no lo podía pagar. El camarero me miró de forma sostenida. Debo advertir que mi aspecto era impecable; bien rasurado, bien vestido, mi aspecto general podía compararse al de cualquier persona de bien. Ni siquiera quedaba en mi rostro señal de cicatrices desagradables o sospechosas. El camarero me sonrió y acto seguido me sirvió un

suculento bocadillo de calamar y una cerveza. Le  
pregunte:

—¿Me lo da sin pagar?

—No se preocupe; ya me lo pagará cuando  
pueda.

Quizá yo estaba prejuzgando aquella situación  
como incoherente. Lo cierto era que nunca antes  
había forzado una situación así, salvo mi larga y  
costosa estancia en la clínica de la que nunca  
tuve certeza de cómo había sido pagada. Y es que  
también allí la incoherencia había surgido entre  
dos voluntades dispuestas a pagar de las que yo  
dudaba sobre su verosimilitud. Las cosas como  
son. El camarero no vio en mi un indigente que  
pudiese correr la voz de que en aquel bar daban  
bocadillos gratis. Me vio como una singularidad  
irrepetible y se debió sentir solidario con mi  
momentánea dificultad para pagar. Al fin y al cabo,  
sólo arriesgaba un bocadillo de calamar y una  
cerveza. Pudo pensar que una persona como yo  
vendría en otra ocasión, le pagaría lo debido y le  
pediría cualquier otra cosa, esa vez pagando  
religiosamente. Todos estos pensamientos eran  
inútiles. El caso es que la cosa funcionaba y me  
propuse repetir la experiencia.

Un bocadillo, un periódico, parecían cosas de  
menor entidad. Tenía que probar con algo más  
importante, y entré en una oficina de un banco,  
desconocido para mí. Me acerqué a la ventanilla  
que ponía “Caja” y le dije al empleado.

—Necesito algo de dinero.

—¿Cuenta corriente o cartilla de ahorro? —me  
preguntó

—Lo siento, no lo sé.

—¿Cómo se llama usted?

—Manuel Hidalgo López.

El empleado tecleó mi nombre en un tablero parecido al de la clínica, miró una pantalla parecida y volvió a preguntar:

—¿Su documento nacional de identidad?

—No lo tengo.

—¿Recuerda usted el número?

Sí que recordaba el número de mi carné. Era un número que yo había memorizado y aún estaba en mis registros, a pesar del tiempo transcurrido sin usarlo. Le dije de carrerilla:

—Once, seis veinticuatro, cuatro ochenta y tres.

Aquel hombre miró la pantalla y seguidamente me extendió un impreso.

—Rellene este impreso, por favor.

Rellené el impreso, y en el apartado *Cantidad*, puse cincuenta mil pesetas.

—Firme usted — me advirtió cuando ya se lo entregaba.

Lo firmé y se lo entregué. Miró el impreso, miró la pantalla, volvió a teclear, lo introdujo por una ranura en una máquina extraña para mí y que pareció ponerse en movimiento por sí sola. La máquina escupió el impreso y el cajero extrajo de un cajón cincuenta mil pesetas que me entregó sin más.

Cogí confuso aquel dinero y di paso a alguien que esperaba.

No tuve tiempo para pensar. Salí del banco con el dinero en la mano. Di unos pasos por la acera buscando la palabra con la que iniciar el análisis y alguien se me acercó. Las cosas como son. Aquel individuo no me inspiró ninguna confianza y no

porque mi pensamiento lo dedujera sino por una especial sensibilización de toda mi piel. Escualido, desgredado, barbilampiño, con costras en sus ropajes. Sus ojos sin brillo me miraron de soslayo. Se dirigió a mí.

—Dame algo.

Yo miré el dinero que todavía portaba en mi mano. Me disponía a darle parte de aquel dinero, cuando aquel desecho humano metió la mano en el bolso. Sonó un clic y el brillar la hoja de una navaja de grandes dimensiones que me ponía en mi vientre. Luego dijo:

—Todo. Dame todo.

Se lo di. Pero aquel individuo me interesaba. Quería saber por qué él era diferente a mí, que necesitaba de aquel método violento para obtener lo que necesitaba. Le dije:

—¿Tienes algún problema, chico? Quiero hablar contigo.

Iba a marcharse. Ya había ocultado la navaja en el bolsillo. Se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Va a armar jaleo?

—No. Sólo quiero hablar contigo.

—¿Qué quiere?

—Saber algo de ti. ¿Por qué haces esto?

—¿Me va ha soltar un sermón?

—No. Sólo que me extraña tu comportamiento, aquí, en plena calle. ¿Eres un ladrón?

—No soy un ladrón. ¿De dónde sale usted? ¿Es que no me ve?

—¿Qué tengo que ver? Parece que lo estás pasando mal, pero si yo no soy el primero al que haces esto, con lo que obtienes podías cuidar un poco tu aspecto. ¿No te das cuenta que con esa

pinta no se puede andar por la calle?

Pareció sosegarse y se puso a mi lado mientras caminábamos.

—Todo lo que saco es para pincharme, para comer algo y para la habitación.

No entendí bien la primera parte. Le pregunté.

—¿Estás enfermo? ¿No tienes un seguro médico?

—Usted debe venir de otro mundo. Droga, hombre, ¿no sabe lo que es eso? Usted se quiere reír de mí.

—Te juro que no.

Y le conté que venía de una clínica donde había estado diez años sin contacto con el mundo exterior. Que no conocía que existiera ese problema. Pareció creerme, pues no volvió a incomodarse. Le pregunté por qué no dejaba ese vicio y me miró como si el ser extraño fuese yo. Me contó que además tenía Sida, una enfermedad incurable que le llevaría a la muerte en poco tiempo. Le pregunté por esa enfermedad de la que no había oído hablar y me pareció que era un experto, pues su explicación estaba llena de tecnicismos más propios de una persona totalmente opuesta en aspecto al que el presentaba. Me decidí a hacerle una confidencia.

—Te voy a contar algo que quizá te valga. Creo que soy la única persona que ha estado en el otro lado.

—¿Qué lado? ¿En el Cielo?

No exactamente. Te diré que no hay Cielo; es otra cosa.

Y le conté con algún detalle mi experiencia. Él me escuchó muy atento. Al final me pareció que su cara se iluminaba.



—¿No se quiere quedar conmigo?

—En absoluto.

—¿Sabe? Creo que eso que me ha dicho es lo mejor que escuchado en mucho tiempo.

No pude intuir por qué mi historia le gustaba. Le pregunté:

—¿Por qué es lo mejor?

—Me gusta lo que me espera. Usted no sabe lo que es padecer en este cochino mundo. No me importa que haya o no el Cielo que dicen por ahí y lo que hay que hacer para ganárselo. Prefiero eso que usted dice, de que no se siente ni se padece y que a todos le sucede lo mismo. Yo aquí ya no podía ser igual a nadie, pero me aferraba a esta mierda pensando que allí tampoco me querrían. Eso suyo es como cuando me doy un chute, pero para siempre, porque no sabe usted lo mal que lo paso cuando se va el efecto y me veo obligado a robar. No sé si usted me ha dicho la verdad, pero lo comprobaré muy pronto.

—¿Qué vas a hacer?

—Estaba esperando una razón para acabar con esto. Bueno, no es que lo suyo sea una razón, exactamente, pero me hace pensar que ya no tiene sentido el continuar, creyendo como creo que usted es alguien extraño, con un mensaje para mí. Me pondré una dosis doble. Tenga. Con esto tengo bastante.

Y me dio treinta mil pesetas. Se guardó el resto y caminó rápido en sentido contrario.

Habría necesitado un minuto para coordinar mis ideas e intentar disuadirle de lo que iba a hacer, pero no me dio ese minuto y tampoco después encontré mejores razones para que lo hiciera.

Caminaba abstraído pensando si todo lo que me había sucedido desde que salí de la clínica obedecía a la lógica de las cosas o, las cosas como son, funcionaban de acuerdo con esquemas contingentes. Si era según la primera hipótesis, las cosas no se mostraban más que en una unívoca dirección, inherente a su propia esencia; mientras que si lo hacían de acuerdo con la segunda, como ya había concluido en otra ocasión, las cosas sólo tendrían entidad propia a partir de nuestra percepción.

Me sacudí la cabeza como para desprenderme de tanta sandez como, a veces, mi pensamiento parecía pergeñar. Las cosas como son, a secas, bastaba para aceptar lo que me había pasado. Había más cosas que se producirían, y puede que fueran diferentes sin llegar a ser contradictorias.

Pasé por la boca de una estación de metro. Una vieja medio tullida, sin mirar a los viandantes, extendía su mano implorante. Instintivamente metí la mano en el bolsillo, saqué un billete de cinco mil pesetas y se lo puse en la mano. Aquella mujer, como un ave de rapiña, cerró su mano renegrida y, sin mirarme, guardó el billete en su regazo, sólo el tiempo para considerar que estaba a salvo. A continuación volvió a extender la mano implorante. ¿Debió agradecerme de algún modo aquella espléndida limosna? Las cosas como son. Aquella mujer pudo pensar varias cosas: que yo me había equivocado, en ese caso, lo mejor para ella era que yo no tuviera tiempo de darme cuenta y no le pudiera reclamar su devolución; que la gente que circulaba en aquel momento hubiese visto lo que yo le había dado y no le dieran nada, pensando

que ya había obtenido suficiente para aquel día; que durante sus largas horas pidiendo, siempre había alguien que hacía lo mismo que yo y ya estaba acostumbrada... Eso y alguna otra explicación más era posible, todas diferentes, ninguna contradictoria en sí misma. Que no me agradeció mi gesto, eso podría dar lugar a otra panoplia de posibilidades, todas diferentes, ninguna contradictoria. Y ¿cual era mi percepción de esa cosa? La única posible: las cosas como son. Y seguí caminando sin rumbo.

Aunque estaba persuadido de que mi nueva frase favorita podía resolverme todas mis perplejidades, no pude menos de plantearme algún destino inmediato. Quería marcharme de aquella ciudad, irme a algún lugar lejano, pero la magia de tantos sucesos extraños, como parecía albergar, hizo que me decidiera a quedarme, al menos el resto de aquel día de mi renacimiento. Era medio día y el bocadillo de calamar no me había quitado el apetito. Decidí entrar en un restaurante que me encontré en mi vagar a ninguna parte.

El restaurante estaba lleno; al menos no había mesa vacía donde sentarse. Miré la panorámica de las mesas, tratando de adivinar cuál estaría a punto de ser desocupada. Una mesa la ocupaba una mujer sola. Mi mirada se cruzó con la suya. Me sonrió levemente y me indicó con la mano la silla vacía que tenía al otro lado. Sin duda me invitaba a sentarme. Acepté de buen grado. La mujer era bastante hermosa, más joven que yo. Mientras me dirigía hacia ella recordé mis tiempos de conquistador y busque en mi memoria alguna de mis mejores técnicas para ligar a una mujer. No

encontré ninguna. Quizá por el tiempo que estuve sin practicar, quizá porque enseguida me vi encima. Balbuceé:

—¿Está libre?

La mujer me miró con una sonrisa franca y algo de sorpresa en su rostro. Me dijo:

—Claro, Manolo. Para ti está libre.

Me llamaba por mi nombre y de forma familiar. Hice una pregunta estúpida.

—¿Me conoces? Perdona, pero no te recuerdo.

—A todos os pasa lo mismo. Anda, siéntate.

Me senté sin dejar de mirarla, tratando de encontrar algún poso en mi memoria, y es que tratándose de mujeres, eran tantas... Pude, para salir del paso, exclamar, “¡ah, claro, eres tú!” Pero pensé que podía caer en el ridículo, quizá ofenderla. En su lugar dije:

—Pues no caigo. ¿De qué me conoces?

—Eché un polvo contigo —dijo sonriendo, y añadió: —Eso por si solo no me permitiría recordarte, pero es que lo tuyo fue especial y eso se le queda a una. Ya veo que para ti fui una más. Deduje que era un prostituta y quise saber qué de especial había sido que me recordaba, a pesar de tanto tiempo transcurrido.

—Tú fuiste el primero que consiguió darme por retaguardia, ¿no te acuerdas?

Ciertamente no me acordaba. Seguramente ella no había sido para mi la primera y tampoco la última. Le sonreí.

—Has cambiado bastante; te encuentro algo mas gordo, y alguna cana.

—¿Tanto te impresioné que recuerdas cómo era? Debía ser no menos de diez años más joven,

desde luego.

—Hombre, me jode que no te acuerdes de mí; eso quiere decir que estos diez años me han hecho polvo.

—Nada de eso. Te has quedado conmigo nada más echarte la vista encima —dije a modo de cumplido sincero. —Pero chica, vengo del otro mundo y se me ha borrado parte de mi memoria. Te ruego que me disculpes.

—No importa. Me llamo Teresa. ¿Vas a comer?

Sentí un placer desconocido al lado de aquella mujer. Aunque los motivos fueran lo de menos, el que aquella mujer, para la que yo solamente había sido un accidente —no lo quiero llamar hito— en su vida, me hubiera guardado tanto tiempo en su memoria, llegó a conmoverme. Le conté mi historia a medias y ella me contó alguna de sus cosas. Me preguntó dónde me alojaba y le contesté que en ninguna parte.

—Vente conmigo. Tengo un apartamento propio. Nada de aquellos cutres *meublés* de otros tiempos. Una ha de cuidarse después de esta cabronada del sida. Tengo buenos clientes, de confianza, así como tú. Y estoy limpia como una jovencita que no lo haya catado.

Recordé al joven que me había confesado tener sida. Al parecer aquella extraña enfermedad también se cogía por otros medios que la droga. Le pregunté:

—¿También se coge eso follando?

—También, hijo. Esa peste se va terminando cogiendo hasta por respirar. Pero por ahora, y según dicen los entendidos, sólo por las jeringuillas en los chutes de droga y follando,

sobre todo por atrás. Te explicaré cómo funciona para que te prevengas.

Teresa sabía todo lo que se debía saber sobre esa nueva enfermedad, o eso me pareció. Me lo explicó con todo detalle y pude darme cuenta de la magnitud de aquel mal. Me enseñó una tarjeta sanitaria con muchas cruces en una columna que ponía negativo, ninguna en la que ponía positivo. Quizá lo hizo por si el miedo me hacía desestimar su ofrecimiento. Todo lo contrario, un solitario como yo, dispuesto a aceptar cualquier imprevisible, agradecía el calor de una amistad que ella se había cuidado de no pactar en esta ocasión.

Intenté invitarla a comer pero ella no lo acepto y, en su lugar, fue ella la que insistió en invitarme. Acepté si eso la complacía y salimos juntos del restaurante. Andando le pregunté por qué hacía aquello conmigo.

—Ni yo misma lo sé. Quizá porque te veo un poco descolocado. ¡Uf, diez años en un hospital! Te mereces un premio por los cojones que le has echado para salir adelante.

Las cosas como son. Aquella contestación me pareció incongruente con una mujer de su oficio, pero yo estaba acostumbrado a incongruencias mayores y me sentía a gusto navegando en ellas. Quizá Teresa se había hecho ilusiones respecto a mí. Puede que estuviera en esa edad en la que iba echando de menos la vida en pareja, la protección que convencionalmente se estima que un hombre proporciona a una mujer. O quizá esperaba que yo la compensara de forma voluntaria por su ofrecimiento, o por los servicios

que ella suponía debía estar tremendamente necesitado después de diez años en un hospital. Quizá nada de eso y sólo había sido un rasgo de generosidad por su parte, para que empezara a sentirme en el mundo de la mano de su amistad. Las cosas como son. Para saberlo debería esperar que las cosas se mostraran. Sería entonces cuando yo podría percibir las y, ¡lástima!, nada más que fueran, cualesquiera que fuera su esencia, comenzarían un inexorable deterioro.

Mientras andábamos, le preguntaba a Teresa por las cosas nuevas que me iba topando. Ella se reía sorprendida de que tantas cosas me parecieran nuevas después de tan solo diez años, una eternidad en otros casos, pero muy poco para que la cotidianidad y sus saltos hacia adelante hubiera sido percibido por ella.

Empecé a darme cuenta de su sana intención cuando ya había pasado largo tiempo y ella todavía no había hablado de condiciones. Una prostituta no solía dejar eso al azar y lo planteaba crudamente antes de empezar a subir la escalera o tomar el ascensor. Las cosas como son. Ese comportamiento iba dando perfiles a la cosa que me esperaba pero no era suficiente; ella podía ser una singularidad. Siempre cabía la posibilidad de que algo fuera una singularidad, y sería, en ese caso y para nuestra percepción, una incoherencia. Puede que no se entienda, pero todo lo incoherente es singular, porque lo coherente ya debe estar prefigurado, marcado por un destino.

Para que yo me sintiera a gusto, necesitaba que fuera incoherente y que estuviera indefinido; ese era el mundo que había elegido, quizá el único

mundo reservado para mí.

Llegamos a un edificio que me pareció nuevo. Tenía un conserje uniformado que se prestó a abrirnos la puerta.

—Buenos tardes, señorita Teresa, y la compañía.

No podía empezar mejor. ¡Tanto habían cambiado las cosas hacía lo incoherente...! Sin duda el conserje conocía del oficio de Teresa, sin embargo le había abierto la puerta y la había saludado llamándola señorita. No pude entender que una prostituta, por más que la apariencia de Teresa fuera la de una dama, convencionalmente respetable, hubiese alcanzado una consideración social en la que, al parecer, ser prostituta ya no llevaba implícito el estigma de un rechazo explícito de una sociedad, por otra parte, antes siempre aferrada, cuanto menos, a la salvaguarda de las apariencias. De momento, ya digo, aquello me pareció una incoherencia y así lo mantuve, porque, las cosas como son, yo, cada vez más, me reafirmaba en pensar que la incoherencia era la esencia misma de las cosas.

Esperando sorpresas mayores, subimos a la quinta planta del edificio. Un corredor alfombrado nos condujo a una puerta de sólida y lujosa factura. Teresa la abrió. Era pesada. Puede advertir un rosario de goznes bronceados en un perímetro totalmente metálico. Una cerradura que me recordó las que había visto alguna vez en las cajas fuertes. Le pregunté a Teresa si temía por algo, a juzgar por aquella medida extrema de seguridad. Teresa me contestó:

—No. Ya venía así cuando compré este apartamento.



—Pues no lo entiendo —contesté.

—Yo creo que lo hacen así para cobrarnos un millón más.

Una respuesta que no me permitía seguir preguntando, porque no se podía contrargumentar ni inquirir sobre lo paradójico: te robaban para que no te robaran. Todo iba sobre ruedas.

El apartamento era de un confort desconocido para mí, porque en él la calidad se hacía funcional, mientras que para mis recuerdos el confort y la calidad iban unidos a lo barroco. Las cosas como son. Sí aquello era una paradoja, debo decir que me gustó, como no podía ser menos.

—Muy bonito —dije por toda expresión.

—¿Te gusta?

—Mucho han cambiado las cosas en diez años.

Con esa frase quise resumir todas las impresiones recibidas hasta entonces.

Teresa se despojó de su chaqueta mientras me invitaba a sentarme. Ella entró en lo que pude advertir era la cocina, pues desde el salón se podía ver a través de un gran ventanal, rematado en arco. Mientras miraba en mi derredor, pensaba cómo hacía Teresa para permitirse tal lujo. No recordaba que nadie de su oficio estuviese sobrada diez años antes, y salvo que Teresa tuviese otro tipo de negocios, la cosa no dejaba de ser incongruente. Me gustaba, me gustaba.

Teresa volvió con una fuente que yo pensé era de plata y un juego de café fabricado en una exquisita porcelana. Por mi imaginación se cruzó una duda: ¿cuánto me pediría por dispensarme aquel trato exquisito? No quise sorprenderla

después de abusar de su confianza. No sabía el verdadero valor de mi dinero, salvo aquella pequeña referencia del chico del sida, que me había dicho que, con el dinero que se quedaba, tendría suficiente para una dosis doble, de droga, supuse yo. Alto precio, a todas luces, pero también es verdad que yo no tenía ninguna referencia del precio de semejante producto. Le dije a Teresa:

—Sólo tengo esto, Teresa.

Y le mostré el dinero que saqué del bolsillo. Ella me ayudó a guardarlo, mientras me decía:

—No va de dinero la cosa.

—¿Entonces? —pregunté curioso.

—Me puedo permitir ser una dama de vez en cuando.

—¿Y porqué me has elegido a mí para ese de vez en cuando?

—Tú fuiste el primero en hacerme sentir mujer. Eso fue hace diez años. Para mí es un orgullo que, diez años después, yo vuelva a ser la primera en tu nueva vida.

No le dije que no era la primera; no le había hablado de las enfermeras. Yo tenía que ser incongruente y le dije:

—Sí, pero lo podías conseguir cobrando tu tarifa, o al menos intentándolo.

—Dejemos eso. Deja que te ofrezca mi amistad como se suele hacer, desinteresadamente. Me siento a gusto haciéndolo. Sólo te pido que todo a su tiempo, aunque comprendo que te impacientes, después de tanto tiempo en el dique seco.

No sentía impaciencia por llevármela o porque me llevara a la cama; sentía una tremenda curiosidad

y un placer con su simple compañía. Me pregunté cuánto tiempo duraría, si después de que ella disfrutara de su experiencia, yo le devolviera un recíproco deterioro de mi interés. Temí, y era una paradoja, que fuera así y me invitara a que me fuera de su vida. Tuve exquisito cuidado en no hurgar en el misterioso milagro de su bienestar y ella ni de lejos empleó ninguna sutil pregunta sobre mis medios económicos. Fue en esta última circunstancia en la que yo quise quedar meridianamente claro que no sabía cómo agradecerle tanta gentileza. Ella me respondió:

—Te repito que ya me pagas con estar aquí, conmigo. Si quisiera dinero ya te lo habría dicho.

Fue entonces cuando yo quise saber si podría pasar la noche con ella. Quizá hasta ese extremo ella no estaba dispuesta. Me contestó:

—Esta noche y las noches que quieras. Sólo que por el día te has de ir por ahí, para que yo pueda trabajar. Normal, ¿no?

Contesté entendiendo su oferta y condición:

—No quiero abusar de tu hospitalidad, Teresa. Por otra parte, he decidido hacer de mi segunda vida un alejarme siempre de lo cotidiano, de buscar siempre nuevas vivencias.

—Me parece bien. Tú eso lo dices porque te lo has planteado así, y yo te podría decir que no dejaría de decírtelo cuando me lo planteara. Para el caso es lo mismo, y te agradezco la sinceridad. Pero, dime, tendrás que trabajar, ¿no?

La pregunta era consecuente y no vi en ella ninguna sutil curiosidad.

—No. Pretendo no trabajar. La vida es muy corta para dilapidarla trabajando.

—Bueno, eso es cojonudo. Pues no trabajes. Mientras los dos estemos a gusto juntos, no tienes por qué preocuparte.

¡Paradoja sublime! A partir de mi confesión yo esperaba que ella se pusiera en guardia, que me reprimiera un deseo velado de chulearla. Ella no lo necesitaba, si eso se entendía desde una perspectiva de seguridad para ella misma. Y, ¿por qué, a renglón seguido, no me preguntó cómo pensaba conseguirlo? Una incongruencia que superaba mi capacidad de acomodación. Me proponía un compromiso tácito de no cohartar nuestras respectivas libertades. Su libertad era aceptarme, de momento, como era. Aquello era nuevo para mí y me gustaba.

Vimos juntos una película que pasaban por la televisión; una televisión enorme, que más bien parecía un minicine. Rellenó la cafetera varias veces para que no faltara café y a media tarde trajo unos pasteles que guardaba en la nevera. El intervalo de la película sirvió para tomarnos una tregua en el intercambio de pensamientos. Al final, Teresa me preguntó:

—¿Te está gustando?

Contesté sincero.

—No me he enterado, Teresa. Lo siento.

—¿En qué pensabas?

Mis pensamientos habían regresado al tiempo de tinieblas que había vivido. Condensado en una hora, por mi mente, curiosamente, pasaron imágenes que no habían existido. Sin duda eran refritos de imágenes anteriores a mi supuesta muerte, y como aquello era una paradoja, me complací en evocarlas. Quise saber el efecto que

le causaría a Teresa una tan inverosímil historia como la mía.

—No te he contado una cosa.

Teresa apagó el televisor y entre sonrisa y cara seria, me escuchó en silencio todo lo que le quise contar. Al final la miré interrogante y ella me dijo:

—Y yo soy un ángel que ha dejado las alas en el taller a reparar. No, en serio, si tienes muchas historias como esa, seguro que te prefiero escuchar, a ver la televisión.

No podía decirle que era verdad, pues ella, a juzgar por su sarcasmo, no estaba dispuesta a creerlo. Yo tampoco tenía pruebas concluyentes para mí. Me acordé de nuevo del chico que me había atracado y le dije a Teresa:

—Me encontré con un chico que dijo estar desahuciado por esa enfermedad, sida, ¿no?. Le conté de forma breve lo que le esperaba al otro lado y pareció que le gustaba, y no sólo que le gustaba, también que estaba dispuesto a irse a ese lugar de inmediato, poniéndose una dosis doble de algo que no precisó.

—Naturalmente. Una persona sin esperanza, como ese muchacho, se aferra a cualquier cosa que le libere de esa putada.

Entonces yo me planteé por qué razón semejante vivencia, aunque fuera difusa, me había elegido a mí como destinatario. Podía haber sucedido cualquier otra cosa más complaciente o quizá nada. Pero esa pregunta era una constante en mí y aún no había encontrado la respuesta.

Como si aquella historia fuera un ejercicio de entretenimiento, ni Teresa ni yo volvimos a trascendentalizarla. Paradoja de las paradojas.

Algunas veces los seres humanos teorizan para hacerse trascendentes, quizá por necesidad de sobrepasar su propia precariedad, y cuando algo trascendente se pone delante de sus ojos, lo suelen trivializar, quizá porque prefieren ser triviales. Bien, de todos modos.

Cenamos una comida que Teresa preparó sacándola de la nevera y calentándola en una especie de horno rápido. Teresa me dijo que se llamaba microondas, un artilugio aparecido hacía poco tiempo. Esas cosas no me sorprendían. Los aparatos, las máquinas nunca eran paradójicos, respondían a otro tipo de esencia, la esencia de las cosas previstas. Carecían de interés para mí.

Lo que sucedió después tuvo lugar en la cama, a donde Teresa me llevó de la mano. Fue una insinuación a medias verbal, a medias un gesto.

—Ven — me dijo, tomándome de la mano.

Yo la seguí. Había empezado a impulsarme el deseo.

—Métete en la cama. Vengo enseguida —me dijo con su mejor sonrisa.

Me desnudé y me metí en la cama. Ella se debió ir al baño. Tenía una erección máxima y estaba impaciente. No tardó. Venía vestida con una bata de raso color crema. Se había soltado el pelo. Estaba aun más hermosa.

—¿Estás en forma, o te preparo?

—Estoy en forma.

—Colócate esto —y me dio un preservativo.

Era un preservativo lubricado; no lo había usado antes y me pregunté para qué tendría que ser así. Ella dijo algo que no era una respuesta.

—Aunque no haya problema, mejor prevenir —me

dijo, mientras apagaba la luz y se acostaba a mi lado.

Sentí su cuerpo caliente al contacto con el mío. Me besó profundamente, cubriendo mi cara de su sedoso pelo. Admití hambriento su beso. Quise ponerme encima de ella y me rechazó.

—No, así no — me dijo.

Teresa se volvió de espaldas a mí. Comprendí. Me dispuse a aceptar su preferencia. Ella también estaba perfectamente lubricada y la penetré sin dificultad. Teresa pareció gemir de placer. Digo pareció, porque nunca se podía tener la certeza cuando se trataba de una prostituta. No me sorprendí del tiempo que tardé en correrme; ella sí.

—Pensé que iba ser visto y no visto. Hacía tiempo que no disfrutaba. Gracias, Manolo.

Debí confesarle que, la noche anterior, la enfermera ninfómana se había despedido de mí de una forma especial y que esa había sido la razón de mi largo camino hasta la eyaculación; un camino de ida y vuelta, en el que los dos nos encontramos furiosamente, y que pareció eterno. Pero no se lo dije; no era necesario.

Relajados después de una rápida ducha, nos quedamos hablando en la cama hasta dormirnos. Soñé con cosas incoherentes. Nada parecía cambiar.

Nos despertamos tarde. Yo, como cada día después de mi vuelta a este mundo, sentía al despertarme un nuevo renacer; Teresa, no lo sé. Pero, en mi caso, ese nuevo día tenía que ser importante, era un día más y trágicamente un día menos para mis sentidos.

Teresa acurrucó su trasero en el hueco de mi pelvis y mis piernas. Traté de ponerla horizontal. Todavía me sentía algo dolorido y quise probar otra suerte. Ella se resistió. Yo lo intenté de nuevo y ella volvió a negarse. Le pregunté:

—¿Por qué?

—Me harías daño, Manolo.

No comprendí y quise saber por qué le haría daño.

—Estoy recién operada y aún no puedo.

—¿De qué estás operada?

—Son ya varias las operaciones; me he hecho algunos arreglos, ¿sabes? Pero el cirujano me ha aconsejado no follar por delante. Quizá con el tiempo.

Seguía sin comprender. Le pregunté:

—¿Qué defecto tenías?

Teresa debió comprender en ese instante. Me contestó volviéndose de espaldas a la cama y mirando al techo, ya iluminado por las primeras luces de un sol que penetraba por los resquicios de la persiana.

—Debí refrescarte la memoria, cuando por ti mismo no pudiste recordarme. Soy, era, ya no lo sé muy bien, Francisco, aquel joven que trabajaba de travestí en el club Any.

—¡Paquí! —exclamé.

Una compuerta se abrió de repente en mi memoria. Paquí era Teresa o Teresa era Paquí. Lo recordé nítida y gozosamente. Un hermoso joven que diez años antes confundía a cualquier hombre con sus rasgos delicadamente femeninos, y que era necesario llegar muy íntimamente a él para descubrir sus atributos masculinos, mínimos,



recordé también. Todo en una sucesión rápida de recuerdos esbozados en torno a una imagen clara. Su confesión, entonces, en la que luchaba por imponer su condición femenina contra la evidente paradoja de haber sido concebido con atributos que no le ayudaban. Y mi primera aceptación, sin reservas, de aquella experiencia homosexual que recordaba gratificante. ¡Paqui!, ahora una Teresa espléndida. Con unos pechos exuberantes y duros. Con una piel suave. Con un largo pelo sedoso que era una permanente caricia. Con una boca sensual que evocaba un sexo juvenil.

—Sí, Paqui. ¿Qué te parece?

—Un milagro, chica, chico, ¿qué prefieres?

—Soy Teresa. Soy una mujer; así me siento y eso dice mi cirujano, aunque todavía me jode que se diga de mí que soy una transexual. Siento que en algunos detalles la cosa se hace esperar. ¿Te ha molestado?

—En absoluto, Teresa. Para mí, que he vivido tantas experiencias contradictorias, tú eres el paradigma de mi lema favorito: las cosas como son. Tu eres lo que eres y tus antecedentes son cosas muertas, no existen ya y no vale la pena confundirlas con las cosas presentes, vivas y espléndidas. Me alegro por ti y por tu voluntad de no aceptar que las cosas son como son. Te ha debido costar, me figuro.

— No todo el camino está andado. No lo sabes bien. Dinero y sufrimientos. Pero ahora lo doy todo por bien pasado. La naturaleza me hizo una cabronada y yo he puesto las cosas en su sitio; bueno, no del todo: aún me falta algo, pero

primero tengo que ganarlo.

Me explicó con detalle su peripecia personal desde su primera decisión hasta el momento actual. Nuestras vidas en los últimos diez años habían sido en cierto modo paralelas; los dos habíamos estado instalados en la paradoja.

Y todo, ¿para qué? Nuestras vidas eran una cosa en deterioro constante. Pero, por el momento, parecíamos disfrutar de las cosas como son.

Ya no hubo más contacto entre nosotros. Nos levantamos y nos duchamos juntos; quizá temíamos por la soledad de cada uno, circunstancia en la que, fácilmente, las personas se desorientan y cambian inesperadamente de rumbo.

Desayunamos y no esperé que Teresa me recordara mi parte del contrato. Me levanté, me vestí y salí del apartamento. Teresa se quedó, supuse que a esperar la primera llamada por el teléfono. Sólo trabajaría por las mañanas, me dijo. Quedamos en vernos allí mismo, por la tarde. Me invitó a salir de compras con ella.

En el ascensor que me conducía al hall del edificio, pensé si debía ser un hombre convencional, coherente, y hacer lo que cualquier macho haría por su territorio y su hembra: defenderla del invasor de mi propiedad y de algo parecido a una especie de inconcreto sentimiento que sólo yo quería disfrutar. Pero el ascensor siguió bajando, alejándome de Teresa, y mis pensamientos se fueron volviendo confusos, evanescentes, contradictorios.

Desde dentro, el conserje miraba a la calle a

través de los cristales de la puerta. Se volvió al oír mis pasos y me sonrió con cierta complicidad.

—Perdone, señor. Puedo proporcionarle el género que usted desee: chicas, chicos, mixto; todo de primera.

Aquella oferta me irritó. De repente aquel hombre, quizá acostumbrado a ser coherente, entendió que yo formaba parte de un mundo que encadena las secuencias con una lógica predeterminada. Le quise castigar con una recomendación absurda, en la que estaba seguro que su mente se pasaría navegando mucho tiempo.

—Debería cuidarse de lo que hacen sus hijos.

No contestó, porque yo salí sin pararme por la puerta que él mismo me franqueaba.

Me paré frente a la puerta. Debía elegir entre ir a la derecha o ir a la izquierda. Me daba igual; bueno, no exactamente: si tomaba ir a la izquierda, me acercaba al centro de la ciudad; si a la derecha, me conducía hacia la clínica. La coherencia parecía indicar que la elección debía ser a la izquierda; lo incoherente era volver a la clínica. Elegí volver a la clínica. No sabía para qué, pero intuí que ocurrirían cosas imprevisibles.

Me puse a andar. Todo estaba en el mismo sitio que el día anterior, y comenzó a parecerme una pérdida de tiempo transitar por las mismas cosas. Quizá me encontrara con gente nueva, me dije para seguir. Pasé por la puerta del restaurante y me asomé: algunas personas parecían estar desayunando; no comiendo, pues no era la hora de la costumbre. Había mesas vacías. Miré a las personas que allí estaban, y ninguna pareció prestar atención a mi presencia. Aquella era la

normalidad, y me marché. Luego pasé de nuevo frente al banco. Lo coherente hubiese sido que entrara y probara de nuevo a obtener dinero. Sin dinero no pedían hacerse cosas previsibles, pero esa cosas no eran mi objetivo. Pensé en Teresa y en lo que tenía que hacer para ganarse la vida y la autoestima. Ella era una mujer de voluntad previsible y coherente para sí misma, no lo era cuando me dispensaba aquel trato, inesperado en una mujer de su condición; quizá lo era para los demás y eso era lo que apreciaban de ella. Me interesaba Teresa, la para mí imprevisible Teresa que acababa de dejar atrás, pero dudé que, cuando volviera, le quedara algo imprevisible que ofrecerme. Allí, en aquel banco, podía encontrar mi primera cosa inesperada del día, si descontaba a Teresa, y de repente me vi dentro. Me dirigí a la caja. Esperé que dos clientes que me precedían terminaran sus asuntos. Las cosas como son. Había coherencias que te era obligado el ser aceptadas; esas no eran de mi interés: eran las coherencias que te imponían los demás. Mis incoherencias, las que yo buscaba, eran las que se presentaban solas, como cosas no predeterminadas. Esperaba que allí aparecería una de un momento a otro. Tocó mi turno. El cajero me miró. Era el mismo que el del día anterior.

—Buenos días, Don Manuel —me saludó.

Yo no le respondí. Me apoyé en el exiguo mostrador, delante de la ventanilla y esperé.

—¿Desea usted hacer un reintegro?

—¿De cuánto dinero dispongo? —pregunté.

El cajero tecleó mi nombre y miró a la pantalla.

Metió una cuartilla por la ranura de una máquina y tecléo de nuevo. La maquina hizo un ruido, como si teclara ella sola, y al poco rato escupió la cuartilla. El cajero, sin mirarla, le dio la vuelta y me la pasó. Yo la recogí y me separé de la ventanilla. Me senté en una de las butacas del patio de operaciones y miré la cuartilla. Allí, debajo de mi nombre y de una larga hilera de cifras, había una fecha, la palabra saldo y otra cifra: cuarenta y nueve millones novecientos cincuenta pesetas. Me levanté y salí a la calle. Busqué en mi mente dónde estaba la incoherencia y no pude encontrar otra cosa que yo debía ser el incoherente; no recordaba poseer tal cantidad. De repente, la incoherencia del día anterior, por la que de forma imprevisible había obtenido cincuenta mil pesetas, se volvió coherente, ¿por qué? Traté de buscar compatibilidad con mi axioma: las cosas como son. Las cosas son incoherentes antes de existir; luego, cuando se sustancian, se convierten en coherentes. Faltaba la explicación lógica que las llevaba de un estado al otro pero no la busqué. Tenía dinero, eso era evidente, pero no le di importancia. Después de mi singular experiencia, ¿qué otra cosa podía tener importancia? Si había resuelto no encontrar explicación a aquella, ¿por qué me iba a preocupar de buscársela a ésta? Guardé la cuartilla en el bolsillo y seguí andando. Sentí una mano en mi hombro y me volví. Allí estaba el joven del sida, el que me había atracado el día anterior. Me sorprendí, pues ya lo creía muerto, gozando de no gozar ni padecer en el mundo de las tinieblas.

—¿No habías decidido terminar con esto? — le

pregunté.

—Sí, pero he cambiado de parecer. Yo no tengo valor. Quizá, si usted me ayuda...

—¿Cómo crees que te puedo ayudar?

—Necesito que usted me garantice que, eso que me dijo, existe de verdad. Y una cosa más, que usted acabe conmigo.

Me sentí perplejo. Tardé en reaccionar para decirle a aquel muchacho:

—No me he traído nada de allí para probarlo. Allí no hay nada, como ya te había dicho. Lo siento, chico, no puedo.

—Sí que puede. Usted escribe en un papel: “juro por mi salvación que después de la vida...”, y pone usted lo que me dijo ayer. Luego viene a donde yo le diga y hace lo que yo le diga.

No entendí aquella proposición. No tenía inconveniente en hacer lo que quería y me dispuse a dejarme guiar por el chico. Había un banco en la acera y le invité a que se sentara. Yo me senté a su lado. Le dije:

—La primera parte de tu deseo no la entiendo. ¿Por qué te fías de mi juramento? Podría ser un agnóstico que no cree en ningún tipo de salvación, o un predicador de esos...

—Si las cosas no son como usted dice, Él le castigará a usted por haberme engañado, no a mí, al margen de lo que crea o deje de creer.

Estaba claro que el chico se mantenía en esta vida sólo por el temor a Él. Quería morir y sólo necesitaba una cohartada, en este caso doble: su muerte sería por inducción, y no sería él el que se suicidaba, ya que sería yo el que acabara con su vida. En resumen, estaría al abrigo de cualquier

contingencia en la que su voluntad debiera dar cuenta. El chico en su incoherencia decidía de forma coherente.

Tanta coherencia en su planteamiento me abrumó. Pero si yo no aceptaba, también yo sería coherente, al no querer vulnerar la vigente ley penal que prohibía la inducción y la ayuda a morir a otro ser humano. El no me importaba, yo sí, así que, para ser incoherente, saqué la cuartilla del bolsillo, la doblé por la mitad, la rasgué y me guardé la parte escrita con los datos del banco. Le pedí algo con qué escribir y redacté lo que me había pedido.

—Firme el papel.

Lo firmé y el chico casi me lo arrebató de las manos. Luego me dijo:

—Ahora, venga conmigo.

Le seguí como un autómatas. No fue largo el camino. Nos desviamos y entramos en una calle estrecha de casas medio desvencijadas. El chico entró en un portal y volvió a decirme que le siguiera. Subimos por una escalera lúgubre hasta, creo que una segunda planta. Cruzamos un pasillo alumbrado con una sola lámpara, que daba una luz tenue y que hacía espectrales las sombras que proyectábamos. El chico se paró frente a una puerta, hurgó en sus bolsillos y sacó una llave. Metió algo tembloroso la llave en la cerradura y abrió, y después de encender una luz interior, me invitó a pasar. Cerró la puerta detrás de sí. La estancia era inmunda.

—¿Qué tengo que hacer ahora? —pregunté.

El chico no me contestó. Se fue hacia una mesilla y abrió un cajón. Sacó una jeringuilla que llevaba

un capuchón en la punta de la aguja y me la dio. Pude observar que estaba llena de un líquido indefinible. Luego sacó un tubo de goma, muy manchado, probablemente de restos de sangre seca, y también me lo dio. Se quitó la camisa y dejó a la vista un escuálido torso. Me dijo que le siguiera. Me llevó a otra habitación. Allí había un camastro y en él se acostó.

—Oye, —le dije instintivamente— si te voy a ayudar a morir, mejor me das el papel que he firmado.

—No se preocupe. Usted mismo lo podrá coger cuando se asegure de que he muerto, pero no antes; debo morir con él en mi poder, ¿me entiende?

—Te entiendo. ¿Estás seguro de lo que quieres?

—le pregunté, aunque no lo necesitaba.

—Ahora sí. Me ponga esa goma alrededor de aquí — y me mostró un lugar por encima del codo— Luego lo aprieta para que se abulte la vena y me mete todo eso de la jeringuilla, ¿entendido? Procure buscar un sitio que no tenga ya picada.

Hice lo que me pidió, con calma, como si obedeciera a un mandato imperativo del que me era imposible sustraerme. Mientras operaba en su brazo le miraba de vez en cuando, esperando algún síntoma de indecisión. Me dijo que le quitara la goma y así lo hice. Fue un momento que no pasó nada de lo esperado. Con frialdad, añadió:

—Ya está hecho. Limpie la jeringuilla para quitar sus huellas y me la da para poner las mías. Cuando salga de aquí, vaya a una cabina telefónica y llame al cero noventa y uno, es la policía, y dígame que vengan a buscarme.



Le di la jeringuilla después de pasar una punta de la sábana por toda ella. Él la apretó en su mano. Le dije:

—Espero encontrarte allí algún día.

—Ya veo que no está tan seguro. Pero da igual; esto Él no me lo tendrá en cuenta, y a usted, si Él me deja, quizá lo vea en el infierno si me ha mentido.

Ya no habló más. De repente le dio un espasmo y se quedó estático, con los ojos abiertos. Yo recogí el papel de su bolsillo y salí de allí cerrando la puerta detrás de mí, sin prisas. ¿Las cosas como son? Más que por mí, sentí un gran alivio por el chico; al menos, y si las cosas eran como él suponía, le había garantizado salir de un infierno para no entrar en otro.

Ya en la calle, memoricé el número de la casa y el nombre de la calle.

Volví a coger la misma acera y la misma dirección. Pero los acontecimientos recientes seguían dando vueltas en mi cabeza. Yo me había convertido en un ser imprevisible que necesitaba de cosas imprevisibles para sustentarse. Y una vez que los hechos se producían, todo parecía lógico, de una coherencia absoluta. Deseaba cerrar aquel círculo discursivo y mi mente se puso febril a trabajar. Para ser imprevisible tenía que ser contingente; mi pensamiento, mi cuerpo, debían poder ser o no ser una determinada cosa en un determinado momento. Hasta ahí no parecía haber duda. Pero, si yo era un ser imprevisible, en ese estado, ni mi pensamiento ni mi cuerpo existían todavía. Parecía obvio que eso no encajaba del todo. Mi pensamiento no contradecía esa aseveración, ya

que era evidente que, una infinitésima de segundo antes de tomar una decisión, mi pensamiento no estaba definido y por lo tanto no existía. No así mi cuerpo, que era una realidad física permanente. Mi cuerpo era una evidencia real, salvo que consideraba a mi cuerpo en permanente mutación, regeneración, cambio físico en definitiva. Pero no así mi pensamiento, que sólo un infinitésimo después se había definido. Si yo mismo había percibido disponer de un determinado pensamiento que, sin duda, había sido el motor de mi actuación, ese pensamiento, necesariamente, ya no era contingente o imprevisible, porque si yo, de forma súbita hubiera cambiado de pensamiento, quería decir que estaba en el infinitésimo del tiempo antes. La conclusión parecía ser que el pensamiento para existir tenía que ser incontingente. Un pensamiento incontingente era una cosa evidente, tangible, única, algo así como una roca. Pero surgía una paradójica situación: si un pensamiento era una cosa incontingente, había, por tanto, cosas que eran en su esencia eternas, en cuyo caso, si un pensamiento era una de esas cosas, era algo eterno; o si no existían cosas eternas, tampoco el pensamiento podía ser eterno. Era evidente que las cosas no eran eternas; aquella roca, aquel árbol, mi cuerpo eran finitos, permanentemente mutables, ¿lo era también mi pensamiento? Si era así, mi pensamiento estaba abocado a desaparecer. ¿A dónde se iban las cosas cuando desaparecían? Nadie discutía que se integraban en el Cosmos en forma de partículas elementales. Pero ¿a dónde iba el

pensamiento que no era material? ¿Se destruía con la materia que lo sostenía, mi cuerpo? Podía ser. Podía ser, incluso, que no sólo lo sostuviera sino que lo produjera; en ese caso, o yo no había muerto del todo y la materia de mi cuerpo elucubró semejante historia, o si había muerto, el pensamiento, mi pensamiento no era una cosa, y por tanto algo eternamente contingente. Volvía a cerrar el círculo: mi pensamiento no infería nada nuevo y definitivo; era absolutamente estéril.

Como no tenía la evidencia de haber muerto o no, todo ese artificioso pensamiento, mi confuso pensamiento, me pareció un monumental caos. Al fin y al cabo, todo era caos, Cosmos, o qué podía saber yo. Lo que estaba claro es que todo lo que era parecía ser extremadamente incoherente, si me acercaba a la esencia de las cosas. ¿Por qué mi pensamiento circunvalaba sin llegar a ninguna parte? ¿Por qué los ociosos e ilustres pensantes, que se empeñaban en buscarle sentido a las cosas, no habían concluido absolutamente nada que ya antes no fuera evidente; por ejemplo, inútil? Pero en mí, sin ser filósofo, inevitablemente buscaba una conclusión igualmente inútil: no era el pensamiento el que configuraba las cosas; eran las cosas las que, por su incoherencia absoluta, impedían que existieran pensamientos coherentes. Y me pareció sentir una cierta satisfacción ante mi hallazgo.

Según caminaba, miré hacia atrás. La boca del metro quedaba lejos pero se divisaba en la lejanía. Traté de ver si la mendiga estaba allí y me pareció percibir un bulto que yo lo asimilé a ella. Sin saber por qué, me puse a andar en la

dirección contraria. No le quité la vista a aquel bulto, que cuanto más me acercaba, más se definía. Era la mendiga, ya no me cabía duda. Me fui resuelto hacia ella sin ninguna premeditada intención. De repente me acordé del chico que yo había dejado muerto y su petición de que yo llamara a la policía. Allí, cerca de la boca del metro, había una cabina. Metí instintivamente las manos en los bolsillos en busca de alguna moneda. No tenía, sólo algunos billetes. Miré a la mendiga. Ella no se apercibió de mi presencia, pues seguía mirando al suelo y permanentemente con su mano extendida como un cuenco renegrido. Me dirigí a ella.

—Señora: ayer le di cinco mil pesetas. ¿Puede facilitarme algunas monedas para llamar por teléfono?

Aquella mujer levantó lentamente la vista, me miró y me dijo:

—Yo no le conozco a usted. No le he visto en mi vida. Si no me deja en paz, llamo a la policía.

—Ya —le dije—. No me conoce porque usted no mira a quien le da limosna, pero fui yo el que le dio cinco mil pesetas, eso sí lo debe recordar.

—Usted pudo ver que alguien me daba cinco mil pesetas y ahora viene a sacarme los cuartos. Haga como yo: busque algún buen sitio y pida hasta que le den para su maldita llamada por teléfono. O llamo a la policía, usted verá.

Ya no insistí más ni busqué más argumentos. En cuestión de personas estaba ante lo previsible, y me pareció que todo lo coherente tenía la horrible factura de las cosas muertas, aquellas que estaban destinadas a no sentir ni padecer.

Entré en la cabina esperando algo imprevisible y sin usar monedas, pues no las tenía. Marqué el 091. Surgió una voz al otro lado. Comunicué la existencia de un cadáver en tal piso, de tal número, en tal calle. La voz al otro lado quiso saber quién era yo y mi número de identidad. Pensé: si no se fiaban de mi voluntaria información, ¿por qué se habían de fiar de la que me exigían? Colgué el teléfono para que todo aquello fuera incoherente; más allá se volvería coherente, muerto, y no me interesaba.

Al salir de la cabina, me volví hacia el lugar que poco antes ocupaba la mendiga; ya no estaba. Era probable que tenía una explicación que yo no intenté encontrar.

Me quedé dubitativo, sin saber qué camino tomar. Al fin, algo me atrajo hacia la boca del metro. Bajé. Me acerqué a la ventanilla y pedí un billete.

—Ciento veinte pesetas, señor —me dijo la empleada.

Busqué en mi bolsillo, saqué un billete de cinco mil pesetas y se lo puse en la ventanilla.

—Lo siento. Moneda fraccionaria —me dijo la señorita.

—No tengo otra.

—Tendrá que buscar cambio.

—Quédese con la diferencia.

Aquella mujer me miró, y muy ofendida me dijo:

—Claro, y luego va usted y me denuncia. ¡Vamos, hombre; ni que una fuera tonta!

—¿De qué la voy a denunciar?

—Señor: haga el favor de retirarse; hay personas que esperan.

Me fui y volví a salir a la calle. La gente era tan

imprevisible como yo. Todos imprevisibles mientras estuviéramos vivos. La vida estaba en la imprevisibilidad de las cosas, volvió mi mente a pensar en un recurrente navegar a la deriva y sin un maldito asidero dónde encontrar reposo.

Ya era mediodía y sentía deseos de comer. Divisé un restaurante no muy lejos de allí y allí me dirigí. Entré. Las mesas parecían estar todas ocupadas. Una de ellas la ocupaba una mujer sola. Recordé la escena con Teresa el día anterior y busqué la mirada de aquella mujer. Me miró. Me sonrió y, con un gesto, me invitó a ocupar una de las sillas vacías en torno a su mesa. Me acerqué decidido y me senté sin dejar de mirarla.

—Hola —me dijo, rompiendo el silencio.

—Hola —contesté—. Gracias.

—¿No te acuerdas de mí? —me preguntó

—Pues, no caigo. ¿Debía conocerte?

—Hombre, no es una obligación, pero yo sí me acuerdo de ti. Tú eres Manolo. Creo que eres el amigo de Luis y de Alfredo, que en paz descansen, ¿no?

Debí poner cara de estúpido. La seguí mirando sin decir nada. Al fin pude articular:

—Sí.

—¿Dónde te has metido tanto tiempo? Desapareciste después de su muerte.

—Tuve un accidente grave y estubo en la clínica mucho tiempo.

—¿Un accidente? Nadie me habló de que hubieras tenido un accidente. Y es raro, dado que frecuentábamos el mismo círculo de amistades. Todos se preguntaban dónde te habrías metido. Desapareciste de repente y sin ninguna

explicación.

Iba a preguntarle quién era ella, que me ayudara a recordar, y vino a mi mente un pensamiento en forma de preocupación: si aquella mujer me proporcionaba el eslabón perdido que me unía a mi vida anterior, todo se volvería de repente coherente y yo estaría muerto. Volvería a las cosas son como tienen que ser y me espanté ante la idea de volver a ser un ser previsible. Me levanté de la mesa y me marché sin decir una palabra de disculpa.

Me esforcé en no pensar en tantas claves como me había proporcionado aquel breve encuentro y conseguí salir de aquella espiral que intentaba confundirme. Las cosas como son, me dije. Yo soy un ser imprevisible y las cosas en torno a mí son incoherentes. Así lo quiero, aquí y ahora.

No sabía qué hacer. Temía que en cualquier restaurante que eligiera para comer, allí habría una mesa con una mujer que me invitaría a sentarme; que trataría de decirme que me conocía; que yo no recordaba; que algo coherente me ligaba al pasado y que ella estaba dispuesta a situarme de nuevo en la plataforma de la realidad. La realidad. La de las cosas son como tienen que ser, que yo había proscrito en mi vida actual. Prescindí de comer de forma formal, y en una panadería compré un cuarto de empanada que, envuelta en un papel, me fui comiendo por la calle.

Volví a tomar la acera que me conducía en dirección a la clínica. Algo en mi interior me marcaba esa dirección inevitable y no pude por menos de pensar en si todos mis actos no

estarían sometidos a una contingencia imposible. Me revelé contra ese supuesto. Yo era imprevisible, no incontingente. Las cosas eran imprevisibles, esa era la condición necesaria para estar vivos. Podía cambiar de sentido, si lo quería; alejarme más y más de la clínica. Pero, precisamente, casi toda mi imprevisibilidad había nacido en aquel lugar. Quizá, y para sentirme más vivo, más imprevisible, la clínica me reservaba nuevas incoherencias y por eso mi esencia se veía atraída hacia aquel pequeño cosmos donde yo había nacido. No era, pues, un asunto de contingencia o incontingencia, sino de imprevisibilidad.

Aligeré el paso, como si algo o alguien se impacientara por mi tardanza. ¿Y si la clínica no estuviera ya en el lugar que la dejé, que no estuviera en ninguna parte? Me horrorizó que eso pudiese ser. Para percibir que había nacido, necesitaba saber que existía el lugar dónde había nacido; que existía, al menos, el pequeño espacio de este mundo donde vine a él, y reconocerlo, ese origen al que se vuelve alguna vez. Pero este pensamiento también me confundió.

¡La clínica! Exclamé. Estaba allí, nada había cambiado, y aunque hubiese cambiado, aquel era el lugar donde yo había nacido. ¿Y qué podía hacer yo, ahora que estaba allí? Entré en el hall. Lo reconocí; los mismos sillones, los mismos cuadros, la misma recepción. Una empleada diferente al frente de la máquina, pero a eso no le di importancia. Me acerqué y pregunté sin convicción alguna:

—Perdón. Ayer me dieron el alta y he vuelto para



ver si alguien me vino a visitar y ha dejado algún mensaje.

—¿Qué habitación ocupaba, señor?

—La setecientos cuarenta y cinco.

La señorita se volvió hacia un lateral donde había unos casilleros como en los hoteles. Miró en el marcado con el número que le había dicho y sacó un sobre cerrado, que me pasó. Sin moverme de allí, abrí el sobre y extraje un papel. En él venía un escueto mensaje: «Lo siento, Manuel, yo no era María»

Me quedé un largo rato mirando aquel enigmático mensaje, como queriendo ver una explicación en cada una de sus pocas palabras. Sin encontrarla, estuve a punto de meter el sobre en el bolsillo, marcharme de allí y sentenciar: las cosas como son, no hay que buscar explicación a las cosas. Pero no lo hice. Aquella frase enigmática, imprevisible en sí misma, me podía llevar a un mundo de más y mayores cosas imprevisibles. Y las necesitaba.

Quise visitar mi habitación. Quise volver al lugar de mi origen nuevo. Me volví hacia la señorita de la recepción y le mentí:

—Pienso que me dejé algo personal en la habitación y que desearía recuperar.

La señorita miró en un planning de ocupación, pasó su dedo índice por la fila de números que indicaban las habitaciones, y volviéndose hacia mí, me dijo:

—Esta habitación está ocupada, señor, y por lo que veo, usted no la pudo dejar libre ayer, pues el paciente que se encuentra en ella lleva allí cierto tiempo. ¿Está usted seguro de la habitación?

En diez años sólo había cambiado de habitación dos veces. La setecientos cuarenta y cinco había sido la de los últimos cuatro años. Estaba seguro.

—Seguro. Estuve en ella cerca de cuatro años.

—Imposible; yo lo sabría. ¿Cómo se llama usted?

—Manuel Hidalgo —le dije aburrido.

La señorita tecleó mi nombre en la máquina. Se quedó mirando un buen rato algo que yo no podía ver y al fin se volvió hacia mí.

—Señor. Devuélvame el sobre; no le pertenece.

—¿Por qué?— pregunté extrañado.

—Quizá se ha equivocado usted de clínica.

¿Nadie le acompaña?

—No. ¿Por qué?

—Espere. Deme el sobre, por favor.

Se lo devolví y esperé no sé qué. Debí adoptar la expresión del gilipollas desorientado.

La señorita llamó por teléfono. No pude oír lo que decía. Al poco tiempo, un celador se presentó. La señorita le indicó, señalándome.

—Ese.

El celador me miró y se vino hacia mí, me tomó del brazo y me forzó suavemente a acompañarle hacia la salida. Ya en la calle, me dio unas palmaditas en el hombro y me dijo:

—Váyase a casa, buen hombre.

¿Era yo un ser que no estaba en su buen juicio? Así me habían tratado. ¿Mentían ellos, o yo había inventado mi estancia en aquel lugar? Todo había sido imprevisible, hasta ahí debería haber estado conforme, pero volví a un pensamiento anterior y me dije: que nadie me niegue mi nacimiento y el lugar de mi origen. Y por primera vez, el deseo de explicarme aquel absurdo tuvo más fuerza que

aquel axioma que me había sustentado hasta entonces. Las cosas como son ya no me valía para aceptar mi existencia en el mundo de los vivos, que yo ahora la quería coherente. Si yo no disponía de un punto de partida, nada en mí se sustentaba realmente.

Sin saber qué hacer y sin pensar en nada coherente, sin saber a dónde ir y a quién pedir ayuda, me puse a caminar alejándome de aquella clínica en la que, al parecer, no prestaban atención a gente demente como, supuestamente, era yo. Más tarde, comencé a hilvanar preguntas que devolvían un cierto método a mi razonamiento.

Y María, ¿quién era aquella enigmática María que se declaraba no ser ella y sentirlo? Muchas personas con sus presencias me habían hecho ver que la realidad se había desfigurado en mi memoria hasta el más completo de los absurdos. Pero ninguna se había declarado arrepentida de haber suplantado una personalidad que formaba parte indisoluble de mi vida anterior. Ese hecho, y en el contexto en que se había producido, parecía indicarme que aquella arrepentida María significaba la clave de un misterio del que yo había sido protagonista a la fuerza.

Pero, ¿qué hacer? Aquella situación, tan imprevisible era, que me había dejado descolocado. No podía sustraerme a la enorme importancia que tenía el que mi vida, mi pensamiento, hubiese sido manipulado por otras personas y por completo ajeno a mi voluntad. Las cosas son como son, las cosas como son o ¿las cosas como deben ser? ¿Era esta una nueva

opción que, sin embargo, yo ya había rechazado?  
¿Podía yo tener poder sobre el signo de los acontecimientos que me habían de suceder?  
¿Podía hacerlo, obviando el que yo hubiese sido una cosa manipulada y olvidarme? Y cuando las cosas no fueran de mi agrado, ¿podría decir las cosas como son para seguir viviendo con las mismas ganas de vivir? ¿O tendría que aceptar, soportar, quizá sufrir, que las cosas son como son, yo a merced de ellas, yo una cosa más, incontingente, inevitablemente previsible?

Mi cerebro escupía preguntas y preguntas, ninguna respuesta sólida a la que aferrarme.

¿Qué habían hecho conmigo y por qué? No sabía dónde encontrar a María, ni a Alfredo, ni a Luis, ni a los conocidos del club, ni a Luisa, ni a Matilde, ni a mis padres, ni a la mujer del restaurante. Dudaba que todos ellos hubiesen existido en mi vida en alguna de las formas en la que los había percibido, aceptado como eran. ¿Cuál era mi pasado, el pasado que de forma unívoca se guarda en la memoria no manipulada?

¡Teresa! ¡Cómo no lo había pensado antes! Teresa era la única persona que respondía a un recuerdo en el que nadie parecía haber manipulado las secuencias de su pasado hasta su presente.

¿Cómo se les había pasado? Todo parecía de una perfección absoluta. Quizá los hombres que lo pretendieran no podían ser del todo perfectos al planificar sus metas de manipulación de otros hombres; siempre podían dejar un eslabón perdido por el que el hombre se sintiera unido a su propia libertad. Habían dejado dos, dos eslabones perdidos o mal engarzados en la cadena de una

parte importante de mi vida. Quizá esos eslabones eran mi único asidero en el que sentirme libre. Corrí hacia Teresa. Me pesaba como una losa la soledad de mi ser absolutamente perplejo de caminos sin salida. Ya no podía soportar más imprevisibles. El vértigo al vacío comenzó a horrorizarme. Necesitaba que las cosas, a partir de ahora, fueran las esperadas. Necesitaba que yo no fuera más una cosa, subsidiaria de todas las cosas. Necesitaba ser *alguien*, distinto de *algo*. Necesitaba que en lo que yo pudiera impedir, no fuese, —como Lawrence Durrell había dicho en *Justine*— parte de un experimento organizado por alguien, individual o colectivo.

## TERCERA PARTE

### *De cómo son las cosas.*

Me puse a andar un camino ya andado. Todavía no sabía cuál era mi camino, pero sabía que había un camino inmediato para mí por el que salir a mi propio reencuentro. Pasé al lado de la papelería en la que había arrojado algunos documentos míos el día anterior. Quizá esos inútiles y viejos documentos, caducados administrativamente, todavía disponían de información valiosa que me ayudara. Y me volví con la esperanza de que la papelería no la hubiesen vaciado. Sentí una alegría que casi había olvidado; era como si, de repente, mi yo desorientado encontrara una senda iluminada por la que llegar seguro a la meta de mi autoafirmación. La papelería estaba casi llena. Se podía desmontar de su soporte y así lo hice. La vacié en la acera, procurando que nada se dispersara con el ligero viento que soplaba, y me puse a buscar minucioso entre cosas muertas de diversa factura. Primero encontré el carné de conducir; luego el de identidad; luego las tarjetas de crédito. Miré papel por papel. Recogí unas tarjetas personales sin recordar quiénes eran sus titulares. También los extractos bancarios. Y no estimando ninguna otra cosa de mi interés, devolví a la papelería todo lo demás. Mientras realizaba toda esta operación, unas señoras pasaron por allí, y al pasar por mi lado pude oír:  
—¡Pobre hombre, qué mal debe andar de la cabeza!—dijo una.  
—Es raro que vaya tan bien vestido—dijo la otra.

Esa última expresión me hizo pensar en lo importante de la apariencia externa para que la sociedad defina a un individuo. Luego están sus actos, que para un individuo vestido como yo debían ser consecuentes. Por lo contrario, mi comportamiento, inconsecuente con mi apariencia, me haría parecer estar, primero loco para los demás, pero, paradoja: para esos mismos, mi supuesta locura quedaría en entredicho al no corresponder el estereotipo. En fin, las cosas...

Con todos mis papeles, busqué un banco donde sentarme. Lo encontré después de caminar un corto trecho. Me senté y comencé la inspección minuciosa de cada una de aquellas cosas que yo había rescatado de su muerte. Eran parte de mi vida, que, como mi cuerpo, precisaban pasar por el restaurante de la Administración para renovar una vital existencia social. Primero miré mi carné de identidad. Lo miré sorprendido de la cantidad de información que sobre mí contenía aquella pequeña cosa. Nunca antes había sido consciente de ello. Allí estaba mi nombre que, era obvio, coincidía con el fijado en los registros de mi memoria. Al menos eso no me lo habían cambiado. Mi nombre en coincidencia con un número, en coincidencia con mi firma, me había proporcionado la posibilidad de definir mi identidad en el banco, a pesar de ser desconocido mi rostro. Quizá mi rostro no era lo importante y sí fue determinante mi apariencia. Deduje que lo que define al individuo no es su rostro, siempre cambiante, sino la permanencia de otros signos, como eran mi nombre, un número, ambos

asignados por la sociedad para estar en su nómina. En aquel carné, la foto de mi rostro era poco consecuente con el que ahora tenía, o al revés: un ligero parecido; me quedaban los vestigios de una juventud deteriorada. Luego estaba mi firma, signo impuesto por mí mismo para distinguirme y que no me confundieran con otro; servía para dejar constancia de algún acto de mi voluntad. Y estaba mi huella digital, y era probable que para proporcionar a otros, y en casos extremos, la identificación de un cuerpo, irreconocible por otros medios; un certificado de defunción permanente, prevista, inevitable. Y estaba mi grupo sanguíneo, la única seña de identidad que me emparejaba con algún ser anónimo del que esperar prestada un poco de vida. Y el nombre de pila de mis padres, que debía servir para buscarles, en el caso de tenerles que comunicar mi fallecimiento; me pareció ocioso y evitable. Y mi profesión: constructor, y del que no pude en aquel momento definir su utilidad. Y mi dirección, seguro que para cuando mi mente dejase de disponer de una memoria coherente; alguien debería tener la obligación de recogerme cuando ya sólo fuese una basura. Y un lugar de nacimiento y fecha del mismo; significaba que yo no era una entelequia. Y una fecha de emisión; era el tiempo en que me había tocado vivir, a medio camino entre el tiempo pretérito y el tiempo futuro, ambos breves para mi cuerpo. Y el carné estaba caducado; significaba que la sociedad me imponía actualizar mi presencia en el mundo de los vivos.

En fin, en tan poca cosa, una completísima



radiografía de mi circunstancia. Lo guardé como quien guarda algo muy valioso y apreciado porque te habla de ti.

Y seguí. Las tarjetas de crédito significaban que, diez años antes, la sociedad confiaba en mí. Mi nombre, sólo un número y algunas recomendaciones para mi propia seguridad, lo que debía suponer que mi apariencia estaba únicamente respaldada por un depósito de solvencia diferido a algún lugar, a salvo de mi propia manipulación. Las guardé. Estaban caducadas, pero las guardé.

Y luego unos extractos de cuentas. Poca cosa en los respectivos saldos; desde luego allí no figuraban los cincuenta millones que parecía tener en mi primera visita al banco. El banco que figuraba en esos extractos tampoco era el que yo había visitado hacía poco tiempo. Un eslabón perdido que debería encontrar.

Mi carné de conducir. Sólo un detalle nuevo: estaba autorizado a conducir un determinado tipo de vehículos. Tendría que comprobar si mis posibilidades de conducir, diez años después, aún formaban parte de mi experiencia.

Y habiendo guardado todo con sumo cuidado, me puse a andar en busca de una amistad que me ayudara a comprender quién era yo.

Comprender en general las cosas, a partir de aquel instante, quedaba relegado para mí a un segundo plano de interés, no tan radical como me había planteado en otra ocasión, pero sólo las cosas que me ayudaran a comprender mi propia esencia parecían para mí tener importancia.

Desde esta nueva disposición anímica, quise

recapitular sobre los sucesos acaecidos recientemente. Recordé a la vieja mendiga. Cuando le entregué el billete de cinco mil pesetas, al hacerlo debí pensar que con aquel acto estaba comprando un imprevisible, hacerla feliz por un momento y ver si coincidía con mi propia satisfacción ante lo imprevisible. Como participar en un juego de azar y obtener un premio. No lo hice por caridad. Caridad es remediar una causa de vida oscura, y mi acción solo había sido un fogonazo de luz en aquella cosa que luego siguió apagada. También mi imprevisible, que siguió indiferente. Yo fui la cosa que ni siquiera sintió el fogonazo en la esperada gratitud de un semejante. Ni las cosas son como son, ni las cosas como son, solo son cosas, sin transcendencia, y más, sin esencia. Era probable que yo también fuera simplemente una cosa.

Mi pensamiento no conseguía alcanzar la síntesis, y las cosas en torno a mi parecían ir cada una por su lado y yo zarandeado por ellas. Se reían de mí porque esperaba de ellas respuestas claras, que yo entendiera. Eso, que para alguien pudiera parecer humano, para mí sólo significaba impotencia. Teresa parecía tener claró lo que era y lo que quería; era otra cosa. Puede que fuéramos sólo una cosa y nuestro pensamiento pretendiera que éramos más. Por eso Teresa era singular. Teresa había aceptado ser sólo una cosa distinta, elemental, sin pretensiones. Quizá a su lado yo pudiera descubrir un par de cosas elementales que constituyeran mi referente, aunque sólo fuese para que yo pudiera sostener, con referencia a las demás cosas, que yo no era ni una cosa ni la otra,

¿qué? Me proponía descubrirlo; era cosa de tiempo, era cosa de voluntad.

Tenía hambre y pensé en alguno de los restaurantes que había visto en aquel camino. Pasé por delante del kiosco sin mirar al hombrecillo. No había dado dos pasos, cuando escuche que me llamaba.

—¡Zeñó!

Me volví sin detenerme.

—¿No quiere uzté un periódico, una revizta?

—¿Es gratis? —pregunté por preguntar.

—No zeño; hoy no e vierne.

No valía la pena enfadarse; yo sabía que no estaba loco, por más que aquel individuo no pensara otra cosa. O quizá no fuera eso lo que pensó, y lo que el hombrecillo intentaba era venderme uno de sus artículos. Cosas banales, ¿por qué pensar en ellas?

Entré en el restaurante. Vi todo ocupado a primera vista. Previsible. Recorriendo las mesas, sentí una alegría injustificada. En una mesa, sola, estaba Teresa. El imprevisible de las cosas en su cercanía. Las cosas, ya lo había dicho, se vuelven imprevisibles cuando te acercas a ellas. No se dio cuenta de mi presencia, y me dirigí a hacia ella con un temor nuevo, que sólo algún tiempo antes hubiese sido un deseo: encontrarme con un imprevisible no deseado. ¡Teresa! No soportaba la idea de que algo hubiese cambiado.

Me acerqué tembloroso. Tuve que ponerle mi mano en su hombro para llamar su atención. Se volvió hacia mí y...

—¡Manuel!

—Hola, Teresa. No sabes lo que me alegra

encontrarte. Necesitaba tanto verte...

—¿Te pasa algo? Tienes mala cara. Anda, siéntate.

—Sí que me pasa, pero las cosas a su tiempo. Ahora necesito comer algo.

—Pues date prisa; en diez minutos ya no servirán más comidas. ¿Dónde has estado?

—Tranquila, mujer. Ya te lo contaré cuando reponga fuerzas.

Un camarero se acercó. Miré la carta por encima y pedí un combinado.

—Y tú, ¿cómo te ha ido?

—Una pregunta que me hubiese gustado que no hubieras hecho.

Mi cerebro sintetizó fugaz un conflicto y lo quise arreglar.

—Tienes razón; tampoco a mí me hubiese gustado la respuesta.

—Me alegra que digas eso, Manuel. Pero mi respuesta puede que te guste.

—¿Por qué? —pregunté desorientado.

—Me da un poco de pudor el decírtelo. Hoy no he atendido a ninguna llamada.

¡Cómo no me iba a gustar! Y otra paradoja: los dos habíamos sentido temor por cosas que se oponían en su misma naturaleza. Pero mi temor era obvio; el de Teresa sólo fundado. Teresa temía que yo no tuviese la sensibilidad de agradecer su explicación. Y aunque yo ya había explicitado que lo previsible no me habría gustado, ella debió pensar que para mí, a lo imprevisible de su actuación, podía yo responder con una previsible indiferencia. Mi cerebro volvía a encasquillarse, pero tenía claro que allí se daba una feliz

coincidencia en la que los dos nos sentíamos a gusto. Tenía que aclararle cuál era mi sentimiento al respecto.

—Quiero entender que lo has hecho por mí, ¿es así?

—Sí. Aunque es un trabajo como otro cualquiera, para algunos es indecente. Hoy, después de mi encuentro contigo, lo he declarado día festivo, ¿te gusta?

—Mi sentimiento en este instante se llena de gozo y de tristeza al mismo tiempo; ¿y mañana?

Las cosas que iban a suceder parecían tender a ser lógicas, si éramos nosotros, individualmente, sus propios creadores, no así cuando esas mismas cosas eran el producto de dos o más voluntades; entonces las cosas tendían a ser imprevisibles.

—¿Mañana? Mañana habrá que volver al tajo; hay que comer, vestirse, cobijarse de forma decente...

—Quieres decir que hay que ganar dinero para cubrir todas esas cosas, ¿no? ¿No podrías hacerlo de otra manera?

—Sí, si me conformara con ser lo que soy, pero, Manuel, te recuerdo que no estoy conforme con lo que la naturaleza hizo de mí. Se equivocó conmigo, y no dispongo de otro medio más honrado para conseguir lo que me propongo. Ninguna otra alternativa de las llamadas decentes me proporcionaría ni la cuarta parte de los medios que necesito; es decir, tendría que conformarme. Muchas veces he pensado que cuando lo consiga, diré se acabó. Intentaré ser una persona decente, con las posibilidades decentes que estén a mi alcance. Mientras tanto, será así. Lo siento.

—¿Nunca pensaste en lo imprevisible?  
—Sí; juego a La Primitiva.  
—¿Eso qué es?  
—Un juego nuevo.  
—Eso es un previsible, aunque difícil.  
—Pues no hay otra cosa.  
—¿Cuánto necesitas para conseguir lo que te propones?  
—¡Uy! Todavía dos operaciones de por lo menos un millón cada una. Pero aún estoy pagando el apartamento; creo que me quedan otros tres millones.  
Era una cantidad mínima para mis cerca de cincuenta millones. Podía solucionarlo, pero, ¿se daban en ambos las condiciones oportunas para que mi oferta no provocara un resultado imprevisible? Podía hacerlo a cambio de nada. Podía ella negarse para no sentirse vinculada a mí. Podía hacerlo a cambio de su amistad. Podía ella sentirse siempre en deuda conmigo. Tenía que hacerlo para saberlo, luego, las cosas imprevisibles se convertirían en simples cosas, ni lógicas, ni previsibles, sólo cosas. Me decidí.  
—Teresa: entre las muchas cosas que te tengo que contar sobre mí, hay una que me permite solucionarte tu problema. No me preguntes a cambio de qué, no te preguntes si debes. Ahora mismo, tú y yo somos, individualmente, imprevisibles el uno para el otro; dejemos que el destino nos convierta en en una sola cosa. Será entonces cuando mi oferta y tu aceptación tenga un solo sentido.  
—No entiendo muy bien lo que me dices. ¿Quieres decir que estas dispuesto a pagar mis

operaciones?

—Y el apartamento.

—¿A cambio de qué?

La pregunta era consecuente; ella no había entendido mi argumentación. Rebusqué en mi mente alguna respuesta que satisficiera a los dos. Creí encontrarla.

—No lo sé, Teresa. En este momento sólo te puedo decir que deseo hacerlo.

—Eso sí lo he entendido, porque, de algún modo, yo tampoco sabía ayer por qué te hice la oferta que te hice. Pero, Manuel, algo sí sé en estos momentos: no creo que te lo pueda devolver nunca. Bueno, sí, si te lo devuelvo poco a poco.

Teresa no había comprendido nada y yo no podía ir más allá para explicárselo. Debió suponer que tendría que seguir trabajando en su oficio, única forma, según ella, de poder conseguir esas cantidades. Desde luego, esa no era ni mi intención ni mi deseo. Si le decía que no me lo tenía que devolver, ella podía sentirse obligada a enlazar su vida a la mía con algún tipo de sentimiento de duración imprevisible, por ejemplo: la gratitud. En cualquier caso, podía sentir que estaba vendiendo su libertad. Si mi razón para que ella lo aceptara, era una apelación a un posible sentimiento hacia ella, podía ella no aceptarlo por la razón contraria: su falta de igual sentimiento. Además, y eso sí era un sentimiento condicionante, ella debería retirarse del oficio. No pasó por mi cabeza un imprevisible: que Teresa se aprovechara de mi oferta, y en lugar de resultar una sola cosa, cada uno de nosotros terminara siendo una cosa distinta.

Entonces pensé en un dicho que parecía ser de universal aplicación: “nada se da a cambio de nada”. No quise profundizar si era un axioma irrefutable. Busqué algo que Teresa me pudiera dar a cambio y que dejara intocada nuestra libertad individual. Yo pondría mis condiciones y ella las suyas; sería como un contrato entre dos partes, libremente suscrito y aceptado.

—Escúchame, Teresa. Te voy a contar toda mi historia. Te ruego que, por muy incoherente que parezca, la escuches hasta el final, sin poner en duda nada de lo que te cuente. Luego te diré lo que puedes hacer por mí

—Aquí van a cerrar. Si te parece nos vamos a mi apartamento; allí tendremos intimidad y tiempo.

—Me parece una excelente idea. Vamos.

Me sentía a gusto conmigo mismo. Había encontrado, al fin, un confidente perfecto con quién compartir mis extrañas circunstancias, tan extrañas, que yo mismo, más de una vez, había atribuido a un delirio de mi mente. Esperaba que Teresa, un ser simple, primitivo, sin adornos seudointelectuales, sin pedante ironía, llegara a hacer suyas mis cosas y los dos fuéramos una sola cosa en la búsqueda, si no de la verdad, sí de la coherencia que satisfacía al pensamiento.

Entramos en un supermercado y compramos algunas cosas: ella las que consideró necesitaba; yo las que me apetecieron. Quise pagar, pero ella se negó a aceptarlo. Teresa era de una coherencia exquisita. Quise pagar mis cosas y Teresa esgrimió un pequeño gesto de ofendida. Teresa era otra cosa, llena de encantadores imprevisibles.



Por el camino bromeo conmigo. Me preguntó si me había querido quedar con ella con la historia del otro lado, y que si así había sido, lo había logrado a medias. Según me dijo, aquella noche había soñado. Le pedí que me lo contara.

—Recuerdo una casa extremadamente lujosa— comenzó. En una sala espaciosa, decorada de forma delicada, me encontraba frente a un hombre de un gran porte que me miraba mientras me tomaba de las manos. Su mirada era dulce, tranquilizadora, yo le miraba embelesada; su figura era impresionante. Me hablaba con voz envolvente como en una sala acústica, que me estremecía. Recuerdo sus palabras, me decía: “Tú has sido la elegida.”

—¿Para llevarte a la cama? —bromeé.

— No; no me decía eso, no seas simple.

—Ardo en curiosidad.

—Me sentía afortunada, inmensamente feliz. Muy lentamente, y siempre cogida de la mano, me conducía como flotando, en lugar de andando, hacia un gran ventanal que más parecía una pared de cristal. Una vez allí, me mostraba un paisaje que me pareció fantástico. El me decía: “Todo esto que ves podrá ser tuyo, si haces cuanto de ti solicite”.

— Te quería llevar a la cama; una tentación imposible de rechazar.

—Si me vuelves a interrumpir con parecidas simplezas, cambio de canal.

—Ya no te interrumpo. Sigue.

— ¿Dónde estaba? Ah, sí: yo le decía: “Soy tuya.”

— ¿Y él qué te propuso? Me tienes en ascuas. Eso último de, “soy tuya”, algo rápido, ¿no?

—Ya no te cuento más; te estás riendo de mí.

—No, mujer. Te estaba devolviendo el sarcasmo con el que acogiste ayer mi historia. Bueno, eso sólo es un sueño, como otros muchos sueños que tienen los seres humanos.

—¿Y lo tuyo? Un bonito cuento.

—No te parecerá tanto cuando te cuente todo lo que te voy a contar. Y no tiene nada de bonito, según mi opinión. ¿Te parece a ti bonito lo que te conté? ¿Es eso lo que querrías para ti?

—Es mejor que nada, ¿no? Para una mujer no está nada mal eso de poderse contar chismes y escuchar chismes; las hay que se pasan la vida, esta vida, en esos menesteres.

Teresa se definía como yo la había pensado: elemental.

—Esta bien, pero el fondo de mi historia debe ser algo más que eso. Ya me dirás lo que piensas cuando te la cuente toda.

Así de relajados llegamos al piso de Teresa. Me pidió que me pusiera cómodo. Hacía buena temperatura allí dentro, y para mí ponerme cómodo consistió en quitarme la chaqueta. Me senté en un sofá y mordisqueé una chocolatina, una de las cosas que yo había cogido en el supermercado. Teresa se fue a la habitación y salió vestida con la bata, la misma del día anterior.

—Haré café. Si la historia es larga, nos mantendrá a los dos despejados.

Era indudable que Teresa mostraba una normalidad acogedora. Ni una insinuación que demostrara estar impaciente o escéptica por mi historia ni por definir en que consistía mi oferta. Me facilitaba tremendamente las cosas, las cosas

previsibles que iban a suceder.

—Antes de empezar, quiero decirte que todo lo que oigas me ha sucedido, al menos yo lo he percibido así, lo que no significa, en modo alguno, que tenga que ser verdad.

—¿Qué podría ser? Si no ha sido un sueño como el mío, será que es verdad.

—Yo parto de ser verdad el que no ha sido un sueño, y tu debes de adoptar la disposición de aceptar que no te estoy contando un sueño.

—Quieres decir que debo creerte.

—Como crees en otras cosas que a ti no te han sucedido, no has visto y que sólo te han contado.

—Como en la religión.

—Sí, como en la religión. No te puedo pedir más.

—De acuerdo. Comienza.

Y empecé a contar a Teresa la historia desde el mismo instante en que percibí que moría. Yo la observaba. Estaba atenta, algunas veces cerraba sus párpados, otras cogía su taza de café y tomaba un sorbo mientras su mirada se perdía más allá de la transparencia de la ventana. Cuando mi relato llegó al momento en que sentí que volvía a la vida, hice un silencio para remojar mi boca seca. Ella aprovechó para preguntarme:

—Esas personas, ¿están muertas?

—No lo sé, Teresa. Escucha lo que sigue.

—¿Cómo no lo vas a saber? Tu memoria permaneció intacta, según me dices. ¿Por qué razón, si para ti estaban muertas, ahora me dices que no lo sabes?

—Tus preguntas son lógicas, pero has de escucharme lo que sigue.

—Te escucho, pero que conste que, a eso que me

has contado, yo ya puedo dar una explicación.

—Es probable, pero mi historia no hecho más que empezar.

Y seguí contando las vivencias o ilusiones de mi mente que se sucedieron en la clínica. Teresa hacía gestos de perplejidad. Cambiaba de postura en su asiento. Bebía sorbos de café casi de forma continua. Comenzó a fumar, cosa que no le había visto hacer antes. Y terminé contando hasta el momento en que fui dado de alta. Volví a tomar un sorbo de café.

—Chico, me dejás de piedra. ¿No será que has estado un poco majareta durante todo ese tiempo?

—¿Tu crees que estoy loco ahora?

—No, desde luego. Pero eso es como si hubieras visto visiones.

—Hasta ahí, te concedo que pueda ser así. Pero mi historia se completa con lo que me ha sucedido en estos dos días. Escucha y luego dime.

Y continué mi historia. Habían pasado dos buenas horas desde que comencé a hablar. Se había terminado el café. Mi historia terminó en el instante en que encontré a Teresa en el restaurante por segunda vez. Así lo entendió Teresa, que silenciosa se fue a la cocina. Yo me quedé en el lugar que estaba, buscando en mi propia mente una continuidad previsible. Ni siquiera me preocupó la opinión que, a buen seguro, Teresa me iba a dar. Tardó poco en volver. Traía una barra de helado. Era primavera, pero, después de tanto tiempo hablando, mi boca estaba reseca y caliente, y agradecí aquel bálsamo. Esperé que Teresa hablara.

—Bueno, bueno, bueno. Vaya historia, amigo. Convendrías conmigo que a cualquiera que le contaras tu historia le costaría creerla.

—¿Eso te pasa a tí?

—Dejemos eso. ¿Qué pretendes? Porque supongo que si yo soy la única persona a la que se la has contado, será por algo, ¿no?

—Así es, Teresa. Lo que pienso es que durante todo este tiempo yo he debido ser manipulado por alguien. No sé si con mi consentimiento o contra mi voluntad y tampoco con qué objeto. Lo cierto es que necesito saberlo, saberlo todo. Está claro que yo he sido una cosa, casi todos nosotros somos cosas al nacer. Se nos manipula, se nos inducen ideas, creencias que condicionan de forma unidireccional la libertad de nuestro pensamiento. El objetivo de esa manipulación es hacer de nosotros cosas utilitarias, como una radio, una nevera. Nuestro libre pensamiento, así conformado, es un cúmulo de dudas que se quedan dentro de nosotros y que no nos atrevemos a exteriorizar por temor a ser demonizados por la sociedad que nos utiliza. Dicho esto, yo te voy a dar el dinero que necesitas. A cambio, te pido que me ayudes en lo que pretendo hacer; yo solo no podría hacerlo.

—No te entiendo. ¿Qué pretendes conseguir sabiendo lo que han hecho contigo?

—Asentar mi cerebro. Nadie puede proyectarse al futuro con un cerebro como el mío, pleno de incertidumbres, de imprevisibles de contradicciones. Es como estar transitando por una cuerda floja y con el constante temor al vacío. Sin saber lo que soy, sin que me despoje de esas

adherencias de un pasado en el que tan solo he sido una cosa prevista, no previsible, no podré tener sentimientos, ni discernir entre lo justo y lo injusto, ni si mis pensamientos están fundados o sólo son lucubraciones que se estrellarán siempre ante lo imprevisible según la voluntad de los demás. La vida es bella no sólo porque te puede proporcionar sensaciones placenteras, sino porque tú mismo puedes libremente elegir las. En otras palabras: que las cosas estén al servicio de los seres humanos individualmente considerados, y no al revés, como parece que sucede.

—No entiendo muy bien lo que dices y lo que pretendes. Yo soy de las personas que aceptan que las cosas son como son y sólo utilizo mi pensamiento para sobrevivir; ni sé, ni tengo tiempo para filosofías.

—¿Significa que no estás dispuesta a ayudarme?

—Es que no sé en qué te puedo ayudar.

—Verás. Lo que pretendo es, primero, no salir de aquí en mucho tiempo. Aquí me siento seguro, lejos de la manipulación. Pero fuera está mi historia escrita en alguna parte. Si tú aceptas, tú serás la encargada de buscar los hilos ahí fuera, me los traerás aquí y yo reconstruiré el tejido de mi vida.

—¿Y qué harás con él?

—Me revestiré con él; será mi uniforme con el que me identifique, porque estará hecho a mi medida. Hasta ahora sólo he llevado la envoltura de un simple objeto, útil para los demás.

—¿Quieres que deje mi trabajo?

—Sí. Eso forma parte del convenio. Tenemos dinero, ¿no? Eso soluciona el problema.

—Por tenemos dinero quieres decir que podré disponer de tu dinero, ¿es así?

—Así es. Formamos una especie de sociedad y ese es nuestro capital.

—Yo no podré disponer de tu cuenta si no sales de aquí.

—Tienes razón. Creo que debo hacer algo para solucionar eso.

—¿ Y confías en mí? ¿No temes que me quede con tu dinero?

—No temo eso. Sería un imprevisible más en mi vida. Tu eres lo único coherente que me he encontrado y no puedes cambiar. Saldremos los dos a la calle para arreglar unos asuntos que nos permitan llevar adelante nuestro proyecto. Iré a renovar mi documento de identidad; luego iré a un notario y te daré plenos poderes para que ejercites mis derechos en mi nombre. También iremos a tu cirujano para que prepare las intervenciones que considere necesarias para tu, cómo decirlo, transformación completa.

—Mejor decir reparación de un agravio.

—Pues la reparación del agravio que contigo ha cometido la naturaleza.

—Eso puede esperar.

—No puede esperar. Tu agravio es tan importante como el mío. Tu cuerpo es incoherente con tu espíritu, y tu voluntad es remediar eso cuanto antes. Se hará, no se hable más.

—Debo decirte que por ahora no veo claro cuál es tu proyecto y que tengo mis reservas en cuanto a mi utilidad.

—Cuando trabajas para alguien estás prestando tu utilidad a cambio de dinero; poco te importa que

utilidad reportas. En este caso también estás prestándome tu utilidad a cambio de dinero. De momento no te preocupes qué tipo de utilidad me reportas; lo que debes pensar es que tu utilidad no está resultando gratis para mí y por tanto no te estoy utilizando.

—Hablas de una forma un tanto rara a la que no estoy acostumbrada. Me pierdo en la mayoría de las cosas que dices. A las putas, ¿sabes?, la filosofía las coge siempre descolocadas ¿No podrías hablar más normalito?

—No es filosofía pero tienes razón. Es una deformación de mi pensamiento, precisamente por eso que te dije al principio: está confuso y se expresa de forma confusa. Intentaré dejar esa estúpida jerga para mí solo y procuraré hablar normalito para ti.

Mi confuso pensamiento había introducido la confusión en el de Teresa. Nada más había que ver su cara. Ella, que el día anterior había mostrado una firmeza de semblante a prueba de cualquier contingencia, se la veía ahora vacilante, con la mirada huidiza. Jugaban sus manos con una servilleta a la que ya le había hecho varios nudos y luego desanudado. Sin quererlo, estaba siendo manipulada por mí. Era probable que querría saber en qué iba a consistir su cometido o le preocupaba que no fuera capaz de llevarlo a cabo. Era probable que se resistiera a entrar en mi mundo de despropósitos. Yo tampoco lo tenía muy claro. Una empresa como aquella no podía diseñarse y seguir unas pautas para alcanzar previsibles inmediatos. Sí tuve claro desde el principio que era menester encontrar a María, o a



la que se decía no ser María y que tanto sabía de mí y de la María auténtica de mis recuerdos.

La tarde había avanzado y ya nada se podía hacer; habría que esperar al próximo lunes; estábamos a sábado, si el kiosquero no me había mentido.

—¿Hoy es sábado? —pregunté para asegurarme.

—Es sábado. Tendrás que esperar al lunes.

—Eso pensaba.

—Mira, eso es pensar en algo normalito. Llegué a pensar que era imposible en ti.

—A tu lado seré normalito. Me gusta la palabra. Lleva implícito una cierta carga de ternura.

—Tengo la impresión de que, con estas cosas tuyas, tendremos que aparcas la ternura. ¿Tienes algún tipo de deseo que pudieras ver cumplido en este fin de semana?

—Podemos ir al cine. Y mañana ir al Parque. Hace mucho tiempo que echo de menos esas cosas que se llaman árboles....

—También al zoo.

—También al zoo. Aunque me va a deprimir bastante ver a los animales convertidos en cosas al servicio de la curiosidad del hombre. Recuerda que te conté que allí no parecen ser menos que nosotros.

—Deberían estar contentos. Nosotros para ser motivo de curiosidad tenemos que ser anormales. Yo voy con frecuencia al zoo y siempre me dan motivo para la admiración; quizá porque yo soy una anormal.

Teresa no era una anormal; era un ser de una coherencia profunda, como coherentes son las cosas sencillas, sólo que mal presentada, con un

envoltorio impropio de su calidad y cualidad humana. Teresa era absolutamente femenina.

Hablamos de todo menos de mí. Supuse que ella, como yo, nada teníamos que añadir, nada que comentar a tantas cosas extrañas como le había contado. Era como si yo hubiera abierto los diques de mi pensamiento, me hubiese vaciado por completo y Teresa estuviera inundada por unas aguas turbulentas en las que ella se debatía por salir a flote y respirar. Porque, a veces, cuando yo miraba a otra cosa, o simplemente no la miraba a ella, yo observaba que me miraba de reojo. Mi querida Teresa debía estar más confusa que yo, con un añadido que seguro le estaba haciendo daño: ella no podía desahogarse, decirme: “estás loco, amigo, tu has leído muchas novelas de ciencia ficción”. Le agradecía que no lo dijera. Esperaba tener tiempo para irle demostrando que todo lo que yo le había contado respondía a algo sucedido y no imaginado por una mente febril, descolocada de la realidad, quizá sólo manipulada. Sólo necesitaba algún detalle oculto que prestara coherencia a mi relato. Sabía que a partir de ese momento, Teresa se entregaría en cuerpo y alma a mi causa.

Y como Teresa había propuesto, nos fuimos al cine. Ella eligió la película. Yo en esas, como en tantas cosas, no disponía de un criterio actualizado. La película, con un título en inglés, versaba sobre una bella prostituta que vivía un sueño de dignificación de su persona. Un hombre poderoso, económica y socialmente, en un extraño juego de ruptura con las convencionales actitudes, había terminado haciendo de aquella

cosa un ser imprescindible para su propia dignificación. Era un gesto de rebeldía que terminó en una sosegada aceptación de lo imprevisible. De nuevo mi cerebro se sintió confuso. Porque una vez más me vi sacudido por la incertidumbre. Las personas seguían unas pautas imprevisibles y parecían ser prisioneras de un extraño sino del que no podían escapar. ¿Estaba siendo yo un mero objeto que terminaría cumpliendo con un destino, ahora imprevisible para mí, pero ya inevitablemente fijado? ¿Era yo otro ser que estaba inexorablemente destinado a procurar la dignificación de Teresa? Y eso, supuesto que fuera así, ¿qué significaba para mí? ¿Qué significó para mí atender a los requerimientos de aquel chico con sida y a los que no me pude sustraer? Y al gesto, involuntario, de caridad con la mendiga del metro... Y ahora con Teresa... Poco antes yo había dispuesto que Teresa fuera la cosa de la que yo me valdría para, precisamente, yo dejar de ser una cosa manipulada. Ahora no lo tenía tan claro, pues más bien parecía que yo estaba destinado a ser la cosa utilitaria, inevitable, de la que se iba a servir Teresa para hacer posible que ella dejara de ser un error de la naturaleza. Si sólo era eso, también parecía formar parte de mi voluntad, pero ¿y si, — como la prostituta de la película— yo estaba destinado a formar parte indisoluble de su vida? El caso es que no rechazaba tal posibilidad, como no se rechaza algo imprevisible, pero, a continuación, me decía “no” a mi mismo, aunque sin fuerza, sin total convicción.

Cuando mi mente caía en parecidos delirios

existenciales, siempre sucedía que me sentía inseguro, trasteado como una hoja desprendida de una realidad superior, el árbol, por el caprichoso viento.

Salimos del cine. Observe que Teresa tenía los ojos enrojecidos; parecía que había llorado. Le pregunté:

—¿Te has emocionado?

—No me preguntes por la película, por favor.

Entendí en aquella respuesta que no quería hablar de su emoción. Seguramente se había visto, si no identificada, sí reflejada, y no soportaría la posibilidad de que yo le hablara de la existencia de espejos deformantes. Por supuesto que no insistí. Ya era tarde y le pregunté dónde quería que cenáramos.

—Conozco un restaurante acogedor. Si quieres te llevo.

Teníamos un lugar acogedor: el apartamento de Teresa. Era un lugar acogedor, donde refugiarse era natural. El restaurante que me proponía Teresa, acogedor según ella, parecía una provocación. Me pregunté qué querría Teresa que ocurriera en ese evitable lugar acogedor, pero, a pesar de sentir una cierta prevención ante lo imprevisible, no me pude negar; no podía negar nada a Teresa, no aquella noche, cuando se trataba de satisfacerla.

Fuimos andando; no estaba lejos. Dijo:

—¿Cómo es que no tienes coche? —le pregunté.

—Tenía que poner Francisco en el carné; no me hacía mucha gracia.

—Pero eso te sucede también con el de identidad, ¿no?

—Sí, pero del de conducir puedo prescindir.

—Claro —contesté, convencido de su argumento.

—Pero todo cambiará. La ley me permitirá cambiar de identidad.

No quise insistir en un tema que supuse doloroso para Teresa. Ella llevaba con gran dignidad sus dos identidades, sin ocultar ninguna, pero luchaba porque esa anomalía se subsanara desde su propia voluntad. Una muestra más de su gran coherencia. La coherencia formaba parte de su esencia, aunque las apariencias mostraran todo lo contrario.

El restaurante, pequeño, con un decorado estilo mesón, era verdaderamente acogedor. Fue entonces cuando se disiparon mis temores. Yo mismo lo habría elegido por la única razón de sentirse a gusto en aquel lugar.

Hablamos poco, casi todo en torno a la excelente comida que nos sirvieron. Todavía los efectos de la película influían en nuestro ánimo y buscábamos en la trivialidad ocultar nuestros pensamientos. Ninguno de los dos quería dar un paso más allá de nuestra convencional amistad; en mi caso, porque primero habría de descubrir quién era yo o qué habían hecho conmigo. Habría sido como una entrega en falso, sin saber lo que daba, a cambio de lo que pedía. Ella, quizá ante el temor de una esperanza fracasada en su inicio, preferiría mantener la ilusión, esa cosa que se aleja con suavidad, sin que nunca la perdamos de vista, si no la provocamos.

Esta vez pude pagar yo sin que Teresa hiciese nada por impedirlo. Tan herida estaba en su ánimo, que había dejado de ser protagonista. Y yo

no sabía qué hacer, qué bálsamo, qué conjuro aplicarle para que Teresa echara sus miedos de su cabeza.

Subimos silenciosos, incluso hasta que traspasamos el quicio de la puerta. Yo llegué a pensar si habría dejado de ser grata mi presencia para ella.

—Estoy cansada de veras. Ya ves, sin haber hecho nada —dijo al fin, rompiendo el silencio.

—¿No quieres que charlemos un rato? —pregunté sin pretender retenerla.

—Preferiría acostarme.

—¿Quieres que yo me acueste en el sofá? Quizá prefieras estar sola. ¿Quieres que me vaya?

—No debimos ir a ver esa maldita película.

No le contesté. Me acerqué a ella y le di un beso en la frente. Ella rompió en sollozos y, como queriendo ocultarse de mí, se fue de prisa al dormitorio. No cerró la puerta. Me acerqué y desde el marco, le dije:

—Mañana, a las doce, iré al Parque.

No me contestó. Salí del apartamento sin golpear la puerta, como si quisiera huir de mí mismo y que yo mismo no me enterara.

En la calle me sentí desorientado. Sin Teresa, la cadena de mi vida se me antojaba rota. Una parte de esa cadena parecía amarrada al suelo que pisaba: era el presente; y la otra se escurría por el sumidero de una alcantarilla: era el pasado. Y yo impotente para dos cosas que el hombre necesita para sentir que su vida es coherente: su libertad y su autoestima.

Hice un esfuerzo por zafarme de mi estática actitud y me puse a andar, dejando mi otra parte

en el refugio de los detritus de un alma atormentada.

¿Por qué no volví a consolar a Teresa? No tenía nada que ofrecerle. Era evidente que lo que le había ofrecido para Teresa carecía de importancia, o no tenía la importancia decisiva que la hiciera feliz. Creo que el problema no estaba tanto en mí como en ella misma. Debía sentirse frustrada, no por lo que yo no le daba, sino por lo que ella no podía darme. Quizá no era yo el destinatario fijado en su mente; podía ser cualquier hombre, para el que ella mezclaba esperanza, anhelo y voluntad, suponiendo que así podría algún día ofrecerle el presente de su amor envuelto en el papel de seda de su cuerpo femenino. Y por eso Teresa sufría.

Estaba en callejón sin salida. Por muy dolorosa que fuera la situación, ni ella ni yo podíamos hacer nada por mitigarla. No podía ofrecerle mi amor, porque ella no sabía qué hacer con él. No podía ofrecerle mi amor, porque yo no la amaba. No podía consolarla, porque mentiría. Vivía esa situación ambigua en la que lo que se quiere no se quiere en un instante. Era como el proyecto de una casa, y recordé mis tiempos de constructor al plantear este ejemplo. Cómo unos planos en mis manos me hacían querer la casa que iba a construir, pero sólo la amaba una vez construida. Teresa era sólo un proyecto querido pero no amado, todavía. Y para ella, era esa misma casa en proyecto destinada a ser ocupada por otro. Su dolor, su sentimiento al tener que arrebatarla, sabiendo lo querida que era para mí.

\*\*\*

*Mañana iré al Parque. Espero que Teresa acuda a*

*un encuentro sin disculpas. Las disculpas que tienen valor no son las que se meditan; deben producirse en el instante siguiente a la ofensa, antes de ver que has ofendido. Y mañana ya será demasiado tiempo el transcurrido para pensar en qué tipo de disculpa nos vendrá mejor a cada uno de nosotros. ¿Cómo obviar esa situación? Le diré: “Teresa, me alegro que hayas acudido. Tenemos un negocio en común y debemos establecer los primeros planteamientos de actuación”. Ella, seguro que me dirá: “Tienes razón. Espero que no sea tarde”. Y yo añadiré: “Pudimos hablar de ello ayer, pero, es igual; tenemos todo el día”. Y ella: “Y mañana”. Y yo: “Todo el tiempo que sea necesario”. Ella: “El menor tiempo posible”. Yo: “Sí, el menor tiempo...” Quizá deba coger su mano como prueba de amistad. No, ella no lo interpretará así. Coger la mano a una mujer es una prueba de amor, mayor que un beso apasionado, y eso la hará sufrir de nuevo. ¿Y si le pusiera mi mano en su hombro? Eso parecería un signo de amistad, pero, no, ella lo tomaría como una intención mía de protegerla. ¿Y si la situara frente a mí y le dijera: “Teresa, no sufras por mí; yo no te amo, así que eres libre de amar a quien desees”. No, no, se sentiría descubierta y me diría: “Es una lástima que no me ames y no te ame; todo sería más fácil”. Y yo le responderé: “Es una feliz coincidencia; sería peor que no se diera esa coincidencia”. Y Ella: “Sí, sería peor”. Pero si no hablábamos de los dos, ¿de qué podemos hablar? Yo puedo hablarle de María. Una vez actualizado mi documento de identidad y otorgado mi poder a Teresa, le propondré que averigüe para*



*mí quién es esa María que no es María. Si averigua dónde vive, qué identidad tiene, yo, entonces, me las arreglaré para saber por qué había suplantado la identidad de la verdadera María. Tampoco. Yo debo ser generoso y ofrecerle que primero es ella. Debería ir a su cirujano y decirle que, adelante. Quizá no lo acepte. Ya me dijo que no corría prisa. Pero yo debería insistir, porque a lo mejor no es así y ella querrá solucionar su problema cuanto antes. ¿Tendrá que hospitalizarse? ¿Cuánto tiempo? Y ¿qué haré yo mientras tanto? Iré a verla todos los días. Le llevaré flores y bombones. Pero, ¿y si allí me encuentro con el otro? ¿Cómo será el otro? ¿Podré verlo sin sentir celos? ¿Y por qué yo habría de sentir celos? Sí, sentiré celos, como sentía celos cada vez que un propietario venía a ver cómo iba la construcción de su casa, sabiendo que nunca sería mía. Será inevitable; Teresa es algo parecido a un proyecto mío en sus inicios. Puedo ir cuando ella me diga. Ella sabrá cuándo es el momento oportuno. No, ella me dirá que vaya cuando quiera. Cómo va a condicionar mi deseo de visitarla cuando me apetezca; eso no lo hará Teresa. Le dirá al otro que yo soy un simple amigo. Pero el otro sospechará. Sospechará que algo hay entre nosotros. Tanto si Teresa le ha dicho que yo pagaría su operación, como si no, él sospechará que lo nuestro es algo más que amistad. Teresa no le habrá dicho nada de lo que me ha pasado. No lo entendería y le diría que yo estaba loco. Además, yo tampoco deseo que mi caso trascienda, y así pienso decírselo a Teresa. Tampoco Teresa necesita que yo vaya a verla; a*

*ella le interesará que vaya el otro. Pero tendré que decirle una mentira, por ejemplo, que no quiero aparecer por un hospital, que ya he tenido bastante con haber estado en uno durante diez años. No, eso sería una excusa grosera. Bueno, iré de tarde en tarde, y no le llevaré flores, sólo bombones, eso a nadie le va a hacer sospechar.*

*¿En qué consistirá la operación a la que Teresa quiere someterse? No estoy al día de esas cosas y siento una cierta curiosidad. Parece imposible que la cirugía, incluso la cirugía plástica pueda lograr crearle unos órganos sexuales femeninos. ¿Podrá admitir la penetración, tener un orgasmo y dar placer a su pareja? Bueno, esto último no debe ser problema. Un hombre sólo necesita un hueco en el que su pene se sienta envuelto, caliente y húmedo. Supongo que el sexo no es más que un medio que facilita una descarga, una liberación de la tensión acumulada en algún lugar de nuestro cuerpo, incluida la mente. Teresa es todo sexo inductor que carga de tensión un cuerpo cercano. Lo es su largo pelo, negro azabache, sus labios carnosos y siempre húmedos, también su expresión anhelante, y sus pechos duros y clavados como arietes o como los mascarones de la proa de un barco orgulloso, y lo es toda su piel tersa y de una juventud atrapada y no pasada, y lo es su experiencia en mil acomodos diferentes de intensidades pausadas, profundas, interminables. Luego, qué más da el hueco en el que expulsas toda tu energía. No sé si Teresa querrá hacer el amor conmigo. No sé si podrá en mucho tiempo; por prescripción de su médico, seguramente. Quizá me reserve la*

*primicia de un estreno. No, no lo hará; el otro será el primero. Quizá me diga: "Manuel, si no te importa, hoy quisiera entregarme a mi hombre; lo lleva esperando tanto tiempo...". Y yo tendré que decirle: "Adelante, mujer. Me parece lo justo". Posiblemente su satisfacción no sea del todo completa. Pensará en mí, no podrá evitar pensar en mí mientras la posee el otro. ¿Y yo? No será tan fácil. Cuando entregaba una casa construida por mí, siempre sentía una angustia que se asemejaba al malestar que te deja un sueño sobre impotencias varias. Seguro que sentiré esa angustia. Peor sería si la amara, así que no debo preocuparme demasiado por eso. Digo si la amara y el caso es que Teresa, cada momento que pasa, está más dentro de mí. Sin ella me siento una cosa muerta y la necesito para sentirme vivo. ¿Es eso amor? No, no, ¡qué va! También la amistad, confiar en alguien, te proporciona el sentimiento de no ser una cosa errante en el Cosmos. Teresa no es más que eso, una amistad, la única amistad real que tengo y en la que confío plenamente. Porque necesito confiar en alguien, una referencia firmemente congruente a partir de la cual proyectarme.*

*Estoy hablando, pensando en muchas cosas y Teresa es la cosa recurrente, inevitable. Y no sé por qué razón. Tengo mucho que pensar en mí mismo, en mis circunstancias y en cómo habré de proyectar mi ser a ese futuro pleno de consciencia de mi yo recuperado. Pero no me veo caminando solo, necesito alguien a mi lado para no sentirme de nuevo en el vacío del otro lado. No quiero ser sólo pensamiento, pensamiento que no se*

*proyecta, que no se explicita de la mano de la emoción y del sentimiento. Teresa es ideal pero noto que me rehuye. Debe tener sus razones, si no, habría hecho algún gesto por retenerme. Y no me dijo nada. Me dejó marchar, como si eso fuera lo que deseaba. Quizá estaba ahogada en su desconsuelo y no pudo en ese instante, pero a lo mejor me está echando de menos. La película. También la protagonista se separa de aquel hombre para que no se sienta mal a su lado o arruine su espléndida vida, pero sólo se aleja. Alejarse no es irse. Pudo irse, él no la habría encontrado, sin embargo sólo se alejó, no más que lo que a su príncipe le hiciera sentir la ausencia y valorarla. Y encontrarla. Pero yo no debo volver, no ahora. Quizá no se ha calmado del todo. Quizá no ha encontrado esa similitud con la protagonista de la película. Debe estar pensando que las bonitas historias no ocurren en la realidad. O como yo le dije que mañana iría al Parque, quizá ella se pasará pensando si ir o no ir. ¿Y si no va? ¿Y si mañana Teresa no aparece por el Parque? No, no puede ser; tiene que ir, no puede hacerme eso. Pero, ¿y si decide que es lo mejor, que ella no puede ayudarme? Nunca me dijo que creía en mi historia. Puede que no se la crea, que no se crea que la quiero ayudar. Es una mujer de pasos contados, a ras de la tierra. Sabe lo que cuesta alcanzar algo. La vida ha sido muy dura con ella, se ha endurecido ella misma y ya no cree en los sueños. No debí marcharme. Habrá visto en mi actitud una fácil excusa para marcharme. Debí acostarme en el sofá, que me sintiera cerca. Así sus pensamientos no habrían*

*sido los de la frustradora soledad, de abandonada a su realidad, sin la ayuda de nadie. Yo mañana iré al Parque. Le he dicho sin decirle que la espero allí; ella no podrá dejar de asistir a esa cita.*

\*\*\*

Unos ruidos me situaron en el espacio real. Miré hacia el lugar de donde me pareció que venían. Era un perro flaco que hurgaba en unas bolsas de basura. Mire a mi alrededor y no adiviné dónde me encontraba. Era una calle solitaria, mal iluminada. Todos los escaparates estaban opacos con sus cierres metálicos de seguridad. Me sentí muy solo, perdido en algún laberinto sin salida. Casi como en el otro lado. Por un buen rato, no sé cuanto, yo había sido sólo pensamiento, pensamiento sin sensaciones, sin emociones. Teresa hablaba conmigo sin que yo percibiera su cuerpo caliente. Pensamiento sin proyección, sin salida, pensamiento estéril. No había que morir. También aquí la mayor parte de nuestro tiempo la pasamos en ese estado. Pensamos, no buscamos que nuestros pensamientos se concreten, se materialicen en sensaciones; nos quedamos en los deseos, estériles, ni siquiera frustrantes. Miré en todas direcciones en busca de una salida. Me guié por un resplandor, allá a lo lejos, de luces más generosas. Tenía que salir de aquella oscuridad cuanto antes, si no quería darme por muerto por segunda vez.

Busqué un lugar donde dormir. Quería dormirme y que la noche pasara rápida. Quería un nuevo amanecer donde me esperaba la realidad en la que mis pensamientos inmanentes, inevitablemente tendrían que concretarse en

sensaciones y sentimientos imprevisibles, que ya luego trascenderían más allá de mi propia y sola existencia.

La sociedad previsora siempre tenía dispuesta una cama para que el caminante sin hogar pudiera soñar. Era lo único que te permitía hacer sin condiciones, a sabiendas que tus sueños no han de cambiar al día siguiente tus comportamientos previsibles.

Entré en un viejo hotel. Pedí una habitación. El conserje me miró y me preguntó:

—¿Cuánto tiempo desea alojarse?

—Una noche

—¿Su equipaje, señor?

—No tengo equipaje.

—Me permite su documento de identidad.

Saqué mi viejo carné y se lo entregué. Aquel hombre lo miró.

—¿Sabe usted que este carné está caducado?

—Lo sé. El lunes pensaba renovarlo.

—Son diez mil pesetas. Por adelantado, señor.

Le pagué lo que me pedía, firmé un impreso de policía y me entregó una llave.

—Primera planta. La ciento tres. Que pase buena noche, señor.

Mientras subía la escalera, miré para atrás. Sospechaba que aquel hombre seguiría mirándome suspicaz. No me miraba. Todo le debió parecer previsible o él pasaba de formalismos. Me sentí reconfortado; al menos no era un fantasma.

Me acosté con el firme propósito de no dejarme arrastrar por mis estériles pensamientos. Que la noche pasara, y los sueños, si soñaba, me

redimieran de la esclavitud de mis dudas.

Era tanta mi fatiga, que después de un breve tiempo, debí caer en un profundo sueño que me abrió paso a otra vida. En planos caóticos de una realidad virtual, Teresa era el centro de mi dicha y también de mi impotencia. En un plano, Teresa y yo formábamos una familia convencional, de esas que han alcanzado un equilibrio sosegado. Ella servía un copioso desayuno en una mesa redonda, frente a un ventanal que daba a un jardín esplendido. Un niño y una niña, de edades próximas, alborotaban por allí. Teresa les decía: “Vamos, niños, desayunad rápido o vais a perder el autobús de la escuela”. Yo extendía mantequilla sobre una rebanada de pan, mientras miraba en la televisión las primeras noticias de la mañana. Teresa me daba un beso en la mejilla sin darme tiempo a volverme para compartirlo; estaba muy apresurada, al parecer, por que no fuera por ella que llegáramos tarde a nuestros respectivos destinos. En otro plano, los niños salían corriendo, parecían un hombrecito y una mujercita con aquellos uniformes. Teresa y yo, enlazados por la cintura, los mirábamos partir hacia el autobús que ya esperaba en la acera de enfrente. En otro plano, yo estaba pendiente de que un albañil pusiera la última teja de una casa que yo debía estar construyendo. Miraba el reloj impaciente. Miraba al albañil impaciente; el albañil se reía con una boca desdentada y horrible. De repente el albañil tiraba la teja al aire. Para mí que era la única teja de que disponía. Sin ella no podía terminar la casa. Y Teresa esperaba en algún lugar a que yo le anunciara que la casa estaba

terminada. Luego la teja se rompía contra el suelo. Yo intentaba recomponerla con urgencia. Miraba el reloj y sentía una gran impotencia. Y también soñé en otras cosas que no podría contar.

Me desperté muy pronto. todavía no entraba la claridad del día por la ventana. Intenté dormirme de nuevo con el deseo de retomar el sueño y ver si ahora conseguía terminar la casa y ofrecérsela a Teresa, pero ya no pude dormirme. En su lugar, de nuevo el reiterativo pensamiento que no me abandonaba: la cita con Teresa, unilateral cita, que más tranquilizante sería si ella me hubiese dicho: "De acuerdo, Manuel, allí te veré". Temía que ella no estuviera en disposición de ánimo para encontrarse frente a mí. Y es que su comportamiento había sido incomprensible. Yo, si no su mejor amante, si era su mejor amigo. A ver, quién había mostrado su solidaridad con su problema; quién mostraba su interés en apartarla de su oficio; quién, a pesar de no sentirse enamorado, dejaba abiertas las puertas a un proyecto común de futuro. Nadie que yo supiera. Yo sí. Yo había hecho todo eso por ella y con ella. El otro se aprovechaba del sentimiento de Teresa; quizá fuera su chulo. Tenía que saber quién era ese otro. Si se estaba aprovechado de ella, puede que lo mejor, lo que yo debiera hacer, era acabar con él. Mandarlo prematuramente a las tinieblas. ¿Qué me lo impedía? ¿Razones morales? ¿Quién, que hubiera pasado por mi experiencia, habría de mantener que su comportamiento debiera estar de acuerdo con ese tipo de razones? ¿Quién y para qué las había impuesto? Los animales, que yo intuyera, cuando de



defender sus hembras se trataba, no condicionaban sus comportamientos con razones semejantes. Pero no. Si yo hacía tal cosa, Teresa no me lo perdonaría. Al fin y al cabo el otro era algo suyo, o ella de él, por su propia voluntad, o la de los dos. Yo violentaría esa voluntad, al menos la de Teresa. Quizá la razón ética estribaba en no forzar voluntades ajenas. Yo lo que podría hacer era conquistarla. Demostrar que era más fuerte, más hermoso, más deseable que el otro. El otro tendría que rendirse a la evidencia. Teresa sería mía, sólo mía, y era que, aunque no la amase, la necesitaba. La necesitaba como el aire que respiraba. Sin ella me habría sentido perdido en aquel laberinto solitario en que me encontraba. ¿Qué iba yo a hacer sin ella?

A modo de desayuno, tomé algo en un bar de la calle. Acababa de abrir. Eran las primeras luces. Estaba yo solo. Como era domingo, nadie necesitaba madrugar. Todo el mundo estaría sosegado en la cama, menos el dueño del bar y un camarero que habían acudido, como yo, a la cita con un nuevo día. Teresa también estaría dormida, agotada de tanto sentir congoja. O también ella no habría podido quedarse en la cama, esperando que las horas pasaran para salir en dirección al Parque. Estaría en su apartamento, con la bata puesta y desesperada de la lentitud del pasar de las horas. Ella tomaría un vaso de leche y nada más, para refrescar su reseca garganta más que por una llamada de su estómago.

\*\*\*

*O quizá haya comido, deprisa, de forma*

*espasmódica, cualquier cosa que haya encontrado en la nevera. Me parece que la estoy viendo. Se habrá metido en la ducha. Se habrá mirado en el espejo y se habrá encontrado horrible, con bolsas en sus ojos. La ducha tonificará su cuerpo y dispondrá su espíritu para no sentirse en una encrucijada. Verá las cosas claras. Ella sabe que yo no condiciono sus sentimientos; eso ya quedo dicho entre los dos. Querrá causarme buena impresión y se pondrá un bonito vestido. El día va a ser fantástico. También se pintará ligeramente. Está muy bien depilada, no sé como lo habrá hecho, pero su cara no tiene ni rastro de rasgos masculinos. Ya quisieran muchas mujeres tener su piel...y su pelo. Su pelo es uno de sus mayores encantos. Se lo peinará lacio, que es como más resalta su color, negro azabache, con irisaciones metálicas. El vestido tendrá un generoso escote. Teresa debe estar orgullosa de sus senos y los querrá lucir a modo de señas de identidad. Se pondrá un poco de crema de cacao en sus labios, que le darán esa sensación de húmedos que tanto deben excitar a los hombres, y a mí; su pelo y sus labios fueron para mí sus primeros e instantáneos reclamos. Y un poco de perfume, de rosas, me pareció. Lucirá como una flor en el Parque. Yo, aunque no la amé, me sentiré orgulloso de su compañía. Los hombres la mirarán y sentirán envidia de mi suerte. Debo ser delicado con ella; aún estará indecisa, desorientada. Le haré ver que nuestra amistad es compatible con cualquier circunstancia en la que ella se sienta atrapada o a gusto. No, esto no se lo podré decir; yo no se fingir y se notaría que no lo*

siento, porque aunque no la ame, la verdad es que preferiría que fuera sólo mía. ¿Qué le puedo decir que le haga sentirse bien a mi lado y que lo que diga obedezca a mi sentimiento? No debo mencionar la película que vimos, de ninguna manera, pero ella querrá conocer lo que he pensado de su actitud, quizá lo espere para confesarme qué fue lo que le pasó. Bueno, lo mejor es improvisar al dictado del corazón. Yo quiero que ella sea sincera, para saber a qué atenerme. Dos corazones sinceros no necesitan pensar, sólo expresarse con latidos más acelerados que de costumbre. Yo lo notaré enseguida, aunque ella no me diga nada. Y ella notará lo que yo quiero decirle, aunque no le diga nada. Nos miraremos a los ojos y no serán nuestros pensamientos los que veamos, serán nuestros sentimientos. Mis sentimientos están claros; yo no sé fingir. Ella verá que no la amo pero que la necesito. Mendigaré, si es preciso, su amistad. Extenderé mi mano, como la vieja mendiga del metro, para que ella deposite un poco de comprensión. Podría luego decirle: "que Dios te bendiga". Sí, pero ¿qué Dios la va a bendecir? El, que nos ignora a todos nosotros, que nos ha dejado en este mundo para gozar o sufrir, según nuestra suerte. Lo que tengo que hacer es coger su mano cuando la extienda hacia la mía. Será como un trasvase de sentimientos. Se encontrarán como dos ríos que se juntan turbulentos y luego se remansan para discurrir juntos por un amplio cauce en busca de un mar sosegado, profundo de vida compartida. Y no habrá reproches entre nosotros. Viviremos el

*teatro del absurdo, de la imaginación que no se toca pero se siente que surge del fondo del alma. Viviremos las luces de la vida, hasta que nos llamen las tinieblas del sueño eterno. No sufriremos de la quejas inútiles mientras el tiempo se agota. La vida es un proyecto sin plazos fijos que la muerte deja inconcluso. Los dos nos dispondremos a representar una escena encadenada, uniéndola con nuestros sueltos eslabones. Aprovecha, Teresa lo que te ofrezco, porque no tengo otra vida que darte. Eres, Teresa, una semilla estéril de forma, pero yo haré que germines. Te quitaré el miedo que tu rechazas con tu miedo a rechazarlo. Yo pondré fecha a tu final incierto. Soñemos juntos, Teresa. El sueño nos sacará de la nostalgia de lo que quisimos ser. Y ya despiertos, alumbraremos juntos una nueva realidad de la mano de la imaginación. Porque, Teresa, si no hay realidad nueva que en los sueños aparezca, que nadie ose secuestrar nuestros cuerpos para violar nuestra fantasía. Teresa, no te complazcas vanamente esperando que las cosas sean nuevas, cuando puedes lograr hacer nuevas las viejas. Y le diré: "Verás, Teresa, se me ocurre que antes que el sol se ponga, nos vayamos del brazo a casa. Nos ducharemos, nos miraremos y será tan grande nuestro deseo que nos olvidaremos de cenar y de hablar de proyectos. Nos fundiremos de nuevo. Y el sueño lo cambiaremos por ensueño. Y yaceremos sin reposo. Y nuestra fuerza consumida nos llevará a la noche. Y en la noche cerraremos los ojos para no ver la oscuridad de nuestras vidas. Serán nuestros cuerpos los que se encenderán en*

*luminarias de gozo. Y cuando llegue la mañana, cerraremos la ventana para volver a la noche, y en ella encenderemos nuevas hogueras de fuego inextinguible. Y seremos dos cuerpos y una sola alma. Pero, Teresa, he de decirte que yo sé que no te amo, te lo he repetido muchas veces. En realidad yo no sé lo qué es el amor”.*

*¡Ay, mi pensamiento! Yo, un hombre pragmático, me estoy solazando demasiado pronto en las cosas del corazón. No sé lo que me espera, qué imprevisibles lo pueden martirizar hasta sufrir irreversiblemente de la enfermedad de la desdicha. No son los deseos los que marcan el rumbo de nuestros destinos; son las cosas que, agazapadas, nos salen de forma inesperada al encuentro de nuestros pensamientos confiados.*

*Ahora debo irme. Tengo que ir al encuentro de las cosas que me esperan y comprobar si me son propicias o adversas. Si son propicias, creeré en la vida como un regalo; si me son adversas, ¡abandóname pensamiento!, porque no tengo salidas que me permitan seguir viviendo.*

\*\*\*

—Oiga, señor, ¿le pasa a usted algo? —me preguntó el camarero.

—Nada especial, ¿por qué me pregunta?

—Me ha parecido que hablaba usted solo. Y ese aspecto suyo... Así, en domingo, y tan de mañana, perdone usted si me meto en sus cosas, pero le veo a usted con muchos problemas. Si usted me lo permite, le puedo contar mi vida. Estoy seguro que lo suyo se queda pequeño al lado de lo mío.

—Suponiendo que fuera así, ¿me quiere decir que usted tiene la receta para cualquier desdicha?

—Para cualquiera, no. Cada uno tiene su propia receta para los problemas propios. Siempre hay una receta para seguir viviendo con la esperanza en tiempos mejores.

—¿Por qué me dice usted eso? ¿Es usted una especie de buen samaritano? La gente pasa de los problemas ajenos, todo lo más te dan consuelo. Pero el consuelo, según el caso, lejos de ayudarte, te sume más en la desesperanza, pues te obliga a aceptar lo inevitable. No se puede generalizar el dicho de mal de muchos...

—Se puede hacer algo por los semejantes, sin que tenga que ver con el consuelo. Por ejemplo: hablar como yo lo estoy haciendo ahora, con el riesgo de resultar inoportuno.

—Espero no molestarle, pero no parece usted un camarero.

—No me molesta. Tampoco soy un predicador camuflado. Estoy trabajando de camarero por mis especiales circunstancias.

—¿Qué otra cosa es usted?

—Soy escritor, si eso es ser algo.

—¿Y por qué no escribe usted?

—Esa pregunta tiene la posibilidad de varias respuestas. En realidad sí escribo. Usted está siendo en estos momentos un personaje para mi próximo libro. Pero, por favor, no piense que le estoy utilizando. Lo que pasa es que mi libro trata de la solidaridad humana, en la que creo firmemente. Yo presto mi solaridad a cambio de comprobar el efecto que causa en mi semejante. Si como espero, hablando con usted consigo que usted supere sus problemas, eso formará parte de mi libro, un libro que pretende ser un útil manual

contra la desesperanza. Aquí, de camarero, además de ganar para vivir, me encuentro con personas como usted.

—Tengo todavía tiempo; si se empeña, cuénteme su vida.

—¿Me va usted a contar la suya? Para que mi terapia surta efecto, usted debe comenzar primero. Espere un momento. Atiendo a ese cliente y vuelvo con usted.

Salí del bar tan deprisa como pude. Procuré hacerlo cuando el peculiar camarero estaba de espaldas. Aquel metomentodo me horrorizaba. Yo no quería terapias de libro, no quería terapias de ninguna clase. Los curanderos de almas siempre vienen cuando no son llamados. Yo quería sufrir de mi alma, y mi esperanza en esta ocasión estaba, precisamente, en ir al encuentro con un imprevisible. ¿Qué me iba a decir aquel escritor, que empezaba por ignorar que el pensamiento, cuando se escribe para alguien, se falsea? Podía irse al diablo con sus recetas y sus problemas personales, superados, seguramente, a base de resignación. Yo quería jugar a ganar y había puesto todo mi anhelo en ello. Qué me importaban a priori las consecuencias de perder. Si eso ocurría, ni por pensarlo lo tenía claro, ni por admitirlo me iba a hacer cambiar de rumbo.

\*\*\*

*Son las diez. Las horas se resisten a pasar en esta ocasión, en contra del deseo universal de llegar siempre cuanto antes al futuro. Es como si me dijeran, “cuanto más tarde alcances tu destino, más vida te queda”. También Teresa estará ya impaciente. Teresa, perdóname, llevo mucho*

*tiempo sin pensar en ti. No me culpes. Ese majadero del camarero me ha desconectado de ti. Y es que no debía permitir que nadie se interpusiera entre mi pensamiento y el tuyo. En estas horas que nos separan, sólo el pensamiento me hace sentir tu presencia y no puedo renunciar a él.*

*El Parque es grande; espero que no nos perdamos en vericuetos contrarios que nos alejen en lugar de encontrarnos. Sería una tragedia que nuestros sentidos no supieran orientarse. Ese imprevisible no lo quiero, pues es como perder el boleto al que juego toda mi fortuna. Me quedaré en la puerta. Por allí tendrás que pasar. No dejaré que el azar intervenga, pues él no entiende cuánto nos necesitamos, y podría jugarnos una mala pasada.*

*Debo ir pronto por si Teresa sufre en la espera. No me perdonaría que no me viera cuando llegue y sufriera por ello de desesperanza.*

*Cogeré un taxi. No debo perder más tiempo. No puedo ser menos impaciente que ella. Porque ella estará impaciente. Quizá piense que ya la estoy esperando y decida ir cuanto antes. Tengo que darle la impresión de que estoy solo y que la estoy esperando desde el mismo instante que nos separamos. Sí, cogeré enseguida un taxi.*

*—¡Taxi! Ese parece que me ha visto. Se aproxima a mi acera. Sí, es para mí. Deprisa, amigo, que es urgente.*

*—¿A dónde le llevo?*

*—Al Parque, lo más rápido posible, por favor.*

*—¿A cuál de ellos?*

*—¿Hay más de uno?*



—Hay tres, señor?

—Al del zoo

—Hay dos zoos; el viejo y el nuevo.

—¿Hay dos zoos? No lo sabía.

—El viejo es el de los leones, el elefante, los monos y todos esos bichos. El nuevo, creo que es privado, tiene serpientes, peces, pájaros. ¿Cuál prefiere?

—No lo sé. Déjeme pensar. No, no me lleve a ninguno. Lo siento, ¿cuanto le debo?

—La bajada de bandera. Son doscientas pesetas.

—¡Qué tragedia, Dios!

—Su vuelta, señor.

—Quédesela, quédesela.

*Maldito imprevisible que me deja confuso ante el dilema. ¿Tendré que aceptar el azar? ¿Será aliado de mi buena suerte? ¿Tengo yo buena suerte? Me encontré con Teresa y no puedo pensar que ella sea una cosa a sortear en mi camino; mi destino va inevitablemente ligado a ella. Si voy a un parque o a otro, seguro que Teresa irá a mi encuentro. No existe azar en nuestras vidas; formamos parte de la gravitación universal y no hay otra fuerza que intente separarnos, alejarnos de nuestras órbitas en torno a un proyecto común de vida. ¡Ah, si además nos amáramos! No sé lo que es eso, pero intuyo que, si así fuera, ya estaríamos los dos en la misma órbita. No nos amamos. Demasiado pronto. No podemos comprar el amor, como se compra casi todo lo demás, incluso la amistad de conveniencia. Lo nuestro no es amor, porque imagino que nuestra vidas ya serían un remanso de gozosos previsibles. Tampoco es amistad de conveniencia,*

*amistad cálida de gestos y fría de sentimientos. Fijate en mis tormentosos pensamientos, seguro que no menos lo son los tuyos. Eso es porque nuestra amistad no se alimenta en la lejanía de nuestros cuerpos y necesita el calor que irradiamos. Quisiera verte, saber dónde estás ahora para dirigir a ti mis pasos, y acercar mi órbita a la tuya, y tenerte al alcance de mi vista, y ya no perderte.*

*Me aseguraré de que ya has salido de casa. No sé cómo no se me había ocurrido antes. Eso es lo que voy a hacer. Quizá estás saliendo apresurada. Tengo que ir cuanto antes. ¿Estarás todavía en casa? Eso no lo admite mi pensamiento. Sólo es una pregunta. Perdona, Teresa, por haber cuestionado que tu estés tan impaciente como yo. Eso sí, estarás saliendo por la puerta cuando yo me acerque. Será un encuentro previsible; yo yendo hacia ti y tú viniendo hacia mí.*

*No debo estar lejos. Creo que vine por allí. Sí, ahora lo recuerdo. Debí ir dejando señales en mi memoria. Sí, sí, por aquí, estoy seguro. No puedo correr; mi edad, todo lo que he pasado. Pero iré rápido, tanto como permitan mis piernas y mi corazón. Corazón, no me falles ahora. Deja que mi vida tenga algún sentido. No quiero irme sin haber dejado claro que mi nacimiento no ha sido baldío. Necesito algo verdaderamente importante que recordar cuando vuelva definitivamente a las tinieblas. Porque hay más cosas en mi vida, Teresa, pero allí sólo invocaré tu nombre. No, no quiero pensar ahora en eso. Está lejos. Ese no es mi futuro, ni el tuyo, Teresa. Nuestro futuro está aquí y lo alcanzaremos cuando juntos hayamos*

*andado todos los caminos de este mundo. Llegaremos a un lugar, estoy seguro, que será un Edén reconquistado. Porque, y yo lo sé muy bien, no hay más paraísos que los que conquista el hombre cuando pone toda su voluntad en ello.*

*Sí, voy bien. Recuerdo ahora este árbol. Lo recuerdo porque me llamó la atención sus raíces, que parecían quererle disputar espacio al hombre en sus caminos de asfalto. Hermoso árbol, ¿cuál es el sentido de tu existencia? Estás aquí para guiarme, no puede ser de otra manera. Gracias, amigo.*

*Creo que voy muy deprisa; lo noto en mi corazón. Pero he de seguir; mi corazón tiene la misma prisa que yo, eso es. Tiene prisa porque sabe que se va a encontrar con otro corazón amigo. El tuyo, Teresa, también estará latiendo fuerte. No te preocupes cuando se encuentren; les llegaré la calma y latirán sosegados, sin más imprevisibles que los alteren.*

*Voy bien. Ahí está el bar. El camarero habrá encontrado otro personaje para su libro. Se llamaba a sí mismo escritor. Es un impostor sin imaginación. Si yo le hubiera contado mi historia...Claro, me refiero a mi historia hasta que te encontré, Teresa, porque a partir de entonces no sabría escribirla. Hay cosas de los demás que nos se pueden escribir. Cómo podía él interpretar mis sentimientos, mis pensamientos...*

*Ese es el cubo de basura en el que el perro buscaba sustento. Estoy en el camino de vuelta. Pobre perro callejero. Tú también tendrás momentos de aflicción y buscarás una amistad sin saber dónde se encuentra. Yo tengo más*

*suerte, o debo tenerla. Mi amistad se llama Teresa. ¿A que tú no sabes cómo se llama la tuya? Lo siento por ti; puede que te mueras sin conocerla.*

*Ya debo estar cerca y mi corazón parece ahogarme. Cálmate amigo mío, ya queda poco. No te canses, que has de estar fresco para el encuentro. Verás qué bien te sientes cuando veas a tu corazón amigo. Cálmate, cálmate que ya llegamos.*

*Debo tener un aspecto deplorable, pero tú, Teresa, lo tienes que comprender, no he tenido tiempo de pensar en mí. Verás, Teresa, voy a hacer todo para que te sientas orgullosa de tenerme a tu lado.*

*Reconozco esta calle; es la calle de Teresa. Y allí está el edificio. No distingo bien la gente. No, Teresa no está entre ellos. Aquella mujer...No, no es ella; Teresa es más esbelta. Y aquella... Tampoco; Teresa tiene otros andares más femeninos. Aquella tampoco. No ha debido de salir. Siento frío en la frente. Mi corazón parece calmarse, pero siento una gran debilidad en las piernas. ¡Animo, no te derrumbes! Qué presión siento en el pecho, parece que va explotar. Pero vendrá la calma muy pronto. Estoy a sólo cien metros. Ahora ya no necesito ir tan deprisa. Veo todo lo que sale y entra, y Teresa no podría pasar desapercibida. Y ahora, por qué me duele aquí, ¿es que tengo que sufrir más? Estoy muy cansado, casi sin fuerzas, y este dolor, como un tornillo que presiona en mi pecho...*

*Subiré al piso. Sí, pero antes preguntaré al conserje si la ha visto salir. Tiene que estar en*

*casa. Si hubiese salido...la perdería para siempre. No tengo fuerzas para buscarla. Necesito urgente de su presencia para que me dé nueva energía. Ese no es el conserje que yo conozco. ¿Me habré equivocado de edificio? No había en la calle dos edificios iguales. Este hall es el mismo. Preguntaré.*

*—¿Es usted el conserje habitual de este edificio?*

*—No señor. Sólo vengo los domingos como sustituto.*

*—Comprendo. ¿Conoce usted a la señorita Teresa?*

*—¿La del quinto?*

*— No lo recuerdo, creo que sí, pero yo le he preguntado por la señorita Teresa, no por la del quinto.*

*—Perdone. Sí, claro que la conozco.*

*—¿La ha visto salir?*

*—No*

*—¿Está usted seguro? ¿No ha estado usted ausente por algún tiempo?*

*—No señor. He permanecido aquí desde las nueve.*

*—Entonces no ha salido.*

*—¿Le pasa a usted algo? Parece enfermo.*

*—Se me pasará. Gracias. Voy a subir.*

*—Perdone. Tengo instrucciones de llamar antes de permitirle subir. ¿A quién anuncio?*

*—Dígale que soy Manuel, su amigo.*

*—Espere.*

*Date prisa, date... prisa. Tiene que estar.*

*—No contesta.*

*—Insista. Necesito verla.*

*—Cálmese, señor. Tiene usted muy mal aspecto.*

—Ya lo sé. No se ocupe de mí.  
Vamos, Teresa, contesta.  
—No está, señor.  
—Sí, sí está, estoy seguro.  
—Pues no querrá contestar. Quizá está en la ducha y no oye la llamada.  
—O puede pasarle algo que le impide coger el teléfono.  
—¿Y qué quiere que yo haga? Bueno, yo tengo una llave... Podría ir a ver, pero no debo...  
—Tenga, es todo lo que tengo. Vaya, por favor.  
—Usted espere aquí. Iré.  
Sí, estará en la ducha. Los segundos parecen más largos, como los latidos de mi cansado corazón. Me tengo que sentar. Las piernas no me sostienen. Puede haber salido temprano. Puede haber pensado que andaría vagando por las calles, alejándome más y más de ella. Si ella siente como yo, no habrá podido tener paciencia. Parado las distancias se hacen más grandes. Ahora yo estoy parado, cuando debería estar acercándome. Pero casi no puedo moverme. Si Teresa no está, ese conserje tendrá que ayudarme. Me tendrá que llevar a una clínica.... Otra vez... Suena el teléfono, ¿qué hago? Diré que el conserje ha salido un momento. Tengo que contestar...  
—¿Diga?... ¡Ah, ¿es usted? ...¿Que suba?... Sí, sí. No sé si podré; no estoy bien, pero lo intentaré. ¿Está Teresa?... ¿Lo ve? Yo sabía que estaba. Voy. Voy.  
Vamos, un esfuerzo más y todo habrá pasado. Estas piernas... Y este dolor. Vamos, ascensor, súbeme al cielo que me espera... Unos segundos

más y...quinto. Aquí. Ya estoy con ella.  
—Es usted. Por favor, ayúdeme; me cuesta dar un paso.  
—No sé si debe usted entrar. No está usted bien.  
—¿Le pasa algo a Teresa? ¿Por qué no sale?  
—Lo siento, señor, ha ocurrido una tragedia.  
—¿Qué pasa? ¿Está enferma Teresa? No, no, usted ha dicho tragedia...Lléveme, de prisa, lléveme.  
—Tenga calma. Ya no se puede hacer nada.  
—¿Qué dice usted? No...No puede ser...Ayúdeme  
—Venga. Le ayudaré, pero creo que debería pedir una ambulancia para usted y usted no entrar ahí.  
—Vamos, vamos, quizá llegue a tiempo.  
—Lo que usted quiera...¡Vaya día! Y me ha tenido que tocar a mí.  
—¿Qué dice?  
—Nada, señor; hablaba solo. Repito que creo que no debería...  
—¿Dónde está?  
—En el baño.  
—Un poco más, un poco más...  
—Ahí...¡Pobre mujer!  
—¡Teresa, Teresa! ¡No! ¿Qué has hecho, amor mío? ¿Por qué?  
—Ande, venga y acuéstese. Tengo que hacer unas llamadas. Vendrá una ambulancia para ocuparse de usted.  
—Por qué, Teresa. Mi amor, mi único amor...  
—Procure serenarse. Vendrán enseguida.  
—Vaya, vaya. No se preocupe. Déjeme solo.  
¡Ay amor!, que ahora ya te conozco, y que en mi dolor te confundes; que dañas más que favoreces; que salvas lo que luego hundes; que llenas el

*alma de preñeces y abortas la esperanza de quien te siente. Dónde está el amor que dure; que sea siempre un campo verde; que no quede al corazón inerme; que exista algo que lo cure. Eres amor un fugaz sueño; que se siente y que se aleja; que sólo deja una queja. Y eres tú, maldito amor, el que tanto dolor me causas en mi mente y en mi pecho; me salvaré de ti sólo muriendo. ¡Ven ya, Muerte, las tinieblas eternas, ni el gozo ni el dolor, sólo el pensamiento enamorado! Ven, Muerte, que estoy preparado, mi ayuda encontrarás, del tiempo sobrado no quiero sufrir más.*



## CUARTA PARTE

### *De cosas del otro mundo*

*Ya mi alma ha traspasado el umbral de la luz, del último dolor, del último sentimiento. Vuelvo a ser sólo pensamiento, sin sentidos que lo identifiquen, sin un cuerpo que lo reconozca. No siento la dicha de mi eternidad confirmada, tampoco el sufrimiento de un yo sin esencia. Ni siquiera la nostalgia de haber vivido, ni la frustración de no haber vivido bastante. Sólo puedo pensar, como cuando en vida pensaba ensimismado. Pensamiento insípido, sin olor, sin sabor. Este era mi destino y ya no tengo otra oportunidad. Lo sé, esta vez he muerto por mi mismo, y nadie, ni siquiera Él obrará el milagro de devolverme mi cuerpo.*

*Teresa estará por ahí y yo no podré hacer nada por ella; no podremos hacer nada por nosotros. Seremos como dos actores que encarnan una historia, viven una escena e intercambian pensamientos en un vuelco de la memoria de lo que fueron, de lo que pudieron ser. Ni un poquito de corazón que sienta el gozo de encontrarnos. Nada. Él no nos ha dejado nada, sólo este mísero pensamiento, como la pobreza de un pobre para que el rico se sienta rico.*

*Teresa, tomaste esa decisión para no sufrir, quizá para no hacerme sufrir, creyendo mi historia, como el chico con sida que ya no tenía esperanza. Cogiste mi paraíso como la mendiga tomó mi dinero, sin voluntad de agradecerme, a*

sabiendas de que no cambiaría tu miseria.  
Y yo conocí el amor cuando ya estaba agotado mi cuerpo.  
Y sólo conocí el dolor cuando tu cuerpo abandonó al mío.  
Y mi cuerpo se murió cuando, de esperanza muerto, se cansó de vivir.  
Teresa, no te distraigas buscando caminos a tu pensamiento insensible. Todo lo que hay que saber de este lugar, yo te lo enseñaré. Es bien poco para un solo pensamiento, pero junto al mío podremos dialogar eternamente, de las cosas que fueron lo que fueron, de las cosas que pudieron ser. Quizá Él nos reserve un destino de privilegio, para nosotros, para todos los que sacrificaron un amor recién descubierto en el templo de sus cuerpos, cuerpos sacudidos por el espasmo de un gozo insoportable. Quizá somos únicos, paradigma de su poder creador, con todas sus potencialidades apenas manifestadas. Mi pensamiento no admite un tal despilfarro. Tiene que haber algo más para nosotros. ¡Teresa!, ¡Teresa!  
—Estoy aquí, Manuel. Estaba a tu lado desde que llegaste. Sólo esperaba que me llamaras.  
—¿Esperabas? ¿No lo querías?  
—Sólo esperaba. Como un caminante solitario en una encrucijada, que espera que alguien llegue y le indique el camino.  
—¿Por qué yo?  
—Nuestros pensamientos parecen estar solos en este lugar. Nadie más nos reclama. ¿Podrás indicarme el camino?  
—No hay caminos, Teresa, y si los hay no los

*conozco. Hay momentos en que mi pensamiento parece imaginar, pero dudo que eso sea posible, pues no siento el efecto de la complacencia.*

*—¿Sabes por qué me maté, o mejor, por qué me quité la vida?*

*—¿Fue por amor?*

*—Lo fue. Y tú, ¿por qué moriste?*

*—Debió ser por amor. Lo descubrí cuando ya mi cuerpo no tenía fuerza para amar solo. Tu cuerpo abandonó al mío cuando más lo necesitaba.*

*—Eso mismo le sucedió al mío: no quiso vivir al verse abandonado del primer amor que sintió.*

*—Te había dado una cita; no te abandoné.*

*—Lo recuerdo bien. Cuando te marchaste no me amabas; no lo hubieras hecho si en aquel instante de aflicción me hubieses amado como yo te amaba. Me sentí muy sola. La larga noche trajo a mis pensamientos terribles sombras. La película. Yo no podía ofrecerte un cuerpo completamente redimido de estigmas. Tu ayuda iba a ser un fracaso anunciado.*

*—Te llegué a amar por lo que eras; nunca contigo me planteé diferir mi amor a ningún proyecto acabado.*

*—Muchas tragedias se forjaron en segundos de desconcierto. Tu cita en el Parque se me hizo una eternidad imposible de soportar.*

*—La vida ha sido una paradoja para los dos. Nuestro encuentro sólo sirvió para matarnos. Y ahora, Teresa, nos preguntamos para qué hemos vivido. ¿Sabes lo que he pensado?*

*—¿Qué?*

*—Él no puede jugar con nosotros como si fuéramos muñecos en un teatro de títeres, prestos*

*a obedecer a sus hilos invisibles y luego dejarnos inermes. ¿Qué sentido tiene que nos haya creado, que nos haya permitido vivir un minúsculo espacio de tiempo de toda esta eternidad, que haya jugado con nosotros exprimiendo todas nuestras capacidades de interpretación de los sentimientos, para luego arrumbarnos como viejos recuerdos de nuestro insensible pensamiento?*

*—Razón tienes. Yo tampoco lo comprendo.*

*—Por eso pienso que algo todavía desconocido nos reserva. Quizá mis anteriores interlocutores no llegaron a descubrirlo.*

*—¿Y piensas descubrirlo tú?*

*—¿Tú crees que lee nuestro pensamiento?*

*—Yo no lo sé, Manuel. Yo no sé qué creer.*

*—Entonces deja que yo haga algo que se me ha ocurrido. Si, como supongo, Él basa su propia eterna existencia en nuestro eterno pensamiento, utilicemos nuestro pensamiento para ignorarlo. Tendrá necesidad de manifestarse ante dos pensamientos que no le procuran la autosatisfacción de sentirse el Creador de todos nosotros. Pensará que algo le ha salido mal en sus cálculos y sentirá la necesidad de poner las cosas en su sitio. Luego, yo le hablaré y le pediré para nosotros algo de sentimiento*

*—Hablas de Él con la simpleza con la que solíamos hablar cuando estábamos vivos. Él pasará de nosotros y, todo lo más, cuando Él lo disponga se nos mostrará, como me habías dicho que te habían contado en tu primera estancia en este lugar. Nuestro pensamiento, entonces y ahora, es incapaz de elaborar una hipótesis mínimamente sostenible. ¿Sabes lo que pienso?*

*Yo empiezo a creer que ni siquiera existe nuestro pensamiento; me refiero a este pensamiento supuestamente eterno y claramente inútil.*

*—Entonces, ¿esto qué es? ¿Niegas que estamos pensando?*

*—Nada. Es más, creo que nunca hemos existido. Esa bobada de “Pienso, luego existo”, no deja de ser una sandez, si bien se mira.*

*—Sí, pero no me explicas qué es esto que estamos haciendo.*

*—¿Pero es que hubo alguien que lo explicara? Yo no voy a hacerlo.*

*—Me ayudas poco, Teresa. Creía poder encontrar juntos un camino para darle sentido al drama de nuestras vidas.*

*—¿De qué sentido hablas? Te figurabas que de lo que lucubrarán nuestros pensamientos íbamos sentir algo, ¿no? Pues yo te digo que no. Mi cuerpo tenso de emociones se quedó en el otro lado. Estará siendo pasto de gusanos. El tuyo también. Con el espíritu, o como quiera que se llame, nada se puede hacer. Tu lo dijiste: si al menos nos hubiese quedado un poco de corazón...*

*—Dices bien. Pero yo me niego al papel de pensar que Él existe, sólo para que Él se sienta que existe.*

*—Tú harás lo que Él ha destinado que hagas. Te ha creado para su gloria y no podrás evadirte. Ya ves: Él dispuso cuando tenías que morir, trajo aquí tu espíritu, te impide sentir. Al haberte separado de tu cuerpo, tendrás que esperar el tiempo que Él quiera, y lo único que me pregunto es para qué, ¿qué premio o simple designio es que lleguemos*

*a conocerle? Sin cuerpo no podremos sentir la sensación de su gloriosa presencia, y ahí creo que se ha equivocado.*

*—Quizá sea cierto lo que se decía de que nos devolvería el cuerpo.*

*—¿Qué cuerpo? ¿Podré yo elegir mi cuerpo? Yo odiaba a mi cuerpo, aunque no sus sentidos. ¿Toda su obra, buena o mala, volverá a renacer? Ya veo: los lisiados volverán lisiados; los monstruosos, monstruosos; los bellos, bellos; los hombres, hombres; las mujeres, mujeres; y los que, como yo, fuimos una burla y estúpido error de sus manos creadoras, pues igual. ¿Será esa la resurrección? ¿Y se supone que todos seremos felices?*

*—Haces preguntas que son difíciles de contestar.*

*—Esas son las preguntas que hay que contestar, y otras que podían ser planteadas. Ni tú ni yo podemos. Por lo visto, aquí, donde todos teníamos previsto encontrar las respuestas, tampoco se nos dan. Si por algo mi pensamiento no divaga lo es por que ya no intento alcanzar la perfección.*

*¡Teresa! ¡Te estoy viendo! Difusa. Casi una sombra proyectada sobre un oscuro fondo. Te lo dije: El nos distingue de los demás mortales. No podía ser menos; somos algo mas que seres humanos, Teresa. También siento la emoción, la dicha de encontrarte. Teresa, ¿te sucede a ti lo mismo? Teresa, ¿por qué no me contestas? Teresa, no te vayas o te perderé para siempre. No me contestas. Y te vas. Ya casi no te distingo. ¡Teresa! ¡Teresa!.*



## QUINTA PARTE

### *De las cosas que siguen igual*

Con el último grito llamando a Teresa, me desperté. Estaba en una cama de hospital. Apenas me pude mover, sólo la conciencia recuperada. Como ya me ocurriera otra vez, una ventana se abría de par en par hacia la memoria. Por un momento me sentí confuso. No podía distinguir los últimos sucesos vividos con Teresa, deslindarlos de los reales. El sueño y la realidad se mezclaban y no sabía qué era sueño y qué era realidad. Pero no hay realidad nueva que en los sueños aparezca. Los sueños son memoria y la memoria, vieja, sólo nos distorsiona la realidad para confundirnos. Mi Corazón cansado no había renunciado a seguir impulsando mi existencia. Con una claridad que no había tenido en mi regreso a la vida, ahora podía asegurar que había soñado. También me lo confirmó una enfermera que se acercó a mí al observar mi agitación en un monitor de la UCI. Había tenido un infarto, me dijo, y me habían sedado. Era solo un sueño. Mi vieja memoria me había querido mortificar con una pesadilla. Con voz apagada pregunté por Teresa. La enfermera me pidió que no me preocupara. Como si a un corazón como el mío se le pudiera pedir que aparcara sus sentimientos. La enfermera no me dijo más, que era como decirme lo que no deseaba saber. Teresa no había tenido mi suerte. Teresa había muerto. Ya sólo existía en mi memoria y, seguramente, no sería la última vez



que la recordara. No, mejor que la sintiera, no de la mano de mi pensamiento como ahora, sino de la mano de mi imaginación. Aun así, sentí un cierto gozo por estar vivo. Podría parecer imposible con un corazón herido como el mío. Pero aún podía sentir, cosa imposible en el otro lado. Podía imaginar, proyectar mi pensamiento hacia adelante y configurar una vida plena de ilusiones. Teresa, en mi recuerdo, ya no sería sino un camino por el que seguir transitando con alguien hacia el futuro. Él tendría que esperar. Él no me necesitaba todavía para su mayor gloria. Y yo le debía estar agradecido por ello.

Tenía que recuperarme. Tenía que aferrarme a la vida, por muy precaria que me pareciese. Alejar de mí la muerte tanto como estuviera en mi mano. Todos los seres vivos lo hacían, como presintiendo que mas allá de la vida no había motivos para tener esperanza. Yo tenía algo más que presentimiento; tenía la certitud de que más allá de la vida sólo disponíamos de un estéril pensamiento y una eternidad sin sensaciones.

Quince días de convalecencia y los médicos me dieron el alta. Durante el tiempo que permanecí en el hospital todo pareció estar sujeto a las reglas de la coherencia. Cuando consideraron oportuno, me preguntaron si podía hacer frente a los gastos ocasionados por mi estancia. Les dije que sí, pero que tendrían que esperar a que me restableciera completamente; no tenía a nadie en quien delegar. Nadie me vino a visitar, cosa que agradecí. Pensé que las visitas que había tenido en la clínica, en mi anterior peripecia, habían sido forzadas por un designio que todavía permanecía oculto para mí.

Ya no tenía a Teresa para ayudarme a descifrarlo, así que, sin hacer de ello una prioridad, me propuse averiguarlo por mí mismo y por un impulso de la curiosidad.

Tantas cosas me habían sucedido sin que me fuera dado preveerlas, que llegué a la conclusión de que habría de estar a disposición de las contingencias que el futuro me deparara. No es que yo fuera un ser contingente, con una voluntad capaz de diseñar mi futuro. Formaba parte de las cosas y, como a ellas, me sucedían los hechos que en cada instante iban configurando mi estancia en la vida. A resultas de esos hechos, mis sentidos me transmitían sufrimiento o placer, disgusto o complacencia. No había más. Si, como antes había previsto, podía imaginar, esa era la única facultad que dependía de mi voluntad. Me propuse, entonces, desarrollar mi imaginación como medio para extraer de la vida todo lo placentero que me podía ofrecer. No era una propuesta nueva. Quizá mi pensamiento divagaba demasiado en círculos, sin fijar conclusiones que fueran válidas. Eran los pensamientos estériles, contradictorios a veces, fugaces, que parecían sólo buscar un sentido a las cosas. Un pensamiento, tan viajero como el mio, tenía necesariamente que ser escéptico ante casi todo. Como el de aquel que cree haber visto todo ya en la vida y cree tener una idea bastante aproximada de lo que significa la muerte. Y en realidad así era. La vida apenas te brindaba sorpresas. Cuando nos parecía que estábamos ante algo nuevo, no era otra cosa que una vieja ilusión de tu pensamiento que ya habías tenido antes. Por eso

confiaba en la imaginación, capaz de nuevas ilusiones. Si el azar de la vida me las traía como tangibles realidades, podría decir que ya eran viejas conocidas. Así la vida sería más aprovechada, más intensamente vivida cuanto más la hubiera imaginado. Por lo menos no habría vacíos en mi vida, y ya no me importaría que la realidad, siempre evanescente, me la presentara en una secuencia de imágenes fugaces. Al fin y al cabo esa realidad, como cualquier realidad efectiva, sería vieja en el instante de su presencia.

Aquí debo dar un salto dejando ignorados todos los hechos que me sucedieron después de salir del hospital. Durante algún tiempo me vi arrastrado por las cosas previstas por los demás; por la sociedad que programa sus supuestos contingentes. Son hechos vulgares, de una previsibilidad coherente con los principios de orden. Son tiempo muerto en la vida del hombre, y que para quien no sepa de qué hablo, sólo apuntaré los conceptos: recuperar mi identidad caducada, un nuevo documento de identidad, un permiso de conducir nuevo, una acreditación ante el banco que guardaba mi dinero, tarjetas nuevas de crédito, buscar un alojamiento circunstancial — elegí un hotel para simplificar—, me compré un coche y no tuve demasiada dificultad en actualizar mi antigua experiencia como conductor. Todo esto llevo algún tiempo, tiempo muerto, ya digo, pero inevitable.

En las tardes, cuando después de andar de aquí para allá, me retiraba a mi habitación en el hotel, si la fatiga del día me lo permitía, daba en pensar

qué podía hacer al día siguiente que fuera reconfortante, que llegara al final del día y pudiera exclamar: ¡hoy he vivido!. Pero estaba tan ocupado en esas cosas que yo llamo vulgares e inevitables, tantos pasos de un lado para el otro había que dar, tan complicado el papeleo burocrático, que todos mis pensamientos estaban prisioneros de la eficacia.

Al fin conseguí ser un ciudadano ejemplarmente ubicado en el sistema. A partir de ahí, sólo mi vida interior pugnaba por reventar ese sistema que me aprisionaba.

¿Por qué, entonces, había entrado de forma voluntaria en el sistema? La respuesta que yo me di, fue que sólo desde dentro tendría posibilidad de escapar de él. Al sistema no le preocupaba que desaparecieses, que buscaras un refugio donde no llegaran sus ojos inquisitivos; al sistema le preocupaba que un indocumentado hiciese alardes de presencia independiente, insolidaria. Un ser así era un sospechoso al que había que vigilar. Pensé que no había otro medio mejor para pasar desapercibido.

Cuando llegaron los días en que, al despertar, no tenía nada que hacer, solía quedarme un largo tiempo en la cama, con los ojos abiertos, mirando al techo, pensando, siempre pensando. Pero los días pasaban y mi esfuerzo de imaginación no me hacía vibrar de emociones. Las horas se hacían largas, y llegué a odiar que los días transcurrieran tan lentos. Ensayé a pedir prestada la imaginación de los demás leyendo sus libros, pero me fue imposible entrar en sus mundos, vivir sus mundos, sus historias, pidiéndole a mi

imaginación se instalara en ellos. Sus mundos me parecieron de cartón piedra, sus personajes como títeres movidos por los hilos que manejaba alguien que quería parecerse al Dios caprichoso que nos movía a nosotros. En muchas ocasiones, Teresa venía a mi recuerdo; era como si ya no pudiera vivir sino del pasado. El presente me ignoraba y el futuro ni siquiera podía vislumbrarlo. Era, en definitiva, como en el otro lado, pues de la nostalgia frustrante de un pasado mal aprovechado, pasaba a la nada frustrante del presente y la temible incertidumbre por el futuro. Aquello que había venido llamando la imaginación creadora de sensaciones a voluntad, tampoco llenaba el vacío que sentía y que me acongojaba. Llegué a considerarme muerto, con algún estúpido privilegio respecto de los demás mortales ya muertos. Y es que, vivo o muerto, Él parecía seguir jugando con su privilegiado muñeco de guiñol. O quizá me ignoraba y me había dejado flotando a la deriva en el Cosmos. La sensación al final, era la de ser sólo pensamiento estéril.

A veces echaba de menos estar en el otro lado, donde la estupidez era completa y diría que hasta plácida.

Un día, de esos que me proponía no salir de la habitación y consumirme en mis pensamientos, estaba mirando por la ventana el ir y venir de aquellos seres que ocupaban la calle. Ni siquiera mi pensamiento les atribuía una cercanía a mi existencia. Ellos estaban abajo y yo arriba, como si la alegoría del cielo y la tierra fueran aquella misma incomunicación de sensaciones que ambos, ellos y yo, sufríamos. De repente mi

pensamiento dio un salto cualitativo que hizo tensar mi cuerpo. Allí, abajo, me pareció reconocer a alguien. Mis sentidos se concentraron en un lugar de la memoria para traerme un viejo y anhelado recuerdo. Temí que fuera una ilusión, por lo inverosímil. Allí abajo, María caminaba por la acera, mostrandome su presencia añeja. Pero no sé por qué, dudé un instante entre salir corriendo a su encuentro o dejarla ir. Quizá esta última opción la motivaba mi temor a un nuevo incoherente y un posible desengaño que hiciera dudar incluso de mis propios sentidos. Me decidí enseguida. Me revestí de conformidad y me propuse que cualquier situación que se me planteara, sería aceptada como una vieja imagen del pasado que se había hecho presente por un instante en mi mente. Quería, sin embargo, que fuera real. María suponía para mí un cierto vínculo hacia el futuro. Prefería saber con quién caminaba a con quién me tropezaba; con quién me entendía a con quién me tenía que entender. Era la necesidad de confiar en alguien conocido en quien sustentar mi realidad. Una referencia tangible.

Salí como estaba, en pantalón y camisa, y baje en el ascensor las plantas que me separaban del hall del hotel y de la calle. No salí corriendo pero sí deprisa. Mi corazón parecía avisarme de lo excesos. Me orienté y pude ver la silueta lejana de María. Calculé que aligerando mi marcha podría aún darle alcance. Siempre escuchando el latir de mi corazón, forcé la marcha. Mi corazón parecía latir un poco más de lo normal, pero debía ser por temor a lo imprevisible. Me iba acercando a María. A medida que mi pensamiento la iba identificando

más, pude darme cuenta de que iba vestida con sencilla elegancia, desde luego nada que hiciera pensar en su condición religiosa. Sin quitar mi vista de su espalda, pensé si me habría equivocado y se trataba de alguien que se le parecía. Como si nada me importara de mi corazón, forcé todavía más la marcha para salir de la duda. A unos diez metros de darle alcance, pronuncié, “¡María!”. No se volvió. Ya a unos cinco metros de ella, noté que relentizaba su marcha, pero siempre sin volverse. Aceleré algo más para alcanzarla. La tomé por un brazo y ella se volvió.

—¡María! Soy yo, Manuel. Por qué me huyes? No me reconoces?

María, o una supuesta María, me miró con expresión algo asustada.

—¡Déjame!

María hizo un ligero esfuerzo para soltarse de mi mano. Bajó la vista. Yo la solté. Ella no trató de marcharse. Esperó mi iniciativa frete a mi.

No era la María de mis recuerdos. Iba muy maquillada, como queriendo hacer perdurable una juventud ya pasada. Le dije.

—María, no sabes las ganas que tenía de verte. Aquí donde me ves, estoy terriblemente solo. Encontrarme con una vieja amiga me reconforta. Te comportas de una forma extraña. Te has comportado de una forma extraña conmigo y creo que me debes una explicación.

—No puedo estar aquí contigo. Te lo explicaré en otro momento. Debes dejarme ir.

Me dijo aquello a medias entre asustada y compungida.

—¿Sucede algo? Pareces asustada.

—Sabrás por qué, pero ahora debes dejarme ir —  
me dijo, mientras caminaba.

—Está bien. Parece que hablas en serio. Estoy  
alojado en el hotel X, habitación 725. ¿Me  
prometes venir a verme? O llamarme por teléfono.  
¿Me lo prometes? —le decía mientras caminaba a  
su lado.

—Te lo prometo. Aunque no lo creas por mi  
comportamiento, me alegra haberte encontrado,  
Manuel. Ahora, adiós.

María me miró con expresión lastimera, sin otro  
posterior ademán que la de una persona obligada  
a separarse de mí por no supe qué extraña razón.  
No supe hilvanar un pensamiento coherente, salvo  
que tuve la impresión de estar viviendo en un  
estado policiaco, con muchos ojos vigilantes y  
mucho miedo a ser vigilado. ¿De qué se prevenía  
María? ¿Qué peligro suponía yo para ella? Quién  
o quiénes podían estar interesados en que no nos  
viéramos? No cabía duda, —y aquí comencé a  
pensar coherente— su comportamiento parecía  
una continuación del que se desprendía del  
expresado en su lacónico mensaje dejado en la  
clínica. También en aquel mensaje, María dejaba  
implícita una cierta prevención, de lo contrario  
habría sido más explícito. Quizá el mensaje que  
yo devolví llegó a sus intimidadores y estos la  
habrían presionado con amenazas terminantes.  
María, sin embargo, parecía deseosa de  
aclararme su comportamiento. Quizá creía no  
haber hecho todo para redimirse de algún  
sentimiento de culpabilidad que también me  
resultó inimaginable. En fin, como parecía  
cuestión de tiempo el esperar que esas incógnitas



se despejaron, regresé al hotel con la vaga esperanza de que allí, muy pronto, me volvería a encontrar con María.

Tumbado en la cama, en esa actitud de estéril pensar, repasé todo lo acontecido con María desde que la conocí. Y así pasaron sucesivamente por mi pensamiento, con imágenes nítidas, mi apuesta ganada y cómo la conquisté, mis amoríos posteriores no exentos de cierta sinceridad. Ahora los relativizo. Supuse que por haber pasado por la experiencia de mi amor por Teresa. Luego su abandono de nuestra relación y su ingreso en el convento. Su aparición en mi mente, muerta, en el otro lado. Su visita mientras me recuperaba en la clínica. Y su mensaje. Y su aparición hacía breves minutos con una imagen asustada, evasiva y vieja, aunque su maquillaje lo disimulara. Y todas las incoherencias implícitas en esa secuencia de hechos, no consiguieron, sin embargo, atormentarme. Sí que había motivos más que suficientes para sentirme desplazado de un escenario real. Lo debí aceptar como se acepta un sueño en el que carecemos de capacidad para encauzar de forma lógica las secuencias que elabora nuestro subconsciente. Fuera lo que fuese, esa vida, a la que ya venía acostumbrado en mi particular estado, no era tan angustiada como para considerarla una pesadilla. Y aun con todas sus caídas en el vacío, sus retornos a una realidad poco estable y duradera, esa vida no me parecía que fuera tan precaria como para atormentarme. En realidad, ya empezaba a pensar que no había otra y que así era la vida. Mis pensamientos parecían irse poco a poco

simplificando. Volví a recordar un pasaje de mi sueño con Teresa y algo concreto que yo puse en su boca y que me infundió más ánimo aún: "Si por algo mis pensamientos no divagan, lo es porque ya no busco la perfección". Quizá ése era el único camino.

Si María me daba la ocasión, me propuse ser firme con ella. No admitiría ninguna ambigüedad. Pero sí, a pesar de ello, ella persistía en algún tipo de incoherencia, simplemente la apartaría de mi vida relegándola al mundo de mi memoria. Y todo eso me lo proponía porque, a veces, sentía que mi autoestima me pedía coherencia. Pero también dudaba si eso de la autoestima tenía un significado procurable, en cualquier caso, para sentirse satisfecho de uno mismo. Realmente, el que yo me sintiera satisfecho no dependía enteramente de mí, sino de las cosas que alcanzaba a encontrarme, fortuitamente, en el camino de no sé qué vida, la vida que, desde que tenía memoria, había vivido o soñado, ya que, vuelvo a repetir, no tenía muy clara la distinción entre una dimensión y otra de mi consciente despierto o de mi subconsciente dormido, o quién sabe si al revés.

María, al parecer más impaciente que yo, se presentó a eso de las nueve de la noche en mi habitación, del mismo día que la encontré en la calle. Si tuviera que describirla, el menor esfuerzo me obligaría a decir que la encontré aun más deteriorada, casi irreconocible. La quise comparar con la que poco antes me había encontrado en la calle, y apenas encontré similitud. Pasó por mi mente, de forma fugaz, la imagen de la María que

yo había amado diez años antes y estuve a un paso de rechazarla. Pero yo no esperaba a una mujer; yo esperaba a la portadora de respuestas a tantas incógnitas como su nombre evocaba para mí, y la mujer que me visitaba parecía tener, al menos, alguna respuesta. La acepté con cierta repugnancia, dejándola pasar, sin plantearme ningún tipo de comportamiento.

—Hola, Manuel. Tanto tiempo sin verte... No sabes lo que he pensado en ti.

—Hola María. ¿Cómo estás? —le dije a modo de desganado cumplido.

—No muy bien, Manuel. Sólo he sido feliz el poco tiempo que estuve a tu lado.

—Todos hemos sido felices en algún momento de nuestra vidas. Supongo que la circunstancias de ser felices en el presente es algo en lo que no tenemos suerte ni tú ni yo.

—Te debo un explicación. Mi comportamiento contigo no ha sido leal.

No quería presionarla con mi impaciencia. En su lugar le pregunté:

—¿Dejaste el convento?

—¿Qué convento? ¡Ah!, ¿te refieres a aquella manía mía por querer entrar en un convento? No, no llegué a cumplir mi amenaza. Cuando me dejaste, hice lo que supongo hacen todas: llorar y buscar a otro que te reemplazara. Pero tú eras irremplazable.

Pude en aquel momento rechazar ser una marioneta estúpida apelando a mi derecho a la coherencia. ¿En qué ocasión María confundía mi pensamiento distorsionando mi memoria? No pude saberlo, y por ese motivo me deje manipular,

¿una vez más? Pero aquel encuentro no me era especialmente grato, quizá por antiestético más que por incoherente. A partir de aquel instante, tal y como me había propuesto, forcé mi posición de protagonizar las secuencias de aquella conversación, que, una vez más, trataba de confundirme

—Llegué a pensar que habías muerto.

—Habría sido mejor; para la vida que he vivido...

—¿No te ha valido tu dios para encontrar cierta santa conformidad? —pregunté con cierta sutil mala leche.

—Se llega una a cansar de que no te premie tu fidelidad con un poco de felicidad aquí en la tierra. Aquella respuesta no la esperaba de una mujer como María.

—Me resulta difícil de creer que hayas llegado a ese estado. Siempre hablabas de...Pero entra, no te quedes ahí parada. Anda siéntate.

María se sentó en uno de los sillones que había en la pequeña antesala de mi habitación. Miraba distraída un cuadro colgado en la pared. Cada vez me interesaba más por aquel juego.

—Decía que siempre hablabas de resignar una vida placentera, como el mejor medio para ganar la gloriosa vida eterna. ¿Se puede cambiar tanto? Dejó de mirar el cuadro y se volvió hacia mí y me miró con cierto aire de súplica.

—Dejemos eso. He venido para saber si todavía me estimas.

Le dije algo que tenía bien aprendido para casos como ése.

—Como supongo comprenderás, ha pasado mucho tiempo desde que nos separamos. Si nos

hubiéramos visto de tarde en tarde...Esta mañana parecías asustada por algo. No parecías muy segura a mi lado. ¿Qué te sucede?

—Nada; no me sucede nada.

Empezaba a impacientarme.

— ¿A qué has venido?

—Quería saber si tu y yo...

Le interrumpí el rollo en el que parecía persistir; no me interesaba.

—Dejaste un mensaje en la clínica?

—¿Qué clínica?

No pude más.

—¡Déjate de hostias! Estoy harto de que me manipulen. Si no estas dispuesta a contarme todo lo que quiero saber, mejor te largas antes de que me cabree más de lo que estoy. Te juro que no respondo...

—Cálmate. No puedo contártelo.

Al menos volvía al terreno que yo quería.

—¡Vaya!. ¿Quién te amenaza y por qué? ¿En qué has contribuido tú a fabricar esta mierda de vida que estoy viviendo?

—Te repito, Manuel, que peligra mi vida si te lo cuento. Vámonos lejos, juntos, donde no nos encuentren; sólo así podremos tú y yo alcanzar la libertad de la que carecemos ahora.

Todo parecía claro, pero sólo lo intuía.

—Pero ¿de qué coños hablas? ¿Quién está detrás de todo esto?

—Tendrías que venirte conmigo, lejos, y prometer que no harías nada, sólo intentar vivir una nueva vida.

Intentar una nueva vida era algo que estaba en mi agenda, pero tenía otras citas previas.

—¿Y qué hago yo con los recuerdos? ¿Cómo se vive una nueva vida?

—Yo te ayudare, amor mio.

Aquellas ultimas palabras, pronunciadas por aquella repelente mujer, hicieron que sintiera mal en el estómago. A punto estuve de vomitar, como cuando se ingiere algo de aspecto repelente. Estaba claro que allí no podía obtener más información. Por mi cabeza pasó amenazarla, pero no encontré el medio de hacerlo sin que fuera advertido en el hotel; ella saldría corriendo o chillaría. Intenté reflexionar.

—Está bien. Sin conseguir ser consciente de mi pasado no podría disfrutar del futuro. Tú parece ser el eslabón perdido que me une al pasado, así que, sin prometerte una feliz coincidencia con tus sentimientos, estoy de acuerdo en marcharnos juntos, a donde tú prefieras.

—No te arrepentirás, Manuel. Yo te diré todo lo que quieras saber y todo volverá a ser normal.

No podía aguantar más. Quería estar con aquella mujer en otro sitio, donde, si llegaba el caso, exento de temores, pudiera reaccionar como me lo pidieran mis instintos.

—Vámonos. Pero será a donde yo diga, por el momento. Saldremos de esta ciudad y viajaremos a algún lugar seguro. Te quedarás allí esperandome a que vuelva a recogerte; debo hacer algunas cosas en esta ciudad. Luego iremos a donde tú prefieras.

—De acuerdo, Manuel. Ya verás como no te arrepientes.

Di por terminada la entrevista, de momento

—¿Quién te ha visto entrar?

—Creo que nadie. He llegado al hotel de una forma especial; Si alguien me seguía ha debido perder mi rastro. Estoy acostumbrada a este juego, que me permite seguir viviendo una pequeña parte de mi propia vida.

Pero no quería que se alejara demasiado; que no pasara la noche en la que los miedos la hicieran cambiar de disposición.

—Está bien. Ahora haz lo mismo y espérame en algún lugar que te pueda ver, frente a la puerta del garaje. Saldré con un Ford azul oscuro. Tan pronto esté a tu altura, abriré la puerta y te metes en el coche, pero sólo si estás segura de que nadie te observa, en caso contrario, no entres y yo seguiré mi marcha.

—Si fuera esto último, espérame otro día, Manuel. Me pondré previamente en contacto contigo.

—Anda, vete ya...

María me miró con expresión lánguida y salió de la habitación. Intentó un roce con mi mano que yo de forma ostensible evité.

Yo esperé algún tiempo antes de salir. Me puse un suéter oscuro. Metí una corbata de seda en el bolsillo de mi pantalón — quizá la necesitara— y bajé al garaje. Salí. María debía ser una silueta solitaria que estaba debajo de un árbol, amparada en la sombra que proyectaba sobre la acera. Estaba a unos veinticinco metros del hotel. Miré a un lado y al otro y no vi a nadie por los alrededores. Me dirigí hacia ella, y a su altura abrí la puerta lateral. Sin embargo, María abrió la puerta trasera y entró en el coche como quien coge un taxi. Habría preferido que se sentara a mi lado. No resultaba sosegante tener a aquella

enigmática mujer echando su aliento sobre mi cogote. Puse el coche en marcha.

Tardamos en hablarnos. La impaciencia me apremiaba y me sugería preguntas para iniciar el diálogo que me interesaba. Al fin, le dije:

—Te sientes segura ahora?

—Un poco más.

—¿Qué me tienes que contar? ¿Prefieres que yo te pregunte?

¿No podrías esperar? Quiero estar segura de que no vas a hacer nada. Tu impaciencia delata que no serías dueño de tus reacciones.

Lo que ella pensara de mis reacciones me tenía sin cuidado. No estaba dispuesto a transigir ni un minuto más.

—Comprende que no puedo estar con la mente en blanco. Son muchas las preguntas que me hago hace tiempo y para las que yo solo no encuentro respuesta. Te he encontrado a ti y de repente creo haber encontrado a quien me las puede dar.

¿Quién ha organizado todo esto?

—¿Te refieres a ti?

—A mi, a ti, sí, a todo este asunto que se ha creado en torno mío.

—Está bien. Te iré diciendo algo; va a ser imposible que esperes. Todo esto es cosa de un poderoso grupo...

La interrumpí. Había pronunciado la palabra mágica que yo tantas veces había rechazado, cuantas veces había venido a mi pensamiento.

—¿Cómo entraste tú en él?

— ¿Cuándo me dejaste, me sentí muy sola y desorientada. Un sacerdote, con el que me confesé, debió ver algo especial en mí y me dio



una dirección. Me prometió que allí encontraría la felicidad.

— ¿Qué dirección era esa? ¿De quién se trataba?

—Nombres no, Manuel. De nada te serviría a tu propósito y al mío, y correrías un gran riesgo. No te daré nombres, así evitaré que cometas un suicidio.

Aquello podía esperar. Tenía un sinfín de preguntas previas.

—Esta bien. Algún día me lo dirás. ¿Qué tengo yo que ver en todo esto?

—Tus pregunta van muy deprisa, Manuel. Hay muchos aspectos, mayores y menores, que no están incluidos en tus preguntas.

Debía tener razón, pero la madre de todas las preguntas estaba aún sin contestar.

—¿Como cuáles? Ahora contéstame a algo que considero prioritario y fundamental: ¿para qué fin me han utilizado?

— Sus fines son increíbles y los medios que utilizan son mas increíbles todavía.

Sus rodeos me acercaban, pero yo me impacientaba.

—No me contestas a lo que te pregunto.

—Todo a su tiempo, Manuel. Ten paciencia, que lo sabrás todo.

Nada de paciencia. Las preguntas me salían a borbotones.

—¿Quién eres tú en ese grupo, que conoces tanto de ellos?

— No lo conozco todo, pero sí los asuntos referidos a ti. Dispongo de cierta libertad dentro de la organización. Ellos creen que soy enteramente fiel. Esto que estoy haciendo sólo lo hago por ti, y

no puedes suponer a lo que me arriesgo.  
Iba encarrilada. La apremié.

—Contesta.

—Yo trabajaba en tu caso. Tuve acceso a toda la información que se fue produciendo en los últimos años.

Ya no tenía la menor duda de que aquella mujer estaba dispuesta a contestar a lo que yo le preguntara. Comencé por situarla en el espacio y tiempo que había vivido recientemente.

—Durante estos últimos años he tenido la impresión de haber estado manipulado; mi cuerpo, mi pensamiento. Mi cerebro ha sido un caos. Acepté mis peculiares situaciones sin admitir nunca que estuviera loco. Pero desde el momento en que intuí que todo lo que me sucedía pudiera ser obra de otros seres humanos, me dije a mí mismo que no lo debía aceptar resignadamente. ¿Por qué me eligieron a mí?

—Eras el prototipo que ellos habían calculado en sus ordenadores.

—¿También mi accidente estaba previsto en sus ordenadores? ¿Cómo llegaron a ellos mis datos? ¡Ah!, creo tener la respuesta; confirmamela.

—Yo se los proporcioné. Lo siento, Manuel. Entonces no supe el alcance de lo que intentaban. Después ya fue tarde.

Su participación estaba clara y no le di mayor importancia.

—Entiendo. ¿A qué conclusiones han llegado conmigo? Espera. No me has contestado a lo de mi accidente.

— Lo provocaron ellos. Todo debía parecer natural.

—También lo comprendo. Contesta ahora a mi última pregunta, ¿qué conclusiones?

—Eso no lo sé. Es el mayor secreto. Sólo hablan de ello unas cuantas personas, las mas importantes, y no dejan nada escrito. Lo hacen en un lugar igualmente secreto.

Le hice una pregunta estúpida que luego resultó fundamental.

—Cómo, ¿es que no voy a poder compartir el secreto con ellos?

—Tú debes saberlo, pues se lo has debido contar..

— Pues, no caigo.

—Han debido confundir tu mente de forma que no te creas lo que te ha pasado.

Me hice el distraído.

—Puede ser. Si se trata de ese asunto del otro lado, tú también lo sabes; yo te lo conté en la clínica. No con todo detalle, pero te lo conté. Aunque viéndote ahora...

—No era yo. La María que te visitó fue una creación del ordenador a partir de los datos que me pidieron, incluidas fotos antiguas mías. Yo nunca supe lo que le contaste a esa supuesta María.

Complicado asunto que me hizo pensar en una truculenta película.

—¡Genial! Y todos los demás, me refiero a todos los que me visitaron en la clínica, ¿también fueron creaciones del ordenador?

—Absolutamente todo. Nada que te ha ocurrido en los últimos años ha sido ajeno a sus manipulaciones.

Aquello sólo suponía una confirmación a una

sospecha; me interesaba algo concreto en aquel instante.

—¿También Teresa?

—¿Teresa? Ah, sí, el travestí que se cruzó en tu camino...

Me jodió sobremanera que llamara travesti a mi Teresa; ella era un mono travestido de mujer, pero con poca fortuna.

—No la llames travestí; era una mujer, al margen de su apariencia física.

—Perdona; no he querido molestarte. ¿La apreciabas mucho?

No estaba dispuesto a hablarle de mis sentimientos.

—Contesta. ¿También Teresa tuvo que ver en todo esto?

—Bueno, sí y no. Él, ella, fue un elemento discordante, como ellos llaman a todo lo que surge imprevisto. Les pareció un elemento necesariamente suprimible.

Sentí un cierto sobrecogimiento; advertí el peligro que corría.

—¿Fueron ellos los causantes de su muerte?

—No de forma directa. Fuisteis seguidos a todas partes. Sus detectores y analizadores les permitieron vislumbrar las consecuencias de tu relación, y parece ser que no les debieron gustar. Temía la contestación, pero aun así, le hice la pregunta.

—¿Qué hicieron?

—No lo sé exactamente. En el dossier sólo pude leer *suicidio*. No sé cómo lo hicieron, te lo juro.

Ya no podía hacer nada por Teresa. Me preocupé sólo de mí.

—Mi pensamiento resulta ser frecuentemente contradictorio, incluso después de salir de la clínica. ¿Hasta qué punto siguen interviniendo mi pensamiento?

—Mientras permaneciste en la clínica, todo fue fácil. Recuerda que hasta el último momento tuviste un dispositivo adherido a tu sien. Era un transceptor de ondas biológicas. Por ese medio tu cerebro era analizado y dirigido según ciertos parámetros neurofuncionales. Registraban todo lo que él producía y luego lo analizaban.

Aquella confesión me debía haber parecido exagerada, pero no a mí .

—¿Sabían lo que pensaba?

—No exactamente. Eso no lo han conseguido todavía. Decodificar las ondas de los impulsos neuronales es complejo, pero lo terminaran consiguiendo; es cuestión de tiempo. Entre tanto, lo que utilizan es una especie de maquina de la verdad muy perfeccionada. Con ella saben si tus reacciones, previas a tus manifestaciones, mantienen con éstas la coherencia debida. Así saben cuándo tus palabras responden a tus pensamientos o sólo responden a estrategias de ocultamiento.

María parecía saber demasiado para ignorar lo más importante.

—Sabes muchas cosas, para afirmar que no conoces el fin último que persiguen.

—Te repito que eso no lo dejan registrado en sus informes. Ellos se reunían con frecuencia, a puerta cerrada y en secreto máximo, supongo que a analizar toda la información que iban obteniendo.

Su respuesta parecía en principio coherente. Volví hacia atrás.

—Te preguntaba si seguían interviniendo mi pensamiento.

—De forma aleatoria y para saber de tu estado de ánimo. Pero para ello debes entrar en un campo interactivo que ellos crean desde un vehículo especial. Por medio de la interacción con tu pensamiento, te crean situaciones paradójicas, con lo que tu pensamiento termina por inferir que todo lo que has pensado, las sensaciones que has experimentado, obedecen a una situación traumática de tu cerebro, del que sólo te recuperas para ir aceptando lo que te ha pasado como algo irreal. Esa conclusión es la que se archiva en tu memoria. Cuando ellos estén seguros de que no planteas ninguna otra reflexión, te dejarán en paz.

Aquello parecía de cajón, pero entonces yo sentí que mi autoestima se revelaba: ¡yo era *alguien*, no *algo*!

—Pero hay un contrasentido en eso que dices. Si me eliminan como prueba, ¿cómo y para qué utilizarán ellos el conocimiento que han adquirido conmigo?

—Si lo supiera, te lo diría. Eso nunca estuvo a mi alcance.

No se me ocurrió nada menos prosaico.

—Tengo algún dinero en el banco del que no tenía ningún registro en mi memoria, ¿sabes algo de eso?

—Sí. Antes de provocar tu accidente, alguien de la organización debió convencerte de que suscribieras una póliza de vida. Si morías en

accidente, percibirías de la compañía aseguradora cincuenta millones de pesetas; no tú, claro está, sino tus herederos. Con ese dinero no se harían preguntas. Creo que también en el caso de que el resultado del accidente te obligara a estar internado en un centro hospitalario por un plazo no inferior a diez años. Así podrías rehacer tu vida. Si era menos tiempo, la cantidad sería proporcional. Los gastos de hospital los pagaban ellos de forma anónima.

Aquello último sonaba a la única verdad que sobre aquel asunto me habían querido meter en la cabeza.

—¿Necesité, realmente, diez años para recuperarme?

—En absoluto. Saliste del coma a los dos años; con algo así como un año más, podrías haber sido dado de alta. Pero el experimento, o como se quiera llamar, precisó de todo ese tiempo.

¡Diez años de mi vida! Pero seguí. Ahora me importaba más el futuro.

—¿Dices que me dejarán en paz si hago una vida normal?

—Sí, pero deberás ajustarte a unos parámetros de vida por ellos establecidos. Por ejemplo, no podrás relacionarte con nadie de la organización o con personas o grupos activos.

Mi futuro no estaba aún claro del todo.

—¿Como quiénes? ¿A qué llaman ellos grupos o personas activas?

—Ordenes religiosas, grupos políticos, científicos, intelectuales. Hay una lista larga.

Hasta ahí, ninguna preocupación. ¿Y Teresa, en qué grupo la incluyeron?

—Teresa no era nada de eso.

—Pero ésa que tu llamas Teresa, tenía relaciones, supongo que sólo sexuales, con mucha gente importante. Era muy cotizado o cotizada, y la frecuentaban, ya digo, hombres con mucho poder. En la cama se hacen confianzas y no era oportuno dejarla libre...¿En qué piensas?

No pensaba en nada, salvo que poco a poco veía claro: las cosas incoherentes para mí, eran de absoluta coherencia para ellos. La relatividad de casi todo.

—Nada. Lo que acabas de decir encaja con algo que me ha pasado.

—Como verás, vida mía, te estoy contando todo lo que sé, sin guardarme nada.

Dejé que se desahogara aquella gilipollas.

—Esa María que me mandaron no eras tú. ¿Y la que me dejó el mensaje diciendo que no había sido la María que me visitó?

—Esa fui yo. Una vez que supe que habían conseguido suplantar mi personalidad, atormentada por el papel activo o pasivo que había desempeñado contigo, dejé ese mensaje con la esperanza de que vieras en ese gesto mi arrepentimiento y también la suposición de que intentarías ponerte en contacto conmigo. A partir de mi arrepentimiento esperaba volver a tener la oportunidad de que me aceptaras en tu vida.

¡Pues estaba lista!

—Claro, debo estarte muy agradecido. Supongo que tendrás muchas más cosas que contarme.

—¿Puedo yo hacerte una pregunta?

—Naturalmente. ¿Qué pregunta?

—Tengo una curiosidad, la he tenido desde



entonces. ¿Qué le contaste a esa falsa María?  
Algo me dijo que allí había gato encerrado. Me previne.

— ¡Ah! Esa era la pregunta...Pues...No vale la pena; se trata de un sueño que tuve mientras estuve en coma. Ellos habrán deducido que no tenía ningún valor.

—Quizá, si me lo cuentas, yo pueda saber la transcendencia que tiene.

Insistía. Yo volví a mi evasiva.

—Mejor olvidarlo. Debí suponer que de eso se trataba. Ni yo mismo lo tengo claro. Tú estás aquí y deberías estar en otro sitio. Por cierto, ¿qué sabes de todos esos que me visitaron en la clínica?

—Algunos están muertos. Tus padres están muertos. Tú lo sabes; todos ellos murieron antes que tú.

Eso lo suponía, pero se había olvidado de alguien.

—¡Naturalmente! Están muertos. Y tú, ¿por qué no estás muerta? Tú deberías estar muerta. La María que yo conocí, yo la he visto muerta en el otro lado. ¿Quién eres tú?

—¡Para el coche! —dijo con un grito horrible.

—¿Por qué?

—Me tengo que bajar.

No sabía a qué se debía tan repentino cambio. Me hice el fuerte.

—Tú no te bajas. Tú no te bajas hasta que yo lo diga.

—¿Qué vas a hacer?

—Ahora verás.

Ni yo mismo lo sabía. Quería, eso sí, saber más.

—Te digo que me dejes bajar o...

—¿A qué tanta prisa? ¿No quieres que te cuente todo lo que quieres saber? Tu sabes mucho, demasiado, pero no lo sabes todo, te pasa lo que a ellos. Quieres saber más, pero algo no ha funcionado en tu estrategia. ¿Quién eres?

—Se acabó. Para el coche o te vuelo la cabeza. Sentí el cañón de una pistola apoyado sobre mi nuca.

—Mujer; no tanta prisa. Creo que ya habéis decido que esté muerto. A mí ya no me importa antes o después. Todo condenado a muerte suele tener derecho a una última voluntad. Mi última voluntad es no morirme con las ganas de saber un poco más. Y tú me lo vas a contar, porque este coche sólo se parará cuando le falte gasolina, y yo estaré muy atento al nivel de esta aguja. Puede que si no me quedo satisfecho, antes de que se agote nos suceda algo a los dos. Seguiremos hablando al otro lado. ¿Sabes? Es bastante inhóspito aquello, pero algo es algo.

—¿Qué más quieres saber?

Me daba una tregua.

—Por ejemplo. Primero que te presentes como es debido. ¿Quién coños eres?

—Me llamo LXN.

Aunque todo lo escuchado anteriormente parecía convertirse ahora en cuestionable, no lo entendí así; en realidad ahora empezaba a ser totalmente verosímil.

—¿Qué representas en todo este teatro, LXN?

—Soy la jefa suprema de logística.

—Muy bonito trabajo. No ahorráis en imágenes significativas. ¿Todo lo que me has contado responde a la verdad?

—Sí.

—¿Por qué me lo has contado?

—Para ganar tu confianza. Al fin y al cabo de nada te va a servir.

La confianza la había arrojado con un supuesto amor. De eso había mucho en la vida corriente. No me sorprendió. Le pregunté, no obstante.

—¿También pretendías ganar mi amor, afecto o como lo quieras llamar?

—No digas chorradas. Me tiene sin cuidado todo eso.

Dentro de su complejidad, aquella mujer era coherente.

—Menos mal que no tienes ambiciones imposibles. Eres un asco de tía, ¿sabes? Tú nunca podrás saber qué es eso.

No se arredró y siguió coherente.

—Déjate de estupideces. Yo estoy por encima del bien y del mal, de la belleza o de la fealdad, y por supuesto de sensiblerías vulgares. Mi alta misión no me permite que tenga debilidades humanas, así que ya sabes a quién te enfrentas.

No podía mostrar debilidad.

—¡Leches! Eres una especie de súper mujer de titanio. Supongo que en tu organización también habrá hombres de la misma factura, ¿verdad?

—Los hay.

—Pero tú te has equivocado. Una súper mujer no debería equivocarse.

—No me he equivocado. He conseguido saber lo que pretendía, y mi misión contigo ha terminado. También la tuya.

No me asusté. Volví al momento que la hizo cambiar.

—¿Se puede saber qué has conseguido saber, que no supieras ya? Yo sólo he hecho preguntas.

—Según nuestros informes, tú no podías saber que María había muerto.

No entendí bien.

—Claro; yo he dicho que la verdadera María debía estar muerta, ¿y qué aclara eso?

—Confirma para nosotros que ese conocimiento sólo lo has podido obtener allí.

Me sobrecogió. También para mí aquello podía ser una evidencia.

—¿Allí? ¿Quieres decir en el otro lado?

—Llámalo así.

Intuí levemente mi *misión*.

—¿Y eso para qué os sirve?

— ¿No te lo imaginas? Es la posesión en exclusiva de la verdad. La humanidad no ha hecho otra cosa hasta ahora que especular con ella. Aprovechándose de la ignorancia de los pueblos, los especuladores la han utilizado para sojuzgar a estos. Cuando nosotros la utilicemos debidamente, nuestro poder será inmenso y bien utilizado.

Me pareció una solemne chorrada.

—¿A qué llamas tú debidamente y bien utilizado? Eso es una redundancia. Me parece que exageras.

—Cambiaremos el concepto moral de los comportamientos humanos y no dejaremos que la humanidad se consuele con la esperanza en un dios que la redima.

Seguía pareciéndome una chorrada.

—¿También los no estrictamente religiosos?

—Todos tienen un origen religioso.

—No los de los estados laicos, ateos, etc. Estos se basan en otros principios: éticos, de conveniencia, etc.

—También esos. Hay un trasfondo subliminal en sus legislaciones inspirada en motivaciones trascendentes.

Ya no me iba pareciendo tan chorrada.

—¿Y pensáis que van a cambiar? ¿En qué sentido?

—No son ellos los que cambiarán. Nuestro poder lo obtendremos de los pueblos marginados del reparto de la riqueza. Todos estos pueblos, la gran mayoría de la población terrestre, están sometidos no por la fuerza de los poderosos, sino por las diversas confesiones religiosas que le prometen la redención en la otra vida. De esa forma pacifican su legítima ansiedad a vivir una vida mejor y se mantienen sumisos a la espera. Nosotros nos pondremos al frente de todos los parias del mundo y reconquistaremos la Tierra para la humanidad entera.

Eso era evidente. Pero también era evidente lo que pensé y dije a continuación.

—¿Para quién la reconquistaréis? No parece malo el propósito, pero me temo que lo que vosotros pretendéis es el poder. Después, cuando lo hayáis conseguido, no seréis menos tiranos, quizá más, de lo que son ahora los que mandan. Más, diría yo, si comenzáis vuestra tarea partiendo del principio de que no existen principios. También olvidas que esa verdad de que hablas no es absoluta y que cuando los tiranos tienen el poder, siempre surgen hombres dispuestos a luchar por otro tipo de verdad. Así ha sido siempre.

—Tú hablas de tiranos. Siempre tendrá que haber una sociedad jerarquizada. Así sucede en el resto del mundo animal. En lugar de tiranía, yo hablaría de despotismo benevolente. Déspota viene del griego y significa “cabeza de familia”. La tiranía jamás puede ser benevolente. Quizá nuestra injusticia sea el considerar al hombre como un niño, incapaz de gobernarse por sí mismo, pero es que es así y así ha sido siempre. La manipulación, aunque mal utilizada, ha sido una constante en la humanidad. La realidad, por más que queramos desvirtuarla, es que no somos diferentes a las diversas especies animales. En otras palabras: nosotros seremos como déspotas, si quieres; padres de familia que gobernaremos a nuestros *hijos*, llamémoslo así, únicamente para su propio bien, y no sólo a los presentes vivos sino que estableceremos bases sólidas para que así sea con las generaciones venideras.

Parecía muy convincente... y aterradora.

—Pero los trataréis como esclavos, no como a niños, explotándolos para vuestro propio beneficio. A eso se llama despotismo tiránico. No, no creo que el mundo sea mejor.

—No hay alternativa para el mundo. En la forma actual terminaría autodestruyéndose.

La cosa no parecía estar a la vuelta de la esquina, pero yo le seguí la corriente.

—Y vosotros lo destruiréis; sólo las cucarachas sobrevivirán. Pero lo que de verdad creo es que estáis locos. Siempre ha habido locos de vuestra especie. Todos han causado grandes tragedias a la humanidad, aunque la humanidad se haya recuperado. ¿Y sabes cómo consiguieron

recuperarse?, revelándose contra sus tiranos y aniquilándolos. También lo harán con vosotros.

—Ahora será diferente, definitivo. Tenemos un arma invencible. Nadie dispuso del medio para manipular los cerebros humanos. Todos serán felices, en la medida que la Tierra y sus recursos lo permitan. Pero estamos hablando demasiado. ¿Vas a parar ya?

Aquello era muy serio; así me pareció.

—No parece darte cuenta. No estoy de acuerdo contigo, ¿sabes? Y si no estoy de acuerdo, puesto que voy a morir, podría decidir morir contigo. Claro, que se puede llegar a un acuerdo. ¿Me permites una última pregunta?

—¿Cuál?

—¿Cómo vais a conseguir convencer a todo ese mundo marginal? No veo fácil manipular tanto cerebro.

—Sera fácil. Lo mismo que hicimos contigo, haremos con sus líderes religiosos o espirituales: Irán y volverán. Se unirán a nosotros y sus pueblos harán lo que nosotros les ordenemos que hagan.

Me pareció infantil, pero...

—¿Lo podéis hacer siempre que os lo propongáis?

—Exacto. Eso tenía algún día que ocurrir. Nosotros lo hemos conseguido y parece normal que seamos nosotros los que lo utilicemos para el fin de supervivencia a que se dirige. La humanidad está ante su última y definitiva encrucijada, de ella saldrá fortalecida y dueña del universo.

Superaba la fantasía, pero había en ello algo de

real. No podía seguir con aquella dialéctica de enfrentamiento; el final era estrellarnos.

—¡Fantástico! No puedo menos de considerarme una persona importante. Pero, ¿para qué eliminarme? Yo soy la prueba. ¿Por qué no reconsideras tú, vuestra decisión de eliminarme y me integráis en vuestra organización? Quizá tengas razón en esto último que has dicho. Como aportación extra, yo tengo una prueba irrefutable que todo el mundo aceptaría.

—¿De qué prueba hablas? No nos interesa un nuevo profeta. Tú, precisamente tú, no necesitas que yo te diga que todos los profetas han quedado definitivamente devaluados.

No se trataba de que yo propusiera salir por ahí predicando la buena nueva. O mala nueva, según se mire. Utilicé el último cartucho que me quedaba, a sabiendas de que delante de mí tenía a un ejército.

—Yo puedo mostrar ante el mundo que he estado allí. No necesitáis mandar a nadie más, con lo costoso que eso debe resultar.

Había acertado de pleno, pero no había matado al enemigo; sólo le había herido

—¿Hablas en serio? ¿De qué prueba se trata?

—¡Ah, no! Yo os la mostraré cuando esté seguro de que no podáis hacer nada contra mí.

—Siempre podremos hacerlo.

—Puede que ya no tenga sentido eliminarme.

—Dime de qué se trata. Yo estoy cualificada para evaluar su importancia y decidir sobre ti.

No podía jugar de farol.

—Te diré parte. ¿Tú has oído hablar de Pablo Carto?



—No. ¿Quién es?

—Un gran personaje del siglo XII.

—Tengo un exhaustivo conocimiento de ese siglo y no conozco a ningún gran personaje con ese nombre. ¿De qué país era?

No me amilané.

—Era apátrida. Nunca se descubrió su procedencia.

—¿Qué sabes tú de él?

—Me lo encontré en el otro lado.

—¿Y?

—Es un poco complicado. Yo aquí tampoco recuerdo a nadie con ese nombre. Lo curioso es que allí sí lo recordaba y parecía ser un gran admirador suyo. El me confesó su secreto pensando que nunca regresaría. También me habló de un gran manuscrito, la obra cumbre de la literatura universal, según dijo. El secreto de su procedencia y el manuscrito se encuentran enterrados en un lugar que él me indicó.

—¿En qué lugar?

Esa carta me podía hacer ganar el juego, si la manejaba con inteligencia.

—Eso no te lo voy a decir; no te lo voy a decir ahora. Te propongo un acuerdo. Yo confesaré todos los detalles sobre éste y otros asuntos a cambio de que me integréis en vuestra organización.

Bajó el tono de su voz. Tuve esperanza renovada.

—No estás preparado. Eso que dices no es aval suficiente para pertenecer a nuestra organización.

—¿Qué más necesito?

—Un periodo de iniciación, pasar unas pruebas y del resultado de la evaluación que sobre ti se

haga.

—Acepto esas condiciones.

—¿Por qué has cambiado de parecer? Poco antes te manifestabas en contra del proyecto.

La pregunta era consecuente y a mí no me costó decirle lo que sentía en aquel momento; el instinto de supervivencia nos despeja el camino en el que las sensiblerías nos agarrotan.

—Después de estar allí me he vuelto bastante pragmático. Tus últimas palabras me han hecho reflexionar. Aunque yo muriera, no evitaría que fuerais adelante. Como te decía, si algo es verdaderamente importante para quien ha tenido el privilegio de ir y volver, ese algo es un mayor deseo de aferrarse a la vida, esta vida que tenemos, pero que no disfrutamos del todo. Es como si todos los anhelos que pudiéramos ver realizados aquí, por extrañas razones, los esperáramos alcanzar en la otra vida. Ahora sé que nuestro destino al morir no es muy halagüeño.

—Antes parecías estar en contra de lo que tú llamas tiranía.

Esto resultaba aún más fácil de aclarar.

—Sólo lo decía como una reflexión dialéctica. Ya sabes, eso que se suele decir para quedar bien y que no se siente. Quería decir que, si pensabais que vuestro proyecto era la consecuencia de un mandato imperativo de vuestra conciencia altruista, estabais equivocados, como lo estuvieron antes todos los impulsores de las revoluciones. Como sabes, una vez que alcanzaron el poder se convirtieron en tiranos, quizá porque no había otra forma de poner en práctica sus ideas. Puedo asegurarte que, si

llegara el caso, no tendría ningún escrúpulo moral en ser uno de ellos.

—Eso tendrás que ganártelo. No son suficientes las buenas intenciones.

Ya estaba seguro de haberlo conseguido, aunque no sabía bien qué.

—Nadie con mejores credenciales que yo, ni siquiera tú.

—Esta bien. Te voy a dar una oportunidad. Quiero advertirte que la programación de cada uno de nosotros es bastante dura, y la militancia no exenta de sacrificios.

Ella se había relajado y yo también. Lo quise celebrar.

—¿Se puede comer bien, follar cuando apetezca y ...oler las flores?

—Claro; todo eso se puede.

—Pues ya vale la pena. Creo que todos los hombres y todas las mujeres se sacrificarían por eso, si hubieran estado donde he estado yo.

—Creo que se puede sacar partido de ti.

Naturalmente. Era el chico ideal para hacer bien los recados.

—Puedes estar segura.

Aminoré la marcha del coche no exento de alguna preocupación. Quizá aquella mujer, con su cambio de talante, pretendía ganar mi confianza, que parara el coche y acabar conmigo en esta vida. La tenía a mi espalda, con una pistola. No podía percibir con claridad su rostro a través del espejo retrovisor. Sí me pareció que había adoptado una postura más distendida. Decidí proponerle:

—¿Damos la vuelta?

—Sí. Te estás especializando en ir y volver.

Aquella medio gracia me tranquilizó. Con un ojo en la carretera y otro en el retrovisor, disminuí la marcha, y en una calva del arcén comencé la maniobra de girar el coche en sentido contrario. Había estado en el límite de dos existencias, y, al parecer, el destino quería que continuara en ésta. Le pregunte:

—¿A dónde vamos?

—Te llevaré al cuartel general. Cuídate bien, porque de allí no se sale vivo si no eres de los nuestros. Allí, lo primero que haremos será cambiarte tu identidad. Ya jamás serás Manuel.

—¿Y lo segundo?

—Renunciaras en favor de la organización a todo el dinero que posees en el banco. La organización te proporcionará todo lo que necesites.

Me lo temía.

—Es mucho dinero.

—Si por el dinero fuera, con el que aportas estarías en uno de los niveles mas bajos de la organización.

—Comprendo. Debe haber gente entre vosotros que ha puesto más, ¿no?

—Una regla imprescindible es no hacer preguntas sobre los demás.

—¿Puedo hacer una más sobre mi?

—No te aseguro que te la responda.

Tenía que preguntar. Quería evaluar si merecía la pena.

—A partir de ayudaros a resolver el misterio de Pablo Carto, ¿qué misiones me vais a encomendar?

—No debes de pensar en eso ahora. Una vez programado sentirás un gran placer en cualquier

puesto o cosa que se te encomiende, incluso la más ínfima.

Aquello me sonó raro. Me pareció haberlo oído antes.

—Comprendo. Supongo que todos pasaran por el mismo tratamiento.

—Te aconsejo que dejes de ser cínico.

—Esta bien, esta bien. Son los pequeños desajustes de ser todavía un hombre libre.

—No me gusta...

—¡Eh, eh! Entiéndelo. En el mundo actual ser libre tiene más inconvenientes que ventajas. Rechazar el sistema te obliga a vivir en guetos, con lo que no disfrutas de la sociedad protectora.

—Exacto.

—¿Lo ves...?

—¿En qué piensas ahora?

Cómo le iba a decir a aquella tía que me estaban acojonando las perspectivas de vida que me ofrecía.

—No importa lo que piense; es absolutamente estéril.

—Voy a avalarte con mi prestigio. A partir de ahora deberás tener el máximo cuidado con tus expresiones.

—Lo procuraré. Estoy deseando pasar por esa programación. Ya estoy harto de esta falta de sintonía entre mis pensamientos y mis sentidos. Y adivino que vuestro mundo feliz es la máxima meta que la humanidad podía alcanzar.

Por supuesto que hablaba en falso; sólo quería confirmar lo que presentía.

—¿Hablas en serio?

—Claro que sí. Mira a todos esos desgraciados

que pasan por la vida: nacen, sufren de vivir y mueren. Luego allí es lo mismo y poca cosa para todos. No es justo. Supongo que para cuando alcancéis el poder universal, tendréis pensado que vuestra seguridad pasa por hacer a todos los hombres y mujeres uniformemente felices.

—Así es. Con una pequeña variante: la clase dirigente estará al margen de eso que llamas uniformidad.

¡Joder! Eso no hacía falta que lo aclarara.

—Pero eso significa ser más o menos felices, sufrir; en otras palabras, ser humanos, con todos los inconvenientes que ahora arrastramos.

—El poder mitiga esos dientes de sierra. Digamos que mientras el diagrama del estado anímico de los demás será una línea horizontal, el de la clase dirigente ha de ser una línea ligeramente ascendente. Eso debe ser así, no por un privilegio, como ahora, sino porque la clase dirigente necesita un estímulo constante de superación. Con la superación de la clase dirigente, esa línea horizontal que define el bienestar de los demás, también supera un peldaño.

Era todo un tratado de política social que no suponía nada nuevo. Me puse en la piel del transido idealista, del jodido idealista que se cree que todo el monte es orégano.

—Bien pensado. Y no como ahora, que cada cual va por libre y así pasa lo que pasa: que un poder que tenía grandes posibilidades de traer justicia social a un pueblo, se ve violentamente derrocado por la chusma insaciable.

—Vas a llegar lejos.

—No creas que me impulsa una ambición de

poder. Te repito que con unos pocos placeres de este mundo que me dejéis disfrutar, me doy por conforme y satisfecho.

No me contestó para tranquilizarme y su evasiva me preocupó aún más.

—Toma la primera salida a la izquierda.

—¿Al cuartel general?

—No hagas preguntas.

—Nada de sentido del humor, ¿eh?

—Nada de banalidades.

—Si, la cosa es bastante seria. ¿Nos daréis pastillas?

—Te digo por última vez que no pretendas ser irónico. Toma ahora la primera salida a la derecha. No sabía por dónde circulábamos y quise conocer mi destino inmediato.

—Me parece reconocer este lugar y ya puedo adivinar el destino. ¿Vamos a la clínica?

—Si quieres que tu oportunidad continúe, habla menos. En el último tramo tendré que conducir yo y tú te dejarás vendar los ojos.

Era acojonante, pero debía mostrar una disposición despreocupada.

—¡Cómo no lo había pensado! Se trata de entrar a ciegas. Simbólico, por lo demás. Cuando dispongas.

—Aparca allí, debajo de aquel árbol y en la sombra.

Me preocupaba que aquella mujer no fuera humana. Intenté saberlo.

—Te agradezco la oportunidad, de veras. Y tú no te arrepentirás.

—Yo no me arrepiento nunca. Tomo decisiones, evalúo los resultados y sigo tomando decisiones.

No, no era humana; era una jodida máquina.

—Habrías hecho carrera en cualquier misión que se te encomendara.

—Cállate ya y aparca.

Paré el coche donde me había indicado. El lugar era solitario y sombrío. Espere a que ella me indicara lo que debía hacer.

—Bájate.

Me baje y me fui al otro lado. Ella también se bajó. Ya no llevaba la pistola en la mano. De su bolso sacó un pañuelo negro. Me acordé de la corbata de seda que yo había metido en mi bolsillo. En aquel momento pude decidir, pero no tuve la más mínima intención de utilizarla. Por un lado, quería avanzar más en el conocimiento de aquel tinglado que me había utilizado y pretendía seguir utilizándome. No sabía si tendría tiempo, pero sí me aseguraba tiempo de vivir, aunque no sabía en qué condiciones. Por otro lado, y en cualquier caso, no tenía mejor alternativa; más tarde o más temprano, me encontrarían. LXN me anudó el pañuelo cubriéndome casi toda la cara. Su viriles manos apretaron sin delicadeza. Consiguió su propósito de que no viera absolutamente nada. Me ayudó a guiarme hasta el asiento, al lado del volante, y me senté. Ella se fue al otro lado y se sentó. Puso el coche en marcha y siguió el viaje a un lugar desconocido. Podía ser la clínica, quizá los sótanos de la misma. Yo hubiera preferido cualquier otro sitio; la clínica me causaba un sobrecogimiento añadido.

Estuvimos rodando unos quince minutos. Al final, aminoró la marcha y escuché que hablaba con alguien. Luego, *adelante*, pronunciado por la voz



de un hombre. Debimos entrar en un lugar cerrado, a juzgar por el eco que producía el ruido del coche. Mi pulso comenzó a latir más deprisa. Pensé en las dos únicas alternativas que tendría a partir de ese instante y que me permitirían seguir viviendo: ser lo que ellos dispusieran o conseguir finalmente evadirme de sus garras. En circunstancias normales, el hombre también tenía esas dos posibilidades; quizá en mi caso sólo algo más extremas.

El coche se paró. Empezaba a estar impaciente por que me quitara la venda. Si había peligro quería verlo venir.

Pero no me quitó la venda y me previno de que no me la quitara. Cogido por mi brazo derecho, me condujo. Yo no podía hablar, así que mantuve el silencio todo el tiempo. Me pareció que entrábamos en un ascensor, y obtuve la certeza cuando se puso en marcha. Tuve la sensación de que bajábamos, sin poder estar seguro. Se paró y salimos a un suelo alfombrado.

Caminamos unos pasos y, por fin, ella me mandó quitar la venda y que no hablara si no se me preguntaba. Me molestaba que me dijera en todo momento lo que debía hacer, pero me reconfortaba el pensar que en realidad me dejaba dirigir. Sólo temía que de nuevo volvieran a ser dueños de mi pensamiento, ahora que parecía no ser estéril y que no podía ser más coherente, quizá porque estaba en esa situación en la que nunca el hombre es más coherente que cuando se procura su supervivencia.

—Espera aquí. No es muy cómodo, pero ya te dije que tu entrenamiento no sería un paseo. Alguien

vendrá y se hará cargo de ti. Colabora sin oponerte a nada y todo ira bien.

—Ya he dado muestras de ser un buen paciente.

¿Las enfermeras también están *acondicionadas*?

No supe de dónde me salía el sentido del humor.

—¿Por qué preguntas eso? Aquí no hay enfermeras.

—No. Nada. Lo decía por saber quién se va a ocupar de mí.

—No hagas preguntas. Tendrás todas las respuestas que necesitas.

LXN salió cerrando la puerta mientras pronunciaba esas últimas palabras. Ni una sonrisa de alivio para una tensión que yo trataba de disimular. Me quedé solo en una habitación de no más de diez metros cuadrados, vacía y sin ventana al exterior. Su aire debía renovarse por una rejilla que vi en el techo. Un mínimo espacio y una mínima conexión con la vida. Yo era en ese momento un ser mínimo con un máximo de peligro para ellos, a juzgar por la medida extrema. Por supuesto, deduje que la puerta estaría cerrada, no obstante fui a comprobarlo. Así era.

Aun así, no sentí ni impotencia ni miedo. Era consciente de que seguía disponiendo de un pensamiento libre, no manipulado por ellos. En esas condiciones podía aliar mi pensamiento con mi imaginación y conseguir fácilmente traspasar aquel ámbito cerrado. La idea era fija: debía estar en algún lugar de la clínica. Sólo allí podían disponer de un micromundo en el que dominaban todos los resortes convirtiendolos en invulnerables tras la cortina de prestigio social que da una institución así. Un lugar así sólo tenía dos tipos de

personas: los pacientes sometidos e inermes a cualquier arbitraria manipulación y los manipuladores a los que la sociedad les permite manipular según su supuesto saber y entender. Se salvaban los que, además, aplicaban la leal buena intención, pero esto la sociedad se limitaba a suponerlo. Sí, no había mejor lugar.

Mi pensamiento libre estaba siendo selectivo, y si yo había elegido aquel lugar como el más conveniente, nada hacía pensar que ellos no hubieran decidido lo mismo. Partiendo de este supuesto, mi pensamiento debía darse prisa para arbitrar algún tipo de decisión coherente. No podía permitirme pensamientos estériles. Eran decisiones de cualquier libro de supervivencia. De momento parecía que debería esperar. Para cuando la situación cambiara, las ideas me venían y se iban dejando una señal para recogerlas si las necesitaba. En algún momento, y ante la situación real de impotencia, pensé que ya me habían dominado y que no tenía escapatoria. Todos los pensamientos serían estériles, porque carecía de libertad física para proyectarlos.

Una idea recurrente se mantuvo al fin fija: tenía que engañarles. Lo primero sería conseguir ganar tiempo y con ello abrir un abanico de posibilidades. Sin proponermelo y sin poderlo evitar, pensé qué haría después de liberarme de ellos para ser un hombre libre. Eran pensamientos estériles, pues lo único cierto para el hombre es que para ser libre se ha de empeñar en escapar siempre, y conseguirlo.

Mis pensamientos se pararon en seco; alguien hurgaba en la puerta. Estaba perdido en la

sombra inmediata y no tenían ya tiempo de iluminar una idea que llevar a la práctica de inmediata e igual forma. Me quedé inerte, esperando que el destino me viniera de nuevo a dar una oportunidad más.

La puerta se abrió y dos seres de apariencia humana entraron en la habitación que ocupaba. Quise adivinar quiénes podían ser. Su uniforme blanco, compuesto de chaqueta cerrada al cuello y pantalón blancos, una gorra cilíndrica, encasquetada hasta las orejas, igualmente blanca. Unos rostros inexpresivos, les daban una imagen de laboratorio truculento. No hablaron al entrar, no me miraron. Se acercaron a mí. Uno me tomó por el brazo y el otro intentó ponerme un capuchón negro que llevaba en la mano. Hice un amago de resistencia, pero insistió de forma mecánica.

¿A dónde me lleváis? —pregunté.

No me contestaron. Ahora me parecían, más que humanoides, robots imperfectos. Al tercer intento me dejé poner el capuchón. Ya había advertido que el intento se repetiría indefinidamente sin que se alteraran. Concluí que estaban programados únicamente para esperar mi colaboración y que no eran peligrosos. Tuve la tentación de quitarme el capucho y salir corriendo, aprovechando que la puerta estaba abierta, pero no sabía lo que podía esperarme allí fuera, y un gesto así, difícilmente sería disculpable. Dentro o fuera, seguía estando dentro, y mis únicas alternativas eran colaborar o mi condena. Decidí colaborar, porque eso fue lo que me dictó mi instinto. Cogido de mis brazos, me impulsaron a moverme. Caminamos. Eramos tres los seres que caminaban sin voluntad propia.

Nos paramos y me pareció que abrían una puerta. Al otro lado, pensé que me esperaba un mal negocio: entregar mi libertad a cambio de seguir viviendo. Pero un acto de rebeldía en aquel momento, que pudiera parecer un acto de heroísmo, no era más que un suicidio. Un acto de heroísmo debía preveer una salida que nos permitiera ganar una medalla y ocasión de que te la colgaran del pecho. Allí no había otra salida: una estupidez como la de los dos seres que me habían acompañado. Había una esperanza que no estaba en mí procurar se lograra: que ellos me reservaran empresa más digna. Si estaba vivo y allí, era porque había engañado a LXX. Si conseguía seguir engañándoles, quizá me utilizaran de mejor forma, quizá fuera un líder en algún cometido de importancia. Opresores que eran, no les concedí que fueran demasiado inteligentes.

Me armé de dignidad, como de una coraza contra el miedo, y me dispuse a afrontar la prueba.

Los dos personajes que me habían conducido me quitaron el capuchón. La primera sensación fue de alivio; la luz había alcanzado una especial significación para mí. Miré al fondo de una habitación amplia. Allí, en una mesa en forma de herradura, unos seres adoptaban la lejana expresión de estar dispuestos a juzgarme. Allí estaba LXX, otra mujer más y tres hombres. La proporción me pareció apropiada y me produjo cierta calma. Todas vestían batas blancas. Debajo de las batas no pude apreciar qué llevaban, porque la mesa tapaba sus piernas a mi vista. Yo hubiera querido que ellas vistieran falda, como

símbolo de su aceptada feminidad. Una mujer que se masculiniza es más cruel que un hombre; confiaba más en ellas que en ellos, esa era la razón. En lugar de camisas u otras prendas personalizadas, las cinco personas llevaban unas camisetas de color azul hospital con cuello redondo de cisne. El pensamiento me hizo retornar a la clínica. No me miraron por un buen rato. Hablaban en voz baja entre sí y miraban los contenidos de portafolios. En ellos, seguramente, se hablaba de mí. También había una silla vacía situada en algún centro geométrico respecto de la mesa, pero alejada de ella. Seguramente allí debería sentarme; una atención que, si se verificaba, no podía ser menos alentadora para mí. Detrás de mí, sonó una puerta que se cerraba. Uno de aquellos personajes, finalmente, levantó la vista, y dirigiéndola a mí, me hizo un gesto con la mano para que me sentara. Me senté, y luego, unos segundos eternos en los que los seis me miraron sin pronunciar palabra alguna. Yo los miré de forma panorámica, con gran esfuerzo para aparentar sosiego y confianza. Esperé que ellos rompieran el silencio. Fue LXN la que comenzó a hablar.

—Este consejo te ha concedido el privilegio de seguir vivo. Tú, como nosotros, sabes que vivir es un privilegio, así que todos esperamos de ti la agradecida actitud en forma de colaboración con nuestros propósitos. Pero no debes olvidar que tu vida es nuestra y que en cualquier momento tu desafección a nuestra causa puede hacer variar nuestra decisión, y la consecuencia son las tinieblas eternas. ¿Eres consciente de ello?

Tenía que responder. Era mi oportunidad de establecer diferencias con cualquier ser que hubiera pasado por aquel trance. Todas las decisiones eran límite, pero aquella era decisiva. Me dispuse a contestar según la idea que me vino a la mente.

—Soy consciente, salvo que, en lo concerniente a las tinieblas eternas, deberá procederse a una última verificación para establecerlo definitivamente.

Pensé que me había salido una frase redonda.; un poco de espíritu crítico y contarme ya como uno de ellos.

—¿Te refieres a lo que le has mencionado a LXN sobre un tal Pablo Carto? —preguntó uno de los hombres, el que se sentaba en el centro.

—Así es. Todo lo que he manifestado hasta ahora no deja de ser cuestionable. Yo mismo lo cuestiono.

—Nuestras máquinas son precisas y proporcionan datos precisos sobre lo que son imágenes autoelaboradas y lo que son vivencias externas que crean otro tipo de imágenes. —volvió a decir el mismo hombre.

—De acuerdo que son diferentes. Pero creo que subestiman que la imaginación, además de crear imágenes, llega, a veces, a poner en marcha mecanismos de nuestros sentidos de tal forma que nos hace sentir una realidad, virtual, desde luego, pero con los mismos efectos que produce la realidad. Nosotros mismos nos engañamos creyendo haber vivido lo que no hemos vivido más que en nuestra imaginación. Las máquinas no pueden detectar, en consecuencia, si las señales

proceden de la realidad o de la imaginación de quien las produce.

De imaginación yo sabía un rato y concluí que había hecho un discurso redondo. Esperé el resultado.

—No nos basamos sólo en los impulsos que produce el cerebro; cruzamos un considerable número de datos y nuestros ordenadores, después de procesar toda la información, dan un resultado que puede considerarse inequívoco.

Percibí claro que había dado un paso importante: se avenían a discutir conmigo las convicciones que se cruzaban. Me atreví a seguir.

—Los resultados que ustedes tienen precisan de una contraprueba para ser definitivos. Los hombres siempre han creído disponer de fuentes que aseguraban una cosa u otra de forma inequívoca. Quizá los ordenadores constituyan una generación superior a esas fuentes tradicionales, pero no olviden que si los ordenadores no se equivocan, los hombres sí pueden equivocarse al suministrarles los datos. En cualquier caso, el hombre nunca se sentirá seguro hasta que la evidencia se muestre palmaria, de forma que él la pueda, no ya ver, sino tocar.

—¿Y tú crees tenerla? ¿Ese Pablo Carto de que hablas? —siguió la misma persona.

—Pablo Carto no ha existido. No se conoce a ningún Pablo Carto, gran hombre como aseguras, que haya existido en ninguna era, edad, siglo, sobre la tierra — dijo la otra mujer.

Aquella tía intentaba ponerme en un aprieto con su lógica a ras de tierra. Pero, ante la lógica, cabía



la fabulación, como único contrapunto dialéctico.

—Dices bien, y yo también lo creo así después de haberlo verificado por mí mismo. Pero se podría hacer una precisión: no ha existido sobre la Tierra. Pudo existir en otra tierra y, por algún medio desconocido para nosotros, llegar a la nuestra para dejar su testimonio. O quizá no es necesario que haya hecho acto de presencia en nuestra tierra.

Me interrumpió.

—¿Y cómo es que tú aquí no lo reconoces y sin embargo dices haberlo reconocido en la otra dimensión?— me preguntó el más viejo.

Me preguntaban sobre un absurdo. Significaba que estaba razonando en la buena dirección.

—¿Así llamáis al otro lado? Me parece bien; parece más propio. Eso es un misterio para mí. Allí supe también que María había muerto, cuando en realidad yo no podía saber que había muerto, como consta en vuestros informes. Lo que voy a decir sólo es una suposición. Puede que en la otra dimensión, todos los seres vivos, de todas las tierras del universo, se confundan en un mismo destino; llegaron allí procedentes del universo. Según esta tesis y puesto que allí no existe el concepto tiempo, nuestro pensamiento eterno se proyecta adelante y atrás, pero sólo para entendernos, pues tampoco existe el espacio. Es como si giráramos en órbitas concéntricas, sin principio ni fin. Eso explicaría que nuestro pensamiento fuera eterno, no sólo hacia adelante, sino hacia atrás, adoptando, por la gracia de Él, una efímera corporeidad.

—Es bastante confuso lo que dices — me

interrumpió uno de los hombres que todavía no había hablado.

Era una gilipollez, habría añadido yo.

Luego los vi que se miraban interrogantes los unos a los otros. Mi tesis, a fuer de inverosímil, había hecho mella en sus mentes colándose en ellas. Debí decir lo que dije con convicción, y aunque yo no las asumiera para mi propio crédito, salvo cuando lo hice para explicar tanta paradoja como había experimentado, sus mentes, voraces de extraños conceptos, asimilaban cualquier novedosa oferta de ideas que les hiciera sentirse superiores.

Estaba satisfecho de mí, al menos de mi sagacidad, y esperaba ansioso una tregua en sus decisiones que me permitiera buscar otras salidas. Uno de los hombres interrumpió mis pensamientos.

—Dónde guardó Pablo Carto su secreto?

No podía provocarles más. Parecían estar maduros para aceptarme en algún puesto de honor. Aquellos peligrosos majaderos me podían hacer el daño que quisieran, si no les mostraba mi entera entrega a su causa.

—Según me dijo, lo depositó en una caja de bronce y luego en los cimientos de una catedral que se construía en la ciudad de Zamora. El pensó que estuvieran allí más allá de nuestra era y que generaciones humanas venideras, que sobrevivieran a nuestra autodestrucción, pudieran descubrirlo.

El silencio se podía cortar. Miré a cada uno de ellos, saltando frenético de uno al otro, esperando una reacción en la que yo también contara. Una

aseveración inverosímil podía ser acogida por un papanatas intelectual como una hipótesis novedosa, que él intentaría hacer verosímil con algún tipo de verborrea filosófica. Una aseveración verosímil necesitaba ser demostrada. Yo los había puesto ante este dilema.

—Vamos a reunirnos en consejo. Esperarás fuera. Me levanté. Miré hacia atrás y no vi a los dos hombres que me habían conducido. Deduje que yo mismo podía salir sin esperar a que me condujeran. Con ánimo recuperado, me puse en marcha a buen paso. Sentía que ya era algo más libre. La puerta accedía a un pasillo solitario. Tampoco los hombrecillos, programados de forma extraña, estaban allí. Observé el pasillo. De él partían varias puertas a recintos que se me figuraron tenebrosos y muy secretos. Di algunos pasos tímidos. Me acerqué a una de las puertas. Apoyé mi mano vacilante en el pomo y le hice girar. Luego empujé despacio. La puerta cedió al empuje y comenzó a abrirse. Miré dentro, ampliando mi vista según se abría. La habitación, considerablemente grande, estaba absolutamente vacía. Me quedé observándola y mi pensamiento me pidió que me tranquilizara, que probablemente todo lo tenebroso de aquella situación sólo estaba en mi mente. Cerré la puerta y me dirigí a otra. Hice la misma operación. También la puerta cedió. También se trataba de una habitación grande y vacía. En esta ocasión comencé a preocuparme. Las cosas que se nos presentan y no esperamos, aunque sean inocuas, nos producen incertidumbre. Son aquellas cosas extrañas que no se acomodan a nuestro pensamiento

coherente. ¿Para qué? Me pregunté. Fui a una tercera puerta. Esta no pude abrirla y mi temor se acrecentó. Las cosas son en sí mismas coherentes si muestran una continuidad a la que finalmente se acomoda el pensamiento. Cuando esa continuidad se rompe, rompe la coherencia, y de nuevo el pensamiento se pregunta; la mente se queda inerme: ¿por qué?

No quise alejarme más. Ya el temor mandaba en mi voluntad. Pensé que podían salir a buscarme y que no les gustaría encontrarme fisgando. Y ¿qué estarían haciendo? ¿qué estarían dilucidando? Por supuesto, estarían debatiendo sobre mis palabras. ¿Las encontrarían verosímiles y, en consecuencia, estudiando algún plan para verificarlas? ¿Tendrían tanto poder como para llegar a los cimientos de la catedral? ¿Y qué harían, si concluían que era imposible? Les había llevado a un callejón sin salida y podían enfurecerse ante su impotencia. Me destruirían, si esto sucediera. Yo sería la encarnación de esa impotencia que el tirano resuelve eliminándola. Luego, su mesianismo configuraría un nuevo estado complaciente con su soberbia. Serían las nuevas ideas con las que los hombres justifican la continuidad de su poder bastardo.

Pero podían considerar mis afirmaciones inverosímiles. En este caso, o bien me considerarían un fabulador, o descubrirían mi juego con el que intentaba engañarles. En cualquier caso, mi pensamiento me atormentaba; siempre me atormentaba en momentos de incertidumbre en los que me balanceaba ante el vacío.

Pero yo mismo llegué a pensar que mis

razonamientos, a partir de mis extrañas vivencias, no eran en absoluto inverosímiles. Cuando las cosas se nos presentan extrañas, no decimos que no existen, que son probablemente visiones. Tratamos de buscarles una explicación y no nos frotamos los ojos, como para quitar una telaraña que nos puede estar distorsionando la realidad. Ellos podían estar en eso, razonando sobre lo inverosímil de mis afirmaciones y concluyendo que, por el momento, sus mentes eran capaces de comprenderlo y, consiguientemente, aceptarlo. ¿Qué determinación tomarían?

La puerta de la habitación en la que se encontraban se abrió y LXN apareció en el dintel de la puerta. Me buscó con la vista y me llamó con un simple gesto. Miré su cara con la ansiedad del que desea un adelanto del veredicto. LXN estaba impávida, como si le hubiese sucedido una desgracia inesperada que la había contrariado profundamente. Me dejó la puerta franca y penetré en la habitación seguido de ella. Y allí estaba el resto del tribunal de la vida y de la muerte. Todos parecían sufrir de la misma contrariedad. No temí porque hubieran decidido eliminarme. Los tiranos no se atormentan por verse obligados a tomar esas radicales medidas; siempre lo hacen con indiferencia, cuando, en sus trágicas decisiones, tratan de eliminar obstáculos que se les interponen.

Esperé ansioso las primeras palabras de cualquiera de ellos. Al fin habló el que parecía mayor y estaba sentado en el punto equidistante de la mesa.

—Este consejo, después de haber escuchado al

candidato y valorado todas las referencias de su especial significación, ha llegado a la determinación de que el proyecto debe ser revisado y no terminado por falta de prueba concluyente. Se propone seguir en la investigación, por considerar que es nuestro deber, en nombre de la humanidad, averiguar el destino que irracionalmente se le oculta. En consecuencia, y agradeciendo la contribución que ha prestado a nuestra altísima y noble causa, le rogamos que nos disculpe por haberle utilizado en nuestras pruebas y las extraordinarias exigencias a las que le hemos sometido. Hemos dado pasos importantes gracias a su contribución y por ello debería considerarse honrado. Es por ello que, apelando a su deber, como al de cualquier ser humano obligado en esta empresa irrenunciable de conocer la verdad de su destino, que considere cumplido su deber. Otros ocuparán su puesto en la lucha, y que jamás deberán dar por imposible en la consecución de un derecho que se le hurta por la voluntad de su caprichoso creador. Porque somos ya adultos y exigimos nuestra emancipación de su tutela. Puede retirarse libremente. Pero advirtiéndole que podríamos reconsiderar su situación, en el caso de que por su parte obstruyera nuestra misión, necesariamente secreta para su mayor eficacia.

Cuando aquel hombre termino, sentí que me flaqueaban las piernas. Tuve que adoptar posturas de equilibrio para no caerme. Sentí la misma frustración que parecían sentir aquellas cinco personas. Quizá la misma frustración que en algún momento habían sentido todos los hombres

cuando se sintieron impotentes. Pero mi sensación era la sensación del soldado que, perdida la batalla, contempla a sus generales derrotados. Aunque hubiese querido hablar, no habría podido, tal era la sequedad de mi boca. Todo parecía haber terminado, al menos para mí. Ellos tardarían en recuperarse de su batalla perdida y, casi seguro, se rendirían finalmente ante tan imposible empeño. Pero el empeño de los hombres por conocer su destino continuaría en otros y quizá no lo conocerían nunca. A fuerza de caminar por un sendero que no llevaba a ninguna parte, el hombre al menos creía caminar hacia adelante.

Y me sentí deprimido y confuso. Di media vuelta para alejarme de aquellos seres singulares, una clase de hombres y mujeres a la que yo no podía pertenecer sino como instrumento. En aquel instante no me hice otro tipo de reflexión. Mejor. Luego volví a pensar para situarme.

Era evidente que yo no había participado en la misión con mi voluntad de hacerlo, como era el caso de ellos, y por tanto, como soldado de leva, aquella no era del todo mi batalla.

Crucé la puerta y la cerré tras de mí. Caminé despacio por el largo pasillo, tentando el suelo que pisaba, atribulado con la carga de mis densos pensamientos. Un sonido seco, que me pareció un disparo, sonó a mi espalda. Todo mi cuerpo vibró como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Luego me quedé paralizado. No miré atrás. Por mi mente pasó la imagen cinematográfica que recreaba la muerte del Cesar a manos de sus generales. Cuando reaccioné, de

una forma instintiva me refugié detrás de una gran pila de cajas de cartón. Oculto como estaba no podía ver el pasillo. Pronto escuché pasos precipitados y palabras entrecortadas. “¿Dónde está? Que no escape” Luego el silencio. Permanecí en aquel escondrijo, envarado por el miedo, no sé cuánto tiempo. Luego di paso a la reflexión positiva. Aquel lugar no era del todo seguro. Podían volver y mirar tras de las cajas. Me incorporé, pidiéndole a mi buena suerte que no regresaran mis perseguidores y me encontrarán. Ya libre en el pasillo miré a un lado y al otro en busca de una salida o de un refugio mejor. Sólo disponía del pasillo y de algunas puertas que me habrían paso a seguras ratoneras. Pensé en la habitación en la que había estado con ellos. Si en ella había un lugar donde esconderme, era seguro que allí no tratarían de buscarme. Allí me dirigí apresurado. Entré, y el *Cesar asesinado por sus generales*, que seguramente sólo estaban interesados en alcanzar el poder inmediato, yacía sobre la mesa desde la que había hablado con la nobleza de un general confuso y al que todas las batallas le parecen nobles.

Busqué con la vista lo que necesitaba para esconderme. Una cortina opaca ocultaba parte de una pared lateral; seguramente detrás había una ventana. No había otro sitio y allí me dirigí. Me di cuenta de que la cortina no llegaba al suelo y podían ver mis pies, pero no tenía otra alternativa. Me metí detrás, y así era, allí había una ventana. Pero estaba situada en lo alto de la pared, como si se tratase de un tragaluz. A través de ella pude ver la luz tenue de un alumbrado exterior, pero no a



dónde daba; podía ser un patio o la calle. La protegía una especie de malla metálica que no me pareció muy consistente. Era la única salida, y aunque me pareció difícil salir por allí, debería intentarlo. Tenía que encaramarme a pulso para llegar a una repisa que formaba el grueso de la pared, y mis fuerzas no eran especialmente atléticas. Hice un intento, pero mis brazos sólo flexionaron mínimamente. Desistí. Oí sonidos, luego palabras ininteligibles. Luego ya pude percibir personas que entraban en la habitación arrastrando algo con ruedas. Me quedé quieto, intentando pegar mis pies lo más posible a la pared. Oí que hablaban. “Dejémosnos de preocupar por ese”. “Estaremos tranquilos cuando lo hayamos eliminado”. “Yo me ocuparé de él”. “Después de todo, casi ha sido mejor que esto sucediera. Ya estaba harta de nuestro líder y sus prejuicios”. “Todo puede ir más rápido ahora”. “Acabemos ahora con esto”. “Comunicaremos su muerte desde el quirófano, así parecerá más verosímil el suicidio”. “Venga, arriba con él”. “Tápalo con la sabana”. “Vamos, vamos”. “Y si el otro se va de la boca..”. “Nadie le creerá si presentamos el informe médico de su estado mental”.

Ya no oí más que el rodar de lo que supuse era una camilla de hospital. Ya estaba seguro que estaba en algún lugar de la clínica. Respiré hondo. La vida me daba una nueva oportunidad.

Permanecí oculto por algún tiempo para asegurarme que no volverían. Cuando salí al espacio abierto de la habitación, volví a sentir el temor de encontrarme al descubierto. Tenía que

hacer algo. Salir por la puerta era la forma más temeraria. No estaba seguro de encontrarme con alguien en el pasillo. Tampoco sabía a dónde ese pasillo conducía. Volví a considerar la ventana. Una silla era demasiado baja para ayudarme a alcanzarla. Me fijé en un archivador de tres cuerpos que estaba en una esquina de la habitación, casi en la penumbra. No lo había advertido antes. Me acerqué a él. Tanteé su peso y me pareció imposible trasladarlo a la ventana. Si sacaba los cajones archivadores, quizá pudiera con el armazón. Afortunadamente no estaban bloqueados con llave y me puse manos a la obra. Saqué el primero; estaba repleto de carpetas. Tuve la tentación de ver su contenido. Abrí una, luego otra y otra. Cada carpeta contenía un gran sobre y cada sobre numerosos papeles conteniendo informes que no me paré a leer. Saqué uno de los sobres de su carpeta y pude ver escrito en una esquina una letra y un número. Supuse que significaba algún tipo de clasificación. Quizá allí estaba el sobre que se refería a mí. Por un momento me olvidé de mi situación y de que lo prioritario era escapar de allí. Si encontrara aquel sobre y me lo llevara conmigo, dejaría en buena parte de existir para ellos y así mi libertad sería completa. También les privaría de argumentos para sus fines tiránicos, pero esto sólo fue un estúpido pensamiento. Saqué los tres cajones y revisé cada una de las carpetas con la intención de que algo me hiciera asegurarme de que allí se hablaba de mí. Era imposible. No se utilizaban nombres y los textos me resultaron crípticos. Muchos dibujos de ondas o impulsos que yo

deduje eran la lectura de la actividad cerebral, pero que yo no tenía la menor posibilidad de interpretar. Tampoco era importante. Sin embargo estaba seguro que yo había producido todo aquel material. Llevarmelo todo era imposible y destruirlo casi imposible. Quizá quemándolo, pero ¿cómo?. No disponía de ningún medio para procurarme una primera llama. Me fui a la mesa esperando encontrar allí un encendedor, cerillas. Sólo había un cajón situado en el centro de la mesa, lugar que ocupara el líder asesinado. Lo abrí. Dentro sólo había un portafolios, negro, de plástico o piel. Mi mente se iluminó. Quizá allí estaba lo que buscaba. Lo abrí algo tembloroso, como si temiera encontrar algún aspecto de mi vida que me hubiera pasado inadvertido. Algo se cayó al suelo. Lo cogí: era una fotografía mía reciente. Parecía haber sido tomada en la clínica, a juzgar por mi atuendo. Dentro del portafolio había algo que parecía un informe extenso. Cada apartado iba precedido de una letra y un número. Inferí que aquella letra y número se correspondía con los sobres encontrados en el archivador. Con seguridad todo aquel material era el acumulado en el estudio de mi caso. Consideré que estaba en malas manos, aunque no me hice ninguna reflexión que tuviera que ver con la ética. No estaba en mis manos corregir los comportamientos no éticos de los hombres, sólo me interesaba destruir aquellos papeles para mi propio beneficio. Busqué una idea, algo que supliera la falta de medios convencionales para iniciar un fuego.

La idea fue utilizar el filamento de una bombilla de

una lámpara de mesa a la que previamente rompí el cristal. Al conectarla se produjo un fogonazo sobre un papel fino que había puesto encima. Surgió una llama que acerqué a la pila de papel que había dispuesto en el suelo y todo empezó a arder. Antes de esa operación, había acercado el armazón a la ventana y conseguido romper la tela metálica. Por ella salí a un patio interior de la clínica. Estaba oscuro y no había nadie por allí. No me fue difícil ganar la calle. Detrás dejé las cenizas de no sé qué vida, de no sé qué muerte, de no sé qué destino. Nunca más miré atrás.

## ÚLTIMA PARTE.

*La vida es la suma de las cosas importantes que te suceden, pero entre esas cosas importantes hay demasiado vacío para que se pueda considerar bella. Y yo no sé a quién culpar de ello.*

Vivo en un lugar que no diré por obvios motivos de seguridad personal. Soy una persona corriente. Tengo una casa corriente, una esposa y dos hijos corrientes. Tengo un perro sin casta y un huerto en el que tengo plantadas lechugas, tomates y otras cosas; nada importante. Hago de vez en cuando una casa, arreglo una vieja del vecino, compro y vendo allí donde puedo esperar algún beneficio para mantener mi status económico sin que quiebre; la seguridad económica ante todo. Estoy plenamente integrado en la pequeña sociedad rural del pueblo. No desempeño ningún cargo público —político, se entiende— y tengo un grupo reducido de amigos, de los que luego hablaré, y con los que juego al mus, salgo de caza y en ocasiones comparto comidas copiosas y bien regadas con el buen vino de la tierra. Mi esposa es una mujer bastante más joven que yo —tendrá unos treinta años—. Es sencilla de ideas; su pensamiento sólo parece ser provocado por las cosas a la vista, y esa disposición suya a mí me facilita mucho el no meter el mío en belenes. Tiene buen cuerpo y es agraciada de cara, aunque su dentadura deja mucho que desear, y que, cuando la convenza, deberá arreglarse la boca. La conocí al llegar al pueblo en el que decidí

quedarme a vivir por el resto de mis días. Me casé con ella por la Santa Madre la Iglesia, como estaba mandado. Pudo ser otra, pero ella fue la primera con la que tropecé y no me pareció que estaba mal del todo. De esto ya hace cuatro largos años. No me siento mal a su lado porque, la verdad, procuro estar poco en casa, y eso ayuda. Puedo asegurar que no es Teresa, desde luego. Aunque no sé por qué la menciono, ya que también de ella me ido. Tengo dos pequeños hijos —un niño y una niña— que no despiertan en mí una gran pasión, que digamos. Se dice que en el padre eso viene más tarde y así lo espero, porque ahora más bien me dan la lata y me quitan tiempo al reposo, sosiego al que creo tener derecho cuando llego a casa al atardecer.

Para todos los vecinos del pueblo, yo soy un constructor que, cansado de la ciudad, se vino a este apacible lugar para vivir y para cumplir algo tardíamente con mi deber de perpetuar la especie. No he dado más explicaciones; ellos lo comprenden.

Como el pueblo es bastante sencillo, —los debe haber complicados— pues también es sencillo todo el trámite convivencial. Los días se parecen los unos a los otros; sólo en ciertas y señaladas fechas, las fiestas locales o religiosas, traen algo más de bullicio, más comida y más bebida.

Y hablando de fiestas.

Mi mujer, Consuelo, que así se llama, anda algo preocupada porque dice que para las ya próximas fiestas del Patrón, van a venir a casa unos familiares suyos. Los ha invitado ella porque dice que les debía esta atención. Y está preocupada,

digo, porque los días se acercan y yo debía haber arreglado la habitación que normalmente reservamos para cuando vienen sus padres. No es este el caso; para sus padres está, según ella, suficientemente bien. Pero estos familiares que espera, unos primos, dice ella que son muy presumidos de vivir muy bien, y ella, mi mujer, pues no quiere que se lleven una mala impresión de nosotros y nos critiquen. Lo cierto es que para cambiar de aspecto la habitación, sería necesario cambiar el suelo, que es de losas artificiales y feas, pintarla y poner unas cortinas nuevas que, por cierto, Consuelo ya tiene preparadas hace tiempo. Por supuesto, cambiar los muebles, que son antiguos y eso ya no se lleva, ni siquiera en los pequeños pueblos.

Yo, por eso de que en casa del herrero, cuchillo de palo, soy muy dejado para las cosas de mi propia casa, y normalmente me pongo manos a la obra cuando la insistencia de mi mujer se convierte en un continuo machacar. Ahora está en esas y me recuerda continuamente el poco tiempo que queda. Efectivamente, queda una semana larga para que vengan sus primos, y aún no he comenzado. Mañana sin falta empezaré por levantar el suelo viejo; aunque bien pensado, si pego encima una loseta cerámica, me quitaré un trabajo y adelantaré la obra. Decidido; lo haré así.

Decía que cuento con unos amigos; un grupo reducido. Se puede decir que pertenecen a esa clase de personas ilustradas que se vienen en llamar las fuerzas vivas del pueblo: son el cura, Agustín, con un par de años mayor que yo. Un tío muy campechano, nada fanático y nada

intransigente. Dice tacos y bebe como un carretero. Está empeñado en que vaya a misa los domingos, aunque sólo sea en acto de presencia y para cuidar las formas, dice. Parece ser que en un pueblo pequeño como éste, el no ir a misa está mal visto y peor que el cura se trate con un ateo. No sé de dónde saca él que yo sea un ateo. La verdad, creo que debería complacerle; total, no es más que una hora y aunque sea aburrido ver siempre la misma función, es lo mínimo que debo hacer por un amigo.

Cuando surge la ocasión, hablamos de los temas religiosos que siempre mi amigo el cura suscita; yo creo que para saber del pie que cojeo. Yo soy poco explícito a la hora de exponer razones enfrentadas a su fe y él es bastante convencional al negarme la razón, razón que por mi parte siempre se sustantiva en un “las cosas puede que no sean así”. Siempre terminamos dejándolo para otro día, cuando yo, para terminar, le digo: déjame pensar, Agustín.

Ya le he prometido que iré a misa el día del Santo Patrón y luego todos los domingos que vengan, pero le he puesto una condición, medio en broma, medio en serio. Resulta que el bueno de Agustín, aficionado a la bebida como decía, un día tuvo un mal percance. Esto me lo han contado los otros amigos como una anécdota graciosa. Parece ser, y no sé si exageran, que, en misa, Agustín para celebrar el sacramento, se pasa en eso de verter vino en el cáliz —ellos dicen que lo llena hasta el borde—. Pues bien, el percance, que se cuenta con gran regocijo de todos, menos el de Agustín que se sonroja, fue que un día, después de misa,



tuvo que coger el cochecillo que tiene para ir urgente a dar la extremaunción a un moribundo que vivía en un caserío alejado del pueblo. En el camino, por mala suerte, su coche fue a chocar con un carro que venía de frente, y a resultas del choque, el burro que tiraba del carro sufrió una rotura de pata, por la que tuvo que ser sacrificado. Para desgracia de Agustín, pasó por allí la pareja de tráfico y, claro está, intervino en el accidente. La pareja de guardias no conocía a Agustín, y aunque se presentó como el cura del pueblo que quedaba atrás, los guardias, muy respetuosos, le dijeron que tenían que cumplir con su deber, máxime habiendo causado daños. El deber de los guardias era levantar el atestado correspondiente y hacer la prueba del alcohol al conductor del vehículo causante del atropello. Así lo hicieron y el resultado fue que Agustín dio positivo. Uno de los guardias le condujo a cumplir con su sagrada misión, ya que no le autorizaron a que siguiera conduciendo su vehículo. Este percance le valió a Agustín un gran disgusto y hasta tuvo que intervenir la Iglesia para que se diera carpetazo al asunto. Todo quedó resuelto pagando simplemente el precio del burro que estimó su amo. Pero de aquella experiencia, Agustín no escarmentó, y sigue medio llenando el gran cáliz con *sangre de Jesucristo*. Cuando se suscita el tema, él se justifica diciendo que Jesús vertió en su sacrificio posiblemente más sangre de la que el bebe y que sería como una desconsiderada desproporción pretender rememorar la pasión de Cristo con la sangre de un pinchazo. Todos le reimos la ocurrencia.

Decía que le había puesto una condición, y él me puso mala cara al principio. Luego me dijo que por llevar a un pecador al redil de la Iglesia, estaba dispuesto a sacrificarse hasta ese punto. Le propuse, a cambio, que a partir de que yo fuera a misa, él debería echar en el cáliz sólo un chorreoncito y que yo estaría muy al tanto de cómo era el chorreón observando el que había y el que quedara en las vinajeras. Si él cumplía, yo cumpliría, pero que si se pasaba, no me volvía a ver por la iglesia. Estuvo conforme con el pacto. Ahora caigo en la cuenta de que debí advertirle que tampoco se pasara en la sacristía, aunque, ¡qué me importa a mí el asunto! Lo que sí debí exigirle fue que no hiciera trampas cuando jugamos al mus, y quizá lo haga, porque no confío mucho que cumpla la otra condición.

Otro de los que yo llamo mis amigos es Andrés, el veterinario, también titular en este pueblo. Tiene algunos años menos que yo. Es algo pedante, cosa que debe ser consecuencia de sus estudios universitarios llevados a trancas y barrancas. Como médico no hay; —el que atiende al pueblo es uno que viene de otro cercano— pues Andrés es requerido en más de una ocasión por los vecinos para que opine sobre alguna de sus dolencias. Andrés se aventura a dar diagnósticos con mucha seguridad, y si la cosa no es grave, también remedios que no precisen receta. Yo pienso que así suaviza su frustración, pues según cuenta él, en realidad iba para médico. El opina que no hay gran diferencia y nosotros le damos la razón. El médico debe ser muy comprensivo, o es que le viene bien, el caso es que siempre ratifica

los diagnósticos de Andrés y da su conformidad a los remedios; todo lo más, los complementa si no los considera suficientes. De esa forma él se queda con los pacientes reales y Andrés con los hipocondriacos, lo cual supone al médico un gran alivio de trabajo. Andrés tiene una obsesión que, en cuanto ve la ocasión propicia, la expone con vehemencia. Él no acepta que los animales no piensen, como lo hacen los humanos. Afirma, y da numerosos y curiosos ejemplos que a los demás nos habían pasado desapercibidos hasta entonces, que lo que sucede es que ellos, los animales, disponen de otro lenguaje para comunicar sus pensamientos, lenguaje que, obviamente, los humanos no tienen capacidad para interpretar. Agustín no le contradice, pero aprovecha la ocasión para afirmar que, sea como sea, aunque criaturas de Dios, sólo a los hombres le es dado ser trascendentes en su pensamiento, don divino que les permite conocer a Dios, amarlo y alguna cosa más que no recuerdo. Los demás no opinamos. Los demás somos yo y el alcalde, al que me referiré a continuación.

El alcalde, de nombre Aniceto, es un hombre recio, de una pieza. Tiene a gala no pertenecer a ningún partido político y se declara independiente. Lleva los asuntos del pueblo con autoridad y una seriedad casi patriarcal. Las gentes de aquí le quieren y le respetan. Como quieren y respetan a Dios. Siempre saca ciento dos por ciento de los votos, por lo menos, distorsión que él corrige convenientemente para que *encaje*, como él suele decir. Nada de favoritismos conmigo por el hecho de ser amigos. Lleva a rajatabla la interpretación

personal de las ordenanzas municipales, que él se saca de la manga, para imponer su criterio. Si yo pongo aquí o allí un ladrillo, Aniceto debe dar su conformidad de acuerdo con no sé que reglamentos que él invoca. Discutimos algunas veces, aunque siempre llegamos a un acuerdo que no me perjudica ni pone en cuestión su autoridad. Cuando en el grupo surgen las ideas abstractas, él calla. Si se le pide su opinión, él siempre contesta que bastante tiene que pensar en la alcaldía y en sus propios asuntos. Todo lo más, en una ocasión en la que el cura trataba de algo relacionado con el más allá, Aniceto intervino para decirnos que él únicamente desearía que su nombre fuera dado a una calle principal del pueblo, o mejor la plaza, pero que si podía ser, que fuese en vida, pues le jodía pensar que podía pasar a la historia y no tener la oportunidad de enterarse. Agustín, recuerdo que le censuró muy enérgico vanidad tan grande.

Por las tardes noches, mientras Consuelo ve la tele, yo escribo estas memorias de algo que recuerdo me pasó. En ellas no hay pensamiento, sólo memoria vieja, desgastada. Tal es así, que al evocarla siento náusea. Pero la escribo como un vómito que me parece sentir que arrojé sobre el papel; me siento aliviado.

Ya debo terminar. Me doy cuenta que, a partir de ahora, a nadie le interesa la historia que sigue. Es la rutinaria vida de un hombre que ni siquiera se pregunta para qué leches vino a este mundo. ¿Se puede ser más vulgar? Tampoco estoy muy seguro que haya interesado la que he contado sobre mi extraña experiencia, sobre todo a

aquellos que estáis seguros de que vuestro pensamiento no sufre de ningún tipo de manipulación; que el dios de los caprichos os conserve la inocencia. A los que no lo sabíais y leyendo mi historia habéis descubierto que vuestro pensamiento está siendo sutilmente manipulado, sólo os puedo decir: ¡huid! Huid siempre. No tenéis otra posibilidad... a no ser que os vaya la marcha. En este caso, por mí, ya os pueden dar por culo, que no moveré un dedo por vosotros.

En cuanto a mí, si he añadido esta última y anodina parte, sólo ha sido para significar que ésta fue la huida que yo emprendí. Cualquiera puede procurarse su huida; hay muchas. Las encontraréis si dejáis de mirar extasiados las estúpidas flores, os dejáis follar por los oídos con mariconas músicas de cámara, o... etc..

Yo me considero un ser definitivamente libre; libre del pensamiento estéril, sobre todo. ¿Que qué pienso de la otra? ¡Joder! ¡Vaya pregunta! Ya veo que todavía no lo habéis intuido. Os puedo asegurar: **nada, no pienso absolutamente nada.** Me importa tres cojones. Vosotros, seguramente, tendréis mejores motivos.